BIOGRAFÍA

— DE —

GEMMA GALGANI

VIRGEN DE LUCA

ESCRITA EN ITALIANO POR EL

R. P. GERMÁN DE SAN ESTANISLAO

Sacerdote Pasionista y Director espiritual de la Sierva de Dios

TRADUCCIÓN DEL

DR. CECILIO MARTÍNEZ Y GONZÁLEZ

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

Herederos de JUAN GILI, Editores

CORTES, 581 — 1910



BIOGRAFÍA DE GEMMA GALGANI



Gemma Galgani, Virgen de Luca

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Al escribir la admirable vida de esta Sierva de Dios, experimenté cierta desconfianza, no tanto por las dificultades que el asunto ofrecía, cuanto por el torcido modo de pensar que tienen los incrédulos cuando de las cosas sobrenaturales se trata. En estos desdichados tiempos, ¿quién ignora que, por regla general, el sentimiento cristiano carece de vigor y se muestra tibia la fe? Teorías atrevidas y doctrinas absurdas sustituyen las santas máximas del Evangelio; de Dios Omnipotente poco ó nada se desea saber; se renuncia de buen grado los bienes eternos para gozar los temporales; en una palabra, el mundo se ha vuelto pagano de alma y de corazón; y lo que es peor aún, los que viven con arreglo á tan perversas máximas son tenidos por sabios eminentes, por restauradores de la humanidad; se los oye con agrado y se los sigue con ciega confianza.

En condiciones tan lastimosas, ¿qué crédito se ha de dar al relato de las maravillas ocurridas en la vida de una virgen cristiana? ¿Quién se detendrá para oir hablar de éxtasis, raptos, elevadísimas contemplaciones, visiones y locuciones celestes, en una palabra, de cuanto de hermoso, puro y sublime hay en la mística teológica? Los más perversos dirán que esto pertenece á la Edad Media y debe rechazarse como engaño y locura; los menos audaces, y aun ciertos cristianos cándidos,

imbuídos en las corrientes del medio corrompido en que viven, sospechan de todo, y en presencia de cualquier manifestación sobrenatural, se resisten á creer, atribuyéndola «á las desconocidas fuerzas de la naturaleza,» á «influencias histéricas, magnéticas, sugestivas» y demás ropaje de nueva invención.

Así, poco á poco, y sin apenas advertirlo se va arraigando en los corazones una incredulidad tal por los hechos sobrenaturales, que, *a priori* y sin examen, son rechazados todos. En tratándose de mujeres, no hay que decir nada más, pues esos tales convenientemente dan por demostrado que todo ello es mera ilusión, producto de la fantasía, ya que no algo peor. Así es el mundo de nuestros días.

Ante este hecho, me veo precisado á manifestar que, así como son lógicos los enemigos de nuestra religión conduciéndose de ese modo, son altamente inconsecuentes los cristianos que los imitan, pues saben muy bien que la Iglesia tiene solemnemente declarado la existencia de lo sobrenatural.

¿Cómo concebir esto? Ellos creen y confiesan que Dios es tan excesivamente bueno, que tomó nuestra humana naturaleza, muriendo luego en una cruz para salvarnos. ¿Y encuentran difícil que ese mismo Dios comunique dones extraordinarios á ciertas almas privilegiadas? No cabe duda que conviene ser prudentes al prestar fe á sucesos extraordinarios, porque pudieran ser falsos, especialmente tratándose de mujeres; y también porque, aun siendo ciertos, son muy raros; por cuyo motivo el apóstol San Juan nos advierte: «No seáis demasiado crédulos, dando fe al primero que llegue.» *Nolite omni spiritui credere.* Y aun dice más: «Examinadlos primero, á fin de aseguraros que tienen el espíritu de Dios.» *Sed probate spiritus si ex Deo*

sint. Quien no haga tal examen, debe, según dicta la razón, suspender el juicio, porque tan temerario es afirmar como negar por capricho. Cierto que no á todos es permitido conocer cosas tan elevadas y difíciles; sin embargo, reglas da para ello la teología mística, de las cuales puede servirse quien así lo desee; pues aunque poco estudiada en los actuales tiempos, no deja de ser verdadera ciencia, con axiomas propios y cánones seguros, con los cuales han trabajado y de ellos se han servido los Santos más ilustres venerados por la Iglesia. Acúdase, pues, á ella, y con arreglo á sus teorías, examinemos las personas que ofrezcan algo de extraordinario, ya sean hombres, ya mujeres, ya ancianos, ya jóvenes, no según nuestro capricho, ni según la falsa ciencia moderna, inspirada por Satanás para combatir la verdad revelada.

Como quiera que sin gran dificultad puedo explicar, mediante el auxilio de la indicada ciencia, la vida que voy á reseñar, cobro ánimo en la confianza de que los cristianos que tengan la paciencia de leer este libro, no por partes, sino en conjunto y metódicamente, se convencerán de la verdad de los hechos, y se unirán á mí para bendecir á Dios, que es admirable en sus Santos. Además, encontrarán consuelo y edificación en su fe, viendo por experiencia que el Señor sigue amando á las humildes criaturas, y que, á pesar de la general corrupción, hay almas elegidas que, con el olor de una vida santa y pura, reparan la humana naturaleza; así, con tan hermosos modelos á la vista, se sentirán espoleados á santificarse. Utilidad, y grande, reporta dar á conocer estas almas, dondequiera que se las encuentre; porque ese es el designio del Señor al favorecerlas con dones tan señalados. Por eso dijo el Angel á Tobías: «Si es cosa buena tener oculto el secreto del

rey, es altamente laudable manifestar las obras del Señor, para que todos las conozcan.» *Dei autem opera revelare et confiteri honorificum est.*

Con esto queda indicado el por qué de este libro. Manos á la obra, que, por arduo y difícil que sea el trabajo, me da alientos el abundante material de que dispongo y el inapreciable valor de su sinceridad, pues pocos son los biógrafos á quienes cabe igual fortuna. No he tenido necesidad de consultar antiguas tradiciones para escribir la vida de esta Sierva de Dios, ni apoyarme apenas en datos para saber lo que he de decir; así es que no corro el peligro de presentar al lector, como verdades históricas, las observaciones ajenas, porque yo mismo soy testigo de todo. La vida mística de esta angelical virgen se ha desenvuelto, por decirlo así, ante mi vista, y por lo tanto se me puede aplicar con exactitud lo que dice el Evangelista San Juan: «Venimos á referir lo que hemos oído, visto y tocado con nuestras manos.» Y esto, no como podría hacerlo un observador cualquiera, que hubiese tocado la corteza solamente, sino como confesor y director espiritual, en cuyas condiciones no pudo pasarme inadvertido secreto alguno de alma tan privilegiada.

Y diré más. Después que el Supremo Hacedor, por caminos extraordinarios, me confió su dirección, y luego que hube sometido la joven al más rígido examen, me puse á observar con exquisito cuidado sus interiores movimientos, á fin de darme cuenta de todo. Viendo yo que se resistía á tratar de sus asuntos, como lo hacen las almas verdaderamente virtuosas, con destreza y prudencia le hacía preguntas sobre toda clase de hechos, preguntas á las que ella, dada su profunda humildad y sencillez infantil, contestaba unas veces de palabra y otras por escrito; respuestas que or-

denadamente recogí para confrontarlas unas con otras, las más recientes con las más antiguas, y analizarlas todas á la luz de los principios de la ciencia mística; así pude adquirir el íntimo conocimiento de la verdad. Aquello fué obra de la gracia celestial, multiforme en sus efectos, como la llama San Pablo, pero una en su esencia, pues es divina.

A la realización de este trabajo concurrió el mismo Dios, disponiendo que la bendita joven fuese recogida en la casa de una piadosa señora residente en Luca, señora que la quiso como hija, y veneró como santa. Adelantada aquella buena mujer en las vías del Señor, estaba mejor que nadie en disposición de contemplar sus raras virtudes, y como vivia constantemente á su lado, tuvo facilidad de seguir paso á paso los efectos que la gracia producía en su alma, y de puntualizar sus menores detalles. Yo, por encontrarme lejos, tuve la feliz idea de mandar á Gemma, con la autoridad que me daba el cargo de director espiritual, que, para evitar el peligro de ser engañada por el enemigo, manifestase punto por punto todas las cosas interiores á su mamá, como afectuosamente solía llamarla, á fin de que ésta pudiese fielmente referírmelas y ponerme así en condiciones de mejor aconsejarla y dirigirla. Con tan piadoso artificio, unido á la especial ingenuidad de la joven, se logró recoger en poco tiempo tan abundante materia, que, si tratase de desenvolverla toda, serían necesarios varios volúmenes. ¿No es esta gran fortuna para un biógrafo, y á propósito para animarle á escribir, aun en medio de las mayores dificultades?

A fin de hacer más útil mi trabajo, no me limitaré á referir sencillamente las particularidades de la vida de esta Sierva de Dios, sino que las haré objeto de especial

estudio, procurando confrontar cada uno de los hechos con la doctrina mística más acreditada, para comprobar su rectitud y poner al propio tiempo en manos de los directores de almas una regla práctica de esta ciencia divina. Sabiéndose cuán abstrusa es esta ciencia, y lo difícil de comprender su teoría, más de uno me ha de agradecer que se la enseñe aplicada en un alma que recibió de Dios la insigne gracia de pasar sucesivamente por todos los grados de la misma. ¡Sea por todo alabado el Señor, que es glorificado en sus santos: *Qui glorificatur in consilio sanctorum suorum!* (Salmo LXXXVIII, 8).

PROTESTA

De conformidad con los Decretos emanados de la Santa Sede referentes á la imprenta, hago formal protesta, y del modo más explícito declaro, que no quiero que se atribuya á mis palabras más fe que la meramente humana, ni es mi ánimo adelantarme al juicio de la misma Santa Sede; pues solamente á ella incumbe sentenciar en cuestiones de virtud y santidad.

Por tanto, á su fallo me someto, así como á su autoridad someto también este libro, en todas sus partes.

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Gemma, su educación y primeras virtudes

Camigliano, aldea de Toscama, en el distrito de Luca, fué la cuna de la angelical virgen cuya vida trato de escribir.

Vió la luz primera el día 12 de Marzo de 1878. Fueron sus padres el farmacéutico D. Enrique Galgani, descendiente, según se cree, del Beato Juan Leonardi, y Doña Aurelia Landi; ambos cristianos de sólida piedad y personas acomodadas. De su matrimonio tuvieron nueve hijos, seis varones y tres hembras, y todos, á excepción de tres que todavía viven, murieron en la flor de su edad.

Según es costumbre en padres verdaderamente cristianos, nuestros buenos cónyuges tuvieron especial cuidado de que á sus hijos no se les retrasase la gracia bautismal; por eso, al día siguiente de su nacimiento, los veían regenerados en Cristo, por medio del saludable Sacramento. Así sucedió con Gemma, la cual, el día 13 de Marzo, á las 24 horas de nacida, fué llevada á la iglesia de San Miguel de Camigliano y bautizada por el párroco D. Pedro Quilici.

No sin particular disposición divina parece que fué escogido el nombre que en la sagrada fuente se le impuso, pues esta niña debía más tarde hacer ilustre el nombre de su familia con la grandeza de sus virtudes, y cual refulgente piedra preciosa resplandecer en la Iglesia Santa de Dios. Por los Sagrados Libros sabemos que el nombre, por ordenación divina, indica con bastante frecuencia la predestinación de ciertas almas en las cuales quiere el Señor complacerse; y

por lo tanto, con algún fundamento puede creerse que el cielo asignó este nombre á la que tan bien se acomodaba. Quizás los padres fuesen inducidos á escogerlo por un sentimiento especial de complacencia que, según se dice, sintieron, la madre durante los nueve meses que llevó en su seno aquella bendita niña, y el padre al verla nacer. No habiendo esperimentado cosa semejante en los demás partos, pensarían que Dios, al darles aquella niña les daba una preciosa joya, y por eso quisieron que se llamase Gemma.

Y en verdad que como joya preciosa la amaron todo el tiempo que vivió en su compañía, siendo Gemma la preferida entre sus hermanos, y concentrándose en ella el más intenso cariño de sus progenitores, tanto que alguna vez se oyó decir á su padre: «Sólo tengo dos hijos, Gemma y Ginés». Este último era émulo de su hermana en el camino de la virtud, por cuyo motivo mereció ocupar el segundo puesto en el amor paterno. Angel de pureza é inocencia, adscrito por bastante tiempo al estado eclesiástico, murió recibidas ya las órdenes menores, próximo á recibir las mayores, y poco antes que su padre.

Gemma era con frecuencia llevada á paseo por su cariñoso padre, quien debiendo comer fuera de su casa para atender á la farmacia, quería tenerla á su lado en las épocas de vacaciones; y cuando no, al llegar por la tarde á su domicilio, su primera pregunta era: ¿Dónde está Gemma?, pregunta que los de la familia satisfacían señalándole el aposento donde la bondadosa niña acostumbraba á retirarse para estudiar, bordar ó rezar, de modo que parecía no estar en casa.

Ciertamente que no es de aplaudir semejante parcialidad en un padre, aun en el caso de ser merecida, por los disgustos que ocasiona. A Gemma misma, que demostró tener rectitud de corazón casi desde la cuna, no le agradaba el proceder de su padre; pues aunque en manera alguna suscitase celos en sus hermanos, ya que todos la querían mucho, se resistía quejándose y protestando que no merecía ni quería semejantes

distinciones; y si no lograba impedirlas, el disgusto le obligaba á deshacerse en lágrimas.

A veces, colocando el tierno padre á Gemma sobre sus rodillas, intentaba acariciarla y darle un beso; pero apenas podía conseguirlo, porque, á pesar de tener poca edad, parecíale á aquel ángel en carne humana que hecho semejante no era señal de distinción que debiera usarse entre las personas, y retorciéndose con cuanta fuerza podía, le decía sollozando: «Papá, no me toque.»—«¿Cómo—replicaba él,—no soy tu padre?»—«Sí, pero no quiero que nadie me toque.» El padre, por no contristarla, la dejaba en seguida, y en vez de mostrar disgusto, acababa de ordinario por mezclar sus lágrimas con las de la hija, asombrado de ver tanta virtud en niña tan tierna. Atribuyendo Gemma su victoria al llanto, y siendo como era muy perspicaz, reservaba sus lágrimas para cualquier apuro, saliendo siempre vencedora.

En una ocasión intentó tocarla un primo suyo, pero lo pagó bien caro. Hallábase á caballo delante de la casa, dispuesto á emprender un viaje, y habiéndosele olvidado algún objeto, llamó á Gemma para que se lo llevase. La niña, que entonces tenía siete años, acudió presurosa y al instante se lo llevó. Por la gracia con que hizo aquel pequeño servicio, conmovióse el joven, y queriendo demostrarle su agradecimiento, al despedirse de ella, estendió la mano para hacerle una caricia. Apenas lo advirtió Gemma, cuando fuera de sí por el disgusto de lo que consideraba casi como un delito, con tal fuerza rechazó la mano, que el joven, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo, produciéndose bastante daño.

El amor que á Gemma tenía su madre era distinto del de su padre y demás de la familia, aunque no por eso era mayor ni más intenso. Doña Aurelia, no sólo era una buena cristiana, sino una verdadera santa, uno de los más perfectos modelos que pueden proponerse á las madres católicas para su imitación. Oraba continuamente, se acercaba todas las mañanas á la sagrada

mesa con sentimientos de viva piedad; iba á la iglesia aunque tuviese fiebre, y del sagrado manjar sacaba fuerzas para llenar con perfección sus deberes. Amaba tiernamente á sus hijos, y con predilección á Gemma, en quien, según decía, mejor que en los demás, veía la gracia de Dios. En efecto, hacía ya mucho tiempo que la gracia divina estaba obrando en aquella alma, según claramente se veía por su índole buena y sumisa, por su amor al retiro, por su horror á los vanidosos pasatiempos y por cierto porte majestuoso impropio de la edad infantil. Conociendo como conocía sus deberes Doña Aurelia, en vez de entretenerse en inútiles manifestaciones de sensible afecto, tomó con empeño el cultivo de los gérmenes de precoz virtud que brotaban en el alma de su hija, y de pronto convirtióse la madre en directora espiritual de ésta. La misma Gemma, llena de reconocimiento para con Dios, que tal madre le había dado, recordaba frecuentemente los múltiples medios por los cuales se había efectuado aquel magisterio, declarando que á su madre únicamente era deudora del conocimiento del Supremo Hacedor y de su amor á la virtud.

Tomábala frecuentemente en sus brazos, la estrechaba contra su pecho y con los ojos arrasados en lágrimas le daba santas instrucciones. «¡He rogado mucho al Señor,—decía,—que me concediese una niña! Me ha consolado, pero muy tarde. Estoy enferma y pronto te dejaré; aprovecha mis enseñanzas.» Después procuraba explicarle las verdades de la fe, el precio de nuestra alma, la fealdad del pecado, la dicha de pertenecer á Dios, la vanidad de las cosas mundanas. Otras veces, enseñándole el crucifijo, le decía: «He aquí, Gemma, á Jesucristo muerto en la cruz por nosotros.» Y adaptándose á la capacidad de la niña, procuraba hacerle comprender el amor inmenso de Dios, á quien todo cristiano está obligado á corresponder. La enseñaba á rezar, y con el fin de acostumbrarla, rezaban juntas las oraciones de la mañana y de la tarde, y con bastante frecuencia durante el día.

Nadie ignora lo muy desagradable que es á los niños oir sermones y recitar preces vocales incapaces de fijar su atención, siendo, en cambio, inclinados á las diversiones y pasatiempos. Mas esto no puede decirse de la pequeñita Gemma, porque desde los primeros años hallaba su placer en los ejercicios de piedad, y de aquí que no se cansase de escuchar ni de rezar, hasta el punto de que, cuando su madre se cansaba ó suspendía los ejercicios para atender á los cuidados domésticos, la niña se asía de sus vestidos diciéndole: «Mamá, háblame un poco más de Jesús.»

Cuanto más seguridad tenía la piadosa señora de que la muerte se aproximaba, tanto mayor empeño ponía en la educación religiosa de sus hijos. Todos los sábados, si no podía ir ella en persona, los hacía conducir á la iglesia, para que los mayorcitos se confesasen, aunque algunos, como Gemma, no alcanzasen la edad de siete años, porque deseaba que desde pequeñitos se acostumbrasen á frecuentar tan saludable sacramento. Ella era quien los preparaba, y al ver, cuando Gemma regresaba, la formalidad y el cuidado que ponía en totos los actos religiosos, así como el profundo disgusto que experimentaba por las pequeñas faltas cometidas, no podía menos de echarse á llorar la piadosa madre.

Díjole un día: «Gemma, si pudiese llevarte á donde me llama Jesús, ¿querrías ir conmigo?» «¿A dónde?»—respondió ésta.—«Al paraíso con Jesús y los ángeles.» Tales palabras llenaron de alegría el corazón de la niña, y desde aquel momento, el deseo de ir al cielo se apoderó de su corazón creciendo tanto con el tiempo, que llegó á consumirla, como veremos en su lugar. «Mi mamá fué—según manifestó á su director—quien desde pequeña me hizo desear el paraíso.» Y luego, aludiendo á la prohibición de desear la muerte, añadía con extremada sencillez: «Ahora (16 años después), si deseo ir al paraíso, me reprenden ó no me contestan. A mi mamá le contesté que sí, y por haber repetido ella lo del paraíso, no quería separarme de su lado ni abandonar su habitación.»

La enfermedad de Doña Aurelia era la tisis, que hacía cinco años venía minando su existencia. Apenas los médicos la reconocieron, se intimó á los niños la absoluta prohibición de acercarse á la cama de la enferma. Gemma se entristeció en el alma, al ver que de repente la separaban de aquella á quien amaba como madre y maestra. «¿Quién—decía llorando,—me estimulará á rogar y amar á Jesús, apartada de mi mamá?» Tanto fué lo que lloró y suplicó, que al fin consiguió que se hiciese para ella una excepción: fácilmente supondrá el lector el uso que haría la fervorosa niña de la licencia concedida. Abusó tanto, que reflexionándolo más tarde, hubo de arrepentirse de ello, considerando que había desobedecido por dejarse llevar de su capricho. Lo que hacía alrededor de aquel lecho nos lo dice ella misma: «Me acercaba á mamá, me arrodillaba á la cabecera de su cama, y allí oraba.» ¡Sublime instinto de una niña que no tenía aún siete años!

El momento de la separación final se acercaba; la enferma, aunque exteriormente no lo parecía, se agravaba por instantes, y á pesar del próximo fin, se mostraba solícita del bien espiritual de sus hijos. Gemma, aunque de tierna edad, tenía capacidad suficiente para ser admitida á la Confirmación. «¿Qué cosa mejor puedo hacer antes de morir—decía su madre interiormente,—que confiar esta niña al Espíritu Santo? Cuando yo falte, sabré á quien la he dejado.» Había principiado á prepararla y enfervorizarla para que recibiese dignamente este Sacramento; pero así y todo, hacía que por las tardes viniese una maestra á perfeccionar su obra, y cuando estuvo dispuesta, á la primera ocasión que se presentó, la niña fué llevada á la basílica de San Miguel in Foro, donde administraba la Confirmación el Sr. Arzobispo D. Nicolás Ghilardi, el 26 de Mayo de 1885. No quedaron noticias detalladas de este suceso, y Gemma, tan reservada para hablar de sus cosas interiores, no hizo mención de él, como no fuese á su director. Sin embargo, por

palabras que se le escaparon, podemos deducir la especial comunicación que en aquel Sacramento tuvo con el Espíritu Santo, siendo mejor que ella nos lo diga con su acostumbrada ingenuidad.

Terminada la sagrada ceremonia, las personas que acompañaban á Gemma resolvieron quedarse para oir otra misa en acción de gracias, circunstancia que aprovechó ella para emplear aquel tiempo en rogar por su madre. «Estaba—son sus palabras—á la mitad de la santa misa rogando por mamá, cuando de repente sentí en el corazón una voz que me decía: «¿Quieres darme á tu madre?»—«Sí,—respondí;—pero llévame á mí también.»—«No—me contestó la misma voz,—dame voluntariamente á tu madre; te la llevaré al cielo ¿oyes? Tú por ahora debes permanecer con tu padre.» Me vi obligada á decir: «¡Sí, Dios mío!»; y terminada la misa fuí corriendo á casa.»

Fué ésta la primera conversación celestial de que tenemos noticia, entre las innumerables que con posterioridad sostuvo Gemma, y que daremos á conocer sucesivamente. La circunstancia de la Confirmación, es decir, del descenso del Espíritu Santo sobre aquella inocente alma, es un buen argumento para hacernos creer que El sin duda fué el Autor de tales palabras, cuya verdad confirmaron los hechos posteriores.

Gemma había ofrecido á Dios el sacrificio de lo que más amaba en el mundo; el mérito estaba asegurado en el cielo. Entró en casa y encontró á su madre moribunda. Arrodillóse junto al lecho, derramó lágrimas amargas arrancadas por el dolor, rogó con el corazón anhelante, declaró que no quería abandonar su cabecera, porque deseaba recoger las últimas palabras de la autora de sus días, y resignada con la voluntad divina, momentos antes aceptada al pie del altar, esperó, no obstante, irse con ella para entrar juntas en el paraíso. El padre no tuvo valor para dejarla con su madre, temeroso de que muriese antes que ésta, y con una señal hizo que saliera del aposento, que se fuera con su tía Doña Elena Landi á San Genaro, y que perma-

neciera allí hasta nueva orden. Obedeció la niña partiendo al instante, y aunque por lo pronto mejoró algo la enferma, de nuevo recayó, y el 17 de Septiembre de 1886 con una muerte santa, dejó de existir á los 39 años de edad. La noticia se comunicó á Gemma, que permanecía en casa de su tía materna, y tan admirable fué la resignación con que esta niña de siete años la recibió, que forma contraste con la amarga pesadumbre que por aquella separación experimentaba su alma.

¡Así te complaces, Dios mío, en llevar hasta el martirio las almas para ti más queridas, desde sus primeros años!

CAPÍTULO II

ENVIADA Á LA ESCUELA, SE PATENTIZA ALLÍ SU ESPÍRITU DE PIEDAD

Buena y piadosa era la tía en cuya casa Gemma estaba alojada, pero no admitía comparación con la difunta madre; y la niña, que sólo hallaba satisfacción en las prácticas de piedad, pronto se dió cuenta del gran vacío que en torno suyo habían formado, la separación primero, y más tarde la muerte de su madre. «Entonces—me dijo un día—vino á mi memoria con pena el tiempo en que mamá me hacía rezar mucho.» Quería ir á la iglesia, y no había quien la acompañase; deseaba estar sola en lugar retirado para hablar con Dios, y no la dejaban tranquila un momento; su gran humildad le hacía creer que era gran pecadora, por lo que debía confesarse todos los días, y esto casi nunca se lo permitían, porque todos conocían que era la pura inocencia; faltándole el director espiritual, no había quien le hablase de Jesús, único alimento grato á su alma, y de aquí que, por estas y otras razones, la pobre niña sufría penas de muerte, penas que el Señor resolvió abreviar. El padre, lleno de angustia por la desgracia, después de reflexionar lo que debía hacer, resolvió llevar á su lado á los hijos dispersos, para proveer á su conveniente instrucción. Ocurría esto por la fiesta de Navidad del año de 1886.

Como el tierno corazón del padre no podía consentir volver á separarse de Gemma, en vez de ponerla como interna en algún colegio, resolvió enviarla á instruirse, como externa, en la escuela privada que ciertas señoras tenían en Luca para niñas de familias de posición. Allí, con su aplicación al estudio, aprendió las nociones elementales y las labores propias de su

edad. No he podido saber con certeza el tiempo que permaneció en esta escuela, ni si antes había recibido lecciones particulares; pero lo cierto es que, al salir de allí, en 1887, fué á perfeccionarse en el colegio de las Hermanas de Santa Zita, vulgarmente llamado Guerra, del nombre de su fundadora. Y fué buen pensamiento de su padre el confiar la hija á tan excelentes educadoras, porque á la vez que de las letras y las artes, cuidan de la instrucción religiosa de las niñas, modelándolas al calor de sólida y cristiana piedad.

Que fué grande la satisfacción de Gemma por la resolución de su padre, claramente lo demuestran las siguientes palabras dirigidas á su director: «Fuí á la escuela de las monjas, y estaba en el paraíso.» Razón tenía, porque con maestras consagradas á Dios por la profesión religiosa, con ejercicios y prácticas devotas intercalados entre el estudio y el trabajo, con tantos sermones y conferencias, ella, que desde la infancia estaba acostumbrada á vivir más para el cielo que para la tierra, había encontrado por fin su verdadero centro. Maestras y condiscípulas, al par que admiraban y distinguían á la recién llegada, pronto se dieron cuenta de sus raras disposiciones; pues aunque Gemma procuraba con disimulo tenerlas ocultas, no lo conseguía, ya que el candor de su alma se transparentaba en todo su ser, especialmente en los ojos, y por eso una de sus maestras hubo de decirle en cierta ocasión: «Gemma, Gemma, si no leyese en tus ojos, no te conocería.» Aunque por la edad era una de las más pequeñitas, la consideraban todas como la primera, por el gran ascendiente que sobre ellas ejercía. «Era—dice otra de sus maestras—el alma de la escuela, y nada se hacía sin ella durante el tiempo que permaneció con nosotras. Sus compañeras le tenían gran cariño y se complacían en asociarla á sus juegos y diversiones, á pesar de que era su carácter retraído, concisa en el hablar, en el obrar tardía, y aun aparentemente sin gracia.»

En verdad que exteriormente así lo parecía; pero

no porque fuese tal su carácter, pues si se conducía así, era con el fin de disimular y pasar inadvertida, ó porque comprendía que si dejaba correr á los sentidos, éstos se rebelarían y ofenderían á Dios, según varias veces me dijo con su acostumbrada ingenuidad. Como sabía dominarse, lo que era fruto de virtud parecía condición natural, y hubo quien, viéndola tan seria y reservada en la conversación, llegó á calificarla de altanera y soberbia. «¿Que soy soberbia? —respondía sonriéndose.—No lo crea. Si no contesto, es porque no entiendo, ó no sé qué decir; y como no sé si contestaría bien ó mal, determino callarme, y adiós.» El carácter de Gemma era vivaracho, y los que de cerca la observaron llegaron á convencerse que era de temperamento sanguíneo, que la sangre le hervía en el cuerpo, que, á no ser por la violencia que se se hacía, hubiera sido juguetona, y, dado su ingenio vivo y perspicaz, fácilmente hubiera dominado á los demás. ¡Cuántas veces la vi comprimir las primeras llamaradas de fuego, haciendo esfuerzos musculares! ¡Cuántas veces tuve ocasión de admirarme al ver virtud tan constante y espontánea en una niña! Esto mismo confirman otros. «Era de carácter vivo, pero pacífico; y siempre se vencía. No se turbaba ni porfiaba jamás, y si al sobrevenir alguna disputa, se la injuriaba, respondía primero con una mirada amable y luego se sonreía, pero tan dulcemente, que por lo general su adversaria se sentía obligada á colgarse de su cuello para estrecharla contra el corazón.» «Otras veces—dice un testigo—sucedía que, atribuyéndosele por alguno un desorden ocurrido en casa, se la regañaba hasta con ira; pero Gemma, después de lamentarlo en silencio, hubiese ó no razón para ello, con voz sumisa decía: «No se moleste, no se incomode, seré buena, tenga la seguridad de que no lo haré más.» ¡Tan dueño de sí mismo era este ángel!

La falta de gentileza, de que antes se hizo mención, procedía de su natural franco y sencillo, propio exclusivamente de esta bendita niña. Para ella el sí era

sí y el no, no; lo blanco, blanco y lo negro, negro. No había pliegues en su corazón; tal como lo sentía, así lo expresaba, sin emplear medias palabras para conseguir una cosa ni para tratar con las personas. No sabía qué cosa fuese lo que el mundo llama ceremonia ó cortesía, y contenta con la observancia de las reglas más esenciales de la cultura, no quería saber más, y á todos hablaba con sinceridad, sin llegar á comprender que hubiese quien encontrase malo lo que en ella era rectitud y sinceridad. Y en verdad que nadie se ofendía por aquellos modales, sólo en apariencia sin garbo; y tanto que cuando esta niña cogía el hilo del discurso, lo que no sucedía fácilmente, se quedaba uno escuchando y hablando con ella horas enteras, sin sentir el más ligero disgusto. Lo mismo sucedía en la escuela, donde, como ya hemos visto, todas las alumdas querían á Gemma con predilección; y al dejar el colegio por haber caído enferma, hubo un duelo general entre las niñas.

A causa de su natural tan reservado y de su habitual recogimiento, no faltó quien la creyera tímida con exceso, y aun poco menos que imbécil. Pero Gemma no se inquietaba por semejantes juicios y conceptos, y si alguno la obligaba á responder, decía modestamente: «¿Cómo he de poder yo complacer á la gente? Estúpida lo soy, y mucho; ¿tiene algo de particular que me tomen por lo que soy? Por lo demás, á mí nada me importa.» Enferma en cierta ocasión, fué á visitarla un médico, el cual, al verla tan modesta, recatada y opuesta á dejarse tocar, una vez terminada la visita, le expuso algunos argumentos tomados de la escuela mundana con el fin de convencerla de su error; pero Gemma, que hasta entonces había guardado silencio, se dirigió de repente á él y rebatió una por una aquellas mezquinas objecciones, con tal claridad de raciocinio y tal vehemencia de palabra, que aquel pobre hombre se vió obligado á callar, no sin gran confusión suya y admiración de los circunstantes. Yo mismo intenté más de una vez la prueba, empleando

todo género de sofismas, y siempre salí vencido por sus respuestas sólidas y llenas de agudeza, como nunca las había oído. Tan cierto es que el hombre juzga por las apariencias, porque sólo Dios conoce el corazón.

Volviendo á la escuela y á las monjas, he aquí los términos en que se describe la admiración que por Gemma sentían sus maestras, términos sacados de la extensa memoria que vengo copiando: «En cuanto á las maestras, principiando por la R. M. Superiora (la Guerra), que fué profesora de Gemma en el curso superior de 1891 á 1892, se dice allí que tuvo siempre en gran estima y se encariñó con su alumna. «Tuve—escribe la Superiora—por razón de mi cargo ocasión de andar muy cerca de Gemma, más que las otras Hermanas, y pude admirar constantemente su sólida piedad y su sencillez infantil. Desde el primer día que la conocí, me pareció que su alma era tan estimada de Dios, como desconocida del mundo. Noté después, al inculcar y enseñar á las alumnas que hiciesen un rato de meditación por la mañana y un momento de examen por la noche, que ella, que probablemente conocía tales prácticas porque, en parte, las ejercitaba ya, las tomó con verdadero empeño; pero jamás pude conseguir que me dijese el tiempo que en ellas empleaba, y sólo por la respuesta que daba á medias, cuando se lo preguntaba, comprendí que empleaba mucho tiempo, especialmente en la meditación. Gemma ansiaba oir la palabra divina,. y se ponía muy contenta los días en que el sacerdote D. Rafael Cianetti venía á explicar el catecismo. Había propuesto, á imitación de la V. Bartolomea Capitanio, hacerse santa, y yo se lo recordaba á menudo diciendo: «Piensa, Gemma, que debes ser piedra preciosa.»

Como no hay verdadera santidad si no se forma á los pies de Cristo crucificado, dióle el Señor un gran deseo de conocer este misterio de nuestra redención; y con el fin de comprenderlo bien, dirigióse á su buena maestra, suplicándole con repetidas instancias que le prometiese

darle amplias explicaciones del mismo durante una hora, todos los días que en la escuela ganase diez puntos, el máximum, tanto en estudio como en labores. ¿Qué mejor premio que este?—decía Gemma en su interior.—Y redoblando su diligencia, desde aquel día consiguió casi siempre los consabidos puntos de mérito, y tuvo asegurada por lo regular la ansiada hora de ejercicio. «¡Cuántas veces—me decía ella un día—llorábamos juntas la maestra y yo, contemplando el amor que Jesús nos tuvo al padecer tantos tormentos por nosotros, ingratos pecadores!» Su directora le enseñaba el modo de hacer alguna pequeña mortificación corporal, dándole á conocer diferentes instrumentos de penitencia, que la fervorosa niña se procuró y se puso, pero sin que, al parecer, consiguiese permiso para llevarlos, por lo que manifestaba que se serviría en tiempo mejor, como así lo hizo, según veremos más adelante.

Mientras tanto, por consejo de su director, los sustituía con la mortificación de la lengua, de los ojos y de los demás sentidos, pero sobre todo de la voluntad, ejercicio en el cual resulta admirable todo el resto de su vida, pues consiguió dar muerte á sus pasiones y á todas las inclinaciones de la naturaleza, aun las más inocentes.

Pasaron así algunos años, hasta que Dios llamó á sí (1888) á la buena maestra, Camila Vagliensi quedando Gemma bajo la dirección de otra, Julia Sestini, igualmente virtuosa, diligente y dotada de singular espíritu de oración. «Con esta maestra—me refería ella,—tan pronto como salía de la escuela y llegaba á casa, me encerraba en una habitación, y allí, de rodillas, rezaba el rosario entero. Varias veces me levantaba durante la noche, por espacio de un cuarto de hora, para encomendar á Jesús mi pobre alma.»

Sin embargo, no vaya á creerse que, por la prolongada oración y especial empeño para las cosas espirituales, diese de lado á sus deberes escolares. Nada de eso; era de las más diligentes, y se aplicaba cuanto sus fuerzas se lo permitían, con aplauso general, alcan-

zando en los exámenes de fin de año los mejores premios. En el curso de 1893 á 1894 obtuvo el gran premio de oro en religión, premio que sólo se concede á los alumnos que durante el curso entero consiguen diez puntos en las lecciones de doctrina cristiana. De los puntos de buena conducta, después de lo que se ha dicho, es inútil hablar; todos eran para Gemma. Referente á los trabajos que se acostumbraba á hacer en el colegio, consiguieron algunas veces las maestras vencer la repugnancia que para exhibirlos demostró constantemente la humilde niña, obligándola á exponer sus composiciones en prosa y verso, los ejercicios de francés, aritmética y otros semejantes, lo cual prueba su habilidad y éxito en los estudios. Cuéntase también que, viéndola demasiado aplicada al estudio, los de su familia llegaron á decirle en diferentes ocasiones: «¿Por qué estudias tanto? ¿No te basta con lo que sabes?»

Entre tanto, se le preparaba á esta bendita niña otra gran desventura. Su hermano Ginés, de quien se hizo mención anteriormente, había contraído la misma enfermedad de que murió su madre, y estaba al borde del sepulcro. Gemma y él se amaban tiernamente; eran dos almas que marchaban completamente acordes en su manera de pensar y sentir, especialmente en las cosas de piedad, y no era posible que estuviesen separados en el último trance. Ginés, apenas oía que su querida hermana estaba en casa, la llamaba para que estuviese junto á su lecho, y ella, á pesar de que conocía el peligro del contagio, sin cuidarse de su salud permanecía clavada á la cabecera de su hermano, sirviéndolo, confortándolo y sugeriéndole elevados pensamientos, que lo preparaban para el último tránsito. Aquel inocente joven dejó de vivir con muerte envidiable, pero Gemma cayó gravemente enferma, permaneciendo en cama más de tres meses, y quedó tan débil y en tan mal estado, que el médico creyó conveniente aconsejar se la sacase del colegio y dejase de estudiar. Resignada á la voluntad de Dios y de

su padre que lo ordenaba, volvió tranquila á la soledad del hogar doméstico: tenía entonces quince años de edad.

De rosas y espinas acostumbra el Señor á sembrar el camino de sus elegidos, y no se da consuelo que no vaya pronto amargado por el dolor. ¡Bienaventurado el que, á imitación de Gemma, toma uno y otro con igual resignación!

CAPÍTULO III

SU PRIMERA COMUNIÓN

Llegamos al día más hermoso en la vida de Gemma. Herida desde mucho antes en el corazón por el amor de Jesucristo, gemía y se deshacía esta inocente paloma en deseos de unirse á El en el Sacramento del amor. Con anticipación, le había hecho conocer y gustar su santa madre las dulzuras que encierra, y para encender más sus deseos, frecuentemente la llevaba consigo al pie del tabernáculo, desde donde el Señor acostumbra á comunicarse con los que le buscan, especialmente con las almas sencillas.

Gemma tenía nueve años, y aunque de tierna edad, su corazón palpitaba por Jesús, se desahacía por El y arrasados los ojos en lágrimas, no cesaba uno y otro día de suplicar, tanto al confesor como á su padre y á su maestra, que le permitiesen recibirlo. A sus deseos se oponía la común costumbre de no admitir los niños en edad tan temprana á la comunión, y con mayor motivo en ella que, por su pequeña estatura y delicado cuerpo, más que nueve, parecía tener seis años; pero ella insistía con más ahinco cada vez. «Dadme á Jesús—decía;—veréis cómo seré buena, no cometeré más pecados, no volveré á ser lo que fuí; dádmelo, que desfallezco y no puedo resistir más.» A tales y tan desacostumbradas instancias se doblegó por fin su confesor, que lo era el Sr. D. Juan Volpi, y le dijo al padre que, si no quería que su hija muriese de desfallecimiento, le permitiese acercarse á la sagrada mesa.

¿Quién será capaz de referir la alegría que experimentó la fervorosa niña al obtener el ansiado permiso? Después de dar rendidas gracias á Dios y á María Santísima con toda su alma, imaginó al punto el mo-

do conveniente de poner en práctica su santo deseo, y sin pensarlo más, formó la resolución de encerrarse en un convento, en donde, después de hechos los ejercicios espirituales en plena soledad, pudiera atender mejor al gran acto que iba á realizar. Oposición y no pequeña encontró en su padre, quien no podía estar un solo día sin verla; pero tanto insistió y tanto lloró la hija, que fué preciso ceder. El lector me permitirá que, con las palabras de Gemma, relate lo que sucedió: «Por la tarde obtuve el permiso, y á la mañana siguiente me dirigí al convento, donde permanecí diez días. En todo este tiempo no vi á ninguno de la familia, pero ¡estaba tan bien! ¡Qué paraíso aquel! Apenas llegué al convento, fuí á la capilla á dar gracias á Jesús, y á suplicarle que me preparase bien para la santa comunión. Entonces fué cuando sentí intenso deseo de conocer por señales la vida de Jesús y su Pasión.» En el capítulo precedente hemos visto cuán bien la había preparado su santa madre para esta meditación, trabajo que más tarde perfeccionaron sus maestras; pero ¿quién había manifestado á esta niña que el misterio de la Pasión del Salvador está ligado tan íntimamente con el de la Eucaristía, que nada mejor se puede hacer para llegar al uno que pasar por el otro? Con seguridad que solamente el divino Espíritu, el cual había comunicado sus luces á esta alma, enamorándola del Santísimo Sacramento.

«Hice presente este deseo—continúa ella—á mi maestra, y día por día me iba explicando algunas cosas, para lo cual escogía la hora en que las otras niñas dormían. Una tarde que me explicó la coronación de espinas, lo hizo tan bien y tan al vivo, que sentí mucho dolor, apoderándose de mí una fiebre intensa, que me obligó á permanecer todo el día en cama, y con este motivo se suspendió la explicación. Iba al sermón todos los días, y el predicador nos decía: «Quien se alimenta de Jesús, vivirá su misma vida.» Estas palabras me llenaban de consuelo, é interiormente me decía: ¡Luego cuando Jesús esté conmigo,

no seré yo quien viva en mí, sino que en mí vivirá Jesús! Y en verdad que moría del deseo de pronunciar pronto estas palabras: Jesús vive ya en mí; y meditándolas, consumida por los deseos, pasaba noches enteras. Me preparé con la confesión general, que hice en tres veces con el Sr. Volpi, terminándola el sábado, vigilia del feliz día, 17 de Junio de 1887, fiesta del Sagrado Corazón, por haberse trasferido desde el anterior viernes.»

Aquel mismo sábado pidió permiso Gemma para escribir á su padre, y atenta sólo á los impulsos de su corazón, que rebosaba de santos afectos, le envió la siguiente carta, breve, es verdad, porque quien mucho siente habla poco:

«Querido papá: Estamos en la vigilia de mi primera comunión, día para mí de inmenso júbilo. Le escribo esta carta para manifestarle una vez más mi cariño, y á la vez pedirle que ruegue á Jesús que la primera vez que se acerca á mí me encuentre en disposición de recibir todas las gracias que me tiene preparadas. Le pido perdón por las desobediencias y disgustos que le he causado, suplicándole que esta misma tarde los olvide todos. Implora su bendición su afma. hija Gemma.»

«Amaneció por fin el tan deseado día.» Aquí, lector querido, recógete en tu interior, para que puedas contemplar la ardiente fe de esta niña. «Llega por fin la mañana del domingo, me levanto en seguida, recibo por primera vez á Jesús... Mis ansias están ya satisfechas. Entonces comprendí la promesa del Señor: «El que se alimenta de mí, vivirá mi propia vida.»— «Padre mío—escribía á su director espiritual,—lo que en aquel momento pasó entre Jesús y yo, no se puede explicar. Jesús se hizo intensamente sentir de mi pobre alma. En aquellos momentos comprendí que las delicias del cielo no se parecen á las de la tierra, y me sentía subyugada por el deseo de hacer perenne aquella unión con mi Dios, y de apartarme del mundo, á fin de estar mejor dispuesta para el recogimiento.»

Ciertamente, palabras como estas no las acierta á decir quien inventa; el arte no consigue elevarse á tanta altura, ni la pluma á trazar palabras tan llenas de celestial amor.

Antes de salir del santo retiro, concibió y escribió la piadosa niña los siguientes propósitos: «1.° Confesaré y comulgaré cada vez como si fuese la última. 2.° Visitaré con frecuencia á Jesús sacramentado, especialmente cuando me vea afligida. 3.° Me prepararé para las fiestas de María Santísima con alguna mortificación, y todas las tardes le pediré que me bendiga. 4.° Quiero estar siempre en la presencia de Dios. 5.° Cuando suene el reloj, diré tres veces: ¡Jesús mío, misericordia!» Trató de agregar algo más, pero sorprendida por su maestra mientras escribía, ésta se lo impidió, ordenándole que se atuviese solamente á éstos propósitos, temerosa de que, agobiándose con exceso, no fuese la niña á perder la salud; pues sabía que lo que prometía á Dios, procuraba cumplirlo con toda su alma, dotada como estaba de carácter firme y fervor extraordinario.

La dichosa impresión ocasionada en el corazón de Gemma por su primera comunión, no se borró jamás. «La bendita niña—refiere una de sus maestras—recordaba con indescriptible gozo este hermoso día, y en las horas de recreo procuraba, en su conversación, llevar á la memoria los dulces consuelos experimentados en tan afortunado momento. Durante los ejercicios espirituales que preceden siempre á la primera comunión de nuestras alumnas, su alegría llegaba al colmo, tomando parte en ellos como si también debiese ella en cada año acercarse por primera vez á comulgar.» Todos los años conmemoraba con especial devoción aquel gran día, al cual llamaba el día de su fiesta, y el que quiera saber en qué consistía tal devoción, lea la siguiente carta que, en una de esas fechas, Junio de 1901, dirigió á su director. La carta tiene dos partes; la primera fué escrita estando en éxtasis, lo que sucedía con frecuencia, y muchas veces á la vista de sus

íntimos; esta parte es una especie de introducción que dice así:

«Padre mío: Ignoro si V. sabe que el día de la festividad del Sagrado Corazón es también el de mi fiesta. Ayer pasé un día celestial, pues estuve con Jesús, hablé constantemente con Jesús, fuí feliz con Jesús, y todavía pienso en Jesús... ¡Fríos pensamientos del mundo, apartaos de mí, que yo no quiero más que estar con Jesús.» Luego, replegándose sobre sí misma, como tenía por costumbre á fin de humillarse, después de exhalados estos suspiros de amor, continúa: «Jesús mío, ¿me soportas aún? ¡Cuanto más pienso en mis faltas, tanto más me entristezco, y no hay cosa que me calme, Jesús misericordioso, como no sea acudiendo á tu inmensa piedad!»

Después de haberse desahogado, sale del éxtasis, y advirtiendo que tiene la pluma en la mano para escribir una carta, he aquí la sencillez con que expone su pensamiento. «Padre, ¿á dónde se dirige mi imaginación? Pues al hermoso día de mi comunión primera. Ayer, fiesta del Sagrado Corazón, experimenté nuevamente la alegría que sentí cuando por primera vez comulgué. Fué un día verdaderamente celestial. Pero ¿qué importa experimentar semejante dicha un solo día, pudiendo gozar de ella perpetuamente? El día en que comulgué por primera vez, fué aquel en el cual más se encendió mi corazón en amor á Jesucristo. ¡Cuán feliz era cuando, con Jesús en el corazón, pude exclamar: ¡Dios mío, vuestro corazón es el mío y lo que á Vos os hace dichoso, me hace dichosa á mí! ¿Qué faltaba para ser feliz? Nada. Comparo la paz interior que experimenté el día de mi primera comunión con la que siento hoy, y no encuentro diferencia.» Después, humillándose añade: «Padre mío, todos los días no son iguales. ¡Días hay en que me avergüenzo de mí! ¡Cuántas veces di entrada á las lisonjas del mundo! Deseo que Jesús me quite el corazón y se posesione de él, si no quiere que se lo arrebate nuevamente con mis pecados.»—«¡Dios mío—escribía arre-

batada de nuevo en éxtasis,—haz un manojo con mis perversas inclinaciones, y acércalo á tu corazón, para que con el fuego de tu amor se consuma. Bien sé que no soy digna de tanta solicitud, pero pondré especial empeño en domar mis pasiones, y te prometo no acercarme á tu mesa sin vencerme antes.»

Me haría interminable si reprodujese todos los rasgos de elocuencia que emplea escribiendo sobre su primera comunión, y basta con lo que he copiado para que el lector se forme idea suficientemente clara del corazón que encerraba su pecho, y de la altura á que se había elevado, á la edad de nueve años, este ángel en la tierra.

Para conservar los frutos de la primera comunión, permitió el Señor que muriesen su abuelo y su tío, y como sus dos tías quedaron solas, fueron á vivir á casa de su hermano Enrique, el padre de Gemma. Ambas eran piadosísimas señoras, muy amantes de sus sobrinos, y llegaban con gran oportunidad, pues no agradando gran cosa á los que rodeaban á Gemma el cambio experimentado por ésta después de su primera comunión, le ponían continuas dificultades para salir por la mañana temprano, é impedían que permaneciese largo rato en la iglesia; por la tarde la obligaban á salir con ellos á paseo, vestida como sus hermanas, con otra porción de cosas que á la pobrecita le hacían sufrir mucho. De ahí que Gemma, al entrar en casa sus tías y serles confiada, se encontrase como dueña de sí misma, pues con ellas oía todos los días misa antes de marchar á la escuela, con ellas iba por la á tarde visitar al Santísimo Sacramento y con sus tías rezaba y se entretenía en santos pensamientos; en una palabra, parecía que habían vuelto los hermosos días en que vivía su madre. Desde esta fecha en adelante no dejó ya la comunión; al principio tres veces semanales, por no consentirle mayor frecuencia su confesor, y después diariamente, progresando constantemente en la vida espiritual, según candorosamente atestigua ella misma: «Jesús se hacía oir cada vez

más de mi pobre alma, diciéndome muchas cosas; y en ocasiones, me hacía gustar grandes consuelos.»

¡Bienaventurada niña, á quien fué concedido conocer los misterios del reino de Dios ocultos á la mayoría de los hombres, y gustar las delicias del maná eucarístico, dispuesto por Aquel que dijo: «El que comiere mi carne y bebiere mi sangre, conseguirá la vida eterna!»

CAPÍTULO IV

Gemma en familia. Heroica paciencia en las desgracias

Libre de las ocupaciones escolares, según se dijo en el capítulo segundo, dedicóse Gemma con ahinco á las labores domésticas y al cuidado de sus hermanitos, procurando, con las obras, los consejos y el buen ejemplo, dirigirlos por el camino de la perfección cristiana. Aunque intenté adquirirlas, no llegaron hasta mí noticias de este magisterio doméstico, porque habían muerto ya casi todos los niños, cuyo cuarto lugar ocupaba ella en el orden de primogenitura. Sin embargo, por lo relatado hasta aquí y por el espíritu de la bendita criatura, fácil es deducir lo que sería capaz de hacer. El buen ejemplo que daba á los de la casa con su edificante conducta, era muy señalado, y de ahí que fuera admirada aun por los extraños, que á cada paso la recuerdan. Entre otros, hubo un criado, Pedro Maggi, que frecuentemente acompañaba á la joven cuando tenía que salir. Este hombre, para expresar la admiración que le causaba la virtud de su joven ama, acostumbraba á exclamar: «¿Qué quieren que les diga? Como Gemma no hay más que una: ella misma.»

Su oración y su meditación eran continuas. En cierta ocasión, me dijo: «Un día sentí tanto dolor al fijarme en el crucifijo, que caí en tierra desmayada, y papá, que estaba en casa, me reprendió, diciéndome que me perjudicaba estar siempre encerrada y salir de mañana temprano. Lo que me hace daño—contesté—es estar apartada de Jesús sacramentado; y dicho esto me retiré al aposento, siendo esta la primera vez que desahogué mi dolor solamente con Jesús.» Lo cual quie-

re decir que, hasta entonces, esto es, hasta los 18 años, había ocultado sus dolores y sus penas á la vista de los demás, guardándolos en su corazón. «Le dije á Jesús: Te quiero seguir, Jesús mío, cueste lo que costare, pero con fervor. No quiero, Jesús de mi alma, como hasta el presente, causarte repugnancia con mis obras tibias; no quiero disgustarte más. Palabras que me salieron espontáneamente del corazón en aquel momento de dolor y esperanza, estando á solas con mi Jesús.»

Gemma era también la admiración de la familia, por su gran amor á los pobres. Lo refiere ella misma, diciendo con su habitual humildad que, en medio de sus muchos defectos de espíritu, la única cosa buena que tenía era la caridad con los pobres. «Cuantas veces salía de casa, pedía dinero á mi padre, y si alguna vez me lo negaba, rogábale que me concediese permiso para coger harina, pan y otras cosas, y Dios permitía que encontrara muchos pobres en las tres ó cuatro veces que salía de casa. A los que venían á la puerta á pedir, les daba telas ó lo que tenía á mano; pero esto me lo prohibió el confesor. Como mi padre llegó á no darme dinero, y yo no podía sacar nada de casa, me vi precisada á no salir; porque cuando salía, no encontraba más que pobres que corrían tras de mí, y me causaba mucha pena el no poder socorrerlos; con frecuencia me hacían llorar.»

No siempre consiguió mantenerse en este propósito, porque su padre, conociendo que era de naturaleza fogosa, y que, por lo mismo, necesitaba moverse, la obligaba á salir, á fin de dar también á sus otros hijos un guía seguro que los acompañase en el recreo. Gemma obedecía, pero apenas habían atravesado la calle en que estaba su casa, tomaba ciertos atajos que conocía, y en breves instantes se ponía fuera de la población, donde se podía gozar del aire libre, apartada del bullicio de la gente. Quiso el demonio amargar este inocente pasatiempo, aceptado por obediencia, y con cautela practicado, valiéndose de un joven oficial

del Ejército, el cual se puso á seguirla cierto día. Gemma no lo vió, porque caminaba siempre con los ojos bajos; pero no faltó quien la advirtiese, causándole gran disgusto la noticia, por lo que, después de muchas súplicas hechas á Dios, tomó la resolución de no volver á salir de casa, como no fuese á la iglesia de San Frediano. La cosa parecía un poco difícil á causa de su padre, pero supo disponerlo todo tan bien, que le salió á medida de su deseo.

A pesar de ser tan grande la virtud de este ángel dentro del hogar doméstico, figurábase ella que carecía de dones celestiales, y continuamente se estimulaba para adquirirlos. «Gemma—se decía á cada paso,—hay que cambiar y entregarse por completo á Jesús.» De todo sacaba motivo para enfervorizarse, lo mismo de las fiestas y solemnidades de la Iglesia, que de la hermosura de la naturaleza, ó del cambio de las estaciones, y aun de los juegos infantiles, en que á veces tomaba parte para divertirse honestamente. Como en uno de estos juegos, llamado de las astillitas, ganaba casi siempre, dijo: «Esto es señal de que Dios exige de mí gran santidad, y yo la deseo también.» Finalizaba el año de 1895, y el pensamiento del año nuevo llevaba á su corazón anhelos de más perfecta vida, por lo que, dejando la meditación, tomó el libro de memorias donde apuntaba sus propósitos, y escribió lo siguiente: «En este nuevo año me propongo hacer nueva vida. Lo que en este año me sucederá, no lo sé, pero me abandono á ti, Dios mío; todas mis esperanzas y afectos son para ti. Sé que soy débil, Señor, mas con tu auxilio, espero y resuelvo vivir cerca de ti.»

Con tan hermosas disposiciones iba el Señor preparando á su fiel servidora para cosas mayores; de esto tenía ella cierto presentimiento, y con el presentimiento el deseo. «En medio de tantos pecados—son sus mismas palabras—todos los días pido á Dios padecer; pero padecer mucho. Sí, Jesús mío, quiero padecer mucho por ti.» Y no es porque fuese novicia en este género de

luchas, pues siendo estimada del Señor desde su primera infancia, tuvo ocasión de ejercitarse en ellas. «Puedo asegurarle—dijo á su director,—que desde que murió mi madre no ha pasado un solo día en que, aunque poco, no haya padecido algo por Jesús.» Pero entonces que no se trataba ya de la infancia, sino de la edad madura, el Señor apretaba su divina mano, y daba golpes maestros.

Fué el primero de estos golpes una enfermedad grave que le envió á uno de los pies, la caries de un hueso, acompañada de agudos dolores. La virtuosa joven, creyendo al principio que no era cosa de importancia, soportó el mal con paciencia; pero por la falta de cuidado, la caries se extendió; el pie empeoró muchísimo, y fué preciso ponerse en manos del cirujano. Este, al ver el estrago ocasionado por la caries, temió que fuese necesario amputar el pie; pero antes intentó una operación parcial, descubriendo el hueso, al que raspó y seccionó profundamente. La enferma se negó á ser cloroformada, y toleró la operación con gran valor. Los de la casa temblaban ante tal espectáculo, pero ella permaneció indiferente é inmóvil, y si de vez en cuando se le escapaba algún gemido en lo más fuerte de la operación, miraba á Jesús crucificado y en el acto se aquietaba, al propio tiempo que le pedía perdón por esta debilidad. Así es como, sirviéndome de sus propias palabras, después de haber rogado mucho para que se le enviase algún padecimiento, Jesús la consoló. Pero no fué sólo con este dolor, sino que conservaba otro mejor en el cáliz amargo de su pasión, para darlo á beber á su sierva querida, una vez libertada de aquel padecimiento corporal.

El Sr. Galgani era hombre de antigua estirpe, bueno, caritativo; no sabía engañar, y por lo tanto, no creía que otros le engañasen. Pero los tiempos en que vivía eran calamitosos, y los desconocía por completo. En cambio, su bondad era generalmente conocida, y muchos fueron los que de ella se aprovecharon. De todas partes acudían á casa de Galgani, quién á pe-

dirle dinero prestado, quién á que le afianzase letras de cambio. Los colonos defraudaban las cosechas, los inquilinos no pagaban las rentas, y unido esto á largas enfermedades de la familia, especialmente de la esposa y dos hijos que terminaron con la muerte, y otras mil desgracias, lentamente consumieron su magnífico patrimonio. Al vencer las letras incautamente afianzadas, la ruina fué completa; porque los bienes, tanto muebles como inmuebles, fueron embargados, y la familia quedó sumida en la miseria más espantosa. Poco tiempo después enfermó el infortunado padre de un cáncer en la garganta, que lo llevó al sepulcro á la edad de 57 años, dejando á sus hijos complemente huérfanos. Conocido de los acreedores el funesto suceso, procedieron, auxiliados por la policía y los alguaciles, á cerrar la farmacia y al secuestro de los pocos muebles que en la casa había, de modo que los infelices niños quedaron en la calle, en el verdadero sentido de la palabra. ¿No te parece, lector, que estás presenciando lo ocurrido al Santo Job, tal como lo refiere el Sagrado Texto? Pues oigamos á Gemma.

«Llegamos al año de 1897, año muy doloroso para la familia. Solamente yo, falta de corazón (así dice, ocultando que es un heroísmo de virtud), permanecí indiferente á tanta desgracia. Lo que más entristecía á los otros (nótese bien, á los demás, no á ella) era el verse privados de recursos, y la grave enfermedad de papá. Una mañana conocí la grandeza del sacrificio que Jesús iba á exigirme pronto. Lloré mucho; pero el Señor se hacía sentir cada vez más á mi alma en aquellos días de dolor, y viendo, por otra parte, que papá estaba resignado á morir, tuve valor suficiente para soportar, con relativa tranquilidad, tamaña desgracia. El día que falleció papá, Jesús me prohibió que llorase; lo pasé orando y resignada con la voluntad de Dios, que en aquel momento hacía las veces de padre terreno y celestial. Muerto papá, nos encontramos sin nada; no teníamos de qué vivir.»

Gemma contaba á la sazón de 19 á 20 años.

Tantas y tan graves estrecheces procuraron en parte remediarlas sus tías. Á Gemma, que era la predilecta entre todos los sobrinos, se la llevó consigo la tía que residía en Camaiore, la cual, siendo rica, pudo tratarla tal como lo era en la casa paterna en la época de mayor abundancia. Sin embargo, así como jamás se quejó de la penuria de Luca, tampoco se regocijó la joven con la opulencia de Camaiore. Su único deseo era el de siempre: trabajar en casa, rezar y estar á solas con Jesús. La tribulación había templado su espíritu, y podía gozar de sus ventajas llevando vida casi celestial en aquella casa, cual si fuese un monasterio; pero el enemigo vino pronto á perturbar este reposo. Véase como.

Gemma estaba dotada de rara belleza; tenía aire gentil, noble y lleno de gracia. Aunque se vestía á la buena de Dios, sin adornos de ningún género, su misma sencillez la hacía más elegante. Llevaba siempre semicerrados, con gracia especial, los ojos, pero al que lograba verlos, parecíanle dos soles. Además, el recogimiento, la piedad y la modestia, en vez de disminuir su gentileza, atraían las miradas de todos. Ocurrió, pues, que un joven de aquella comarca, de opulenta é ilustre familia, se enamoró de ella, y sin mayores preámbulos, la pidió á su tía en matrimonio. ¡Qué ocasión más propicia para levantar de su ruina á la familia! Sin embargo, todo fué en vano. Gemma, no sólo prohibió que se hablase de ello, sino que, para evitar molestias inútiles, determinó irse de aquella comarca. Sabía que el hambre la esperaba en Luca, pero no se arredró; y tanto insistió con su tía, que al fin ésta le permitió volver á la casa paterna, la que encontró tal como la había dejado, sumida en la desolación.

No terminan aquí las pruebas, pues al poco tiempo de su regreso á Luca principió á sentirse mal. Empezó á sentir fuertes dolores en la cabeza, la espalda y los riñones, seguidos de pronunciado encorvamiento de la columna vertebral; más tarde síntomas de meningitis,

acompañados de pérdida del oído y de voluminosos abscesos en la cabeza, uno de los cuales, corriéndose por la región torácica, fué á fijarse en la renal del lado opuesto; finalmente, la caída total del cabello, y la parálisis de los miembros. Al principio, la virtuosa joven ocultó cuanto pudo sus padecimientos, temerosa de que, si los declaraba, se viera obligada á que los médicos la inspeccionasen, lo cual era para ella altamente doloroso. Más aún; hacía bastante tiempo que sentía dolor en la región de los riñones, y jamás consintió que persona de su sexo la tocase ó mirase para ver lo que allí había ¿Y se dejaría tocar ahora y examinar por el médico? Su angustia llegó al colmo; hubiera querido padecer duplicados dolores antes que someterse á tal inspección, pero fué preciso ceder, é hizo á Dios este sacrificio. Doctos profesores se reunieron en consulta, y convinieron en que la enfermedad era una espinitis de naturaleza grave y de curación difícil. Sin embargo, se la operó del absceso lumbar, y se cauterizó la región espinal por medio del termocauterio, sin que en operación tan dolorosa consintiese que se la cloroformizase, pues más le interesaba la custodia de su pudor, que el alivio de sus dolores. Operado el primer tumor, se discutió si podrían operar los más graves de la cabeza, pero en vista de la debilidad de la enferma, se desistió de ello, dando la operación por terminada. Los doctores Gianni, Tommasi, Phanner y Delprete, que fueron los que operaron á la enferma, temerosos de que ésta no llegase á media noche, aconsejaron que aquel mismo día, 2 de Febrero, se le administrase el Santísimo Viático, y así se hizo. El padecimiento no cedía, sino que continuaba su curso, consumiendo lentamente aquel organismo medio deshecho.

Tal lentitud disgustaba á Gemma, porque ansiaba irse al cielo, y por eso decía con frecuencia: «Vamos, sí, vamos á Jesús, para permanecer con El»; pero si bien es cierto que se disgustaba por tan larga y fastidiosa enfermedad, era teniendo en cuenta las

molestias que á los de casa originaba; por lo demás, como Dios lo quería así, permanecía tranquila y resignada en el lecho del dolor, esperando que se cumpliera en ella la voluntad divina. Yacía inmóvil, en la misma posición que de vez en cuando cambiaban manos caritativas, pues ella no podía hacerlo. Además de los de la casa, cuidaban de su asistencia las beneméritas enfermeras Hermanas de San Camilo, llamadas Hermanas Barbantinas, admirables por la heroica caridad de que hacen profesión, y también por la veneración que interiormente sentían para con la enferma. Estas Hermanas llevaban de vez en cuando alguna de sus novicias, creyendo sin duda que, ante la extraordinaria virtud y el singular fervor de que daba ejemplo Gemma en el lecho, sacaran ellas notable edificación. Con el mismo fin iban á visitarla diferentes personas, entre ellas sus antiguas profesoras de Santa Zita, las cuales tuvieron siempre en gran estima á su buena Gemma, y aun hoy recuerdan los bellísimos ejemplos de virtud que tuvieron ocasión de admirar en su enfermedad.

Pasaban los meses y pasaba el año, y aquel soplo de vida no se extinguía. Con las deudas que fué preciso contraer para pagar médicos y medicinas, la miseria iba en aumento, y no se encontraba quien quisiera prestar la menor cantidad. Verdad es que si las personas que iban á visitar á Gemma hubiesen sabido la gran necesidad en que se hallaba, la hubieran remediado de cualquier modo; pero los criados, recordando la anterior abundancia, no se cuidaban de investigar la estrechez actual, que muchas veces llegó al extremo de no haber en casa ni un céntimo con que comprar el ordinario alimento para la enferma.

El tiempo en que iba á premiarse tanta paciencia, se acercaba. Gemma no debía morir, pues el Señor quería glorificarse en ella con la abundancia de sus extraordinarios dones antes de llevársela al cielo. Preciso era un milagro para curar mal tan grave, y

ese milagro lo hizo Dios del modo singular que ella refiere: «La familia hacía novenas y triduos para mi curación; mas yo permanecía indiferente, porque con las consoladoras palabras que había oído de boca de Jesús me sentía confortada. Una de mis maestras vino á verme por última vez, á darme el último adiós, hasta que nos viésemos en el cielo. ¡Tan grave estaba! Me indicó que hiciese una novena á la B. Margarita Alacoque, diciéndome que me alcanzaría la curación, y, en su defecto, la gracia de ir al cielo tan pronto como espirase. Por complacerla principié la novena el 23 de Febrero de 1899. Pocos minutos faltaban para la media noche, cuando sentí una mano que me colocaba una corona en la frente, y oí una voz que por nueve veces seguidas entonaba el *Padrenuestro*, *el Ave-María* y el *Gloria Patri*. Con dificultad respondí yo, á causa de que mi estado de gravedad lo impedía. Aquella voz me dijo después: «¿Quieres curarte? Pues ruega con fe al Sacratísimo Corazón de Jesús toda la noche, que yo veré durante la novena qué es lo que dispone de ti. Mientras tanto, rezaremos juntos al Sagrado Corazón de Jesús.» Era el Beato Gabriel Pasionista, el cual, efectivamente, venía todas las noches, me ponía invariablemente la mano en la frente, y rezábamos los dos un Padrenuestro al Sagrado Corazón. Luego me hacía añadir tres *Gloria Patri* á la Beata Margarita. Terminé la novena el primer viernes de Marzo; me confesé, y por la mañana temprano, arrodillada en la cama, recibí la comunión ¡Ay que felices momentos pasé con Jesús! Una y otra vez me decía El: «Gemma, ¿quieres sanar?» Tan grande era mi emoción, que no podía responder; sólo con el corazón decía: «Jesús mío, como tu quieras.» ¡Bendito sea Jesús; la gracia se me concedió; estaba curada! No habían transcurrido dos horas, cuando me levanté; los de casa lloraban de alegría, y yo, aunque estaba alegre, no era tanto por la salud recuperada como por haberme Jesús elegido por hija suya. En efecto, aquella mañana antes de despedirse, me dijo con mucha fuer-

za al corazón: «Hija, á la gracia que te acabo de hacer, seguirán otras mayores; estaré siempre contigo, seré tu padre, y tu madre será aquélla (y me señaló la Virgen de los Dolores). No puede faltar la paternal asistencia á quien se entrega en mis manos; nada te faltará, á pesar de haberte quitado todo consuelo y apoyo de este mundo.» Ocurría esto el 3 de Marzo de 1899; poco después cumplía Gemma veintiún años.

¡Bendita pérdida y bendita ganancia! Cual si se tocase con las manos, lo dará á conocer la continuación de esta biografía.

CAPITULO V

SALE DE SU CASA POR CONSEJO DIVINO

Gemma se curó perfecta é instantáneamente, siendo el autor de esta curación el Sacratísimo Corazón de Jesús, la mediadora la Beata Margarita de Alacoque, y el instrumento el Beato Gabriel de la Dolorosa. Salió del lecho caldeada por el amor celestial, templada como el hierro al salir de la fragua; así es que el primer pensamiento de esta virgen fué el de volver á comulgar diariamente. «Desde entonces—con palabras suyas,—no podía dejar de ir todos los días á Jesús.» Hambre tan prolongada, que duró más de un año, no podía saciarse con la comunión que con grandes intervalos se concedía á la enferma. Por otra parte, el Señor se sirvió de esta devotísima práctica de piedad, para proveer á su sierva de seguro refugio en lo sucesivo, según la promesa que le tenía hecha: «Nada te faltará, á pesar de haberte quitado todo apoyo en la tierra.» En efecto, por la fecha á que nos referimos, la miseria en casa de Galgani crecía de tal modo, que si las tías de fuera no enviaban socorro, era preciso vivir de limosna. ¡Cuántas veces aquellos pobres niños se acostaron sin cenar, habiendo comido solamente pan, y escaso, al mediodía! ¡Cuántas veces Gemma tuvo por todo alimento durante el día escasísima cantidad de vino, que le daba una señora piadosa! «Para mí—decía,—es esto suficiente; me encuentro bien de salud, no necesito más; si hay algo más en casa, dádselo á mis hermanitos.» Y era tal como lo decía, porque con el pan de los ángeles, que tomaba por la mañana temprano, se saciaba completamente.

Ocurrió también que una piadosa señora, vecina de la ciudad y gran sierva de Dios, que todas las ma-

ñanas solía ir á la iglesia, vió á nuestra jovencita, á la que no conocía. Verla y prendarse de ella, fué todo uno. Le pareció un ángel en carne humana, un serafín abrasado en celestial amor; y no pudiendo contenerse, al cabo de unos días la detuvo al salir de la iglesia, la acompañó luego por la calle y poco á poco se la llevó á su casa, donde pudo á su sabor contemplar la extremada bondad, la cándida sencillez y la singular modestia de aquella joven. «Tenemos—dijo la señora,—once hijos en casa. Uno más ¿qué importa? ¿No podría este ángel venir á vivir con nosotros?» Comunicó la joven el hecho á sus tías, las cuales, viendo, por la gran escasez que atravesaban, que no podían tenerla en casa, otorgaron su consentimiento, no sin derramar abundantes lágrimas, porque en medio de tantas privaciones, ella era su consuelo. Al principio sólo le permitieron ir durante el día, pero al fin consistieron en que se quedase definitivamente.

¿No te parece, querido lector, que esto es un milagro de la providencia divina? Tratándose de viudas ó solteras que viven solas, no es raro, entre cristianos al menos, que, bien sea por caridad ó por alivio y comodidad suya, adopten huerfanitas pobres ó abandonadas. Pero en una familia numerosa, compuesta de padre, madre, tías, hermanas, sobrinas y once hijos, todos menores de veinte años, con poca servidumbre y casa relativamente pequeña, el pensamiento de aquella señora, que era una de las tías de aquella familia, á más de temerario parecía de imposible realización. ¡Pues con cuánta mayor razón, si se tiene en cuenta que la joven que se trataba de adoptar era hija de madre tísica y hermana de cinco tísicos muertos ó próximos á morir! ¿Y por satisfacer un capricho se ha de llevar á la casa semejante peligro, poniendo una persona extraña en convivencia con floreciente juventud?

Dios lo quería, y cuando Dios quiere, no hay, dice el Apóstol, prudencia, consejo ni sabiduría capaz de oponerse. La piadosa señora habló con su hermano y

con su cuñada, y los dos estuvieron conformes. Después habló con los hijos mayores, con un sacerdote, D. Lorenzo Agrimonti, que, tiempo antes admitido en la familia cual segundo padre, y con los demás de la casa, y todos con alegría prestaron su consentimiento. «Sea bien venida Gemma—dijeron los padres;—será el duodécimo hijo que el cielo nos da. Que todos la respeten, que la servidumbre le obedezca y que nada le falte.»

En efecto, bastaba mirar á la joven, á la sazón de unos veinte años, para quedar prendado de ella. Humilde, dócil, respetuosa, apartada de todo cuanto pudiera parecer capricho ó ligereza, era por añadidura devotísima y buena á carta cabal. En cuatro años que estuvo en la casa, no dió motivo al menor disgusto, ni tuvo la más ligera disputa con la servidumbre, ni con los hijos. ¿Quién no sabe lo muy difícil que es que niños de diversa edad, sexo y condición dejen de molestar á una persona extraña que entra en la casa, no con el carácter de criada, sino para sentarse en la misma mesa y hacer vida común con ellos? Pues los hechos por mí referidos son exactos y recientes, y por lo tanto fáciles de comprobar. «Puedo jurar—dice la madre de aquella familia—que en los tres años y ocho meses que Gemma vivió con nosotros, no tuve conocimiento del más ligero inconveniente ocasionado por ella, ni observé el más pequeño defecto.» Del mismo modo se expresan los demás, según iremos viendo.

Dicho esto, estudiemos á Gemma en el nuevo género de vida, si así puede llamarse. Por la pequeña capacidad de la casa, unas veces dormía en el mismo cuarto donde lo hacía la hija mayor, y otras en el de su madre adoptiva, á la que, para evitar equivocaciones, en adelante llamaremos la tía. Gemma, con gran ternura, la llamaba «mi mamá.» El ajuar que había llevado se componía de alguna ropa blanca, muy poca; dos vestidos y un sombrero; nada más quiso. ¡Tal era su despego, según veremos más adelante, al tratar nuevamente de este particular! A ella le bastaba Jesús;

Jesús la tenía ocupada la mayor parte del día. Por la mañana, tan pronto como observaba que se había despertado la tía, se levantaba, y en menos de cinco minutos, se arreglaba y se ponía en disposición de ir á la iglesia. Durante este tiempo no se ocupaba en nada, ni hablaba una palabra, por importantes que fuesen los quehaceres de la casa; quería que las primicias del día fuesen para su Jesús; así es que, de acuerdo con la tía, que pensaba como ella, se levantaba antes de amanecer, cuando los demás dormían y no tenían necesidad de especiales cuidados.

Juntas se dirigían á la iglesia más próxima, en donde ordinariamente oían dos misas; una como preparación para comulgar, que nunca omitían, y la otra en acción de gracias. Cierto que una hora de oración era poco para la fervorosa virgen, porque, á dejarse guiar por los afectos de su corazón, hubiera permanecido entretenida con Dios hasta muy avanzado el día; pero tampoco se quejó nunca de que se le hiciese salir demasiado pronto, pues á la primera señal para marchar, aunque estuviese en éxtasis, como sucedía con frecuencia, volvía en sí y despacito se retiraba siguiendo á la tía. Al llegar á casa, en unión de las hijas mayores y de las criadas, cuidaba de que los niños se vistiesen, los arreglaba y hacía que rezasen; después, para no perder tiempo, se ocupaba en algo que pudiera hacer moviéndose, y mientras efectuaba su trabajo, iba y venía por donde su presencia fuese necesaria.

En la escuela había aprendido Gemma á bordar bastante bien, y otros trabajos que se llaman de lujo; pero ya no le agradaba hacerlos, porque los conceptuaba cosas vanas, que hacían perder el tiempo lastimosamente. En cambio prefería ocuparse en remendar, hacer media y otras cosas que, aunque de poca apariencia, eran de gran utilidad á familia tan numerosa como aquélla. Tampoco se avergonzaba de ocuparse en los oficios de la casa, á pesar de que desde niña había sido asistida por criadas y camareras; así, pues, sacaba agua del pozo, ayudaba á las camareras á arre-

glar las habitaciones, lavaba la vajilla, y auxiliaba á la cocinera en la preparación de la comida.

Cuando en la casa había enfermos, tomaba á su cargo la asistencia, y ella sola era suficiente para cuanto podía ocurrir durante la enfermedad. Habiendo caído enferma una de las criadas, á la que se le formaron abscesos voluminosos en las piernas, Gemma, sin hacer distinción de ama á criada, se encargó de curarla. Le limpiaba el cuarto, hacía la cama, lavaba y vendaba las asquerosas llagas, y aunque la criada le pagaba con desprecios é injurias, y le decía que se fuese y no se acercase más á ella, la piadosa joven no desistía de su empeño, sino que redoblaba sus cuidados, procurando por todos los medios tenerla contenta.

De haberla dejado en libertad, sin duda que hubiera encontrado modo de estar ocupada todo el día, sin descansar, trabajando; pero su madre adoptiva no pensaba del mismo modo. Después de haberla dejado hacer lo que era de costumbre en la familia, le obligaba á suspender el trabajo, diciendo: «Ahora voy á entretenerme con mi Gemma»; y se la llevaba, bien al cuarto de labores, bien al patio de la casa, para coser ó hacer media al aire libre.» Allí, solas, hablaban de Jesucristo, de las cosas del alma, y de un modo especial de la comunión hecha por la mañana, del misterio ó fiesta del día y del deseo de ir al cielo. La buena señora escudriñaba los secretos de la inocente joven, para conocer su espíritu. Después de enardecerla con reiteradas preguntas, de tal modo y con tal destreza la examinaba, que la hacía manifestar las luces recibidas en la sagrada misa, sus propósitos y cuanto le había ocurrido durante el éxtasis. Sobre esto la había instruído yo, y de este modo, gracias al Señor, se conocen muchas cosas extraordinarias que, de no haber usado estas santas estratagemas, jamás se hubieran conocido. La conversación, siempre nueva, aunque principiaba por la mañana y terminaba por la noche, como era á intervalos, no producía tedio ni cansancio.

Ocurría á veces que, después de tales coloquios, la señora se veía obligada á irse por algún tiempo, y otro ocupaba entonces su puesto; pero Gemma escogía el momento oportuno para alejarse disimuladamente, retirándose á su habitación ó al oratorio doméstico, para continuar allí su trabajo manual, estar en la presencia de Dios y rezar. Así pasaban los días aquellas dos almas, lo cual es para mí un semimilagro, dado el desmesurado trabajo que las faenas domésticas hacían pesar sobre la buena señora, la que no paraba de la mañana á la noche; á pesar de ello, sin que hubiese el menor retraso, encontraba modo de pasar largos ratos con su hija adoptiva. «Con Gemma—solía decir—descanso. Al verla á mi lado me pongo alegre, y no siento fatiga ni disgusto de ningún género.» Y añadía: «¡Qué cuenta tendré que dar á Dios, si no sé apreciar el don que me ha hecho con esta angelical criatura, ni saco provecho para mi alma!»

Como ella pensaba el resto de la familia, desde el día que la recibieron, hasta que el cielo se la llevó. La madre de esta familia, de quien ya se habló, decía en una carta: «Gemma fué para nosotros algo extraordinario. Cuando la miro, veo en ella algo que no es de este mundo. ¡Qué felicidad haber vivido con semejante ángel! Por mucho que quiera explicarlo, no encuentro palabras apropiadas para expresar quién era. Un ángel en carne humana, y está dicho todo.»

El venerable sacerdote, huésped de la misma casa, de quien ya se hizo mención, testifica lo siguiente: «Conocer y admirar esta joven adornada de virtudes, y rica de dones celestiales, fué todo uno. Me encantaba su rara ingenuidad, la cual contrastaba con su perspicacia y no común inteligencia. La observé atentamente, y en todo el tiempo que permaneció en nuestra compañía no noté en ella el menor defecto; al contrario, tuve ocasión de admirar el escrupuloso cumplimiento de sus deberes, la abnegación de su voluntad y la práctica de todas las virtudes, que ejercitaba con valentía, constancia y tranquilidad de espíritu, como

la cosa más natural del mundo. Llamaba especialmente la atención su recogimiento y unión con Dios, pues en medio de las ocupaciones domésticas, aun de aquellas que más distraen, se la veía absorta en Dios y en constante meditación, la cual, sin embargo, no le impedía atender á sus ocupaciones. Su fervor y su piedad se trasparentaban en el rostro, especialmente en los ojos, que conservaba modestamente bajos. Confieso que al verla, quedaba yo profundamente impresionado, sin poder mirarla con fijeza.» Así se expresa este sacerdote, el cual, después de otras muchas cosas, concluye su declaración en los siguientes términos: «El bien que hizo á mi alma tratar con este ser privilegiado, sólo Dios lo sabe; los consuelos que me proporcionó, sólo mi corazón los conoce; y siempre recordaré el influjo de sus maneras angelicales, puestas de manifiesto durante mi enfermedad. Estaba verdaderamente sorprendido de su vigilancia, de su exactitud y de sus cuidados, los cuales en verdad tenían algo de maternales.»

Del mismo modo se expresa otro digno sacerdote, amigo de la familia, á la que con frecuencia visitaba. Creo no disgustar al lector, si de su atestado entresaco algunas frases: «La modestia y sencillez que se leían en su rostro, me impresionaron agradablemente, y aunque muchas veces la tuve cerca, jamás noté en ella la menor falta. Cuando tenía que tratar con otras personas, no se mostraba desdeñosa, sino gentil y afable, cualidades maternales en ella, que revelaban la belleza de su alma; no miraba la cara de quien le hablaba, sino que dirigía la vista á otra parte, con cierto aire extraordinario; sus palabras eran pocas, limitándose á contestar á las preguntas que se le hacían; pero con la particularidad de que nunca le oí hablar de sus cosas, y hasta cuando se le pedían noticias de su quebrantada salud, era tan mesurada en las respuestas, que parecía que le causaban fatiga. No era nada nuevo para mí la hermosura de su alma, la delicadeza de su conciencia, ni su completo abandono á

Dios; pero que hubiese adelantado tanto en santidad, ciertamente no me lo había imaginado.»

Gemma comía en la misma mesa con los demás de la familia, pero puede decirse que más bien por fórmula, pues comía muy poco. A veces, tomadas algunas cucharadas de caldo, se levantaba con cualquier pretexto é iba á la cocina, regresando al cabo de algún tiempo para hacer lo mismo con el resto de la comida; de modo que se marchaba de la mesa casi sin comer, y se retiraba á su habitación dejando que los demás, según tenían por costumbre, conversasen entre sí de sobremesa. No pedía, ni aunque se le ofreciese aceptaba, manjar alguno en el resto del día. Tampoco hacía la menor indicación para salir á paseo, y como los de la casa sabían que le repugnaba, se abstenían de hacerle invitaciones que pudieran desagradarla; en cambio, iba por la tarde á la iglesia para recibir la bendición con el Santísimo, piadosa costumbre generalizada en la ciudad de Luca, y al obscurecer volvía á casa.

Vivía en ésta como si tal persona hubiese, porque no se la oía hablar ni reir, no se la veía correr ni moverse, á pesar de que por su carácter parece que debía estar en constante actividad. Al entrar cualquier persona extraña, procuraba alejarse pronto, para dejar en libertad á los de la familia, y para no distraerse oyendo conversaciones inútiles. Fué en esto tan cuidadosa, que al cabo de cuatro años, apenas conocía á ninguno de los muchos que frecuentaban la casa, ni lo que en ésta ocurría; pues aunque oyese hablar, no ponía atención, y, por añadidura, tenía su interior perfectamente ordenado, siendo la virtud su regla y su objetivo Dios.

Ocasión propicia encontró en tal familia la piadosa joven para ejercitar su caridad con los pobres, virtud de que ya diera muestras en la casa paterna, en la época de abundancia. Iba á la cocina con objeto de que la tía le diese los residuos de la comida para socorrer con ellos á los necesitados. Al oir la campanilla

de la puerta, siempre se figuraba que era alguno de éstos, y si no abrían pronto, pedía permiso para hacerlo, lo que efectuaba á la carrera, y la mayor parte de las veces no se equivocaba, pues era algún pobre; Gemma invitábale á entrar, creyendo siempre que en él encontraba un tesoro. Una vez dentro, le hacía sentar en el patio, iba ligera á su escondrijo, cogía la comida que tenía guardada, y alegremente se la ofrecía. Mientras el pobre comía, sentábase ella á su lado para catequizarlo. «¿Ha oído V. misa hoy? ¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa? ¿Hace V. oración por la mañana y por la tarde? ¿Piensa alguna vez en lo que Cristo padeció por nosotros?» Con estas y parecidas preguntas se abría paso para insinuar dulcemente en el alma del pobre sentimientos de fe, de piedad, de resignación, y una vez fortalecido de cuerpo y alma, se marchaba satisfecho. La tía, que conocía aquel piadoso ejercicio, la observaba muchas veces tras las persianas de alguna ventana, notando con gran complacencia suya que á nuestra joven se le encendía el rostro, que sus movimientos eran animados, que toda ella se conmovía, por lo que no podía por menos de bendecir á Dios interiormente. Cuando se veía sorprendida en esta operación, solía decir: «¿No soy yo una pobrecita? El Señor me lo ha quitado todo, y, sin embargo, no sólo no me falta nada, sino que se me trata excesivamente bien ¿y he de consentir yo que á los demás pobres les falte lo necesario?» Volviendo un día sobre este mismo pensamiento sugerido por su profunda humildad, le dijo á la tía: «Lo que hace V. conmigo, hágalo como si se tratase de un pobre que encuentra por el camino, porque de otro modo no adquiere mérito de ninguna especie.»

Aquí viene de propósito que recordemos cuán grande era la gratitud de Gemma para con sus bienhechores. Sencilla en las formas y ajena por completo á cuanto podía saber á cumplido, se leía en su cara lo que el corazón sentía, aunque no lo expresase con palabras: «¡Dios mío—decía en su interior,—qué haré para co-

rresponder á tantos beneficios! No sé como darles las gracias por mi rusticidad; hazlo tú, Dios mío, auméntales sus bienes y págales el ciento por uno de cuanto hacen por mí. Si ha de ocurrirles alguna desgracia, Señor, que caiga sobre mí.» Luego, con voz afectuosa, se dirigía á unos y á otros diciendo: «No se molesten, tengan un poco de paciencia conmigo. Yo rogaré por Vds. cuando esté con Jesús.» Por estas palabras es fácil comprender que la joven, aunque se veía estimada por todos, no por eso dejaba de comprender su estado de humillación, y que en cierto modo se avergonzaba de sí misma. No obstante, se resignaba á la voluntad de Dios, y permanencía tranquila esperando que El se dignara disponer de ella, según su beneplácito. De tal modo lo disimuló, que nadie llegó á darse cuenta de las penas que, por este motivo, sufría su corazón. Escribiendo á su director, le decía: «Contemplo mi corazón, veo que posee á Jesús, y poseyendo á Jesús, ya puedo reirme, á pesar de tantas amarguras. Sí, soy feliz, en medio de mi desgracia.»

Las oraciones de la joven por sus bienhechores tocaban á lo vivo en el corazón de Dios, moviéndole á recompensarlos con largueza, y de ahí que un día pudo escribirme: «¡Si supiese V. cuánto les ayuda el buen Jesús! A cada momento los bendice y los preserva de desgracias.» En cierta ocasión enfermó gravemente la madre de aquella familia, presentándose unos dolores espasmódicos tan fuertes en las entrañas, que los médicos hicieron mal pronóstico, Compadecida Gemma, pidió al Señor que le permitiese sufrir aquellos dolores en sustitución de la enferma, y Dios la oyó. Véanse los términos en que me refiere el hecho: «Los dolores que sufría la madre de los niños, me los tomé yo, y crea, Padre, que son atroces. Yo no sé lo que sucederá.» En efecto, la señora quedó curada en el acto, pero la pobre Gemma sufrió aquel tormento por espacio de muchos meses, tormento que la condujo al borde del sepulcro.

Entre tanto iba Dios realizando sus altos fines en aquella alma predilecta, según su infinita sabiduría.

Quería que caminase por vías extraordinarias, no en secreto, sino por señales y portentos exteriores, y así glorificarse en ella de un modo especial. En efecto, durante los cuatro años que permaneció en la casa de sus bondadosos bienhechores, se realizaron los asombrosos fenómenos de que á su tiempo hablaremos. Si hubiese permanecido en la casa paterna, hubieran hallado entorpecimientos, y quizás semejantes manifestaciones hubieran sufrido algún peligro, porque no había allí quien pudiese atenderla, guiarla y aun ocultarla á las miradas profanas. Tan convencida estaba Gemma de esto, que temblaba al solo pensamiento de tener que volver á su casa, aunque fuese por un día, y en cambio encontraba mejor que un convento la casa en que Dios dispuso que fuese admitida. Allí no había visitas de gente mundana, ni bullicio, ni disipación; desde el primero al último, eran todos profundamente religiosos, y la señora que con ella hacía veces de madre, bastante práctica en la vida espiritual; así es que podía conocer los secretos de su alma, y servirle de valiosísima ayuda. Dotada de gran prudencia, sabía eludir Gemma las conversaciones en público, conversaciones que nunca faltan en tratándose de fenómenos extraordinarios del orden sobrenatural. Viviendo con una familia numerosa y dedicada al comercio, logró nuestra joven pasar inadvertida, de modo que los bienes con que el cielo la dotó, solamente fueron conocidos de sus directores espirituales. ¡Tan bueno es el Señor en el ejercicio de su providencia!

Séame permitido, antes de poner fin á este capítulo, dirigirme á la benemérita familia que albergó á Gemma, y con corazón conmovido, darle las gracias en nombre de aquel mismo Dios á quien se propuso honrar, haciendo bien á su bendita sierva. No me han permitido que en estas páginas declare sus nombres, cumplo su voluntad; pero el Señor los tiene escritos en el libro de la vida.

CAPÍTULO VI

Espíritu de santidad de la sierva de Dios

Además del espíritu de santidad común á todos los justos, hay otro, propio exclusivamente de cada uno. El primero consiste en la posesión de las virtudes enseñadas por Jesucristo Señor nuestro, cabeza y modelo de los predestinados; y el segundo en el ejercicio de una virtud especial, que es como el alma de las demás, constituyendo la característica de cada santo. Que Gemma había procurado con empeño adquirir las más hermosas virtudes desde sus más tiernos años, lo hemos principiado á ver, y más adelante lo veremos mejor. Las practicó y poseyó todas en grado eminente, al extremo que sería difícil precisar cuál era en ella la principal. Sin embargo, tuvo una virtud especial, característica, que ejercitó con espíritu propio, virtud que la transparentaba, alma de todas sus obras, que la hacía amable en extremo, virtud que el lector habrá adivinado, después de leído el capítulo II: la sencillez evangélica.

Será, pues, muy conveniente, antes de emprender la descripción de las virtudes que adornaron á esta sierva de Dios, que demos á conocer su extraordinaria sencillez. ¿Qué importa que el mundo menosprecie esta virtud? El justipreciador de las cosas es Dios, y aprecia tanto esta virtud, que llega á decir: «Tiene su corazón inclinado hacia los que comunican con sencillez» (Prov., XI); «reserva para ellos sus más íntimas comunicaciones» (Prov., IX); y en el Evangelio: «Si no os hicieseis sencillos como niños, no tendréis parte en el reino de los cielos.» (Mat., XVIII). De comparaciones tan hermosas, fácilmente se deduce cuán interesante es la sencillez evangélica, es decir, que ha-

ga el cristiano por virtud lo que por naturaleza hace el niño, teniendo su alma apartada de la malicia y del error, y sus facultades todas informadas por la más exquisita rectitud; pues esa virtud, según enseña Santo Tomás, es fruto de la modestia y la verdad.

El hecho es que Gemma poseyó de un modo completamente nuevo, y en alto grado de perfección, virtud tan estimable; siendo tan sencilla en sus pensamientos, que no era capaz de juzgar torcidamente de nadie, por mucho que viese ú oyese. Su alma, serena y en inalterable paz, tenía los ojos puestos en Dios, y con su entendimiento veía en Él las otras cosas, ya fuesen de por sí buenas ó malas, agradables ó ingratas; era cual terso espejo al que todos se pueden acercar, sin que dejen en él impresión de ninguna especie. De esta hermosa cualidad del alma participaba su cuerpo, pues aun cuando no subyugaba su mirada, el corazón era atraído por sentimientos de veneración y dulce confianza, tanto que un respetable sacerdote llegó á decir, después de haber conversado con ella: «No tendría dificultad en hacer confesión general con esta muchacha, y confiarle los secretos más íntimos de mi alma; tal es la confianza que me inspira el candor de la suya.»

Y, en efecto, no eran escasos en número los que, atraídos por su angelical sencillez, iban á tratar con ella asuntos muy delicados; escuchábalos modestamente; en pocas palabras les daba su parecer; si era preciso los amonestaba, y en el acto, sin hablar más, se recogía en su interior. Temía que extrañas ideas mezcladas con las celestiales, únicas de su agrado, disminuyesen la sencillez de su entendimiento. Más de una vez puse yo mismo á prueba tan virtuoso proceder, procurando hablar de cosas ajenas; pero mi discurso era interrumpido: «Padre, he rogado á Jesús por aquel infeliz; le di gracias por el buen éxito de aquel negocio: no pensemos más en eso.»

Por la rectitud de su conciencia debía ser incapaz de concebir pensamientos de vanagloria; y así fué, pues

nunca los tuvo, y aunque el demonio procuraba ponerle asechanzas, mostrándole sus méritos y buenas obras, no se dejó sorprender: El *sí* y el *no* del Evangelio, bajo cuya regla había determinado vivir, eran para ella como el fiel de la balanza que se encuentra en equilibrio. Como era humilde, le desagradaban las alabanzas; pero sin descomponerla, como tampoco la descomponían las injurias ni los vituperios. Para ella todo era igual, como ocurre con los niños, los cuales, á causa de su sencillez, no saben dar importancia á hechos que al resto de los mortales tan mal efecto causan.

Según tenía el alma, así tenía el corazón aquella inocente paloma; siempre en perfecto orden, sereno y lleno de candor. Corazón tan puro era de todos y para todos, pero siempre con la vista fija en Dios. Nada deseaba, nada buscaba, y de nada se turbaba, porque estaba exento de terrenales afectos. En los horribles padecimientos con que el demonio la atormentó, sólo la afligía el temor de ofender á Dios; y á no ser por este motivo, ni su director se hubiera enterado de ellos. Otro tanto se puede decir de los demás dolores, imitando así al divino Cordero, de quien dicen los Profetas que era conducido al matadero sin abrir la boca, ofreciendo al verdugo su garganta. ¡Cuántas veces, yendo á la iglesia en busca de confesor, fué insultada por los monaguillos públicamente y poco menos que arrojada del templo! A pesar de todo, se callaba, y lo mismo hacía en casa. No quiero referir aquí lo que he de decir más adelante; me limito á esta prueba por ahora, y paso á otro asunto.

Sencilla era Gemma de alma y de corazón, y como de la abundancia de éste habla la lengua, tenía que ser forzosamente sencilla en sus palabras, y no pensando mal de nadie, no sabía hablar torcidamente. «Necesidad había de tenazas—dice un testigo—para conseguir sacarle algo que fuese útil ó necesario conocer.» Y esto no sólo ocurría con los de la familia, sino con su director. Preguntada sobre algún hecho, se contentaba con exponerlo á la ligera, de modo que á veces

era difícil comprenderla; y si respondía por escrito, agregaba unos cuantos puntos, como diciendo: adivina lo demás, y sin más dilaciones pasaba á otro asunto. Si por sí misma era inducida á manifestar alguna cosa al padre espiritual, le decía: «Padre, fulano ó zutano no camina como Jesús quiere; escríbaselo y amonéstelo para que se enmiende»; y terminaba con los consabidos puntos.

Al hablar ó escribir, no usaba los preámbulos que de ordinario se acostumbra y tiene prescritos la cortesía; pues juzgando que sólo sirven para perder tiempo, y acaso para sorprender, ó poco menos, al que escucha ó lee, iba directamente al asunto, quienquiera que fuese la persona á que se dirigía, si bien es verdad que tenía formas exclusivamente suyas, llenas de innefable sencillez, con las que á menudo principiaba sus cartas: «Monseñor, sepa que hoy me ha sucedido esto ó aquello;» «Señora Condesa, Jesús ha dicho que usted debe terminar esta obra santa;» «Padre mío; oiga una cosa curiosa que le voy á decir,» con otras semejantes que, para quien tiene sentido, deben agradar infinitamente más que las afectadas ceremonias hoy en uso.

Al hablar, según ya se indicó, era parca y reservada; pero escribiendo era más comunicativa, debido, sin duda, á que no la cohibía la presencia del interlocutor; sólo se restringía cuando tenía que hablar de sus asuntos. No obstante, si se dirigía á su director, generalmente era bastante explícita. Cuando la persona á quien escribía era conocida, no le importaba que el pensamiento fuera mejor ó peor expresado, en alabanza suya ó en vituperio, ni que se interpretase bien ó mal; pues tan pronto terminaba la carta, la cerraba sin leerla para no ocuparse más en lo que había escrito. Si no tenía á su disposición hoja entera de papel, escribía en la mitad ó en el primer trozo que encontraba á mano. Una sola vez, precisada á escribir y careciendo de sello, mandó la carta sin franquear. «¡Quién sabe lo que dirá el Padre cuando tenga que pagar el

recargo! Espero, sin embargo, que me perdonará, pues soy tan pobre que no tengo ni un céntimo.» A la verdad, semejante descuido no podía molestar, yendo acompañado de sencillez tan encantadora.

Sucedía á veces que, cediendo la amable joven á los impulsos de su corazón, su modo de conducirse causaba algunos pequeños disgustos, costando gran trabajo persuadirla de que no convenía fiarse de todos, y hacerle ver que daba motivo á regañarla con dureza. Creía que todos procedían con inocencia igual á la suya, que de todos podía fiarse, y no concibiendo que quien le reñía pudiese hacerlo por pasión ó ira, procuraba persuadirse de que era aquello sugestión diabólica, permitida por Dios para humillarla, con lo que se aquietaba. Sin embargo, hemos visto ya que Gemma no era corta de entendimiento, ni atolondrada, sino que se inclinaba á obrar así, porque se había hecho niña por amor de Dios.

Siendo la sencillez de esta virgen fruto de sus intachables costumbres, nada tiene de extraño que tal virtud la acompañase en todo. Sencillez en el porte y en el trato; sencillez en el vestido y en el mobiliario; sencillez en la ropa de uso, si se puede decir que la tenía propia; en una palabra, sencillez en todo. Nada tenía que fuese superfluo, ni lo quería tampoco; interpretaba á la letra la palabra sencillez, puesto que sencillo quiere decir libre de cosas superfluas, contentándose con lo más necesario. Bastaba mirarla para quedar maravillado. Sus modales nada tenían de particular, si se exceptúa cierta gravedad adquirida en la constante presencia de Dios, como pudiera adquirirla otra doncella cualquiera. En la iglesia, donde pasaba largas horas todos los días orando al pie del tabernáculo, permanecía inmóvil como una estatua, sin dejar traslucir lo que en su alma pasaba, sin lanzar un suspiro, ni un gemido, ni hacer el menor gesto que pudiera llamar la atención; y si las llamas de su amor la hacían derramar alguna lágrima, con las manos cubría el rostro, inclinándolo sobre el pecho. Para

decirlo de una vez, acompañaba á Gemma y á sus virtudes todas la estimable sencillez, constituyendo su forma, ó mejor dicho, su condimento; pues no tuvo una sola que no llevase impreso su sello, pudiendo decirse con razón sobrada que tal virtud fué la característica de esta esposa de Cristo.

Tan rara cualidad, no sólo acompañó á las visibles virtudes de Gemma, sino que, puestas sus raíces en el entendimiento y en el corazón, la acompañó también por las sublimes vías de la contemplación mística á que Dios quiso elevarla. Entró Gemma en esta vida siendo niña de espíritu y de edad, y como niña trató á la Majestad Divina, descubriendo secretos y gustando dulzuras inefables. Confieso con sinceridad que esta fué para mí la mayor maravilla que observé en Gemma, y el argumento más convincente para que, desde los primeros momentos, juzgase como cierto su espíritu de santidad; su sencillez y su espontánea naturalidad, en medio de lo que hay de más sublime en el orden sobrenatural.

Y en verdad, ¿quién ignora que los sublimes misterios de la fe son de tal naturaleza, que ante ellos el hombre mortal queda sobrecogido, sin que lleguen á acostumbrarse ni los mismos que por experiencia los conocen, de modo que, temiendo y temblando, esperando y amando, reciben las comunicaciones que el Señor se digna concederles? Con Gemma no sucedía eso; para ella la fe, más que fe, era evidencia, y en los misterios más recónditos se encontraba como si dijéramos en su natural esfera, sin tener necesidad de esforzarse para que el entendimiento y la voluntad diesen acceso á las grandes verdades. Veía á Dios, la Humanidad Sacrosanta del Verbo, la Eucaristía, los Angeles y Santos del cielo, y con ellos hablaba por medio de su corazón; á sus pies se humillaba, lloraba, gemía y rogaba, pero como si los tuviese ante sus ojos desprovistos de todo velo; y esto sucedía, no sólo durante sus raptos y éxtasis y en el secreto de la contemplación, sino de un modo casi habitual y ordinario, y

aun en tiempos de sequedad de espíritu. Repetiré lo que antes dije, que también yo dudé de esto en cierta ocasión, aunque por poco tiempo. Gemma, como si lo hubiese presentido, me dió cuenta de algunas de sus altísimas comunicaciones con la Divinidad, agregando: «En verdad que esto es el cielo en la tierra, pero yo deseo ir al mismo Paraíso, porque aunque veo á mi Dios y á Jesús, mi padre, nunca lo veo *todo entero*. No me permite verlo por completo, por más que lo que me deja ver supera á toda comprensión humana; pero yo deseo verlo por completo.» Ese es el mérito de la fe; pues en medio de tanta evidencia y de tanta familiaridad, permanece encendida en deseos de alcanzar los bienes futuros.

Tal como á las criaturas es permitido, Gemma se ponía en presencia de Dios, sin que la turbase aquella Majestad Infinita, y le hablaba con la confianza con que una niña habla á su padre, sentada sobre las rodillas, como en su sitio natural. Por eso, salvo el debido respeto, le hablaba con la misma sencillez é ingenuidad en las palabras y en los modos, con que se acostumbra hablar á los niños. Para dar idea de ello, sería preciso que reprodujese aquí los largos coloquios de sus éxtasis y contemplaciones que se han conservado; por ahora me limito á uno solo que refiere ella misma en su escrito dirigido á un director; más adelante veremos otros. «El viernes se me hizo visible Jesús, pero estaba muy serio, parecía que lloraba, por lo que le dije: Jesús mío, ¿qué tenéis para llorar así? ¿No sería mejor que llorase yo, que tantos deseos tengo? Jesús no me respondió, por lo que me aparté cuidadosamente para acercarme á la Madre celestial y le dije: Madre mía, ¿qué tiene Jesús que llora tanto? ¿Qué puedo hacer yo para contentarlo? Cuidado que no diga nada á quien le pregunte por estas cosas.» Véase como, mientras esta niña juega con Dios, El la eleva á las altas concepciones de los misterios de su justicia en el gobierno del mundo, y de su amor infinito para con las almas.

La presencia visible del ángel custodio con que la favoreció Dios frecuentemente, era una de las cosas más naturales para esta virgen. Le hablaba como se habla á un amigo, á menudo le daba encargos para los pobladores del cielo y también para los de la tierra, con humilde reverencia, es cierto, pero con afectuosa familiaridad, tanto que si, mientras departía con él era llamada, ó tenía precisión de cumplir alguno de sus deberes, se levantaba inmediatamente, y sin hacer el menor cumplido, corría presurosa á llenar su obligación, dejando al ángel esperando. Por la noche le decía, al acostarse, que la signase en la frente y velase á su cabecera, y una vez obtenida la conformidad, daba la vuelta y se dormía, sin proferir una palabra más. ¡Benditos sueños, y bendita virgen, á la que acompañan visiblemente los ángeles del cielo!

Por la mañana, al despertar, aunque viese á su fiel custodio en el mismo puesto, poco ó nada le decía, porque estaba ansiosa de volar á la iglesia para comulgar, acto en que había reflexionado toda la noche, á causa de dormir muy poco. «Tengo un pensamiento muy bueno—le decía,—voy á Jesús; si quieres esperarme, hablaremos al regreso; de lo contrario, haz lo que te parezca»; y con la misma se marchaba.

Cuando por primera vez se le presentaron en las manos, pies y costado las señales de la crucifixión del Salvador, su angustia fué grande. Creyendo que todas las almas desposadas con Cristo por el voto tenían aquellas señales, con la mayor sencillez preguntaba á unas y á otras, si alguna vez habían experimentado semejantes heridas, y obtuvo contestación negativa. ¿Cómo ocultar, pues, impresiones tan profundas y sanguinolentas? Después de mucho reflexionar, resolvió manifestarlo á la tía, y presentándose con los brazos extendidos y cubiertas las manos con el vestido, le dijo: «Tía, vea lo que me ha hecho Jesús.»

Durante algunos años se le renovaron estas llagas todas las semanas; al poco tiempo se agregaron las heridas de la corona de espinas alrededor de la cabe-

za, las lágrimas de sangre y otros fenómenos extraordinarios que luego referiremos. Del jueves al viernes por la tarde participaba de la Pasión del Salvador, y sufría dolores atroces parecidos á los de la muerte. Pues á pesar de ello, concluído el éxtasis, se levantaba como si nada hubiese ocurrido, se lavaba la cabeza y las manos para limpiar la sangre que había corrido en abundancia, estiraba las mangas de su vestido para cubrir las cicatrices, y en la creencia de que nadie la había visto, con la mayor tranquilidad se ponía á conversar con los de la familia.

Seguramente, lector querido, te causará extrañeza que una jovencita, á la que suceden hechos tan insólitos, no se detenga á pensar ni á preguntarse qué será aquello, si será buena ó mala señal, obra de Dios ó de Satanás. Pues esto es lo que ocurre con Gemma; cuando llegue la ocasión ya se lo participará á su director espiritual para que le dé consejo y dirección, pero entretanto permanece tranquila, sin hacer indagaciones. Después de haber visto cara á cara á su Dios crucificado, y padecido con El y contemplado los misterios de la redención, se encuentra, apenas recuperado el uso de los sentidos, en disposición de jugar con los niños de la casa.

Finalmente, y para decirlo de una vez, con bastante frecuencia recibía luces de Dios en los éxtasis, referentes á cosas que se debía hacer ó evitar, bien por ella bien por otros; y tan pronto como podía, se lo manifestaba á su director, de palabra ó por escrito. «Jesús me ha dicho esto y lo otro, y me ordena que se lo manifieste. Si yo no comprendí bien, haga que El mismo se lo explique mejor.» Una vez hecho esto, no volvía á ocuparse más en lo ocurrido, y si el encargo se repetía tres, cinco ó más veces, otras tantas se lo volvía á manifestar á su director, con la misma calma y sencillez, según dice la Escritura, con que procedía el niño Samuel con el sacerdote Elí. «Padre, Jesús ha dicho esto y esto. Cúmplalo.»

¡Hermosa sencillez! ¡Ante ti yo me confundo!

CAPÍTULO VII

DE SU DESAPEGO DE LAS COSAS TERRENALES

«El que quiera venir en pos de mí—dijo Jesucristo —deje cuanto tenga, tome su cruz y sígame.» Con esto nos dió á entender que, para revestirse del hombre celestial y perfecto, que es el Dios humanado, hay que despojarse del hombre viejo, terrenal y vicioso, renunciar á los apetitos desordenados y resistirlos con violencia, pues de otro modo no podemos ser discípulos suyos, ni andar por el camino de la santidad. Es necesaria, por consiguiente, la mortificación, la humildad, el despego de las cosas de la vida, la generosidad y el valor para soportar los trabajos que Dios nos envía. Tales fueron también los medios de que se sirvieron los elegidos para santificarse; y los que más se distinguieron en practicarlos fueron igualmente los que mejor salieron de su empresa.

Habiendo Gemma, desde su niñez, hecho el propósito de seguir á Jesucristo y alcanzar la santidad, tenía necesariamente que usar los mismos medios, y, de hecho, se sirvió de ellos con tal perfección, que desde las primeras pruebas aparece como una de las más generosas, fuertes, pacientes, mortificadas y humildes, entre los siervos de Dios que venera la Iglesia. En este capítulo hablaremos solamente de su despego de los bienes de la tierra, dejando para los siguientes las demás virtudes.

Todos sabemos cuán difícil es que una joven de condición distinguida renuncie á vestir con elegancia y adornarse, sobre todo si ha de permanecer entre la gente de mundo. La naturaleza misma inclina al sexo débil á exhibirse, y lo impele con tal fuerza, que, sin una gracia especial, no consigue refrenarlo. Tal gracia

la concedió el Señor á Gemma desde su infancia; gracia que confirmó, en la edad subsiguiente, del modo que voy á expresar. Cierto pariente suyo le regaló un reloj de oro, un collar y una cruz del mismo metal. Con el fin de complacer al que le hizo el obsequio, creyó que, cuando menos, debía ponérselo una vez que salió á la calle; pero al regresar á casa y despojarse de las prendas, le pareció ver á su Angel custodio mirándola con aire severo y diciéndole: «Los collares y prendas que hermosean á la esposa del Rey crucificado son únicamente la cruz y las espinas;» y desapareció. Imagínese el lector la impresión que produciría en la piadosa joven aquella aparición y aquellas palabras tan significativas. No necesitó más: apartó de sí el reloj y la cadena, quitóse también un anillo que tenía, postróse en tierra, y llorando, hizo el siguiente propósito: «Por amor tuyo, Jesús mío, y á fin de agradarte solamente á ti, prometo no llevar jamás cosas vanas ni hablar tampoco de ellas.» Observó durante su vida, esta promesa, y desde aquel día no quiso saber nada que se relacionase con modas y adornos. Vestía sencillamente, saya de lana de color negro, manto del mismo género y sombrero de paja, también negro. Nada de manguitos, pulseras, collares, pendientes, alfileres de pecho, flores ni cintas en el cabello, pues en vano los de la familia trataron de disuadirla de su resolución. Este fué el único vestido de Gemma mientras vivió, tanto en verano como en invierno, en los días de trabajo como en los festivos; nunca quiso otro.

Lo que se dice del vestido, hágase extensivo á los demás enseres, como libros, cofres, cuadros y muebles semejantes que se encuentran, hasta en las casas más humildes. Un tosco cofrecito de madera con escasa ropa blanca, un crucifijo, un rosario y dos ó tres libros de devoción, era todo el ajuar de esta virgen cristiana. Decía graciosamente: «No tengo nada, soy pobre, completamente pobre, por amor de Jesucristo.» Aun de las imágenes sagradas que le regalaban se des-

prendía pronto, porque le parecía que era tanto más libre, cuanto más se apresuraba á dar aquellas cosas que no le eran de absoluta necesidad. «Jesús me ha dicho—repetía con frecuencia:—te crié para el cielo; por lo tanto, nada tienes que ver con la tierra. ¿Qué hago yo con las cosas que no necesito?» Cuando enfermaba no mostraba deseos de cosa alguna, y para evitar molestias á los de la familia, decía que se encontraba bien, que nada necesitaba, y procuraba estar tranquila en presencia de ellos, para que no se enterasen de sus padecimientos y le suministrasen medicinas ó alimentos especiales. En verdad, que semejante criatura estaba muerta para sí misma.

Gemma, quería entrañablemente á sus progenitores, pero singularmente á su madre; y, sin embargo, ya hemos visto con qué tranquilidad recibió la noticia de su muerte, calma que no la abandonó cuando asistió á la agonía de su padre y á la de su querido hermano Ginés. Algún tiempo después perdió una tía, otro hermano adolescente y á su hermana Julia, la confidente de los secretos de su alma, joven de 18 años. Pues bien, véase con qué tranquilidad da cuenta á su director de semejante pérdida: «Padre, la tía que estaba enferma, como V. sabe, ha muerto; era muy buena. Encomiéndela á Dios por si tuviese necesidad de sufragios. También murió Antonino; ¡pobre hermano mío! ¡cuánto sufrió! Dígale al Señor que tenga misericordia de él.» La carta comunicando la muerte de Julia es más expresiva; destila dolor, pero con calma y resignación: «Padre, anteayer murió mi hermana Julia. V. sabe que era muy buena, pero el Señor la quiso para sí. No me reprenda; no lloro, ya sé que Jesús no quiere. ¡Viva Jesús!» Tales sentimientos no cabe duda que salían del corazón, según lo comprueba una carta de su madre adoptiva, en que me decía: «Padre, bien sabe V. cómo se querían estas dos hermanas; pues á pesar de ello, Gemma no se descompuso ni lloró, sino que rogó á Dios por el alma de su

hermana, y dió gracias á Jesús. ¡Qué virtud más heroica! Yo, por lo contrario, lloré mucho, y Gemma me consolaba diciendo: No llore.»

Aunque es verdad inconcusa que esta joven bendita era más del cielo que del mundo, y que en su exterior se mostraba indiferente con las personas, y aun algo descortés, tenía, sin embargo, un corazón tierno y amable. No conociendo el amor sensual, á causa de su gran pureza, no experimentaba dudas ni escrúpulos, y amaba con libertad de espíritu á las personas de quien dependía, ó á quienes debía alguna atención; pero no todos se daban cuenta de ello, sino los que la estudiaban de cerca y no le quitaban la vista de encima, porque este ángel, además de amar, amaba con delicadeza. Á pesar de todo, su corazón no permanecía atado; le era igual que su amor fuese ó no correspondido, y si bien es cierto que sentía la pérdida de las personas queridas, era por poco tiempo, pues en el acto acudía á Jesús y le decía: «Jesús mío, por ti hago voluntariamente este sacrificio; quiero estar solamente contigo, completamente sola;» y en el acto se tranquilizaba. De su padre espiritual, á quien llamaba con infantil candidez «Mi papá» era despegadísima, y jamás se le quejó de la poca frecuencia de sus visitas, ni de la tardanza en contestar sus cartas. «No me reprenda—escribió,—si le digo que tengo necesidad de verlo; pero si no viene, quedo igualmente contenta. De todos modos, pregúnteselo á Jesús, y si él le dice que sí, venga pronto. Tres cartas le he escrito, y á ninguna me ha contestado. Me parece que Jesús quiere que V. me dé á conocer cómo debo conducirme en tal y tal cosa. Tengo la seguridad de que seré obediente; pero si no tuviese tiempo ni deseos de escribir, haga lo que guste, que yo me conformo con la voluntad de Dios.» Cuando estaba próxima á morir, suplicó que se pusiese un telegrama á Roma llamando á su director espiritual, y después de haber contestado afirmativamente, de súbito dijo: «También hago á Dios el sacrificio de este consuelo.» No quiso ya que fuese y, como se dirá más

adelante, murió sola, con Jesús solamente, ahogada en un mar de penas.

El mismo Salvador le servía de maestro para perfeccionarse en la importantísima virtud del despego. Referiré entre otros un solo caso. Se trata de un diente del Beato Gabriel, reliquia que yo le regalé, y que ella estimaba mucho, llevándola siempre consigo. Sucedió que un día, entretenida con el Señor en dulce coloquio, según ocurría con frecuencia, le dijo con inimitable candor: «Jesús mío, el Padre me habla siempre de despego, y no puedo comprender con qué objeto; porque ni tengo nada, ni sé de qué cosa tengo que desasirme.» Y el Señor le contestó: «¿No estás adherida excesivamente al diente del Beato Gabriel?»—«Por un momento callé—dice ella relatando el suceso;—pero al fin, y casi llorando, exhalé un lamento y dije: «¡Pero, Jesús mío, si es una reliquia preciosa!» Jesús, con alguna severidad, exclamó: «Hija, te lo dice tu Jesús, y basta.» «¡Ah Jesús mío—decía después,—á Ti no nos apegamos nunca!»

No acabaría nunca si hubiese de referir detalladamente los hechos edificantes que de este asunto conozco, y los sublimes desahogos que en conversaciones, cartas y éxtasis tenía esta hija santa, con los cuales daba á conocer que solamente deseaba amar á su Dios. «Quiero ser sólo de Jesús. ¿Y qué otra cosa puedo amar, si poseo al Señor? Ni las criaturas son para mí, ni yo soy para ellas; por consiguiente, no puedo amarlas.» Dándome cuenta de su conciencia, me decía: «Ayer, en un rapto amoroso que tuve con mi Dios, le supliqué que me apartase de todas las cosas, que me despojase del cuerpo y dejase á mi alma libre de ataduras para volar á El, y permanecer con El constantemente. Pero Jesús, jugueteando conmigo, me preguntó: «¿A dónde quieres volar?»—«A Ti, amoroso y dulce Señor mío». Jesús me replicó: «Deja que vuelva á ti alguna vez más, y cuando te haya libertado de las afecciones terrenas, vendrás conmigo.»

La vida terrena era ya un fastidio para la cándida

paloma; porque teniendo el corazón en otra parte, se consideraba como persona extraña en este mundo, que á nadie conoce ni es conocida, según ella misma dice: «Vivo en este mundo, pero con el alma distraída (expresión muy exacta), porque mi pensamiento se dirige cada vez con más fuerza hacia el Señor; excepto Él, todo lo desprecio.» Natural era que, encontrándose disgustada, contase como el peregrino los días que le faltaban para llegar á su patria, y que de vez en cuando volviese la vista atrás para ver el camino recorrido y calcular el que le quedaba por recorrer. Esta comparación es de Gemma, quien se la aplicaba con gracia singular. «Estoy conforme con que el tiempo transcurra pronto, pues eso menos tengo que permanecer en este mundo, en donde nada me atrae. Mi corazón busca el bien, un bien inmenso, que me tranquilice, que me consuele, que me deje descansar; y ese bien no se encuentra en las criaturas.» Ya volveremos á ocuparnos en otra parte del deseo que tenía Gemma de irse al cielo con su Dios.

Quien en tan poco estimaba la vida temporal, no es extraño que la ofreciese á cada paso, como si se tratara de averiada mercancía. ¿Enfermaba de peligro cualquier persona amiga? Pues al punto corría Gemma en busca de su director espiritual, á pedirle permiso para dar uno, dos ó más años de vida, diciendo: «Jesús aceptará con seguridad el cambio; accede, Padre.» Y para hacerme fuerza, echaba mano de tales consideraciones, y las exponía con tal destreza, que de no revestirme yo de gran prudencia, corría peligro de ceder. «Mire, Padre—me decía,—trátase de una madre con muchos niños. ¿Cómo quedarán éstos, si les falta su madre? Permítame que le diga al Señor: A mí no me importan dos años menos.» De igual modo obraba si era necesario convertir algún pecador de los que tanto abundan. «Jesús mío—le decía,—te doy tres años de vida si conviertes este pecador.» Al fin me dejé seducir por tan halagadora elocuencia; concedí el permiso, el Señor aceptó el cambio, y Gem-

ma murió al llegar al término estipulado, según referiré detalladamente en el lugar oportuno.

Sabido es cuán aferradas son las mujeres á su propio juicio, tratándose de asuntos piadosos, y lo difícil que es hacerles desistir de él, aun por los directores más sabios y prudentes. Podrán tener más ó menos apartado su corazón, en lo referente á las cosas temporales pero tratándose de las del alma, no sucede así. No saben ni quieren escuchar á nadie, más que á sí mismas; y si esto es así, ¿con cuánta mayor razón sucederá tratándose de visiones, locuciones y otras cosas extraordinarias? El confesor tiene que dejarse vencer por estas ilusas, pensar como piensan ellas y alabar su feliz estado, pues si no lo hace así, todo se vuelve lamentos y murmuraciones, cuando no franca hostilidad. ¡Tanto puede el orgullo maldito en las hijas de Eva! Con Gemma sucedió todo lo contrario, y eso que tenía razones más que sobradas para creer que eran obra de Dios los hechos admirables que en ella se realizaban; pues Dios mismo, con demostraciones palpables, se lo aseguraba diciéndole: «No temas; soy yo quien obra en ti.» Sin embargo, esto no era suficiente, quería que el padre espiritual dictaminase, y á su dictamen se sometía sin restricciones. «Dígame, Padre, ¿debo creer que es Jesús, el diablo ó mi fantasía? Soy ignorante y puedo equivocarme. ¡Qué sería de mí, si esto fuese un engaño! V. sabe que yo no quiero eso, sino que Jesús esté contento de mí. Dígame qué es lo que debo hacer para contentar á Jesús; sí, dígamelo, pues lo haré, cueste lo que costare.»

Alguno de sus primeros directores, ya por probarla, ya con el fin de mortificarla, la llamó ilusa; y otro, encontrándose confuso ante hechos para él completamente nuevos, y con el fin de quitarse dolores de cabeza, le ordenó que rogase al Señor que la dejase y pusiese en la vía común ú ordinaria. Gemma, con humildad, dió las gracias al primero, y al segundo le respondió en estos términos: «Ayer me dijo que suplicase al Señor que me privase de todo ó que me diese á cono-

cer si lo que sucede es obra suya y qué quería de mí. Oré mucho, diciéndole que deseaba esta gracia de cualquier modo, y prometiendo que haría lo que el confesor quisiese. Rogué á Jesús que si esto es obra suya, me lo dijese con claridad; si del demonio, que me privase de estas cosas, porque no quiero nada con él; y si son producto de mi imaginación, que no las quiero consentir un punto más. Si con esto cree que no soy sincera, dígamelo, pues no quiero decir mentiras, ni cometer más pecados.»

Un día en que el Señor le echaba en cara dulcemente sus dudas, después de tantas pruebas como le había dado, le contestó humildemente: «Dudo, porque dudan los demás; pero si eres tú, Jesús, haz que ellos lo conozcan sin vacilar. Sin creer, no podemos ir adelante, ni el confesor, ni yo.» Entonces el Señor la atrajo con fuerza irresistible; ella se dejó atraer, pero tan pronto como terminó la dulce comunicación, acudió nuevamente á su confesor y le preguntó con humildad: «Padre, ¿qué es lo que debo hacer?» ¡Qué lucha tan conmovedora la que frecuentemente tenía que sostener con el mismo Dios en sus sensibles apariciones! «Pero el confesor me ha dicho que Tú no eres Jesús. ¿Acaso el confesor puede equivocarse?»

La vida de los justos en este mundo es una mezcla de penas y consuelos, misterio del que he dicho algo anteriormente y del cual me ocuparé con mayor extensión cuando discuta las pruebas místicas á que fué sometida Gemma por el Señor. Para no apartarme del asunto, solamente diré que de sus consolaciones, que fueron muchas, no hacía mención esta virgen, antes por el contrario, mostraba por ellas gran despego. Si Dios se las concedía, eran recibidas con gratitud y servíanle de estímulo para avanzar en la perfección; si se las quitaba, dejándola abandonada en tinieblas, lo que constituía para ella un gran pesar, decía: «Obre Jesús como le plazca, pues si Él está alegre, también lo estoy yo. ¿Por ventura merezco sus consuelos? No

me importa padecer en esta vida, con tal que llegue á gozar de Él en la otra.»

¿Y habrá quien tema que hechos semejantes sean pura ilusión? De ningún modo; sólo pueden pensar así los ignorantes en las cosas de Dios y los indiferentes. Nosotros, por el contrario, estamos ciertos de que quien por amor de Jesús se despoja de sí-mismo, se reviste de las virtudes de Cristo.

CAPÍTULO VIII

SU OBEDIENCIA PERFECTA

Conviene decir algo sobre la exacta obediencia de que dió pruebas esta bendita criatura, prescindiendo por completo de su voluntad y entregándose en manos de quien la guiaba. El asunto es importante, pues la obediencia es la base de la abnegación, necesaria para la perfección de la vida cristiana, y de ella habla nuestro Señor cuando dice: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

En los asuntos exteriores, Gemma, huérfana recogida por familia extraña, obedecía á su bienhechora, de la que se dejaba mover como cuerpo inerte; y cuando ésta, sin grandes explicaciones, le decía: «Vamos á salir, levántate, acuéstate, etc.», Gemma, aunque estuviese con fiebre, lo que por precisión tenía que hacerle desagradable la obediencia, corría, sin aducir pretextos, á cumplir la orden. La joven era de poco comer; tenía el estómago tan delicado, que apenas retenía algún alimento, y creyendo los de la casa que con tan escasa cantidad no podía vivir, la estimulaban para que comiese más. Obedecía con prontitud, pero siempre le costaba caro, pues no tolerando el estómago aquel exceso, vomitaba la pobrecita cuanto había tomado. Con todo, si pasado el malestar se le hubiese mandado comer de nuevo, hubiera obedecido sin reparo. Una sola vez se me quejó; pero mira, lector, en qué forma: «Mamá, por santa obediencia, me manda que coma; yo obedezco, pero al poco rato arrojo la comida, y con los esfuerzos, arrojo sangre por boca y narices. Padre, dígale que no me obligue á comer; que no se le olvide.»

En la iglesia, mientras se entretenía con su Jesús

después de la comunión, si la persona que la acompañaba hacía señas de que era hora de marchar á casa, Gemma, cual si estuviese esperando la orden, se levantaba y se ponía en marcha; y aun experimentaba la fuerza del mandato aunque estuviese en éxtasis. Dejemos que lo manifieste la misma señora, la cual lo declara así: «Recibida la Eucaristía y dada la bendición por el sacerdote, llamé á Gemma para volver á nuestro sitio, pero ya estaba en éxtasis. Temiendo yo que alguno lo pudiera notar, interiormente y sin proferir palabra, dije: «Señor, si es tu voluntad, haced que por obediencia recobre pronto el sentido.» En el acto, puede V. creerlo, levantó la cabeza; le dije que fuera á su sitio, y así lo hizo. Al ver lo bien que me había salido el ensayo, me conduje del mismo modo en lo sucesivo, y el Dios á quien tanto amaba la fiel sierva, intervino siempre para que obedeciera.»

Por la noche cuando se acostaba, aunque hubiese muchas personas hablando en torno suyo, si la mencionada señora decía: «Gemma, es necesario que descanses; á dormir»; en el acto cerraba los ojos y dormía profundamente. En una ocasión, yo mismo hice la prueba, pues encontrándome junto á su lecho con otros de la familia, le dije: «Recibe mi bendición y duerme, que nosotros vamos á retirarnos.» No bien lo dije, cuando Gemma, volviéndose del lado opuesto, se durmió profundamente. Entonces me arrodillé, levanté mis ojos al cielo y mentalmente le ordené que despertase. ¡Cosa admirable! Cual si le hubiese llamado á voces, despertó con su acostumbrada sonrisa. Entonces le dije yo en tono de censura: «¿Así se obedece? ¿No te dije que durmieses?» Mas ella humildemente me contestó: «No se disguste, Padre, pero sentí que me golpeaban la espalda, y una voz que me gritaba: «Arriba, que el Padre te llama.» Era su Ángel custodio, que lo tenía al lado.

Esta gran docilidad no dependía de timidez, irresolucion ó falta de capacidad para discernir la importancia de las cosas, sino que era fruto de virtud, pues

según he dicho ya, su naturaleza le inclinaba más bien á mandar y dominar, que á obedecer; por lo tanto, si con facilidad se sometía á la voluntad ajena, no era porque la naturaleza le indujese á ello, pues tenía que reprimirse con violencia para dejarse conducir de aquel modo.

Si con tanta facilidad se plegaba en las cosas exteriores á la voluntad ajena, fácilmente se comprende cuán perfecta sería su obediencia en las del espíritu, teniendo como tenía puesta la vista en ellas. Como era humilde, se consideraba incapaz de dar un paso por tan difícil camino, y aunque quería más bien volar que correr por esta vía, estaba persuadida de que solamente lo conseguiría poniéndose en las manos del guía espiritual que el cielo le deparaba. Y así lo hizo. «Hora es ya que me resuelva á cumplir la voluntad del confesor, y no la mía. También el Señor me ha dicho, y con frecuencia me repite, que no debo tener voluntad propia, sino la del confesor.» Por este motivo iba á verlo frecuentemente, ya para preguntarle si había obrado bien en tal ocasión, ya para saber en otras cómo debía conducirse. Si se leen sus cartas, se verá que no era otro su fin; y en verdad que si no fuese porque la necesidad de dirección le obligaba á escribir, no habríamos llegado nosotros á conocer los efectos de la gracia en alma tan privilegiada.

Y véase á qué detalles descendía la que estaba favorecida con la ciencia infusa de las cosas celestiales: «Padre, si le parece que obro bien, quisiera pedirle al Señor que me aliviase un poco la cabeza (se refería á los intensos dolores que sufría). ¿Debo decírselo? ¿Le parece bien que haga confesión general con el P. Provincial? Si le parece bien, la haré; y si no, quedaré tan conforme. ¿Me autoriza para que pida al Señor que me conceda una hora de agonía todas las noches?» Escribiendo á su confesor ordinario, le dice: «Quisiera que me colocase en un convento, pero me parece que al Padre (entiéndase director) no le gusta que le hable de esto; de aquí que no le diga nada. ¿Le parece opor-

tuno que pida permiso para pasar el día con las monjas? Esté V. seguro que me portaré bien.» Confío que no se disgustará el lector por el exceso de citas, antes bien le agradará, aunque haya en ello repetición, que le dé á conocer la hermosa alma de Gemma valiéndome de sus mismas palabras. «El sábado me dió V. permiso para levantarme de madrugada; todos los días me levanto y rezo, pero quisiera hacer lo que las monjas hacen (en coro). ¿Quiere que le diga á un P. Pasionista que me enseñe lo que hacen las monjas, para luego hacerlo yo? Si pidiese al Señor morir tísica (se comprende que cuando sea tiempo, no ahora), ¿le parecería bien? Tengo este deseo, pero á pesar de eso, me agrada más hacer lo que mi Jesús quiera.» En otra carta, cobrando de nuevo valor, hijo de su filial confianza, escribía: «Permítame, Padre, que suplique otra vez al Señor que me saque de este mundo, para poseerle en la gloria. Vivo siempre temblando por el temor de ofenderle.»

A semejantes proposiciones, lo mismo el director espiritual que el confesor, respondían según Dios los inspiraba, y Gemma, confirmando con los hechos sus palabras, permanecía alegre, accediesen ó no á lo solicitado, sin volver á pensar más en ello; pero era preciso que la negación no se hiciese en forma preceptiva, ó con sombra de prohibición, pues en ese caso la santa joven no la perdía de vista, procurando ajustarse á ella. Y ahora referiré algunas cosas extrañas que, á pesar de la verdad que encierran, pudieran parecer increíbles.

Como dije anteriormente, Gemma, por obedecer á su padre espiritual, se vió precisada á luchar con el mismo Jesús. Se le dió á entender que aquello no era obra de Dios, sino de Satanás; y no sólo luchó, sino que llegó á resistir al divino Esposo, á pesar de que como tal era reconocido por su director; y luchó porque la obediencia le prohibía detenerse á escuchar á Jesús; lucha en verdad superior á toda virtud humana, pero que Gemma sostuvo saliendo vencedora. «¡Oh, có-

mo me tentaba mi buen Jesús!—decía—Pero estoy resuelta á obedecer, cueste lo que cueste. ¡Oh penoso sacrificio! ¡Oh hermosa obediencia!» En una ocasión le pareció ver cubierto de llagas al Salvador, quien le decía que se acercase á besarlas. Sin embargo, recordando la prohibición establecida, la joven se puso á llorar, pero no se aproximó. Entre tanto comenzó á sentir en las manos, pies y costado los indicios de la impresión de las llagas. ¿Qué hacer, Dios mío? Ella misma nos lo dice: «Apenas lo advertí, me levanté y huí, dejando al Señor solo. De este modo obedecí, y me alegro de haberlo hecho.»—«Pobre Jesús—decía después,—he sido descortés con él, dejándolo solo por obedecer al confesor, y él tan bueno siempre.» En otra ocasión se le concedió permiso para recrearse con el Señor determinado tiempo, cuando llegase á visitarla, á fin de que, según opinaba aquel sabio confesor, le quedase tiempo suficiente para dormir. Véase lo que sucedió. El Señor, según tenía por costumbre, se le hizo visible en una de las noches del jueves al viernes, y Gemma, como de ordinario, tomó parte en los dolores de la oración, consumiéndose de amor por tener en su compañía al Amado de su alma. Sonó en esto en el reloj la hora prefijada. «¿Qué hacer?—son son sus propias palabras.—Jesús permanecía conmigo, no sin comprender el obstáculo que me ponía pues para obedecer debía despedirlo, por haber transcurrido el tiempo prefijado. A pesar de ello, el Señor me dijo «Dame una prueba de que de hoy en adelante me obedecerás constantemente.»—«Pero yo le respondí: «Jesús, vete, no quiero estar contigo más tiempo.» Esto mismo le sucedió repetidas veces con su Angel de la guarda, según se verá en otro capítulo.

Supe en una ocasión que, á los pies de Jesucristo, tenía conocimiento con bastante frecuencia de la fecha en que llegarían mis cartas á Luca, suceso que anunciaba en casa con su acostumbrada sencillez: «Esta mañana; mañana temprano; en tal tren, llegará carta del Padre: El la mandó al correo ayer por la tarde;

hoy á tal hora etc., etc.» Y según lo manifestaba, así sucedía, sin que se diese el caso de equivocarse una sola vez. Traté de mortificarla por esto, diciéndole que era una ligereza suya, verdadera soberbia. Véase como recibió la corrección: «Padre, de rodillas le pido perdón por todo. No volveré á decir lo que dije, sin que V. me lo ordene. Todo el domingo estuve sufriendo por su reprensión. Me guardaré de hacer nuevas profecías sobre la llegada de sus cartas. Me arrepiento de lo que hice, no lo volveré á hacer más. Escriba cuando quiera, qne no quebrantaré sus órdenes.» Aunque sabía perfectamente que las noticias las había adquirido sobrenaturalmente, por mediación de su Dios, decía con humildad: «Quisiera sincerarme; pero no, prefiero callar. ¡Viva Jesús!» Los avisos de su director no los olvidaba con el transcurso del tiempo, y por eso, pasados algunos meses, me escribió sobre poco más ó menos, lo siguiente: «Padre mío, vencí. Supe por inspiración, esta mañana antes de comulgar, que hoy temprano llegaría carta suya. Sufrí bastante con el deseo que tenía de decirlo; pero me reprimí, y según manda la obediencia, me callé. Así va bien, ¿no es verdad?»

En otro capítulo referiré el insólito fenómeno de los vómitos de sangre que en los éxtasis tenía Gemma, cuando su corazón se agitaba con tal fuerza en el pecho, que encorvaba con exceso las costillas. Su confesor ordinario bien sabía que no dependía de la voluntad de ella, pero así y todo se lo prohibió. No importa; la santa joven, aunque privada de sus sentidos, hacía esfuerzos supremos para obedecer á su padre espiritual, y si resultaban inútiles, tenía remordimientos y se acusaba, como si hubiese desobedecido. «He desobedecido al confesor—me escribía.—Me prohibió que echase más sangre por la boca. Obedecí hasta hoy; pero por la mañana, en un movimiento del corazón, salió una poca. ¿Con qué valor me presento al confesor mañana?» En estas palabras, yo no sé qué admirar más, si la candidez de paloma ó la obediencia de heroína.

Temiendo aquel prudente sacerdote que las pérdidas de sangre que esta piadosa víctima sufría todas las semanas del jueves al viernes, acabasen con su salud, resolvió prohibírselas todas bajo formal precepto de obediencia. Y, ¡oh maravilla!, el divino autor de aquel prodigio quiso que fuese respetado el precepto de su ministro, mientras creyere éste que debía sostenerlo; y por regla general, el fenómeno no volvió á reproducirse, por lo menos en sus manifestaciones exteriores. A pesar de todo, la buena Gemma estaba contenta, pero á costa de gran violencia, según me decía en una carta: «El confesor me prohibió terminantemente que tuviese nada extraordinario. Todo va bien; pero ¡cuánta violencia tengo que hacerme para cumplir el mandato!» En un éxtasis se le oyó exclamar: «¡Oh cara obediencia, que me privas de las dulzuras de mi amor, no veo la hora en que pueda abrazarte!» En el lugar donde se tratará de las prodigiosas llagas de esta sierva de Dios, manifestaré algo más sobre el asunto que nos ocupa.

Poco antes de su última enfermedad, se le descompuso el estómago de tal manera, que no soportaba alimentos ni bebidas de ninguna clase. Se intentó, por medio de la obediencia, ver si se conseguía algo, y, como siempre, dió la prueba el resultado apetecido. «Estoy pronta á obedecer cuanto V. me mande—contestó en seguida la buena Gemma;—y confío en que el Señor me ayudará, mejor dicho, tengo la seguridad de que, desde primero del próximo mes, no arrojaré más la comida.» Y, en efecto, al comenzar el nuevo mes, retuvo la comida sin ninguna dificultad. Con tan feliz experiencia se multiplicaron los preceptos, acudiendo para todas las necesidades al director espiritual ó al confesor, y uno ú otro ordenaba á Gemma que se pusiese bien, que por obediencia volviese al uso de los sentidos, ó que dejase la cama, y en el acto cesaba la fiebre, el éxtasis ó los síncopes; en una palabra, Gemma se presentaba alegre y fuerte. ¡Gran Dios, cuán bueno eres con tus elegidos!

Qué tal obediencia era grata á los ojos de Dios, se ve claramente; pues Él mismo se la inculcaba á su sierva, ya directamente, ya por mediación del Angel de la guarda. «Obediencia ciega, obediencia perfecta. He aquí lo que primeramente te encargo. Que seas como un cuerpo muerto, que ejecutes con prontitud cuanto se te ordene.» Tal era el aviso que le daba su divino Maestro, reprendiéndola si descuidaba perfeccionar esta virtud. «Si no obedeces hasta el sacrificio—le decía el Señor,—te abandonaré en manos del enemigo.» Y el Angel le decía á su vez: «Si no te vences y haces con prontititud lo que se te manda, no me dejaré ver de ti en adelante.» Tanto las severas amenazas, como las suaves exhortaciones, las palabras de su director espiritual, las del Salvador ó de su Ángel custodio, todo resultaba en beneficio de la fervorosa joven; así es que su progreso, en esta y en las demás virtudes, estaba á la vista.

De tal manera se había acostumbrado á obedecer, que en la obediencia hallaba su tranquilidad y descanso. «¡Qué consuelo—son palabras suyas—experimenta mi corazón obedeciendo! ¡Engendra en él una calma tal, que no sé cómo explicarla! ¡Viva la obediencia, pues de ella procede la paz de que disfruto! Gracias á ella, Padre mío, conozco el valor de tan hermosa virtud, y tales enseñanzas me proporcionó, que por ella me vi libre de gravísimos peligros. Pondré en práctica, con el divino auxilio, cuanto se me mande, y así agradaré á mi Dios.» En otra carta me decía: «No tema, Padre, no tema; encomiéndeme á Jesús, que yo obedeceré, pues con el constante ejercicio, no siento ya la menor dificultad en obedecer. El Señor fué quien, días hace, me concedió esta gracia, por la cual le estaré siempre agradecida.» Y más adelante: «Jesús me permite manifestarme su voluntad de un modo claro, con tal que se lo pida humildemente, lo que procuro hacer. Así estoy en paz, esperando que la santísima voluntad de Dios se cumpla en mí por completo.»

El último grado de perfección en la obediencia consiste en la alegría de negarse uno á sí mismo. Pues bien, este grado lo alcanzó Gemma; tiene, por consiguiente, derecho á la divina promesa consignada en aquellas palabras: *Vir obediens loquetur victoriam*: el obediente alcanzará la victoria.

CAPÍTULO IX

SU PROFUNDA HUMILDAD

El orgullo aparta al hombre de Dios; la humildad lo aproxima á Él. El orgullo es funesto principio de todos los vicios; la humildad madre fecunda de virtudes y principio fundamental de la perfección evangélica. ¿Queréis saber—decía San Agustín—cuál es el primer grado de la santificación? La humildad. ¿Y el segundo? La humildad. ¿Y el tercero? La humildad. Cuantas veces se me haga esta pregunta, otras tantas responderé: la humildad.» Pues esa misma doctrina era la de nuestra querida Gemma, la cual, estando en el lecho del dolor próxima á espirar, preguntada por una de las Hermanas enfermeras que la asistían cuál fuese la virtud más apreciada de Dios, contestó sin vacilar: «La humildad, la humildad, que es fundamento de las demás.»

Conocedor yo de lo mismo, al ser llamado la primera vez para examinar la sierva de Dios y averiguar cuál era su verdadero espíritu, me valí de esta piedra de toque. Muchos, incluso su propio confesor, dudaban, á la vista de hechos tan extraordinarios en una joven que daba los primeros pasos en el camino de la perfección, y se hacían esta pregunta: «¿Será obra de Dios, ó no lo será, un estado tal que difícilmente se encuentra en los santos más eminentes que florecieron en la Iglesia?» A esta pregunta contesté yo: «Sin duda alguna es obra de Dios, si en Él se encuentra la humildad.» Procedí al examen, y desde las primeras pruebas, pude convencerme de que hacía bastante tiempo que la virtuosa joven había comprendido la importancia de tal virtud, que la tenía en mayor estimación que las demás, que con ahinco se aplicaba á prac-

ticarla; en una palabra, me convencí de que era humilde hasta la médula de los huesos, y con tal motivo, exclamé sin vacilar: «¡Bienaventurada joven, que iluminada por Dios supiste utilizar ese gran resorte; tu santidad para mí es evidente!»

Tenía Gemma trece años cuando supo que en el monasterio de las monjas salesianas de Luca se daba una tanda de ejercicios espirituales, y quiso aprovecharlos; pues,—son sus palabras—no le parecía que pudiese concentrarse en el seno del Señor nuevamente, sin adquirir antes en el retiro nuevos estímulos para convertirse. Así lo encontré escrito en el librito en que había apuntado aquellos ejercicios, librito cuyo título es «Ejercicios espirituales hechos el año de 1891, en los cuales Gemma debe cambiar y entregarse totalmente á Jesús.» Entre las santas máximas que el predicador inculcaba en el auditorio, contábase esta: «Recordemos, hermanos, que nada somos, y que Dios lo es todo.» Hicieron tal impresión aquellas palabras en la mente de la joven, ya de sí bien dispuesta, que no las olvidó en el resto de su vida. Apenas escribió una carta, especialmente á su director, sin que este sentimiento de la propia bajeza no saliera á relucir, con expresiones cada vez más enérgicas, según crecía en el conocimiento de Dios. Se apropió íntimamente la verdad que San Agustín expresaba con palabras tan breves como estas: *Noverim te, noverim me,* y decía con frecuencia: «Conociéndote á ti, Dios mío, me conoceré á mí, pues mentira parece que el hombre sea capaz de ensoberbecerse.» Y en verdad que no tuvo el menor pensamiento de propia estimación durante su vida. «¿Cómo?—solía decir—¿He de envanecerme yo? ¿Podría darse locura mayor que esta?»

En una ocasión, para mortificarla, la reprendí y al propio tiempo le encargué que anduviera con mucho cuidado para precaverse del orgullo, pasión de la que fingía yo haber visto gérmenes ocultos en su corazón. Véanse los términos en qué me contestó: «He leído su carta. ¡Dios tenga piedad de mí! Cierto, demasiado

cierto es que el orgullo tomó asiento en mí. Apenas leí la palabra orgullo, cuando, créame Padre, el demonio se sirvió de ella para hacerme caer en la desesperación, y estuve bastante mal por espacio de una hora. Cuando ya no podía más, me arrojé á los pies del crucifijo, y con la frente en tierra, le pedí perdón muchas veces y que me hiciese morir allí mismo; pero el Señor no quiso enviarme la muerte, y al cabo de algún tiempo recuperé la calma. ¡Pobre Jesús mío, cuántas faltas cometo! ¿Adónde llegaré si sigo así? Pero no, no lo volveré hacer. Le suplico que me perdone y que no se disguste conmigo, pues ya procuraré no repetir la falta. Su carta dice la verdad; le doy las gracias de rodillas. ¿Pero, á qué inquietarse? ¿No sabe V. que tengo la cabeza dura y soy de pocos alcances? Perdóneme; en lo sucesivo no le he de dar motivo para incomodarse. ¡Qué pena habré causado al Señor con estos pensamientos de soberbia!»

Cuales fueran estos pensamientos, ni ella misma lo sabía, y si lo creía, era porque su director se lo había dicho. Y añadía: «Padre, dígale al Señor que tenga piedad de mí, de mi pobre alma, la cual, en vez de ser buena, procura llenarse de iniquidad, malicia y soberbia; pues Jesús que me otorgó la gracia de conocer pecado tan feo, me ha de conceder la gracia de corregirme de él.» Y aún más: «Temo que el Señor, enojado por mis ofensas, me castigue. ¿Y sabe V. qué castigo temo, después de todo, muy merecido? Temo ser condenada á no amar más á mi buen Jesús. No, no, Jesús mío, escoge para mí otro castigo; pero ese de ningún modo. Padre, si ve que aún tengo orgullo, sin pérdida de tiempo haga de mí lo que mejor le plazca, pero quíteme cuanto antes este vicio.»

Por si no bastase lo dicho, algunos días después tomó nuevamente la pluma para continuar desahogando su corazón: «Temo que no me quiera oir, pero procuraré ser buena, y confío en que V. lo será conmigo. No quiero continuar siendo orgullosa, y para conseguirlo, varias veces al día digo el acto de contrición con

la frente en tierra. ¿Debo hacer algo más? Mándeme lo que guste, pues con tal de apartar de mí ese vicio, todo lo haré. ¡Dios mío, mentira parece que un poco de polvo como soy yo, tenga el descaro de dejarse vencer por el orgullo!» Así continuaba dos páginas más, y al fin concluía diciendo: «Ahora le diré otra cosa que sin duda le molestará, pero no puedo por menos de decírselo. Tengo muchos deseos, pero sujetos á la voluntad divina, de irme al cielo para estar por siempre jamás cerca de mi Jesús. ¿Cuándo llegará ese día eterno?» He ahí, querido lector, todo el orgullo de Gemma.

A las palabras correspondían los hechos. Nadie la vió alterarse, ni la oyó jamás vanagloriarse de sus dotes; sino que, por lo contrario, se humillaba cuanto podía, procurando con esmero ocultarse á las miradas de los demás. «Por caridad, Padre, no hable de mí con otras personas, como no sea para decir quién soy en realidad. Me humillaré y pediré perdón á todos aquellos á quienes engañé sorprendiendo su buena fe, y el Señor, infinitamente bueno, me perdonará.»

En cuanto á sus cualidades naturales, ya dije que tenía muchas y muy buenas, descollando por su viveza, ingenio perspicaz, fortaleza de ánimo y resolución en los propósitos; sin embargo, al verla y tratarla, parecía una joven torturada. Para todo pedía ayuda, consejo y dirección; así es que, juzgando á primera vista, se llegaría á creer que por sí misma no era capaz de resolver nada. En el colegio había aprendido bastante bien el francés, el dibujo y la pintura; pero una vez que salió definitivamente de él, no se le oyó hablar palabra de dicha lengua, ni volvió á tomar en la mano los pinceles, y solamente después de su muerte, se supo por una de sus maestras que en este ramo era bastante hábil.

Mucha facilidad tenía Gemma para hacer versos, pero después de abandonados los estudios, no volvió á ocuparse en ellos, si se exceptúa una ocasión en que, á solicitud de una monja con quien la unían íntimos lazos, compuso quince estrofas en menos de media

hora, bajo la forma de aspiración á Dios. En esa composición, no se sabe qué admirar más, si la fluidez del verso y naturalidad del pensamiento, ó la piedad de la joven poetisa. Un soneto suyo, por cierto muy hermoso, cayó en mis manos, pero ignoro si se entretuvo en hacer otra clase de composiciones; lo que sí oí referir es que habiéndole rogado con insistencia, en ocasión de un fausto suceso, que hiciese un verso, se negó resueltamente diciendo que era vanidad, ó por lo menos, pérdida de tiempo.

Dotada de hermosa voz y con aptitudes para el canto, parece natural que esta joven, dados sus deseos de alabar al amado Jesús y á su celestial Madre, se desatase, por lo menos, cuando trabajaba sola, en devotas canciones; sin embargo, no sucedió así, pues nadie le oyó cantar, ni siquiera en voz baja. Hechos de tal naturaleza, practicados de un modo constante por una joven de corta edad, de naturaleza viva y resuelta, son pruebas, más que ciertas, evidentes, de sólida virtud.

¿Y qué diré de sus dotes espirituales? Gemma los tenía en tal abundancia, era tan rica en virtudes, que la pusieron á la altura de ciertas almas privilegiadas cuya vida admiramos hoy; dones tan extraordinarios que son la admiración de todos cuantos los conocen; sólo ella los desconocía, ó por lo menos no paraba en ellos la atención, cuidando únicamente de humillarse cada vez más ante Dios y ante los hombres. ¡Cuántas veces suplicaba al Señor que le retirase gracias tan señaladas y se las diese á quien correspondiese mejor! «Jesús mío—decía,—no me obligues á hacer cosas que no son apropiadas para mí, ya que, ni soy buena para nada, ni sé cómo corresponder á tantos beneficios. Busca, sí, busca otra persona que sepa corresponder mejor que yo.» En una de las muchas veces en que se apesadumbraba por esto, el Señor, que le servía de maestro en la escuela de la humildad para más afirmarla en tal virtud, le dijo interiormente estas palabras: «Haz lo que puedas, pues por lo mismo que

eres la más pobre pecadora de mis criaturas, quiero servirme de ti.» Ella le contestó con familiar sencillez: «Jesús mío, haz lo que te parezca, que yo estoy satisfecha.»

En otra ocasión presentóle el Señor su alma, para que, viéndola con luz celestial, se humillase; y de paso le indicó interiormente que se avergonzase, pues en vez de adelantar en la virtud, permanecía estacionaria. Gemma, no sólo se humilló y avergonzó, sino que se llenó de temor. «¡Si supiese—me dijo un día—lo fea que es mi alma! El Señor me lo hizo ver.» A veces, para que le amase con mayor fervor, se le aparecía el Señor desdeñoso, y aun con aire severo. «Jesús—decía—apenas me mira; y si me mira, es con tal severidad, que yo no me atrevo á dirigirle la vista; y hay veces en que parece que me desecha, lo cual constituye para mí un verdadero suplicio. Padre, si por mis pecados me abandona Jesús, ¿qué haré? ¿á quién acudiré? Pregúnteselo á Jesús, Padre, y vea qué es lo que le dice.»

No sólo en tiempo de prueba se resistía á levantar los ojos para mirar al Señor, sino cuando la trataba con dulzura, en las frecuentes apariciones con que la favoreció. ¡Tanta era la vergüenza que experimentaba en presencia de la Majestad Divina!

Con tan hermosas disposiciones, la gracia descendía á torrentes, sin temor, permítaseme la frase, de que se envaneciera de ellas; pues cuantas más gracias recibía, tanto más se anonadaba. Por lo que á mí toca, puedo asegurar que cuantas veces tratamos, de palabra ó por escrito, de las comunicaciones tenidas con Dios, siempre terminaba con algún acto de profunda humildad; y en demostración de ello, sirva por todos, además de otros que ya referí, el siguiente caso. Habiéndola colmado de grandes consuelos el Señor, creyó haber nacido á nueva vida, y una vez hecha la relación, véase cómo da cuenta de su victoria: «¿Cómo no ha de sorprenderme la misericordia infinita de Dios? Jesús, sí, el propio Jesús, lleno de bondad conmigo, miserable é ingrata pecadora, se ha dignado

obrar el milagro de mi conversión, y con las luces que se dignó concederme, puedo conocer mi bajeza.»

Por estas y semejantes palabras, de que frecuentemente hacía uso en conversaciones y escritos, se comprende que Gemma, no sólo no se mostraba asustada de su pequeñez en presencia de la inmensidad de Dios, sino que se consideraba infiel á los favores que de El había recibido; pues tenía idea muy elevada de la virtud, así como de la obligación que tiene la criatura de honrar á su Dios y Señor con una vida santa y pura. Como conocía á fondo el valor de las gracias que la había concedido su divino Redentor, solía decir que costaban nada menos que la sangre de Jesucristo. Con tales pensamientos en su alma, no podía estar satisfecha de sí misma; de ahí su confusión, y de ahí que temblase de pies á cabeza.

Véanse algunas expresiones suyas sobre esta materia. «¿Deberé meditar, Padre querido, en mis pecados y en lo mucho que me falta para llegar á ser digna de Jesús, ó en su lugar?... (Estos puntos, que con frecuencia salían de la pluma de Gemma, los ponía para significar otras muchas cosas que sentía y no expresaba). ¿Deberé combatir valerosamente haciéndome violencia, ó por el contrario?... No me queda más remedio que humillarme y orar, sin tener en cuenta mis deseos.» Era esta una llaga que la santa virgen tenía abierta en el corazón, y que al más ligero golpe sangraba. «Llegó el mes de Mayo—me escribía;—pienso en los grandes beneficios que, en el curso de mi vida, me ha hecho la Virgen María, y me avergüenzo... pues con nada recompensé los amorosos favores que me dispensó su corazón; y lo que es peor, he pagado con ingratitudes y pecados los beneficios recibidos.»

Tan empapada estaba en este pensamiento, que le parecía imposible que se le comunicase el Señor; y al sentir que le hablaba al corazón diciendo que hallaba en ella sus complacencias, exclamaba llorando: «Jesús mío, ¿cómo te complaces en comunicarte á un al-

ma que se reveló mil veces contra ti y que tantos disgustos te causa?»

En cierta ocasión, para infundirle valor, dije que estuviese tranquila, pues á juzgar por el modo como andaban los asuntos de su alma, no era para dudar que el Señor habitase en su corazón. A esto me respondió: «Si V. me conociese de veras, no hubiera escrito lo que escribió. ¿Es posible que Jesús habite en mi corazón sabiendo lo que fuí y lo que soy? ¿Cómo puede ser que Dios, la Majestad Infinita, permita que se presente ante El la criatura más vil? ¿Acaso puede ser esto posible? ¿No penetra Él la ingratitud que mi alma encierra, ó no ve la insensibilidad de mi corazón? ¡A pesar de todo, Jesús me soporta y me ama! ¡No ceso de pecar y el Señor no se cansa! ¿Cuándo le amaré? ¿cuándo?»

Mientras se humillaba de esta manera, brotaban de su corazón, sin que lo advirtiese, actos de perfecto amor.

Por el contrario, en otra ocasión, para humillarla, sabiendo bien con quién trataba, me permití decirle: «No comprendo como el Señor no tiene reparo en ensuciar sus manos con esta basura de Gemma.» La angelical joven se sonrió, y llena de gozo por haber encontrado el calificativo que para sí buscaba hacía mucho tiempo, lo retuvo en la memoria, y, hablase ó escribiese, á cada paso se lo aplicaba, incluso cuando era arrebatada en éxtasis: «Jesús; ¿cómo es que quieres ensuciarte las manos con esta basura de Gemma?» Cuando se le aparecía su Angel custodio, también le decía: «Te suplico que no te ensucies las manos con este estiércol.» A este humillante calificativo solía añadir otro, buscado por ella misma: *villana criatura.* «¿Qué haremos de esta villana criatura, Padre mío?» Con tales palabras quería decir: de esta criatura deshonrada, profanada, sucia y asquerosa á los ojos de Dios y de los hombres. «¡Madre mía amantísima—decía llorando,—Dios de mi alma, ¿es posible que ensalcéis á un ser tan villano? ¿Y tanto?» Con este sen-

timiento, al saber que yo me trasladaba de Roma á Isola, donde está la tumba del Beato Gabriel, me escribió una carta bastante extensa haciéndome varios encargos para él. El principal era el siguiente: «Dígale al Venerable Gabriel estas palabras precisamente: ¿Qué debo hacer con Gemma? Dígaselo, padre, y déme á conocer la contestación.»

La humilde virgen se abatía al ver que Dios, á pesar de su indignidad y carencia de méritos, la trataba dulcemente. Lo mismo sucedía cuando de los hombres recibía cualquier beneficio. Exteriormente, ya lo dije, no sabía hacer cumplidos; pero sufría tanto en su corazón, que quien llegase á descubrirlo, recibiría gran sorpresa á la vista de los esfuerzos que hacía por ocultarlo. «Pido al Señor que me dé paciencia—me escribía,—no para mí sino para la pobre tía, porque la verdad es que me quiere demasiado. ¡Si viese, Padre, cómo en ciertas cosas me prefiere á los demás! Llega hasta ponerme el braserillo en la cama para que me caliente. ¿Deben hacerse tales cosas conmigo? Dígale que debo ser tratada como la gallina (así me dice el confesor), y no con tantas atenciones, sin que de mi boca reciba ni las gracias. ¡Si al menos con mi tibia oración pudiese ayudar á quien tanto me ayuda! Mejor quisiera que me tuviesen como esclava.»

Nadie ignora que las personas virtuosas, especialmente las que hacen voto de castidad, son propensas á llamar esposo á Jesús, y á llamarse á sí mismas esposas de Jesucristo; pero con Gemma no pasó eso. Es cierto que el divino Verbo, por amor, llegó á desposarse con nuestra pobre alma, que Gemma le amaba con todo el ardor de que era capaz su corazón, y que fué de Jesús correspondida; pero á pesar de todo eso, jamás se atrevió á llamarle esposo. Hija, sierva inútil, virgen necia, criatura miserable, tales eran los títulos que se dada; pero el de esposa jamás. Solamente dos ó tres veces, estando en éxtasis agitada por el amor celestial, se oyó que llamaba á su adorado Señor: «Esposo de sangre.»

En las cartas, una vez terminado el asunto que debía tratar, concluía así, sin más formalidades: «Ruegue por mí, que soy la pobre Gemma;» ó bien: «Bendígame muchas veces; soy la pobre Gemma,» y á veces: «¡Viva Jesús! La pobre Gemma.» En una ocasión le indiqué que sería conveniente que al nombre agregase un apellido, y que si le parecía bien, se llamase Gemma de Jesús. A tal indicación opuso cierta dificultad, porque le parecía ser por parte suya soberbia presunción; mas como insistiese yo diciéndole que tal nombre no significaba ser ella digna de Jesús, sino que se gloriaba en ser sólo de Jesús, mostró al fin quedar convencida, y desde aquel día firmó sus cartas como yo quería: «La pobre Gemma de Jesús.» Poco tiempo duró esto, pues prevaleciendo el sentimiento de su bajeza, desechó mi consejo, y volviendo á su antigua costumbre, en las cartas que escribió hasta morir, se llamó solamente «La pobre Gemma.»

El sentimiento de su bajeza la movía á suplicar que rogasen por ella á cuantas personas se le acercaban, para lo cual su elocuencia encontraba formas completamente nuevas. «Encomiéndeme al Señor, y dígaselo á los demás, pues hace una gran caridad el que ruega por mí. Le pido la bendición, y dígale al cohermano, hoy Beato Gabriel, que no olvide tampoco á la pobre Gemma.» En otra carta me decía: «¡Si supiese, Padre, de qué medios se ha valido Jesús para confundir mi soberbia! ¡Si supiese V. lo mala que soy! ¿Quién me concederá la virtud necesaria para acercarme á Él? Ruéguele y haga que otros pidan que me conceda pronto los auxilios que necesito, para que repare mis maldades, se esclarezca mi entendimiento, y me haga ver las tinieblas horribles de mi alma.» Y en otra decía: «Rueguen por mí todas las personas santas, para que, aunque indigna, sea el Señor glorificado en mi pobre alma.»

Si otras personas acudían á ella para que las encomendase á Dios en sus necesidades, lo que ocurría con frecuencia por el alto concepto que tenían de la vir-

tud de esta sierva de Dios, la ponían en trance difícil. A una amiga suya le contestó de esta manera: «En verdad me admira que me ordenes en tu carta que ruegue por aquella señora. Si no me conocieses, tendrías razón; pero conociéndome á fondo, como me conoces!... no digo más. Un alma desgraciada, llena de faltas y ocupada poco ó nada en Jesús, ¿qué quieres que alcance? Sin embargo, obedezco; pero no confíes en mí, porque nada bueno sé hacer.» A un venerable sacerdote le dijo: «Ruego, sí, ruego; pero por experiencia sabe V. que mis oraciones son débiles y flacas, y que no las escuchará Jesús escondido.» Así solía llamar esta joven al Señor cuando, sustrayéndose á su presencia, la dejaba desfallecer de aridez: «Jesús escondido.»

En otro sitio hablaré más por extenso de este martirio espiritual con que de vez en cuando el Señor ponía á prueba la fidelidad de su esposa. Aquí solamente diré que si bien lo sentía mucho, no se quejaba, pues estaba persuadida de que no era digna de los consuelos celestiales, sino que por sus pecados merecía el abandono sensible de Dios. Por eso, temblando, escribía á su confesor: «Padre, Jesús al fin se cansó de mí, á causa de tanta frialdad, y por cierto que tiene razón que le sobra. Por eso le doy gracias como siempre, y le adoro.»

Los ultrajes y vejaciones con que el enemigo infernal la atormentaba frecuentemente, y de los que más por extenso trataremos dentro de poco, le servían para más humillarse, creyendo que ella, con sus faltas ocultas, provocaba á la justicia divina para mortificarla de aquella manera. Por eso no se quejaba y sufría aquella pena como justo castigo diciendo: «Conozco el motivo porque Jesús hace que el diablo me trate así. Padre, ya se lo diré en la confesión; pero estoy verdaderamente arrepentida. Parece que hasta el Angel de la guarda se avergüenza de estar á mi lado.» Y creía que el resto de la familia vería también al Angel muy enojado, tanto que un día me di-

jo con inexplicable sencillez: «Padre, no se me ocurrió nunca decirle al Angel que se ocultara de los demás, para que no le vean.» Todo servía á esta bendita joven para humillarse. Cuando los intensos dolores de sus llagas la abatían, interiormente se humillaba y decía: «¿Ve V., Padre, como voy retrocediendo, y me repugna sufrir? ¿Qué fortaleza de espíritu es esta? ¿Y me atreveré aún á escoger de manos del Señor el sufrimiento que más me agrade? Ruegue por mi alma.»

Si en la casa ocurría algún desarreglo, se atribuía á sí misma la culpa, y aun creía ser ella la causante de las desgracias comunes; y cual otro Jonás, hubiera pedido ser llevada de este mundo, con tal que los demás no sufriesen por su causa.

Ya hemos visto la frecuencia con qué acudía á su padre espiritual para manifestarle los secretos de su corazón. Quien no la conociese, la habría confundido con las almas inconstantes y ligeras, para las que el hablar de sí mismas constituye su mayor satisfacción. Sin embargo, era todo lo contrario, ya que la pobrecita sufría indecible penas si tenía que declararse abiertamente, hasta el punto de que hubiera preferido verse sepultada antes que referir de palabra ó por escrito los prodigios que obraba en ella la gracia. Dejemos que ella misma nos lo manifieste: «Ya es hora que le diga algunas cosas, y que desaparezca la vergüenza; pero resulta que, cuando debo escribir ó confesarme, va en aumento. No es vergüenza propiamente dicha, sino miedo.» En realidad eran las dos cosas; vergüenza, porque no quería que se enterase criatura humana de hechos que redundaran en su alabanza; y miedo, por el temor que tenía de no expresarse bien, é inducir á otros en error. «Tengo miedo de que, en las cosas extraordinarias que me ocurren, pueda engañar y ser engañada, y lo primero, ciertamente, no quisiera hacerlo. Mucho pido á Jesús que me ayude para no engañar á nadie. Tanto miedo tengo, que, en determinados días, quisiera que nadie me viese.» En otra carta decía: «¿Comprende, Padre, lo que quiero

decirle? ¿Y si lo hay donde yo no lo encuentro? ¡Si antes de morir se me concediese estar en la soledad, cuántas lágrimas había de derramar, y qué penitencia había de hacer!» ¿Pero podía alma tan cándida ser capaz de engañar, si no sabía como los demás podían ser engañados? Que lo diga ella, tal como me lo dijo á mí al hacerme esta angelical petición: «Padre, explíqueme lo que quiere decir la palabra engaño, porque no quisiera engañar á nadie.»

Si tanta dificultad experimentaba al manifestar á su confesor las cosas de Jesús, como solía llamarlas, juzgue el lector la que tendría tratándose de otras personas, pues, instruída en la ciencia de los santos, había tomado por regla de conducta la gran máxima del profeta Isaías: *Secretum meum mihi:* nadie debe conocer los secretos de mi corazón. Y así fué; nadie los conoció, fuera de su director espiritual y de la piadosa señora que hacía veces de madre, por expreso mandato de aquél. A pesar de todo, estaba en continuo sobresalto, temeroso de que llegase á traslucirse algo, muy á pesar suyo. «Me hago violencia—decía,—pero temo que con cualquier movimiento se llegue á conocer lo que el Señor quiere que permanezca oculto. Por la calle y en la iglesia me distraigo, y no siempre vuelvo en mí á tiempo, y por este motivo, los demás pueden figurarse lo que no soy, ó estimarme en lo que no valgo.»

Este gran temor era el que la inducía á recluirse en un convento, creyendo que de ese modo, permanecería oculta, ya que no de todos, al menos de la vista de los seglares. Lo he dicho ya; en el tiempo que traté á esta bendita joven, la vi indiferente á todo, sin voluntad, sin inclinacionas ni deseos propios, muerta por entero á sí misma; solamente en lo referente al claustro la encontré bastante tenaz, por lo que tuve algunas veces que regañarla. Apenas hay carta suya en que no hable de este asunto con cierta viveza: «Padre, no me deje en el mundo; el mundo no se ha hecho para mí, y tengo miedo. Venga pronto á Luca y enciérreme. ¿Por qué me deja á la vista de todo el mundo? ¿Qué será de

mí si se llegan á conocer ciertas cosas? Complázcame y no me engañe. Me parece que hasta el mismo Jesús lo desea.» Así se condujo bastante tiempo, hasta que el Señor le dió á conocer que no eran aquellos sus deseos. Temor tan excesivo, acompañado de una reserva tal, que aun á sus mismos directores ocultara cuanto le sucedía, si la necesidad no le obligara á obrar de otro modo, han hecho que se perdiesen datos importantísimos de la vida de esta virgen; pero si El ha permitido que sucediese así, fué para darnos un ejemplar perfecto de humildad.

El corazón de Gemma sufría mortal herida cuando se daba cuenta de que alguno tenía de ella buen concepto. Recibía cartas con frecuencia, aun de personas distinguidas, y muchos, con el deseo de examinarla de cerca sin suscitar sospechas, procuraban entenderse con la gente de casa; pero la buena joven procuraba alejarse y esconderse. Si la obediencia la obligaba á presentarse, se notaba que sufría mucho interiormente, que estaba como entre espinas, y si no conseguía marcharse pronto, estudiaba el modo de pasar por tonta. Recuerdo, entre otras, que encontrándome una vez en aquella casa, se presentó un respetable prelado con objeto de ver á Gemma. Ésta, al oir que la llamaban y que no podía evadirse, cogió un enorme gato que había en la casa, y se puso á acariciarlo y á jugar con él como si fuese una niña, operación que nunca había hecho, y con el gato en brazos se presentó ante el prelado. El juego le salió á pedir de boca, pues el dignatario eclesiástico, al verla le volvió la espalda con aire despreciativo, y Gemma, satisfecha de haber conseguido su propósito, se retiró con su gato en brazos saltando de contento, sin hacer la más pequeña cortesía al que consideraba como curioso visitante.

¡Bendita necedad, que á los ojos de Dios eres sabiduría! ¡Bendita humildad, que, colocando al hombre en el sitio que le corresponde, mueve al Señor á descender hasta él para llenarlo de gracias. *Humilibus dat gratiam.*

CAPÍTULO X

Continúa el mismo asunto

Creen algunos que los santos, por el hecho de serlo, dejan en cierto modo de ser hombres para convertirse en espíritus celestiales, error en que también incurren con alguna frecuencia los que escriben sus vidas, presentándolos como criaturas casi ideales, sin el menor enlace con nuestra humana miseria. Sin embargo, no es así. Los santos son hombres como nosotros, hijos de Adán, herederos de su viciada naturaleza, á la que la gracia realza y perfecciona, pero sin restablecerla por completo; pues aunque la ennoblece con dones sobrenaturales, éstos van acompañados del elemento humano con todas sus miserias. ¿A qué ocultarlo, si de la misma oposición resultan más admirables los efectos que en los santos produce la divina gracia, según manifestó el Apóstol San Pablo: *Virtus in infirmitate perfecitur*?

Los santos, no hay que dudarlo, estuvieron sujetos á nuestras mismas flaquezas, á la repugnancia y al fastidio en el ejercicio de la virtud; sintieron el peso de la carne y el estímulo de las pasiones, y de ahí que temblasen por la suerte que podía caber á sus almas y por la violencia que tenían necesidad de hacer para mantenerse fieles. Amaban mucho á Dios y conocían en alto grado sus soberanas perfecciones; pero eso mismo hacía que mirasen la culpa más ligera como una monstruosidad, y la falta más pequeña como grave delito. En esto precisamente está el secreto de sus llantos y penitencias, y el de los afrentosos calificativos, que á cada momento se aplicaban, de grandes pecadores, indignos de que la tierra los sustentase.

Pues esto mismo pasaba con Gemma. Sus defectos,

los que ella calificaba de graves pecados, no eran voluntarios; porque antes que consentir deliberadamente en el más ligero pecado venial, hubiese preferido que la atormentasen con el agua y el fuego. «No quiero cometerlos—decía,—pero soy muy mala. Procuro evitarlos, mas á pesar de mi empeño vuelvo á caer. El mal está en que no me doy cuenta cuando cometo los pecados, sino después de cometidos. De no suceder así, no los cometería; y esto bien lo sabe el Señor.» A pesar de todo, en el tribunal de la penitencia no sabía distinguir entre faltas voluntarias y las que no lo eran, por lo que se declaraba culpable de todas, con una persuasión tal, que era capaz de inducir á engaño al confesor más experto. Sin temor ni afectación, sin suspiros ni gemidos, propios de almas débiles, manifestaba sus cosas con franqueza, con orden y precisión en los términos, distinguiendo su especie y gravedad. Yo la dejaba hablar; y al fijarme después en todas aquellas faltas, adquiría el convencimiento de que, en vez de faltas, eran actos de virtud, ó cuando más, simples debilidades. Por esto, por la experiencia que tengo adquirida en muchos años de confesonario, unido á que varias veces escuché la confesión general de toda su vida, puedo asegurar que jamás cometió un solo pecado deliberadamente, y que, aunque vivió veinticinco años en un mundo corrompido y corruptor, subió al cielo con la blanca estola de la inocencia bautismal. Esto mismo afirman otros confesores, cuyas deposiciones tengo á la vista.

Gemma no lo entendía del mismo modo, por lo que costaba mucho trabajo persuadirla de lo contrario, á fin de impedir que, atemorizada de su estado, no cayese casi en la desesperación. «¿Será cierto—decíame toda llena de ansiedad—que el Señor esté satisfecho de mi alma? ¡Cómo tiemblo y me avergüenzo, viéndome llena de faltas en presencia de Jesús, que es la suma pureza! Padre mío, pida al Señor con misericordia insistencia por mí, implore el perdón de mis pecados y dígale que para reparar mis culpas, no economi-

zaré sufrimientos, sean los que fueren. ¡Dios mío, ciertamente que el castigo no será como yo lo merezco; pero al castigarme, quítame su peso, porque me oprime y me mata! ¡Ay de mí, si por sólo un instante perdiese de vista mis iniquidades! ¡Estoy muy disgustada viendo al Señor deshonrado por mí! Pero entre tantas miserias, me consuela la buena voluntad, que me impulsa hacia el arrepentimiento.» Estas y otras expresiones repetidas en formas distintas, á cual más expresiva y conmovedora, brotan de la pluma de esta sierva de Dios especialmente cuando escribía en éxtasis. No tengo memoria de haber leído semejante continuidad de sentimientos, en ningún tiempo interrumpida, en las vidas de los santos.

En una ocasión, se le apareció el Señor llorando, y ella, con la sencillez que tanto la caracterizaba, le pregunta por qué lloraba. Meditando más tarde sobre esta aparición, me dijo un día: «Conozco demasiado que he sido ingrata con Jesús, pues no observo como debo sus preceptos, no cumplo los propósitos que hago al confesarme, soy reo de muchas iniquidades, y con todo eso, tuve valor para decirle: «¿Qué tendrá Jesús que llora?» En otra ocasión, habiendo ocurrido un pequeño incidente en la casa, se atribuyó, como siempre, toda la culpa, y tal horror se apoderó de ella, que costó lo que no es decible para reanimarla. «Padre—exclamaba,—¿qué es lo que yo hice? Concluirán todos por abandonarme. La desesperación quiere apoderarse de mí. Pero no, Madre mía, *mater orphanorum*, no quiero desagradar á Dios, ni á ti, ni al padre, ni á los demás. Créame, que no quiero; pero la verdad es que soy un misterio, incluso para mí, y que no acabo de comprenderme.» Con estas palabras quería decir que no comprendía cómo podían estar juntas una voluntad pronta y eficaz para obrar bien, y la humana fragilidad.

Dios, que quería conservarla siempre humilde, permitió al enemigo infernal que la perturbase, haciéndole creer que estaba próxima á condenarse. Entonces sí que no sabía cómo hacerlo para dar paz á su cora-

zón, y con mano trémula escribía á su director: «Si alguna vez, Padre, ve usted que mi alma está en peligro; si advierte que estoy en manos del demonio, le ruego que me ayude, pues á todo trance quiero salvarme. Mucho temo al demonio, que sin descanso busca mi ruina, y, sin embargo, poco ó nada hago para evitarlo. ¿Qué debo hacer para remediar esto?» El Señor, que de todo sabe servirse en beneficio de sus elegidos, quiso en esta ocasión valerse de mis pobres consejos; indujo á Gemma para que con frecuencia acudiese á mí en solicitud de ayuda, y en mis respuestas hallaba consuelo para sus temores. «¡Padre, V. no sabe la gran necesidad que tengo de sus consejos! ¡Si supiera el alivio que experimento cuando recibo carta suya! Sus palabras me dan ánimo para padecer y llorar. Ayúdeme, ayúdeme, porque de lo contrario pronto caeré en pecado.» Vea el piadoso lector qué afectos tan sublimes excita en el corazón de esta inocente alma su profunda humildad. Por más que huía de los cumplidos, según hemos dicho ya, no carecía de gracia y delicadeza, y en prueba de ello, he aquí un ejemplo: «Gracias infinitas, Padre mío, por su solicitud para conmigo; espero que seguirá teniéndola, con mi pobre alma. Supongo que ya me conocerá á fondo y tratará de hacerme buena. Ruegue al Señor por mí, para que me ilumine y me convierta. ¿Conseguirá por fin convertirme? ¡Soy tan dura!... ¡Viva Jesús!»

El horror al pecado no nacía solamente del temor de condenarse, sino del intenso amor de Dios, á quien se ofende con el pecado; y como este amor lo sentía Gemma en grado eminente, es de creer que fuese sin medida la contrición por las afrentas hechas y que seguía haciendo al Sumo Bien, según creía. Así era, en efecto. «¿Cómo—se le oía decir á solas,—cómo? Un Dios tan grande y digno de ser amado, nada menos que ultrajado por mí? ¿Quién soy yo para semejante atrevimiento? ¡Pobre Jesús mío!» Este pensamiento le hacía palidecer y le arrancaba lágrimas en tal abundancia, que sus ojos, según un testigo ocular, «pare-

cían dos fuentes». Hasta en los éxtasis, en que ordinariamente el Señor le daba á probar las delicias del cielo, se anonadaba, y con palabras de fuego decía llorando: «¡Perdóname, Jesús mío! ¡Padre, Padre, perdóname tantos pecados!»

Por más que este sentimiento de compunción fuese en ella habitual, había días en que el Señor se lo hacía experimentar de un modo extraordinario; y Gemma dirigía fervientes súplicas al divino Esposo para que apresurase la llegada de estos días, porque, á cualquier consuelo celestial prefería el poder llorar amargamente sus culpas. Contaba una por una las horas que mediaban entre una y otra de estas angustias inefables, y después de haberlas experimentado, se apresuraba á participarlo á su director espiritual. «He pasado muchos días sin sentir dolor por mis pecados, y el Señor ha querido concederme nuevamente esta gracia. Ayer lloré mucho á los pies de Jesucristo. ¡Qué amargas eran, Padre, y á la vez qué dulces aquellas lágrimas! ¡Y con qué fuerza latía mi corazón! Parecía que se escapaba del pecho.»

Los hechos ocurrían del modo siguiente: Mientras la piadosa virgen estaba en oración, una luz clarísima iluminaba de repente su entendimiento, y ponía de manifiesto los más recónditos secretos de su alma. En aquel momento veíase cubierta con las negras manchas de la culpa, pareciéndole unas veces que Dios estaba altamente indignado con ella, y otras triste y afligido por las afrentas que había recibido. Ante tal visión, temblaba la tierna joven, y con la angustia que le causaba, perdía el sentido y caía desmayada, permaneciendo en el suelo varias horas, y á veces todo un día. Nosotros le oímos decir que aquel dolor era amargo y dulce al mismo tiempo; pero ¿sabes tú, lector querido, de dónde salía la dulzura, en medio de tal sufrimiento? Pues del dolor mismo, porque con él podía ofrecer á su Dios una ligera compensación por las ofensas cometidas; y en prueba de ello, aquí tienes sus palabras: «Padre, esta tarde, según costumbre, se han presentado

ante mi vista los pecados que he cometido, con toda su enormidad. Tuve que hacerme violencia para no llorar á gritos, y sentí un vivo dolor como no lo había sentido antes. Su número excede á mis años y á mi capacidad, pero me consuela el que tuve de ellos gran dolor, dolor que no deseo se disminuya, y menos que se borre de mi entendimiento. ¡Dios mío, hasta dónde llega mi maldad!»

Las palabras «según costumbre», de que se sirve en el pasaje referido, indican claramente que la gracia de su perfecta contrición tenía lugar, de ordinario, cuando se recogía con más cuidado en su interior y entraba en unión con Dios; y más particularmente, del jueves al viernes de cada semana, al convertirse en partícipe de los misterios de la pasión del Salvador, según ella misma me manifestó. «Durante el jueves, especialmente por la noche, me causa tal tristeza el pensamiento de haber cometido tantos pecados como vienen á mi memoria, que me avergüenzo de mí misma y me aflijo mucho. Sólo encuentro alivio en los pequeños padecimientos que Jesús me envía, los cuales ofrezco por los pecadores, en especial por mí, y después por las almas del purgatorio.» De este modo, purificando su alma con las lágrimas y el dolor, se preparaba la piadosa virgencita para las divinas comunicaciones que todas las semanas recibía del Señor en aquel admirable éxtasis.

¡Cuán bueno es el Señor y cómo se cuida de los que fielmente le sirven! ¡Cuán cierto es que el que se humilla será ensalzado! Gemma, tú que tanto te distinguiste en la humildad, regocíjate; porque sobre tan sólido fundamento verás surgir una montaña de santidad, que con su pico tocará en las puertas del cielo.

CAPITULO XI

DE SU HEROICA MORTIFICACIÓN Y PRECIOSOS FRUTOS QUE ALCANZÓ

Gemma quería ser santa á toda costa. Este deseo, que podemos decir mamó con la leche de su buena madre, fué creciendo de un modo constante, sin interrupción, y prevaleció sobre los demás. En efecto, bastaba mirarle el rostro, verla moverse, ú oirla hablar, para conocer que en aquella alma no había otro deseo que el de parecerse á Jesucristo con una vida pura y santa; por lo tanto, es de suponer que buscase con ardor el medio que conduce al fin, esto es, la mortificación.

Lo primero que se observó en ella, con relación á este ejercicio, fué el empeño que puso en refrenar los sentidos, empeño que jamás interrumpió; y por más que nunca abusó de ellos, cual si fuese un malvado y arrepentido pecador, no dejaba de castigarlos. Desde el principio fué dueña de sus ojos, teniéndolos siempre bajos, aunque sin afectación. Según crecía en años y en virtud, se afirmaba más en esta práctica, particularmente después del propósito que hizo un día, por haberse fijado en el tocado de una niña que tenía junto á sí en la iglesia. Por causa de esto, se enojó consigo misma, estimándolo casi como un pecado, é hizo el propósito de que voluntariamente no volvería á mirar á persona alguna en este mundo. Desde aquel día, sus ojos permanecieron cerrados, sujetos á su voluntad, necesitándose formal precepto para hacérselos abrir, y aun así por pocos momentos, pues la vergüenza se los cerraba en seguida. Quien intentase ver en sus ojos la belleza de su alma, tenía que sorprenderla en éxtasis, cuando estaban fijos en el cielo.

En cuanto al sentido del gusto, por nada del mundo lo complacía; nadie supo nunca qué alimentos ó bebidas le agradaban más, y era preciso estimularla para que tomase de lo que extraordinariamente se servía en la mesa, pues de no hacerlo así, se hubiera privado del necesario sustento. Para ocultar su mortificación, se valía de mil medios: simulaba que comía, siendo así que no hacía más que mover mucho las manos y los platos, pero no la boca; y aun se le ocurrió abrir un pequeño agujero en el fondo de la cuchara, por donde se salía el caldo de la sopa antes de que aquélla llegase á los labios. Con uno ú otro pretexto se levantaba frecuentemente de la mesa, y si no lo hacía, se ponía impaciente, hasta que, con cierto disimulo, lograba marcharse para no volver. Si iba á la cocina para ayudar á la criada, jamás se permitió la libertad de probar ningún alimento, como tampoco quiso comer los dulces ó frutas que los de casa le ofrecían fuera de las horas de comer, y procuraba marcharse cautelosamente cuando esto ocurría, para no aparecer descortés.

¿Qué más? Al fin, siendo de carne, experimentaba el sabor natural de los alimentos, los cuales, por otra parte, apetecía, porque estaba dotada de buen estómago; pero esto lo consideraba casi un desorden sensual, y para vencerlo, hubiera dejado de alimentarse, si le fuera permitido. Pensó y volvió á pensar mucho en esto, hasta un día en que, satisfecha de haber hallado el modo de remediar esta necesidad, me hizo la siguiente proposición; ruego al lector que se fije en el arte y solicitud con que supo hacérmela: «Padre, me parece que hace bastante tiempo que el Señor me inspira que le pida á V. una gracia; pero no se enfade, que después de todo, haré lo que V. me mande. Ningún daño se sigue de que me la conceda, pero seguramente que no le faltarán razones para negármela; tales como que soy delgada, que es necesario, etc. Sin embargo, tales razones no sirven para el caso. Escuche; ¿le parece bien que pida al Señor la gracia de que,

mientras viva, no perciba el gusto de ningún alimento? Sí, esta gracia es necesaria, y creo que Jesús le dirá que me la conceda. Sea como fuere, me conformo con todo.» A esta carta no respondí, pero Gemma volvió á insistir una y otra vez, hasta que por fin accedí, más que por nada, por ver cómo terminaba tan extraña petición. La virtuosa y sencilla joven corrió á decírselo á su Jesús, y repentinamente fué escuchada. Desde aquel día perdió por completo el sentido del gusto, y en el resto de su vida no volvió á percibir sabor alguno á la comida ni á la bebida, no de otro modo que si ingiriese paja ó bebiese agua. Así procuraba esta virgen mortificar uno de los sentidos más difíciles de dominar.

Otro tanto puede decirse de los demás sentidos, pues nadie le vió coger la más pequeña flor y acercársela á la nariz, ni servirse de esencias para lavarse ó perfumarse. Mortificó el tacto, no permitiéndose acariciar, ni siquiera tocar ligeramente, á persona alguna; y en cuanto á la lengua, parecía que carecía de ella, por lo muy refrenada que la tenía, y á pesar de eso, creía abusar de ella, por lo que á cada paso, llena de confusión, renovaba el propósito de no dejarla correr. En cierta ocasión estuvo llorando un día entero á los pies de su Dios, porque no pudiendo evadir la visita de unas amigas que la fueron á ver, tomó por breve tiempo parte en la conversación, la cual, aunque en verdad inocente, le pareció demasiado mundana. «¡Dios mío —exclamaba,—será posible que haya tomado parte en aquella conversación! ¡Ah, lengua, lengua, de hoy en adelante ya procuraré tenerte á raya!» En otra ocasión, humillándose según tenía por costumbre, á pesar de las victorias que conseguía en el palenque de la virtud, escribía así: «Ayer censeguí preciosa victoria sobre mi larga lengua; pero no sin sufrir mucho para reprimirla, por lo que renové con más vehemencia el propósito de no responder, á menos que se me pregunte. ¡Si supiese qué borrasca se levantó entre la tía y yo! Al fin venció el silencio. He comenzado á

poner en práctica mi propósito; ¡pero con cuánta fatiga!» Lo cierto es que tal propósito comenzó á observarlo desde niña, pero con la diferencia de que, en aquella edad, para no dejarse llevar de la lengua en caso de disputa, se apartaba de los demás, y se ocultaba, y ahora, llegada ya á la edad adulta, permanecía honestamente silenciosa, esperando que su adversaria se calmase por sí misma.

En cuanto á curiosidad no hablemos, porque estando muerta para el mundo, por nada se inquietaba; todo la fastidiaba y servía de molestia. Por lo que se refiere á juegos, diversiones y pasatiempos, no quería saber de ellos; no los buscó jamás, ni aun en los días de su infancia. Un año, en tiempo de carnaval, se intentó llevarla á un teatrito doméstico acompañando á los niños; pero fué tal el temor que se apoderó de ella, tanto lo que suplicó á su padre espiritual y tal el aprieto en que le puso, que éste se creyó obligado, por compasión, á ordenar que se la dejase en paz. Lo que más admiración causaba en esta bendita joven era la guerra interior que continuamente sostuvo con sus pasiones. Ya hice notar repetidas veces que era vivaracha, de exquisita sensibilidad, propensa por naturaleza á la cólera y á la independencia; sin embargo, nunca se dejó sorprender de estas pasiones. Al contrario, cuanto más incitantes eran los estímulos que la solicitaban, tanto mayor era el interés con que procuraba refrenarlos, y de ahí el que con facilidad consiguió tenerlos á raya. «No os daré paz—decía,—hasta tanto que os vea muertos en mí.» El trabajo era totalmente interno, pero con tal habilidad se conducía, que nadie se daba cuenta de sus luchas, y solamente los prácticos en estas lides que vivían cerca de ella, podían conocer á fondo lo mucho que se fatigaba la piadosa joven, y que su corazón era un altar donde se inmolaban desde la mañana á la noche, siendo víctimas de su mortificación.

Para mejor conseguir su objeto, durante algún tiempo mortificó su carne con ásperas penitencias. ¡Cuán-

tas veces importunó á su confesor para que le permitiese disciplinarse, llevar cilicios, cadenitas y otros objetos de mortificación! De tal modo sabía insinuarse, que con frecuencia obtenía la ansiada licencia, recibiéndola como gracia muy singular. Sin embargo, muchas veces, después de haberse fatigado en la construcción de tales instrumentos, se los quitaban, y entonces ofrecía al Señor la buena valuntad que tenía de servirse de ellos. Los últimos fuí yo quien se los quité. Eran una faja armada con setenta puntas de hierro muy finas, una disciplina, de hierro también, armada con cinco bolitas, y una cuerda larga, llena de nudos, guarnécida de puntas y clavos, que, muy prieta, se colocaba en la cintura. La santa joven no desmayaba por eso, sino que, para compensar la falta, buscaba otros mil medios de mortificación. «Mi naturaleza—decíame,—busca siempre su satisfacción, quiere que le dé algún alivio. ¿Me permite que, por cuantos medios estén á mi alcance, me haga violencia? La carne quiere mandar y yo, al contrario, quiero que haga lo que debe hacer.» Me decía también: «Quisiera, Padre, que me concediese un permiso. Estoy segura de que, si el Señor le inspira un poquito, me lo concederá al instante. Deseo hacer á Jesús la promesa de no buscar alivio jamás en cosa alguna. No dude que si la gracia se me concede, sabré conducirme bien; no me excederé. Piénselo un poco.» Y hablando con su Dios, de corazón á corazón, se le oyó decir con filial sencillez: «Mira, Jesús mío, cómo se rebela este cuerpo, pero ya procuraré que se esté quieto. A cada paso quiere y no quiere escucharme; mas ya lo entiendo. Ayer quiso rebelarse y lo tranquilicé con unos cuantos golpes.» ¡Pobre de mí, si hubiese patrocinado yo fervor tan ardiente! Sin duda que su salud se hubiera resentido; pero como sabía hasta dónde era ella capaz de llegar, me guardé bien de ceder á sus instancias. Por añadidura no me eran desconocidas las penalidades á que, tanto interior como exteriormente, la tenía Dios sujeta, y estas eran por sí solas suficientes para conver-

tirla en mártir. En el capítulo siguiente trataremos con amplitud de otro motivo que inducía á Gemma á mortificarse y dejarse mortificar, esto es, el pensamiento de Jesús crucificado.

Detengámonos un momento á contemplar los efectos que produjo en su alma la continua mortificación. El primero de todos fué su perfecto dominio sobre las pasiones, y también sobre los sentidos. Mandaba á unas y á otros como dueña y señora, y todos obedecían de grado ó por fuerza; y al expresarme de este modo, no hay que entender que sus pasiones y sentidos se sublevasen, sino que así lo opinaba ella, razón por lo cual los sujetaba fuertemente por las riendas; pero la verdad es que los tenía domados desde los primeros latigazos, y de ahí la dulce paz de que gozaba, fruto de su victoria, según dice el Espíritu Santo: *In victoria pax*. A la misma causa era debida la espontaneidad con que su inocente cuerpo obedecía á los menores movimientos y aspiraciones de su alma, tanto que casi puede decirse que no se movía más que para servirla, y estaba presto á dejarla libre para orar, ya fuese en la iglesia ó cuando entraba en éxtasis, ya estuviese en la vía pública ó bien se sentase á la mesa. En una palabra, podía disponer de cada uno de sus sentidos en todo tiempo y lugar.

Si quería meditar las cosas celestiales, su imaginación callaba, la memoria no presentaba objetos extraños; los importunos movimientos del corazón, y aun los dolores físicos que la molestaban de ordinario, no le causaban el menor disgusto, ni la más ligera distracción; pero tan pronto como volvía en sí de aquellos entretenimientos celestiales, los sentidos, cual si hubiesen estado esperando, volvían á su oficio ligeros y fuertes como antes.

De ordinario sucedía así todos los días, menos en los tiempos de prueba y sequedad de espíritu, pues entonces, para perfeccionar la virtud de su sierva, permitía Dios que el dominio del alma sobre las potencias inferiores quedase en suspenso en parte, y hubie-

se lucha. Fuera de esta excepción, en ningún tiempo los sentidos opusieron á Gemma resistencia para el ejercicio de la virtud.

A tan envidiable paz acompañaba una celestial alegría, que sólo enturbiaban momentáneamente el temor de ofender á Dios y los inescrutables juicios del Altísimo. Fuera de esto, nada la inquietaba, y con tal que le quedase su Jesús, que era todo su consuelo, le importaba muy poco que las criaturas todas desapareciesen de su vista, ó la tierra se hundiese bajo sus pies. Así lo daban á comprender la alegría y jovialidad de su semblante, y la sonrisa de sus labios, haciendo hermoso contraste con la gravedad de su porte y la majestad de su rostro.

¡Bendita libertad y bendita paz, que sólo la justicia puede dar en esta tierra, pues son sus naturales frutos! *Opus justitiae pax*! Por otra parte, ¿no es cierto que el ejercicio de la virtud es provechoso también para la felicidad de la presente vida? ¿Quién hay que no quiera gozar en esta vida la paz de que disfrutaba Gemma Galgani? ¡A cuán subido precio se pagaría, si fuese posible comprarla!

CAPÍTULO XII

PUREZA ANGELICAL DE GEMMA

Pero el fruto más hermoso que del árbol de la cruz y de la mortificación sacó nuestra doncella, fué la castidad. ¡Adorable virtud, rarísima ya en este depravado mundo, á pesar de que debería ser don especial de toda alma cristiana, porque, según el Apóstol, está llamada á ser santa é inmaculada. Virtud celestial, tan estimada por Gemma, que embelleciste su alma haciéndola semejante á un ángel en carne humana, ¡quién será capaz de encomiarte cuál mereces! Ama Jesús con amor infinito esta virtud! llama esposas predilectas á las almas que la poseen, y para ellas tiene reservadas las mayores ternuras de su corazón.

Así lo había oído nuestra estimable joven, siendo niña, á su santa madre, y como desde entonces amó á Jesús, desde su primera edad se puso en guardia, custodiando flor tan hermosa. Entre las varias prácticas que en su infantil inteligencia inculcaba aquella madre solícita, era una de ellas rogar frecuentemente á la Virgen Santísima, y rezar todas las tardes tres Avemarías con las manos juntas, en honor de la Inmaculada Concepción; y aunque la criaturita nada comprendía, practicó este acto de devoción, sin dejarlo un solo día mientras vivió. Levantándose, juntaba sus manecitas, y decía: «Virgen Santa, jamás permitas que pierda yo la santa pureza; me pongo bajo tu manto; guárdame Tú, y así seré grata á Jesús.»

Creciendo en años, crecía también su amor á la angelical virtud, así como sus cuidados para conservarla pura. A este fin se encaminaban principalmente sus penitencias y mortificaciones, del propio modo que la maceración de su carne, y sobre todo, la guarda de los sentidos.

Creyendo que la libertad más ligera podía manchar flor tan hermosa, á todas les dijo adiós, llegando hasta la exageración, para evitar el menor peligro. Ya no quiso mirarse al espejo para peinarse, ni siquiera para limpiar la sangre que á menudo goteaba de su frente, rodeada de místicas espinas, ni la que salía de sus ojos durante su contemplación dolorosa. Ni siquiera cuando, á impulsos de amor celestial, se encendía su corazón, abrasando la parte exterior que cubre esta víscera, y le hacía experimentar insufribles dolores; ni cuando, por medio de una llama en forma de dardo que partía del Corazón de Jesús, abrió ancha herida en su pecho; ni cuando su propio corazón, á impulso de misteriosos latidos, encorvó tres de sus costillas, ni siquiera entonces, ella, que ignoraba como el que más la significación de fenómenos tan insólitos, quiso mirarse ni tocarse, como tampoco al repetirse el prodigio.

Anteriormente hemos visto que, teniendo pocos años, rehusaba esta cándida virgen dejarse tocar, aunque fuese para hacerle inocentes caricias. Su mismo padre no podía permitirse besarla, y su madre no era dueña de practicar en ella los servicios que suelen hacerse á los hijos cuando son pequeñitos; y si alguno de la casa se le acercaba para peinarla, arreglarle los vestidos ó calzarla, se negaba resueltamente diciendo: «Déjeme estar, que lo puedo hacer yo.» Yacía en su lecho moribunda; ella misma pidió la extremaunción; sin embargo, la idea de que otra persona le lavase los pies, según costumbre, por respeto á este Sacramento, la llenó de consternación. ¿Qué hacer en este caso? El amor de la santa modestia le da fuerzas suficientes, y aprovechando los momentos en que queda sola, toma la palangana y una toalla, echa agua, y ella misma se lava, y se seca, y al que se acercaba para cumplir aquel acto de piedad, le dice con alegría: «Gracias, no se moleste, ya lo hice yo.» ¿Qué te parece, lector devoto?

Igual cuidado ponía en el hablar. Sus labios no pro-

nunciaron jamás palabra alguna que, directa ó indirectamente, aludiese á cosas deshonestas, ni siquiera aquellas voces indiferentes de que, sin escrúpulo alguno, hacen uso las personas piadosas, especialmente en Toscana, donde las cosas se acostumbran á llamar por sus nombres. Cuando tenía necesidad de darse á entender, usaba de perífrasis, pero con tal gracia, que nadie lo estimaba como afectación, sino como cosa natural en ella. Y era esto tanto más de extrañar, cuanto Gemma no fué mujer de mundo, por cuya razón no había visto ni oído lo que en el mundo se hace de malo, y hablando con más propiedad, no sabía qué cosa eran los pecados contra la pureza. A pesar de todo, los temía y procuraba caminar con prudencia. «Ciertas cosas—llegó á decirme—no sé lo qué son. Pero, ¿si habré faltado por casualidad? Me parece que no.» Luego terminaba: «No, no quiero pecar; de hoy para siempre prefiero morir, antes que cometer un solo pecado. Quiero antes quedar ciega para siempre, que ofender al Señor, aunque sea levemente, contra la santa modestia; y quisiera perder todos mis sentidos, antes que pecar con ellos.»

Tenía Gemma diecinueve años, cuando su primer director, vencido por sus reiteradas instancias, le concedió permiso para hacer voto de virginidad. Véanse los términos en que me refirió el caso, para ella, tan solemne: «Hacía mucho tiempo que suplicaba á mi confesor que me permitiese hacer el voto de virginidad. Se lo estuve pidiendo muchos años, y, sin embargo, no sabía lo que era. Mas, á pesar de todo, me parecía ser el presente más hermoso que podía hacer á Jesús y el más estimado por El. No pude conseguirlo; pero en su lugar me mandó que hiciese el de pureza, y en la noche de Navidad—1897—hice este primer voto al Señor, á quien agradó mucho. Lo hice con tal alegría, que aquella noche y el siguiente día los pasé como si hubiese estado en el paraíso.» Habiendo enfermado de gravedad algún tiempo después, creyó aquel santo prelado que era prudente dejar á un la-

do todo miramiento, y le concedió permiso para hacer el voto de perpetua castidad. «Le agradó mucho á Jesús» este voto, y así tenía que suceder, porque se complacía altamente con la rara pureza de su sierva. No sé hasta qué punto se podrá dar fe á una persona piadosa, conocida mía, á la cual el Señor, con voz perceptible, hizo un bellísimo elogio de Gemma; pero sea lo que fuere, para que no se pierda lo referiré, ya que no contiene nada, que no sea absolutamente conforme con la verdad ya conocida. «Esta hija á quien tanto amo, y de la cual soy amado, me pide continuamente amor y pureza. Yo, que soy el mismo amor y la verdadera pureza, le concedí tanto cuanto era capaz de atesorar una criatura humana. Yo soy quien cuida de su pureza, pues su corazón, es corazón de esposa, elegida por el divino Esposo de las almas, cuya pureza he preservado como celeste lirio de mi puro amor.»

El angélico candor de su alma se reflejaba en el cuerpo, el cual, por más de un concepto, ofrecía cualidades nada comunes; casi podría decirse que era transparente, y aunque esta virgen lo descuidaba, aparecía cual si se lo limpiase con esmero. Nunca exhaló mal olor, ni aun durante las penosas enfermedades que la retuvieron largo tiempo en cama; y persona hubo que, extrañándole esto, procuró con repetidas pruebas asegurarse de ello, para lo cual se le aproximaba de día y de noche. Por el contrario, no pocas veces los de la familia notaron que, de su cuerpo y de las cosas que tocaba, salía una agradable fragancia, que indudablemente no era de este mundo, pues Gemma, según hemos dicho, jamás usó esencias ni perfumes, y aunque hacía uso del jabón para lavarse, no lo tenía en su habitación; por consiguiente, aquel grato olor denunciaba por sí mismo ser de orden sobrenatural, y tan fuera de lo ordinario, que movía á devoción. «¿No sentís la fragancia?» Así decían unas á otras las personas que visitaban á nuestra querida Gemma. «Sin duda que el Señor, su Madre

Santísima, ó el Angel custodio deben estar con ella en este momento.» Además, este hecho no es nuevo en la vida de los Santos. De muchos de ellos se cuenta, en particular de mi fundador San Pablo de la Cruz; y de la virgen Santa María Magdalena de Pazzis se refiere que su cuerpo, trascurridos ya tres siglos de su muerte, exhala de vez en cuando suavísimo olor.

Pureza tan singular no podía estar exenta de pruebas, y las pruebas vinieron, siendo el demonio su instrumento; pues no podía ver, sin rabia infernal, lo favorecida que era por Dios la angelical doncella. Sin embargo, la lucha no resultaba fácil, porque ¿cómo acometer á tan sencilla paloma, que ni aun el nombre del vicio contrario conocía? ¿Cómo introducirse con nefandas groserías en corazón tan puro y delicado? Sabía muy bien el enemigo que eran inútiles sus fatigas, porque Dios no le concedería el permiso, y con tal motivo dirigió todas sus maquinaciones á molestarla exteriormente, ofreciendo á su imaginación figuras obscenas; y aun él mismo se presentaba en forma deshonesta, le decía palabras escandalosas y trataba de ejercer violencia en ella.

Aunque la santa joven no comprendía el significado de acciones tan descompuestas, por instinto natural de su pudor, que tenía, permítase la expresión, encarnado hasta en los huesos, no le parecieron cosa buena, y se armó desde el primer momento con fiera resistencia contra el enemigo. Bien veía éste que sus esfuerzos resultaban inútiles, mas á pesar de ello acometía con furia para, por lo menos, martirizar y atemorizar á aquella inocente. Y, en efecto, no es posible manifestar el cruel suplicio de la casta doncella viendo y oyendo cosas tan abominables, según ella misma llorando lo da á entender á su confesor. «Padre, ¡cuán terribles son estas tentaciones! ¡Todas me causan disgusto; pero las que son contra la pureza, me hacen muchísimo daño! Sólo Jesús sabe las que yo experimento, El, que, estando oculto, me guarda, y al propio tiempo—fíjese el lector en el significado de esta pala-

bra,—se complace.» Para no ver semejantes representaciones, la infeliz joven, no sabiendo qué hacer, cerraba los ojos y así permanecía hasta que el demonio se marchaba. Otras veces tomaba el crucifijo en las manos, llamaba en su ayuda al Angel de la guarda y á los Santos de su devoción, pero sobre todo acudía á su Madre celestial. Con tales medios y tras largas horas de lucha, vencía, volviendo la paz á su alma, y entonces exclamaba satisfecha: «Demos gracias al Señor, ya que hoy se ha pasado como á El le plugo.»

Pero Gemma no se satisfacía con esto. Habiendo oído que los Santos, para ahuyentar semejantes tentaciones, acudían á las disciplinas y cilicios, llegando alguno á meterse en un estanque de agua helada; ella, que no sabía distinguir entre las tentaciones internas, producto de la imaginación, y las que provienen de causa externa sin que tome parte el natural apetito, creyó que tenía necesidad de iguales remedios, y, por lo tanto, que debía imitarlos. Y tan á pechos tomó esto, que si la obediencia no la hubiese refrenado, hubiera despedazado su cuerpo. No obstante, era tal el temor que tenía de perder la virtud de los ángeles, que en determinadas ocasiones prescindía de todo, aun de pedir permiso al confesor, y según le parecía más conveniente, acudía á los azotes, á las disciplinas, ó á las cuerdas nudosas erizadas de clavos. ¡Cuántas veces las puntas de éstos, penetrando en lo vivo de la carne, sacaban sangre, produciendo tal dolor, que la hacían caer desmayada! ¡Cómo no se había de conmover y derramar abundantes lágrimas, el que una sola vez viese, como vi yo, á esta víctima de la santa pureza!

Pues hizo más. Un día, al levantarse de la mesa, se le presentó el demonio en la forma sucia y fea que tenía por costumbre, y lleno de cólera, la amenazó diciéndole que de todos modos la vencería. La casta virgen palideció, levantó ojos y manos al cielo, corrió hacia un estanque helado que había en el jardín, hizo la señal de la cruz, se arrojó en él, y allí se quedó aterida de frío, pues sucedió esto en pleno invierno. Ciertamente se

hubiera ahogado, si, una mano invisible no la hubiera ayudado, sacándola del agua y haciéndola reaccionar de baño tan peligroso. También por este lado imitó Gemma el ardor de los atletas del cristianismo, adquiriendo el glorioso dictado de heroína en el campo de la penitencia.

¡Ante tales ejemplos, deberían cubrirse de vergüenza muchas personas que dicen querer seguir á Jesucristo por el camino de la santidad, y se muestran luego débiles con su cuerpo, dejando crecer los malvados apetitos! ¿Por ventura no ha dicho el divino Salvador á todos y á cada uno de los que le siguen, que sin violencia no se gana el reino de los cielos?

CAPITULO XIII

Su heroica paciencia

Quien quiera ver establecido el reino de Dios en su corazón, debe, según la filosofía evangélica, pasar por el fuego y el agua de grandes tribulaciones, pues no es posible verdadera santidad sin esta prueba. Por eso, todo nuevo grado de perfección, á que se eleva el alma, debe tener la prueba correspondiente, que los doctores llaman «purgación pasiva», hasta tanto que, familiarizada con los padecimientos y llegada el alma al último grado, consistente en la perfecta semejanza con Jesucristo, pueda decir: «Ahora sí que estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Ya no vivo yo, sino Cristo en mí.» Ahora bien, estando nuestra Gemma destinada por Dios á gran santidad, y á subir uno en pos de otro los peldaños de la mística teológica, es de suponer que la amargura del sufrimiento se le había de suministrar, no á sorbos, sino á torrentes. Así sucedió; y tanto es lo que sobre esto tengo que referir, que sin duda causará la admiración del que lo lea.

Con lo manifestado ya en esta biografía, fácil es comprender que la sierva de Dios fué probada con dolores especiales, los que no se interrumpieron jamás, desde la infancia; pero no es en éstos en los que voy á ocuparme ahora, sino que me concretaré al martirio de la última etapa de su vida, cuando su virtud alcanzó el último grado de perfección. Las primeras penas no fueron más que la prueba con que la gracia, poco á poco, la preparaba para el gran sacrificio, que debía tener su complemento, bajo la imagen de Jesús crucificado, en su lecho de muerte.

El sacrificio no es meritorio ni adecuado para el fin

que se propone la divina Providencia, si no es totalmente voluntario. De aquí que el Señor encendiera en el corazón de Gemma deseos intensos de sufrir, sirviéndose para ello de diferentes medios, unos en pos de otros, todos ellos á cual más eficaces. Unas veces se le aparecía con la cruz sobre sus hombros y le decía: «Gemma, ¿quieres mi cruz? Mira: este es el regalo que te tengo preparado.» Y ella le contestaba: «Jesús mío, dámela; pero dame también fuerzas para llevarla, á fin de que no caiga bajo su peso, porque son demasiado débiles mis espaldas.» De nuevo el Señor le dice: «¿Te desagradaría que te diese á beber mi cáliz hasta la última gota?»; y Gemma le contesta: «Jesús, hágase tu voluntad.» En otra ocasión se le apareció el Señor clavado en la cruz cubierto de heridas y chorreando sangre. «Ante semejante espectáculo—me decía ella,—experimenté intenso dolor, pensando en el amor infinito que Jesús demostró tenernos, al soportar tales padecimientos por nuestra salvación, y caí en tierra desmayada, sin recuperar el uso de los sentidos hasta después de pasadas algunas horas. Entonces fué cuando nació en mi corazón un fuerte deseo de padecer algo por Aquel que tanto había sufrido por mí.»

Con el transcurso del tiempo fué en aumento este deseo, convirtiéndose en verdadera pasión, y tanto, que, no pudiendo contenerla en su interior, le hacía exclamar: «Deseo padecer con Jesús; no se me hable de otra cosa; quiero ser semejante á él, padecer mientras viva, y vivir para padecer.» En los éxtasis, tales afectos iban llenos de ardor, y si fuese á referirlos detalladamente, no tendría fin. Así experimentaron los dolores del Hombre-Dios todos los Santos, y no es justo, diremos con San Bernardo, que estando la cabeza traspasada por las espinas, lleven los miembros vida regalada. Si sufre Aquel, han de sufrir también éstos; lo contrario sería monstruosidad é ingratitud.

En otra ocasión, para encender en el corazón de la joven el fuego que en él había prendido desde las pri-

meras penas, se le aparece su Angel custodio con dos coronas; de espinas una y de blanquísimos lirios la otra, diciéndole que escogiese la que fuese más de su agrado. «Quiero la de Jesús—dice Gemma al instante;—dame la de Jesús, es la única que me agrada.» Le entrega el Angel la corona de espinas, corona que coge ella con ansia, la besa reiteradas veces, la oprime contra su pecho y dice: «Sea mi Dios alabado por siempre jamás. ¡Viva Jesús, vivan sus regalos! ¡Viva la cruz de Jesús!» Tal era el fruto que habían producido en la bondadosa joven las divinas enseñanzas.

Pero era preciso ir más adelante, y para ello el Señor, con un golpe maestro, perfeccionó su obra, revelando á su sierva el verdadero secreto del sufrimiento. Consiste éste en que, habiendo principiado su misión en el mundo el Salvador con la expiación, los que siguen sus caminos deben continuarla expiando también, y, casi podríamos decir, complementándola, según la expresión del Apóstol San Pablo: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi*. La mayoría de los hombres, en vez de aplacar la ira de Dios con obras de penitencia, la provocan cada día con nuevos pecados, y hacen para sí inútil la Redención. Por este motivo, corresponde á los justos dar satisfacción por los primeros, pues así se consuela el corazón de Dios, según está escrito: «En sus siervos se consolará el Señor.» Queriendo Jesús fijar esta gran verdad en lo más íntimo del corazón de Gemma, le dijo un día: «Hija, tengo necesidad de víctimas, y víctimas heroicas. Para calmar la justa ira de mi Padre celestial, acuden las almas á mí, á fin de que, con sus necesidades, padecimientos y tribulaciones, suplan por los pecadores que le son ingratos. ¡Ojalá comprendiesen todos cuán indignado está mi Padre contra el mundo impío! No hay otra cosa con qué aplacarle, y El está preparando enorme castigo para el mundo entero.» Auxiliada por la divina luz que acompañó á estas palabras, la piadosa virgen comprendió toda su significación, no necesitó más para provocar en su alma un incendio

de amor, y fuera de sí por la alegría, repitió gritando: «Yo soy la víctima, y Jesús el sacrificador. Date prisa, Jesús mío, que lo que Tú quieras, eso mismo quiero yo. Cuanto de Jesús reciba, será para mí un regalo.»

Desde aquel día, no fué Gemma la misma; el pensamiento de la misión que Dios le había confiado la transformó por completo. La sed de padecer trabajos, le quemaba las entrañas; y para mitigarla, pedía fuego á torrentes. Escuchad, escuchad: «Padecer, pero sin consuelo ni alivio; padecer, pero sólo por amor.» Ciertamente que padecer y amar, eran para ella una misma cosa, como lo era también el ser amada y castigada, y por eso decía: «Estoy contentísima; Jesús no cesa de afligirme más de lo acostumbrado.» Doctrina sublime, enseñada por Dios, quien, habiéndole pedido la gracia de amarlo cada vez más, le dijo: «Sé que quieres amarme, por lo tanto, ahí tienes el cáliz. ¿Puedes beber tú, hasta la última gota, el cáliz en que yo puse mis labios?» Gemma le respondió: «Dios de mi alma, mis labios están dispuestos á todo, como lo está mi corazón; sáciame de ese cáliz y embriágame con su ajenjo.»

Pero hay más; hasta las inefables dulzuras con que era favorecida en la oración, llegaron en cierto modo á causarle fastidio, ante la inestimable amargura del cáliz del Señor. Así pudo decirme un día: «Créame, Padre, renuncio voluntariamente á todos los consuelos de Jesús; no los quiero. Jesucristo fué el varón de dolores, y yo quiero ser la hija del dolor.» No por eso vaya el lector á figurarse que tales expresiones fuesen efecto de pasajero fervor, cual sucede á muchas almas en el calor de la meditación, las cuales, pasados los primeros momentos de prueba, encuentran insoportable lo que antes juzgaban digno de estimación, confirmando con esto la verdad de que el hombre, criado por Dios para ser feliz, naturalmente rechaza el dolor. No, en Gemma no pasaba así. Cuanto más se multiplicaban en ella las pruebas del dolor, tanto más cre-

cía el deseo de sufrirlas. Ya rezara ó meditara, ora le saliesen las cosas bien ó le saliesen mal, de todo sacaba partido para padecer. Y no bastándole el que experimentaba, suplicaba á Dios incesantemente que aumentase la dosis, que multiplicase las formas, en una palabra, que la saciase. «El sábado por la tarde—me escribía,—fuí á visitar á Jesús crucificado. Tuve un gran deseo de padecer, y así se lo pedí de corazón al Señor. Desde aquella tarde, Jesús me ha hecho experimentar un dolor de cabeza tan grande, que casi siempre me hace llorar, y temo no poder resistirlo.» Fíjese bien el lector; teme no poder resistir; pero no por eso retrocede, sino que ruega que no se le apague la sed que tiene de padecer cada vez más, y afirma que encuentra todas sus delicias en el sufrimiento. «Sí, estoy conforme con lo que Jesús quiera, y del modo que quiera. Si Jesús quisiese el sacrificio de mi vida, ahí está; y si desea algún otro, dispuesta estoy á todo. Si para borrar los pecados de mi vida ó los del mundo entero, conviene que yo sea víctima, esto me satisface por completo.»

En cierta ocasión parecióle ver al Beato Gabriel que se le acercaba para consolarla en los dolores que sufría, y diciéndole si quería que se los aliviase; á lo que contestó: «No, no pido eso; no me los quites, ó cuando menos, déjame un poco, pues de lo contrario, cuando venga Jesús esta tarde, no tendré qué ofrecerle.» En efecto, estimaba como verdadera pérdida pasar un solo día sin algún trabajo. «He pasado varios días—me decía quejándose—sin que por las tardes tenga nada que ofrecer á Jesús. ¡Qué mal me encuentro así!» Desde la tarde del jueves á la del viernes de cada semana, Gemma, según ya dijimos y referiremos luego con más detalles, entraba en pleno calvario con alma y cuerpo, y sufría dolores inenarrables en compañía de Jesús crucificado. Cualquiera que, una sola vez, hubiese experimentado semejantes tormentos, de solo pensarlo, se helaría; pero Gemma, que los había padecido tantas veces, deseaba que llegase el día, con-

taba las horas que faltaban y, según decían los que la trataban, «se preparaba para sufrir, como si fuese á una fiesta.»

Complacíase el Señor en tanto heroísmo, y con demostraciones de ternura se gloriaba de tener una esposa tan conforme á su Corazón. Haciéndose oir interiormente, en una ocasión, le pregunta si había sufrido mucho en una prueba que no había terminado aún. Gemma le contesta: «¡Contigo, Jesús mío, se sufre muy bien! ¿Qué importa sufrir unos días, si después vienes tú y me consuelas?» A semejante respuesta, le dijo Jesús: «Sabe que mientras tú sufrías, estaba yo junto á ti, enterándome de tus sufrimientos y complaciéndome.» Y en premio de su valor en el combate, le concedió licencia para que se le aproximase y besase sus santas llagas. «¿Por tan pepueña cosa—dijo ella humildemente al Señor,—me concedes consuelo tan grande?» Y llena de filial confianza, se aproximó al Salvador, y puestas en tierra las rodillas, y encendido el corazón, una por una besó aquellas llagas sacratísimas; pero al llegar á la del costado, ya no pudo resistir más, y rodó por el suelo desmayada.

¡Gemma, basta ya, que si eres víctima, preciso es que te levantes y te dispongas para el sacrificio, porque pronto está ya tu sacrificador!

Con pruebas tan prolongadas, no cabe duda que la víctima estaba suficientemente madura; el Señor la había convenientemente preparado para que fuese capaz de recibir un mar de amargura. El tiempo de acabar la obra ha llegado; el martirio de su corazón principió por la sequedad ó aridez, prueba muy frecuente en el camino de la perfección. Después de amamantada el alma, por más ó menos tiempo, con celestiales dulzuras, Dios la aparta de sí, oculta su presencia, retira las comunicaciones sensibles, la deja sola, abandonada, en un abismo de tinieblas, de dudas, de temores, de incertidumbre y de congojas, al extremo de parecerle estar, poco menos, como en el mismo infierno. Para comprender lo terrible que es

para los Santos semejante estado, sería preciso conocer lo amable que es para ellos el Dios que creen haber perdido, y el amor que le profesan. Pero ¿quién de nosotros será capaz de conocerlo con exactitud? ¿Quién será capaz de manifestar lo dulce que para Gemma era aquel Jesús para quien únicamente vivía? ¿Quién podrá indicar los consuelos que con su presencia experimentó desde la infancia? Finalmente, ¿quién puede comprender la inspirada esperanza de ser feliz con Jesús en la mansión eterna? Las almas vulgares desconocen estas privaciones, porque, distraídas en otras cosas, no encuentran satisfacción en las del cielo, y corren en busca de las terrenas que halagan sus sentidos, y les son más gratas que las primeras. Pero Gemma estaba muerta para todo lo creado: nada desea, nada ama; fuera de Jesús, todo le causa hastío; ¿cómo podrá vivir sin Él?

Oigamos estos lamentos. «¡Busco á Jesús, y no le encuentro; parece que se ha cansado; no quiere saber de mí! Y yo ¿á dónde iré? ¿qué será de mí? ¡Pobre Jesús mío, cuántas culpas cometí! Pero tú has de permitir que te encuentre de nuevo, ¿no es verdad? Apiádate, apiádate y vuelve á mí, que no puedo más. Lejos de ti, no es posible vivir.» Para consolarla en estas desolaciones, se le hacía visible su Angel custodio, y á veces la Virgen Santísima; pero esto no satisfacía á Gemma; le faltaba lo mejor, le faltaba Jesús. Cual otra Magdalena al pie de la Cruz, sin querer consuelo de ninguna especie, le dice al Angel: «¿Dónde está Jesús?» Y dirigiéndose á la Santísima Virgen: «Dime, Madre mía: ¿por dónde anda Jesús?» Y escribiendo á su director: «¿No podría decirme qué debo hacer para encontrar á Jesús? Dígale que no puedo sufrir más.» Procuraba disimular exteriormente, para que nadie advirtiese su profundo martirio, pero no lograba que las personas más íntimas dejasen de notar que palidecía y se adelgazaba. Alguna vez fué sorprendida en su habitación arrodillada, con los brazos en cruz, los ojos arrasados en lágrimas, mirando al

cielo, y el pecho jadeante, exclamando de vez en cuando profundos suspiros. «Dios mío, ¿no ves que de este modo me consumo? ¡Sin ti me muero! Soy huérfana, á nadie más tengo que á ti; ¿cómo es que huyes?» En verdad que, si este tormento no hubiese sido interrumpido por momentos de tregua, aquella paloma hubiera caído muerta; pero Dios, que es todo bondad, acudía solícito en lo más fuerte de la prueba, y, como padre que es, la consolaba, y, para animarla á seguir el camino de la cruz, le daba santas enseñanzas.

«Te conduzco,—le decía,—por vías dolorosas; pero debes considerarte muy honrada cuando te trato así, y cuando, con cotidiano y oculto martirio, permito que seas probada y se purifique tu alma. Durante este tiempo no pienses más que en ejercitarte en las grandes virtudes, en correr por el camino de la voluntad divina, y en humillarte, segura de que, si te tengo en la cruz, es porque te amo.» Y así lo hacía exactamente la heroica virgen. En vez de mirar atrás cuando sufría aridez, tomaba de ella alientos, acudía con más ardor al tabernáculo, á la sagrada mesa, al ejercicio de la oración, cuando menos la vocal, si se le hacía imposible la meditación; y por más que al correr no viese donde ponía los pies por las tinieblas que la rodeaban, no dejaba de ir adelante, á fin de encontrar á su Jesús en el *de profundis*, según acostumbraba á decir. Sufría, sí, pero no se quejaba, y con la misma alegría que cuando estaba llena de consuelos, se amoldaba á las conveniencias de su estado.

¡Sabios del mundo, venid y ved si vuestras miserables máximas son capaces de producir, en mujer alguna, grandeza semejante!

CAPÍTULO XIV

Continúa el mismo asunto

Dios, con el fin de purificar las almas destinadas por Él á víctimas expiatorias, frecuentemente se sirve de los mismos demonios, los cuales, con el odio que al hombre tienen, pueden, mejor que otras criaturas, ser sus instrumentos. Ejemplo tenemos de ello en la Sagrada Escritura, y en las páginas de la hagiografía cristiana vemos que sucede hasta en nuestros días. Al manifestar el Señor á mi Santo padre Pablo de la Cruz que lo quería elevar á eminente santidad, le dijo: «Te pondré á los pies del demonio.» Cosa parecida es la que dice á su sierva Gemma. «Hija, prepárate. El demonio, bajo mis órdenes, será quien dará la última mano á la obra que deseo ejecutar en ti.» Y yo comenzaré por decir que la guerra fué general, es decir, contra todas las virtudes y contra todas las obras buenas con que la Santa virgen procuraba caminar hacia Dios, porque desagradándole todas, á todas atacaba con rabia feroz. Puede decirse que, no teniendo nada tan importante que hacer en su tenebroso imperio como procurar la ruina de esta bendita joven, á cada instante inventaba modos completamente nuevos para asaltarla con sus tentaciones.

Desde mucho antes sabía Gemma que el único camino para alcanzar lo que se desea, es la oración, y de ahí que la practicase con todo el ardor de su alma, encontrando en ella ventajas muy señaladas. ¿Cómo, pues, no había de estorbarla el infernal enemigo? Ponía de un humor descompuesto á Gemma, á fin de causarle á lo menos disgusto y fastidio; y viendo que ni aun así le hacía perder la presencia de Dios, le provocaba dolores intensos de cabeza, que la obligasen

á acostarse en vez de entregarse á la oración. Con semejantes astucias trataba el enemigo común de apartarla de la oración, y con tal motivo me decía ella: «¡Qué tormento es para mí no poder orar! ¡Qué de esfuerzos hace ese maldito para que la oración me resulte imposible! Ayer tarde quería matarme, y lo hubiera hecho, si Jesús no hubiese acudido presto en mi ayuda. Me tenía completamente aturdida; tanto que tenía el nombre de Jesús en el entendimiento, y, sin embargo, con la boca no lo podía pronunciar.» A pesar de todo, ¿puede darse plegaria mejor que esta que sale de lo íntimo del corazón y atrae á Dios para que sea espectador de la lucha? En otra ocasión, atacándola por distinto lado, y para lograr casi de golpe su malvado intento, le dice entre blasfemias: «¿Qué estás haciendo? ¿No comprendes que es una estupidez suplicar á un malhechor? ¿No ves los dolores que te hace sufrir, teniéndote clavada con él en la cruz? ¿Cómo puedes querer á quien sabemos de cierto que hace sufrir á todo el que le ama?»

En medio de tantas penas, encontraba algún lenitivo la sierva de Dios dirigiéndose á su padre espiritual, para manifestarle lo que ocurría, su modo de conducirse, y pedirle el oportuno consejo. No era esto del agrado del maldito enemigo, y, para estorbarlo, se convertía en guía espiritual. Con razones varias le aconsejaba que prescindiese del director, que se dirigiese ella misma, y al vivo le pintaba en la imaginación á su director como hombre iluso, fanático é ignorante. Tales eran las argucias de que se valía para amedrentarla y convencerla, que poco faltó para que la pobrecita se creyese perdida. Por eso me escribió en cierta ocasión: «Estos días, *Chiappino*—así llamaba al demonio—me ha hecho cuantas cosas pudo; me las hizo de todas clases y colores. Sin duda que este monstruo redoblará sus esfuerzos para perjudicarme, privándome de quien me dirige y aconseja, pero aunque así suceda—mira, lector, qué abandono en la providencia divina,—nada temo.» Parece que esto debía ser suficiente para

que el enemigo la dejase en paz; pero no sucedió así. Viendo que todo cuanto hacía para quitarle la confianza que tenía depositada en su director resultaba inútil, adoptó el partido de la violencia, y revolviéndose contra ella, mientras se hallaba escribiendo, le arrancaba la pluma de los dedos, la sacaba del gabinete tirándole de los cabellos, y con tal furia, que á veces llegaban á quedar algunos mechones entre sus brutales dedos. Y aun al marchar gritaba con furia: «¡Guerra, guerra á tu padre, mientras viva!» Aquí entre nosotros, puedo atestiguar que el malvado supo cumplir muy bien su palabra. «Créame, Padre—me decía la misma Gemma;—este maldito diablo está más indignado contra V. que contra mí.»

A tal extremo llevó su audacia el enemigo, que tomó la semejanza del sacerdote con quien la piadosa joven acostumbraba á confesarse. Cierto día, habiendo ido ésta á la iglesia para confesarse, mientras se preparaba al lado del confesonario, vió que el confesor estaba dentro esperándola, sin poder darse cuenta de por dónde había pasado. No dejó de llamarle la atención cierta turbación interior que sintió, igual á la que experimentaba cuando estaba en presencia del maligno espíritu. A pesar de ello, aproximóse á la reja, y como de costumbre, dió principio á su confesión. La voz y los ademanes parecían de su confesor, pero sus palabras eran de lo más nefando y escandaloso que darse puede, acompañadas de gestos y acciones deshonestas é indecentes. «Dios mío—exclamó aturdida—¿qué es esto? ¿dónde estoy?» Y recobrando pronto su presencia de ánimo, se alejó de allí y vió que el supuesto confesor había ya desaparecido, sin que ninguno de los circunstantes le hubiese visto salir. Era el demonio, el cual con sus feas artes, trataba de engañar á la piadosa joven con perversas sugestiones, y hacerle perder la confianza que tenía en el ministro de Dios. Una vez desempeñó el papel tan á la perfección, por permisión divina, que consiguió hacer creer á la pobrecita que era sin duda alguna su confesor en per-

sona. Por fortuna, llegué yo por aquellos días á Luca, y enterado del suceso, conseguí que recobrase la paz perdida y la confianza en aquel santo sacerdote, pero á costa de mucho trabajo, y ordenándoselo bajo formal precepto de obediencia.

Fallado aquel golpe, intentó otro el infernal espíritu apareciéndose á la bendita sierva de Dios bajo la forma de ángel resplandeciente; y para convencerla, se insinuó con astucia sin igual, como hizo Eva en el Edén, pintándole las cosas á su manera: «Mira—le dijo,—serás feliz, si juras obedecerme.» Gemma, que en esta ocasión no había sentido la habitual turbación denunciadora de la presencia del espíritu maligno, lo escuchó con sencillez; pero Dios no la abandonó, sino que, á las primeras posiciones de aquel infame, le abrió los ojos, y ella, al darse cuenta, gritó: «¡Dios mío, ¡Virgen Inmaculada, enviadme la muerte!» Dicho esto, se dirigió contra el fingido ángel, le escupió en el rostro, y el malvado desapareció bajo la forma de fuego, dejando un montón de cenizas en el pavimento.

Para protegerla contra estas engañosas apariciones, le ordené que, fuese cualquiera la forma en que se le presentasen los seres del otro mundo, sin esperar más razones, gritase: «¡Viva Jesús!» No sabía yo que el Señor le había dado un remedio parecido, al encargarle que dijese: «Benditos sean Jesús y María.» La dócil joven, para obedecer á los dos, solía emplear á la vez ambas exclamaciones, que los espíritus angélicos repetían: «Viva Jesús»; «Benditos sean Jesús y María.» Los espíritus infernales, por el contrario, ó no contestaban, ó si lo hacían, era pronunciando solamente la primer palabra: «Viva» ó «Benditos;» pero sin añadir nunca los nombres, con lo cual conocía Gemma con quién trataba, y se burlaba de ellos.

Intentó también el demonio apartar de su corazón la confianza en Dios, y pareciéndole muy buena ocasión el estado de sequedad en que caía con frecuencia la amable joven, procuraba darle á entender insistentemente que ya estaba condenada. «¿No ves—le de-

9

cía—que Jesús ya no te escucha, ni quiere saber de ti? ¿Por qué te cansas corriendo tras él? Déjalo, y resígnate con tu suerte infeliz.» ¡Terrible tentación era esta, que causó indecibles sufrimientos á los santos más ilustres, y no hay para qué decir que Gemma la experimentó con toda violencia! Sin embargo, pronto se sobreponía, por el hábito adquirido de dirigirse á Dios con fe viva, y también porque Dios la asistía con especial providencia para que no vacilase. Por eso pudo decirme un día: «El demonio trabaja cuanto puede por perderme; quisiera el muy malvado... Pero Jesús me tranquiliza de tal modo con sus palabras, que no ha podido aquél, á pesar de sus infernales astucias, quitarme un momento la confianza que tengo en Dios.»

Viendo el espíritu maligno que sus artificios resultaban inútiles, se quitó la máscara y le declaró guerra abierta. Con frecuencia se le aparecía bajo formas horrendas; unas veces de perro rabioso, otras de monstruo, y también de hombre feroz. Primero le infundía espanto con su aspecto amenazador, luego se abalanzaba sobre ella, la golpeaba, la mordía, la empujaba de un lado para otro, la arrastraba cogiéndole por el cabello, y de otra porción de modos, con los que mortificaba aquel cuerpo inocente. No vaya á creerse que tales actos fuesen imaginarios, porque eran de realidad manifiesta sus efectos: en el cabello arrancado, en los huesos que sentía como molidos y en los cardenales que durante varios días cubrían su cuerpo; como también era real el ruido causado por los golpes que de vez en cuando se oían, sobre todo cuando la cama era sacudida ó se levantaba en alto, cayendo luego sobre el pavimento. Estos asaltos no eran cosa de un momento; duraban horas enteras y á veces toda una noche. Dejemos que ella misma nos cuente alguno de estos sucesos. Nos servirá de comentario la sencillez peculiar del estilo con que Gemma daba cuenta de lo ocurrido á su padre espiritual.

«Hoy, que creía verme libre de la brutal bestia, me

golpeó de lo lindo. Me dirigía al aposento para dormir; pero en vano, porque me dió tantos golpes, que creí me mataba. Se me presentó en forma de un enorme perro negro, puso las patas sobre mis espaldas y me hizo mucho daño; me resentí tanto en los huesos, que llegué á creer que me los quebraba. Tiempo atrás, al tomar agua bendita, me dió un golpe tan fuerte en el brazo, que caí en tierra dislocándoseme el hueso, pero Jesús me lo colocó en su lugar y quedé curada.»

Dice en otra carta: «También ayer me pegó el diablo. Me mandó la tía que llenase un cubo y que pusiese agua en los cántaros de las habitaciones. Al pasar por delante del Corazón de Jesús con el cubo lleno, me dió un bastonazo tan fuerte en la espalda, que caí al suelo; pero sin romper nada. Aun hoy me resiento, pues al menor movimiento que hago, me duele el cuerpo.» Y dice más: «Ayer, como de costumbre, pasé la noche muy mal. Se me presentó el demonio en forma de hombre grueso y alto. Toda la noche estuvo pegándome, y diciendo que para mí no había salvación, porque estaba bajo sus garras. Le contesté que nada temía, porque Dios era misericordioso. Entonces se enfureció más, me dió un golpe en la cabeza, y diciendo: «Maldita seas», desapareció. Me fuí á mi cuarto creyendo descansar; pero allí lo encontré de nuevo, y se puso á pegarme con una cuerda llena de nudos. Me pegaba, porque quería que hiciese yo el mal que él me enseñaba, y al contestarle que de ninguna manera lo haría, me pegaba con más furia, haciéndome dar con la cabeza en el suelo. Al cabo de algún tiempo, me vino á la memoria el santo nombre del Papá de Jesús—así llamaba esta joven al Padre Eterno,—y gritaba: «¡Eterno Padre! ¡Por la sangre preciosísima de Jesús libértame!» No sé lo qué pasó, pero aquel perverso me dió tan grande empujón, que me tiró de la cama al suelo, y el golpe me produjo tal dolor, que perdí el conocimiento. En el suelo permanecí por bastante tiempo. Gracias sean dadas á Jesús.»

No concluiría, si fuese á referir todas estas escenas,

porque se repetían con mucha frecuencia, y tiempo hubo en que eran diarias. La infeliz, en cierto modo, estaba habituada ya, y si se exceptúa el daño corporal, ningún temor le causaban, pues miraba al monstruo infernal con la misma serenidad con que la paloma se fija en cualquier animal inmundo. Mientras yo no se lo prohibí, se entretenía muchas veces en decirle injurias; y cuando la bestia maldita, al oir la invocación del santo nombre de Jesús, se veía obligada á huir revolcándose por tierra, la sencilla joven lo acompañaba con irónicas risotadas. Me decía en una ocasión: «Si lo hubiese visto, Padre, cómo tropezaba al huir furioso contra mí, se hubiera reído de él. ¡Dios mío, y qué feo es! Pero Jesús me ha dicho que no le tenga miedo.»

En una ocasión asistía yo á la joven, por estar enferma de gravedad, y me encontraba rezando el oficio divino sentado en uno de los ángulos de la habitación, cuando vi pasar por entre mis piernas un enorme gato, de color obscuro y figura horrenda, el cual, después de dar una vuelta por la habitación, fué á colocarse sobre el respaldar inferior de la cama de hierro, frente por frente de la enferma, fijando en ella su feroz mirada. A mí se me helaba la sangre en las venas, y en cambio, Gemma conservaba su apacible calma. Ocultando mi turbación, le pregunté: «¿Es esto cosa nueva?» A lo que me contestó: «No tenga cuidado, Padre, es ese perverso diablo que quiere molestarme, pero esté tranquilo, que ningún daño me hará.» Me acerqué temblando, rocié la cama con agua bendita y la visión desapareció, quedando la enferma tan tranquila como si nada hubiese ocurrido.

Lo que más espantaba á Gemma era el temor de ofender á Dios cediendo á las sugestiones del enemigo. Aunque había vencido en lo pasado, veía que el peligro era inminente, y esto la sobresaltaba, la ponía fuera de sí. Echaba mano de cuantos medios podía practicar para librarse de los asaltos del demonio: cruces, reliquias, escapularios, exorcismos; pero

sobre todo acudía con filial confianza á Dios y á la Virgen Santísima, así como al Angel de su guarda y á su director espiritual. «Venga pronto, Padre—escribía,—ó cuando menos, haga desde ahí los exorcismos, porque el demonio comete contra mí todo género de maldades. Ayúdeme á salvar mi alma, pues tengo miedo de caer en las garras del enemigo. ¡Ah, si supiese lo que sufro! ¡Si viese V. lo contento que estaba anoche! Me cogió por el cabello, y tirando de él, me decía: «¡Desobediencia! ¡desobediencia! No hay que perder más tiempo, ven, ven conmigo.» Y trataba de llevarme al infierno. Más de cuatro horas estuvo atormentándome; así pasé la noche. Mucho temo que á fuerza de oirlo, vaya á desagradar á Jesús.»

Aunque de tarde en tarde, sucedía, no obstante, que el maligno espíritu se posesionaba de ella por completo, atando las potencias de su alma, y perturbando su imaginación de tal manera, que la hacía aparecer como obsesa, y en este estado daba compasión de verla. Tenía tal horror á este miserable estado, que con sólo recordárselo, palidecía y temblaba. «¡Dios mío!—me decía,—estuve en el infierno sin Jesús, sin la Virgen y sin el Angel. Si he conseguido salir, á ti solo te lo debo, Jesús mío. A pesar de todo, estoy contenta, porque sé que sufriendo, hago tu santísima voluntad.» No cabe duda en que, si tales asaltos hubiesen sido más frecuentes ó de mayor duración, la paciente, aunque resignada, hubiera muerto de fatiga.

Agréguense á esto los dolores de crueles enfermedades ocasionadas por el demonio con miras especiales; los dolores ya mencionados de su participación en la pasión del Señor por las periódicas heridas de las manos, pies y costado, las causadas por las espinas en la cabeza, y demás tormentos de que se hablará extensamente á su tiempo, y veremos en Gemma el perfecto retrato de la víctima ofrecida á Dios. Razón tenía ella para decir que estaba contenta; pues con tanto padecer, consiguió su fin y cumplió su misión; el fin de hacerse semejante al divino Hombre de dolores,

elevándose á gran santidad por el amor á Dios, y la misión de servir al Señor de víctima expiatoria por los pecados del mundo.

¡Purificada como estás, esposa de Cristo, sube por el camino de la Cruz, y ve á ceñirte la corona que, con tus méritos, te ha preparado el mismo Dios!

CAPÍTULO XV

Su singularísima devoción al Angel de la guarda

Si no leyésemos en los Sagrados Libros la tierna historia de Tobías, historia que hallamos repetida en varios santos canonizados de nuestra santa madre la Iglesia, nos atreveríamos á decir que es una exageración cuanto de Gemma se va á relatar; pero tales prodigios ha hecho el Señor con las criaturas, que nadie se atreverá á preguntarle el motivo de conducirse así siendo con ellas tan bueno. Por parte de su sierva, las condiciones no podían ser mejores; porque dotada de inocencia, pureza y candor infantil, unido á una fe viva, casi le permitían ver al desnudo las cosas más sublimes del cielo. El ángel custodio, por su parte, debía encontrar en la feliz protegida algo semejante á su naturaleza, de tal modo que, sin descender gran cosa, pudiese estar con ella en familiar comunicación.

Ahora bien, á lo que doy yo el calificativo de *especial* en esta comunicación, es á la presencia constante y sensible del Angel. Gemma lo veía con sus ojos y lo tocaba con sus manos, como si se tratase de una persona viva de este mundo; al extremo de hablar con él como lo hacen dos amigos: «Jesús—decía ella—nunca me deja sola; pues hace que me acompañe el Angel de la guarda.» Con profunda humildad, daba gracias á Dios por tal beneficio, y se declaraba deudora de sumo reconocimiento para con el Angel. «Si alguna vez soy mala, no te enfades conmigo—le decía—mi deseo es ser siempre agradecida.» Y el Angel le contestaba: «Sí, yo seré, al propio tiempo que tu guía, tu compañero. ¿Sabes quién me ha encomendado tu custodia? Pues el piadosísimo Jesús.» La santa vir-

gen no podía soportar tanto amor, perdía el uso de los sentidos, y extática permanecía acompañada de su Angel. Lo qué hacían ambos durante aquel estado, nos lo dice Gemma en una de sus cartas, con estas sencillas palabras: «Los dos nos quedábamos con Jesús. ¡Oh si hubese estado V. allí, Padre!» Y al manifestar que se quedaba con Jesús, quería expresar que se engolfaba con alma y corazón en aquel piélago inmenso de la Divinidad, para ver sublimes misterios.

Aquellos íntimos entretenimientos se empleaban ordinariamente en orar y dirigir alabanzas al Altísimo. «Los ángeles—dice un santo doctor—se complacen en asistir á los santos cuando oran, y el arcángel San Rafael aseguró al hijo de Tobías que, mientras oraba, ofrecía él sus oraciones al Señor.» Si Gemma dedicaba á la oración el día entero y parte de la noche, oración adornada de viva fe y extraordinaria piedad, ¿cómo no había de agradar al Angel del Señor? Se le aparecía suspendido en el aire, con las manos extendidas ó juntas, como en actitud de orar; otras veces arrodillado á su lado. Recitaban los salmos y oraciones alternativamente, y si eran jaculatorias (son palabras de Gemma) iban á porfía á ver quién gritaba más: «¡Viva Jesús! ¡Bendito sea Jesús!», y otras semejantes, con lo que el Señor se mostraba alegre y satisfecho. Cuando meditaba, el bendito Angel le suministraba luces de lo alto, alentando su corazón para que saliese el ejercicio más perfecto cada vez; y como el tema de las meditaciones era frecuentemente la pasión del Señor, el Angel, como buen maestro, le descubría profundos misterios, y decía: «Mira cuánto sufrió por ti Jesucristo; considera una por una sus llagas abiertas por tu amor. Medita cuán horrible es el pecado, pues para expiarlo, fueron necesarios tantos tormentos.» Como éstos, le sugería otros hermosísimos pensamientos, los cuales, cual rayos de fuego, herían el corazón de la joven.

Yo mismo, en varias ocasiones, asistí á las meditaciones que practicaba Gemma con su Angel, y sólo con

lo que exteriormente veía, podía testificar anticipadamente lo que luego me manifestaba ella al darme cuenta de lo ocurrido en el ejercicio. Observé que, cuantas veces elevaba sus ojos para mirar al Angel, escucharlo ó hablarle, aunque fuese en horas ajenas á la meditación, otras tantas perdía el uso de los sentidos por completo; y al apartar la mirada ó suspender el coloquio, inmediatamente recobraba sus sentidos, con la particularidad de que cuantas veces lo intentaba, aunque fuese por breve espacio, el fenómeno se repetía. Hago esta indicación, antes de tratar de los éxtasis, para que no se atribuya á la imaginación lo que era comunicación interior con el Angel, hecho que lo mismo tenía lugar en la calle, que en casa, ya sentada á la mesa, ya ocupada en la cocina. Tan dispuesto estaba el Angel á presentarse, como Gemma á recibirlo. Si se exceptúa la inmovilidad del cuerpo y la lucidez sobrehumana de los ojos, nada se notaba exteriormente, y era preciso tocarla, para darse cuenta de que estaba conversando con seres celestiales, y ajena por completo á este mundo terrenal.

Con repetición hemos citado algunos coloquios en los que el Angel usaba de tal familiaridad, que sólo admite comparación con la que el arcángel Rafael mantenía con el joven Tobías. «Díme, ángel mío, ¿qué tenía el confesor esta mañana que estaba tan serio y no me quiso escuchar?»—«¿Cuándo me contestará el Padre desde Roma á la carta que le escribí preguntándole cómo debía conducirme en tal cosa?»—«Y el pecador por quien me intereso, dime, ángel querido, ¿cuándo me lo convertirá Jesús?»—«¿Qué debo decir á esa persona que me ha pedido consejo?»—«¿Y de mí, qué opinas? ¿Está contento Jesús?» Tales eran las cuestiones que trataban, todas del orden espiritual, porque de lo terreno no se hablaba. El Angel, amoldándose á tamaña sencillez, respondía á todo con inefable dulzura, viniendo después los sucesos á comprobar que la respuesta había sido dada por un espíritu celestial. Tengo tan abundante materia sobre

el particular, que se podría con ella escribir un voluminoso libro, y necesitaría otro para exponer los fundamentos de la credibilidad de hechos tan extraordinarios, que el moderno nacionalismo no quiere admitir.

Hablando en general, diré que el Angel era para Gemma un segundo Jesús. Ella le manifestaba sus necesidades, y en las horas de angustia, especialmente en sus luchas con el demonio, lo tenía constantemente á su lado; le daba encargos para el Señor, la Virgen ó los Santos, y, en ocasiones, le confiaba cartas cerradas, suplicando que le llevase contestación, la cual, en efecto, llegaba, y muy pronto. ¡Qué de pruebas hice yo para asegurarme que hechos de tal naturaleza obedecían á causas sobrenaturales! Ni una sola falló; y tuve que convencerme de que el cielo, por decirlo así, quería juguetear con esta joven tan sencilla como amada. Si mandaba á su Angel con algún encargo para personas de este mundo, como lo hacía con frecuencia, le causaba extrañeza que no se le contestase. «¡Hace tantos días—escribía—que se lo mandé á decir por el Angel! ¿Cómo es que no lo hizo? Por lo menos, bien pudo mandarme á decir por él que no le era posible ocuparse en este asunto. No se incomode porque vuelva á insistir en esta carta. Se trata de negocio muy serio.»

Tenía, pues, al celestial mensajero en constante movimiento, y éste con especial esmero la favorecía, dándose el caso de que, sin necesidad de invocarlo, acudía al menor peligro, refrenaba el poder del demonio, y luchaba con él, llevando á Gemma de la mano. Para citar un caso particular, sucedió que estando sentada á la mesa en casa de sus padres, uno de los concurrentes, cediendo á las malas costumbres de nuestros días blasfemó del santo nombre de Dios. Al oirlo Gemma, experimentó tal dolor, que se desmayó, y al caer, iba á dar con la cabeza en el suelo, pero el Angel acudió en su socorro, la sujetó, puso su espalda para que le sirviera de apoyo, le dijo al oído una pala-

bra, y la hizo volver en sí. En otra ocasión, habiéndose entretenido en la iglesia hasta hora avanzada sin darse cuenta, porque estaba con el Señor, le advirtió el Angel la hora que era, y la acompañó visiblemente hasta su casa. En varios peligros de la vida le avisó para que adoptase las precauciones convenientes, y por más que ella no se descuidaba, alguna vez le hubieran sobrevenido graves males; por eso en una ocasión le dijo el Angel con mucha gracia: «¡Pobre criatura! Eres tan imperfecta, que no puedo menos de estar continuamente á tu lado. ¡Cuánta paciencia necesito contigo!»

Empero la misión más importante del Angel para con Gemma, era la concerniente al alma; pues debía ser, con arreglo á los designios de Dios, instrumento de santificación, y enseñarle el difícil camino de la virtud. Al propio tiempo que fidelísimo guarda, era maestro de perfección cristiana, y todo le servía de ocasión para dirigirla é ilustrarla con palabras de divina sabiduría, algunas de ellas conservadas gracias á la relación que Gemma hacía de vez en cuando á su director espiritual. En una ocasión, sin duda para que no se perdiese ni una sílaba, ordenó á Gemma que tomase papel y pluma, que se sentase en el escritorio, y él de pie, cual si se tratase de un maestro, se puso á dictar para que copiase lo que sigue: «Acuérdate, hija, de que quien ama á Jesús de veras, habla poco y sufre mucho. Te ordeno, de parte de Jesús, que nunca des tu parecer, si no te lo piden, y que no sostengas tu parecer, sino que, una vez dado, te calles. Cuando cometas alguna falta, acúsate inmediatamente de ella; no esperes á que otros lo hagan. Obedece puntualmente al confesor sin replicar, y á quien él te mande, y sé sincera con uno y otro. Guarda tus ojos y ten presente que quien mortifica la vista, verá la hermosura del cielo.»

Cuando era preciso, se mostraba severo con su discípula, corregía sus defectos, sin tolerar el más pequeño, tanto que un día llegó á decirme: «Es un poco se-

vero mi Angel, pero me alegro. Días pasados llegó á regañarme tres ó cuatro veces. En verdad que á veces parecía salirse de los límites de lo justo. «Ayer—es Gemma la que habla,—cuando estaba comiendo, levanté los ojos, y vi al Angel mirarme con tal severidad, que causaba miedo. Más tarde fuí á acostarme un momento. ¡Dios mío! Me mandó que lo mirase cara á cara, lo hice, pero inmediatamente tuve que bajar la vista. No obstante él insistía en lo mismo y me dijo: «¿No te das vergüenza de cometer faltas delante de mí?» Y por espacio de una hora me obligó á que le mirase cara á cara. Me dirigía unas miradas tan penetrantes, que me vi precisada á llorar, y encomendarme á Dios y á la Virgen Santísima, para que me apartasen de allí, porque no podía resistir más. De vez en cuando decía: «Me avergüenzo de ti.» Yo rogaba y suplicaba que nadie pudiese verlo en tal estado, porque de haberlo visto, ninguno se acercaría á mí. Pasé el día entero sufriendo, sin poderme recoger un momento, y sin tener valor para dirigirle una palabra, pues en cuanto yo levantaba los ojos, él me miraba con aire severo. Le hubiera pedido perdón, pero cuando se pone así, no es la ocasión más oportuna.»

No es fácil expresar el fruto que de este angelical magisterio sacaba la amable joven, porque teniendo sed de perfeccionarse en la virtud, estaba pendiente de sus palabras, entregándose con valentía á las obras de penitencia que el Angel le imponía, para tenerlo así contento. Por eso hubo de decirme un día: «Mucho me repugnaba la penitencia que me impuso de ir á decir al confesor ciertas cosas; pero obedecí. Me revestí de valor, y muy de mañana fuí á cumplir su orden, con lo cual me vencí, y conseguí que el Angel, que es muy bueno conmigo, quedase contento.» Por la gran caridad que con ella usaba, amaba tanto Gemma á su fiel custodio, que tenía constantemente su nombre en los labios y el corazón. «Angel querido—le decía,—¡cuánto te quiero!»—«¿Y por qué?,» le preguntaba él.—«Porque me has enseñado á

ser buena, á ser humilde y á complacer á Jesús.»

No es de extrañar, por lo tanto, que amor tan intenso en alma tan sencilla, ocasionase tal familiaridad que á veces resultaba excesiva. Hablando con el Angel, parecía tratar con un igual, llegando á porfiar con él para que se doblegase á su parecer. A mí mismo me causó extrañeza al principio, por lo que le advertí que aquello no estaba bien, ni con mucho; la califiqué de soberbia, pues en vez de temblar delante del celestial espíritu, usaba con él de tal confianza que lo trataba de tú, y le prohibí, para probar su virtud, que se entretuviese con el Angel, fuera de los límites señalados por mí. Gemma bajó la cabeza y humildemente respondió: «Tiene razón que le sobra, Padre, no lo volveré á hacer más. De hoy en adelante, cuando vea al Angel, le daré el tratamiento de V., le haré la reverencia debida, y me pondré unos cuantos pasos atrás.» Promesa que cumplió fielmente durante la prohibición, por más que, en lo referente al V., se embrollaba á menudo, incluso en los éxtasis, y tenía que rectificar.

Concluiré este asunto refiriendo una aparición. «Estaba en cama muy enferma, cuando de pronto pude recogerme interiormente. Junté las manos, y con toda la fuerza que mi débil corazón permitía, hice el acto de contrición acompañado de gran dolor por mis pecados. Mi entendimiento meditaba las ofensas hechas á Dios, cuando en esto observé que el Angel estaba á mi lado. Me avergoncé de estar en su presencia, pero él me saludó cariñosamente y me dijo: «Jesús te quiere mucho; ámalo tú también.» Después me dijo: «¿Quieres mucho á la Madre de Jesús? Salúdala con frecuencia, que le agrada mucho y siempre os devuelve el saludo. Aunque no siempre la oigáis, es para probar vuestra fidelidad.» Dicho esto me bendijo y desapareció.»

De lo manifestado se deduce que la familiaridad de Gemma con su Angel era sencilla y espontánea, pero á la par humilde y reverente.

También nosotros tenemos un ángel designado por el Padre celestial como custodio. Si como Gemma fuésemos puros, inocentes y humildes, llenos de viva fe y con deseos de perfeccionarnos, seguramente que nos querrían ellos también, como el suyo á Gemma.

CAPÍTULO XVI

De su extraordinario espíritu de oración

Desde su más tierna edad procuró con ahinco esta virgen ejercitarse en la oración, para recibir los favores de la gracia. Movida por especial instinto, se acercaba á su madre y á sus maestros para que la enseñasen á orar, y cuando ya supo hacerlo, se apartaba de sus familiares, se encerraba en su habitación y allí pasaba horas enteras orando y trabajando. Si tenemos presente el aborrecimiento con que miró todo lo que, fuera de Dios, podía ocupar su corazón: su desprendimiento por las cosas creadas, la custodia de los sentidos, la delicadeza de su conciencia, la mortificación de los apetitos y las virtudes en que se ejercitó, podemos disponernos para verla entrar en íntima comunicación con Dios. Así fué; desde los primeros pasos se puso en aptitud de fijar la mirada en El sin deslumbrarse, como el águila con el sol. Siendo el fin de la oración unir el alma con Dios por medio de la fe, bien podemos asegurar que Gemma, desde temprana edad, poseía el don de la oración en grado eminente.

Ordinariamente hablando, para ver á Dios, no necesitaba ponerse á orar, recoger sus potencias ó hacer esfuerzos, como tenemos precisión de hacer nosotros, porque tenía presente al Señor en cualquier tiempo y lugar, sin que perdiese su presencia por distracción de ninguna clase. Y es de admirar que así sucediese, pues aunque incapaz de mezclarse en cosas ajenas, era tan cuidadosa de sus deberes, que cuando se le confiaba un asunto, podía uno tener la seguridad de que se cumpliría puntualmente. Una sola vez tengo conocimiento de que se distrajese, y esto por poco tiempo, de la actual presencia de Dios. Véase qué cosa tan in-

sólita para ella, y qué tremenda desventura. «El señor Lorenzo, con palabras suyas, me ordenó que le hiciese algunas cuentas, y como eran algo difíciles, les puse tanta atención, que perdí á Dios de vista. ¿Ve V., Padre, cómo sigo siendo imperfecta, pues por unos números y escasos bienes materiales, he dejado al Señor? Me ha trastornado de tal manera este pensamiento, que me parecía estar ya condenada. ¡Dios mío, hasta cuándo durará esta perversidad mía!» Lo cierto es que me costó mucho trabajo poder tranquilizarla; pero no sin confundirme y avergonzarme á la vista de virtud tan grande.

Bastaba mirar, aunque fuese de lejos, á esta admirable doncella para conocer que se había entregado á Dios por completo; porque, repitámoslo, la majestad de su rostro, su porte grave, la sobriedad en las palabras, la modestia de sus ojos, y la angelical sonrisa de sus labios, decían á cualquiera que Gemma estaba en la presencia divina, y en el mundo, solamente su cuerpo. Tal atención para las cosas celestiales era para ella la cosa más natural del mundo; no le causaba el menor cansancio, pero el distraerse le era penoso en extremo. Al expresarme así, no se crea que exagero; refiero sólo lo que mis ojos vieron. Sentado un día á la mesa de aquella buena familia, bienhechora de mi Congregación, Gemma se situó en frente, interiormente recogida, por lo que yo, usando de la autoridad de padre espiritual, le indiqué que suspendiese la oración, pues aquel acto no era el más adecuado para orar. Dicho esto la miré, observé que palidecía y temblaba de pies á cabeza, pero obedeció y se puso á comer sin dar señales de que interiormente sufriese. Terminada la comida, la llamé aparte, y pude cerciorarme de que sus vestidos estaban empapados en sudor, como si hubiesen sido sumergidos en un baño, y, admirado, no pude menos de preguntar: «¿Pero qué es esto?» Ella me contestó candorosamente: «Padre, bien lo sabe V. ¿No me quitó á Jesús durante la comida? Pues sin él no puedo estar.» Desvié la conversación y

con cierto desprecio, le mandé que fuese á mudarse de ropa. Al cabo de algunas horas renové el precepto, y el fenómeno se reprodujo; volví á repetir el mandato, aunque interiormente, y me vi precisado á ordenar la suspensión, pues llegué á temer que el corazón se le rasgase. ¡Un ángel como este, aun era viador en esta miserable tierra!

La atención de Gemma para con Dios, no consistía tan sólo en ese recogimiento de espíritu más ó menos sentido de los que saben estar en la presencia del Señor; era un ejercicio de elevada oración, espontánea y dulce á la vez. Veía ella á su Dios, le hablaba, le escuchaba y se complacía con El, pasando con envidiable facilidad de los pensamientos más sublimes á otros más vulgares; le proponía dudas, ó pedía favores para determinadas almas, y le daba gracias por los favores recibidos. Tal era el recogimiento de esta piadosa doncella, su espíritu de oración y lo que la ocupaba las veinticuatro horas del día. Digo veinticuatro horas, porque, como dormía poco, su oración apenas se interrumpía, pues al despertar volvía á tomar el hilo en donde había quedado, y así, sucesivamente, hasta la madrugada. Se levantaba como si toda la noche hubiese estado en la iglesia orando, sin cansancio ni aturdimiento de cabeza; y al levantarse, lo primero que hacía era santiguarse con el crucifijo, que ni para dormir dejaba de la mano, besábalo luego y sonreía con gràcia sin igual. A sus coloquios nocturnos aludía, cuando en uno de sus éxtasis se le oyó exclamar: «¿Ves, Jesús mío, cómo paso las horas de la noche?... Duermo, sí, pero mi corazón no duerme, sino que vela contigo.»

De lo dicho, deducirá el lector que este ángel, al tratar con Dios, poco uso hacía de las oraciones vocales, excepción hecha del Rosario, que se rezaba en familia, y de vez en cuando, de la coronilla de la Pasión ó de la Virgen de los Dolores, que le servían de guía para internarse en la meditación de los misterios dolorosos. Fuera de éstas, ninguna más. Pudiendo hacer-

lo perfectamente con las luces que recibía del cielo, componía ella misma sus oraciones según sus necesidades. «No me agrada—decía—leer oraciones en los libros, porque no encuentro pasto suficiente; ni me conviene recitar padrenuestros y avemarías, porque me canso. Las oraciones las hago yo según puedo.» Sin duda, lector, tendrás interés en que te transcriba alguna de las inspiradas oraciones de Gemma, fielmente recogidas al ser sorprendida orando. No las encontrarás de menor mérito que los soliloquios de San Agustín. «Alabado sea el excesivo amor de Jesús que, apiadándose de mi miseria, me ofrece los medios necesarios para alcanzar su amor. Eres, Señor, tesoro que no conocía, pero ahora te conozco; eres todo mío, especialmente tu Corazón. Sí, tu Corazón es enteramente mío, porque una y mil veces me lo regalaste; pero tu Corazón está lleno de luz, y el mío envuelto en tinieblas. ¡Cuándo llegará el día en que, desde estas tinieblas, pase á la luz clarísima de mi Jesús!»

«Dios mío, ¿cómo podré glorificarte? Al crearme lo hiciste sin mí, y sin mí tienes la gloria que mereces. Que todas tus obras te alaben, ya que las hiciste á medida de tu infinita grandeza. Es limitado mi entendimiento, pero la gloria de Dios no tendrá fin. Al glorificarte, Señor, no somos nosotros obra de tus manos, sino que eres Tú quien te glorificas.» Y rogando por sí misma, decía: «Jesús mío, vengo á postrarme á tus pies y pedirte una gracia. Si no fueses Omnipotente, no te la pediría. ¿Por qué no tranquilizas mi alma, siendo así que está llena de santos deseos? ¿Despreciarás esas aspiraciones puestas por ti en mi corazón? Pues esa es la gracia que te pido; me la otorgarás, ¿no es cierto? ¡Señor, apiádate de mí! Ya que he rogado tantas veces por los demás, ten ahora piedad de esta pecadora, que te costó la vida. ¡Perdóname, Dios mío; mira que soy huérfana, no tengo padres. Ten piedad de los huérfanos, que son fruto de tus dolores.» De estos coloquios tan tiernos, tengo tantos en mi poder, que llenaría un volumen.

En ocasiones, la fervorosa joven desahogaba su corazón con aspiraciones breves y llenas de fuego. «Jesús, Dios de mi corazón, contigo solamente quiero estar. ¡Cuándo llegará el día en que te vea cara á cara! ¡Ay mundo, qué despreciable eres! ¡Y cuán estimable la cruz de mi Jesús!» Como estas eran otras muchas jaculatorias que, salidas del corazón, pronunciaba su boca, cuando creía estar sola. Otras veces eran versículos ó salmos enteros, escogidos de entre los más apropiados á la situación de su alma; de ellos hacía uso en tiempo de aridez, cuando por la gran angustia se volvía poco menos que inerte en entendimiento y su corazón, ya que en tiempos de la ordinaria sequedad de espíritu, las dos facultades permanecían aptas para ejercitarse, acaso mejor que en tiempos de consolaciones, con la sola diferencia de que su oración era entonces dolorosa, capaz de herir el corazón de quien la escuchase. Entre sus papeles encontré un librito, en el que había copiado algunas aspiraciones sacadas del salterio, con el siguiente título: «Oraciones, aspiraciones, jaculatorias y recopilación breve de algunos salmos, para recitarlos durante el día, especialmente cuando el Señor se oculta.» Ya hemos visto que así era como llamaba al estado terrible de angustia: «¡Jesús que se oculta!»

Dividen los actores místicos la contemplación en infusa y adquirida. La primera es don de Dios, independiente del esfuerzo humano; y la segunda se adquiere, mediante el auxilio de la divina gracia, con nuestras fuerzas, especialmente con el ejercicio de la meditación. Con esto el alma se acostumbra á pensar en las cosas espirituales, se perfecciona y, si se permite la expresión, se espiritualiza cada vez más, hasta el punto de no serle necesario trabajar ya con la palabra ni la meditación, para elevarse á Dios. Entonces basta un pensamiento ó imagen cualquiera para abstraerla, y mantenerla en suspenso con la mirada tranquila, casi extática, de la contemplación. Gemma tuvo estas dos formas, según antes se manifestó; así

es que, en el camino de la perfección, no solamente fué pasiva, sino que con sus fuerzas adquirió la santidad, haciéndose acreedora á los dones de la divina gracia.

Bajo la guía del Espíritu Santo, se aplicaba con todas sus fuerzas á la meditación ordinaria, en diversas partes del día, es decir, por la mañana en la iglesia, y por la noche antes de irse á descansar; y además, cualquier tiempo que por el día le quedase libre, era empleado en tan santo ejercicio. En la meditación seguía los preceptos que dan los maestros de espíritu, tales como la *preparación remota*, que consiste en el recogimiento y ordenación del objeto que se va á meditar; la *preparación próxima*, que son los actos de fe, el dolor de los pecados, las súplicas, etc., que preceden al piadoso ejercicio, y, por fin, la *composición de lugar*, que consiste en la representación del misterio por la memoria, su examen con el entendimiento, aplicándose á sí mismo la verdad meditada, y excitándose á santos deseos por medio de la voluntad. Los temas ordinarios de Gemma eran los atributos de Dios y la Pasión del Salvador, porque si bien á veces se proponía otros, siempre concluía por estos dos: Dios y el Calvario. De tal manera se engolfaba, que era capaz de estar ocupada horas enteras sin cansarse, y lo que es más raro, sin padecer distracciones, pues ni de niña las padeció por mucho que la meditación durase. Puesta en oración, se borraba de sus potencias el mundo, y su pensamiento quedaba libre para ocuparse en Dios, cual si no perteneciese á esta miserable tierra; privilegio insigne, á pocos santos concedido.

De lo dicho se infiere cuán fácil tenía que ser para Gemma el pasar desde la meditación profunda á la contemplación adquirida, como sucedió desde un principio. Sin poner en ello el menor cuidado, su meditación se convertía, desde las primeras consideraciones, en altísima contemplación. Si el misterio que se proponía meditar era el de la belleza, santidad, misericordia ó justicia de Dios, veía estas divinas perfecciones

como en un cuadro, mejor dicho, en un espejo. Examinaba su grandeza y profundidad, descubría cuanto es permitido al entendimiento humano, sus inefables secretos, y aquella visión, haciendo callar á las potencias de su alma, hacíala completamente dichosa. Cuando meditaba en la Pasión del Salvador, después de haberse representado el misterio, fuese Getsemaní, el Pretorio, el Calvario, ó la crucifixión, perdíase también su entendimiento como en un mar sin límites, y su corazón se consumía, á un mismo tiempo, de amor y de dolor.

Para darme á entender mejor, copiaré las palabras con qué contestó á una pregunta mía: «Al ponerme á meditar, y durante la meditación, no experimento la menor fatiga. Siento solamente que mi alma se hunde en la inmensa grandeza de Dios, pasando de un punto á otro. Reflexiono primeramente que, siendo el alma imagen y semejanza de Dios, sólo El debe ser mi único fin, y en ese instante me parece que el alma, perdiendo la pesadez de este cuerpo, vuela hacia Dios, y al encontrarme en presencia de Jesús, me confundo totalmente con El. Veo que soy amada por el celestial Amante, y cuanto más pienso en El, más dulce y amable lo encuentro. A veces me parece ver al Señor como luz divina, sol de eterna claridad, Dios grande á quien todo está sometido en el cielo y en la tierra, un Dios que puede cuanto quiere. Conozco que es bien infinito, que por sí mismo existe, y que por estar lleno de perfecciones, en él se encuentran todas las cosas. Pienso también en su bondad, y entonces mi entendimiento eleva su vuelo hacia el paraíso, y como Jesús es bondad, y bondad infinita, con él espero poseer todas las cosas. Pongo término á mi oración, pidiendo á Jesús que aumente en mí su amor, para que después se perfeccione en el cielo.»

En otra carta me decía: «Me siento en la oración como si no estuviese en mí. No distingo donde me encuentro; si apartada de los sentidos, ó bien...; en fin, experimento una paz y una tranquilidad tales, que no

es posible explicar. Siento una fuerza que me atrae, pero que no fatiga; es una fuerza dulce, por decirlo así. La plenitud de esa dulzura la experimento cuando poseo á Jesús, cuando, olvidada del mundo, se siente satisfecho mi entendimiento, y el corazón nada desea, porque posee un bien infinito, sin medida, que á ninguno se asemeja, y al cual nada le falta. Después de la oración, le busco, porque es mucha la dulzura que me hace sentir el bondadosísimo Jesús. Pero no siempre siento dulzura, sino que algunas veces experimento dolor de mis pecados, y con tal intensidad, que parece voy á morir.»

Respondiendo á una duda que con artificio le propuse, se expresó del siguiente modo: «En la oración veo á Jesús, pero no con los sentidos corporales, sino que le conozco con claridad. El me hace caer en dulce abandono, y en tal estado le conozco. Oigo su voz con tal fuerza que, según he dicho varias veces, me hiere más la voz de Jesús que una espada de dos filos: tan profundamente penetra en mi alma. Sus palabras son palabras de vida eterna. Cuando veo ú oigo al Señor, no veo belleza y figura corporal, ni oigo un sonido dulce ó canto armonioso, sino que veo una luz infinita, un bien inmenso; y su voz, aunque articulada, como la palabra humana, es, no obstante, más fuerte, y mi alma la oye como oye las palabras pronunciadas por la lengua.»

Todo esto nos demuestra que el alma de esta virgen, más angelical que humana, estaba dotada de gran perspicacia para ponerse sin esfuerzo en contacto con el Sumo Bien, y comprender las concepciones más sublimes. También estaba dotada de singular prudencia, que le hacía preferir las cosas del cielo, buscarlas con avidez y amarlas entrañablemente, de tal modo que, elevándose sobre la viciada naturaleza, confortada con la luz celestial que le comunicaba el divino Espíritu, veía la unidad de la naturaleza en Dios y la Trinidad de las Personas, la unión inefable de la naturaleza divina con la humana en la Encar-

nación del Verbo, el misterio de la sabiduría, la justicia y misericordia divinas en el gobierno de sus criaturas, y otros muchos arcanos que, para su perfección, le fueron descubiertos. Y veía tales arcanos como cosas claras y evidentes, por lo que, en vez de saciarse, aspiraba á ver más, y lanzándose con raudo vuelo, sentía la necesidad de ir más allá, para llegar á lo más recóndito, que era su Dios visto cara á cara. Por eso en una ocasión se le oyó exclamar: «¡Quién me diera alas de paloma para volar hasta Ti, Dios mío! Haz que en las alas de la contemplación pueda llegar hasta Ti; rompe las cadenas que me aprisionan. Muchas cosas hay, Jesús mío, que entretienen mi alma contemplándolas, pero en ninguna encuentro descanso, porque sólo en Ti reposa mi alma.»

No es fácil explicar la estimación en que tenía Gemma estas verdades, ni el consuelo que á su corazón proporcionaba la contemplación; baste saber que frecuentemente no podía resistir y se desmayaba, ó bien era arrebatada en éxtasis. «¿Cómo podré explicarle—me decía—lo que siento en estos momentos? El cielo se derrama en mi alma, y ésta se admira primero, quedando luego estupefacta. El entendimiento se confunde y se aturde, y el corazón late con violencia, sin saber hacer más que sufrir y gozar á un tiempo, ni volver la vista atrás. ¡Si supiese cómo quedo después de la oración! No sé qué se haya experimentado cosa igual. ¡Dios mío, cuán bueno eres conmigo!»

Frecuentes eran estas sublimes ilustraciones, ya estuviese orando ú ocupada en asuntos propensos á la distracción. Su entendimiento se iluminaba repentinamente con luz misteriosa, desaparecía cuanto la rodeaba, y de golpe se encontraba en el cielo contemplando á Dios y sus bellezas. No sabiendo Gemma cómo explicar este esfuerzo sobrehumano, decía con su acostumbrada ingenuidad: «Pierdo la cabeza. Estaba en la cocina hablando con la criada, y de repente, sin tener tiempo para retirarme, se me desvanece el sentido y me encuentro en presencia de Jesús.»

¡Afortunada criatura, quédate con él, que nadie te envidiará suerte tan merecida!

A esta sublime elevación puede llegarse por tres vías diferentes: *intelectual, imaginativa* y *mixta*. La primera tiene su origen en las cosas abstractas ó intelectuales; la segunda en las imágenes sensibles preexistentes ó divinamente impresas en la fantasía, y la tercera participa de las dos, ya sea por disposición divina, ó por el vínculo que existe entre el entendimiento humano y los sentidos. Cuando el misterio que se contempla es por su naturaleza sensible, como sucede con la pasión del Salvador, es evidente que la contemplación imaginativa, objetivamente considerada, no es menos digna que la intelectual, y es propia tanto de los principiantes, como de los perfectos en esta divina ciencia. La intelectual, rigurosamente hablando, es muy rara, según el común sentir de los teólogos; porque si bien es cierto que la gracia refrena y corrige la naturaleza, cuando ésta pone obstáculos á su acción, no la violenta; y de ahí que la forma más común sea la mixta, interviniendo las imágenes sensibles, no como instrumento de la contemplación, sino por concomitancia.

De que la contemplación de Gemma, por lo regular, era de esta última clase, es prueba evidente el que, después de la oración, recordaba perfectamente el asunto en que se había ocupado, y podía, mediante el auxilio de las imágenes sensibles, delinear cada misterio; cosa que hubiera sido imposible, de no tomar parte la imaginación. Esta facultad, de la que no abusaba en la oración ordinaria, no era un obstáculo, cuando, bajo la acción del Espíritu Santo, se ocupaba en cosas más sublimes; porque sólo entraba en ejercicio cuando contemplaba misterios objetivamente sensibles, especialmente la sacratísima Humanidad del Señor; y entonces, con mucha delicadeza. Le descubría la divina hermosura de Jesús, las llamas de su encendido Corazón, la profundidad de las llagas, el cuerpo ensangrentado, y la cabeza herida, dejando

luego que el entendimiento, con el auxilio de superiores luces, hiciese lo demás.

Cuando la joven era principiante en las sendas de la mística, el divino Espíritu, acomodándose á la sencillez infantil de ella, la educaba con la contemplación sensible é imaginativa en los misterios del orden intelectual, haciéndole ver, por ejemplo, al Padre Eterno bajo la forma de anciano venerable, revestido con los honores de la paternidad y la majestad de un justo juez.

CAPÍTULO XVII

ÍNTIMA UNIÓN DE GEMMA CON EL SUMO BIEN

Después de lo dicho, parecerá acaso inútil añadir un capítulo particular para demostrar cuán alta y profunda fué la unión de Gemma con Dios y cuán encendido el amor que por Él ardía en su pecho. Sin embargo, como la perfección de la vida cristiana consiste en este amor y unión, no desagradará al lector que hable de él en particular, á fin de que se vea cómo en realidad alcanzó el ángel de Luca en sumo grado la perfección de que estamos hablando.

En efecto, ver á Dios con luz sobrenatural infusa, estar en contacto con Él por medio de las facultades del alma, y no amarlo ni desear unirse á Él íntimamente, es imposible. Al menos para Gemma lo era; y como desde la niñez fué favorecida por el cielo con esa luz, desde entonces principió á sentirse unida con Dios por dulces atractivos, amándole con tierno afecto, y á Él solo. Muchas veces le oí decir: «No, no quiero que se me hable de otro amor, porque á Él solo quiero y Él solo me basta. Tú lo sabes, Jesús mío, que á nadie quiero más que á Ti. Aunque me hagan pedazos, dejándome á Jesús, estaré satisfecha.»

Era Gemma como la esposa que, herida en el corazón, sólo vive para el celestial esposo, en quien tiene fijos el entendimiento y el corazón y todo su ser, y con el Real Profeta exclamaba: «¡Quién pudiera, Jesús mío, estar en el Paraíso! ¿Puedo desear algo en el mundo fuera de Ti, que eres el Dios de mi corazón, mi herencia y mi todo, por toda la eternidad?» Bastaba mirarla, aunque fuese un momento, para comprender que estos afectos se sucedían en su corazón á cada instante. ¿Y qué sucedía cuando entablaba conversación sobre

estos asuntos? Sus palabras, aunque breves y concisas, eran de fuego. «¡Oh, si supiesen todos cuán hermoso y amable es Jesús! ¡Se morirían de amor! ¿Por qué es tan poco amado? ¡Ah, tiempo perdido el que se emplea con las criaturas! ¡Nuestro corazón ha sido hecho para amar á uno solo, á nuestro Dios!» Dichas algunas expresiones, volvía á sumirse en su habitual recogimiento. Los teólogos llaman á este recogimiento interno: *Silencio espiritual.* En él permanece el alma estupefacta, clavada, por decirlo así, ante la majestad de Dios, y sin valor para hablarle, contenta con amarle para ser feliz, y con amarle cada vez más para ser más feliz. La imaginación misma se llena á su vez de las maravillas que vislumbra, y se abstiene de perturbar con sus actos la paz suavísima del entendimiento; de modo que en este estado todo calla, mientras Dios hace gustar al alma delicias inenarrables. En Gemma, este grado de amor y unión más perfectos, alternaba frecuentemente con el primero. Recogida su alma para hablar con Dios y escucharlo, alabarlo y darle gracias, humillarse y confiar, de golpe aumentaban las luces divinas que la ilustraban y el amor que la atraía, y quedaba suspensa é inmóvil, para volver luego á los primeros afectos. Mientras en el primer estado se reflejaban en su rostro, uno en pos de otro, los movimientos de su alma, en el segundo permanecía invariable la fisonomía. Al darme cuenta de este grado de oración, Gemma se expresa así: «Estuve en presencia de Jesús; nada le dije, ni él á mí; los dos permanecíamos en silencio, yo mirándolo á él y el mirándome á mí. ¡Pero, Padre, si supiese cuán dulce es estar así delante de Jesús! ¿Lo ha experimentado alguna vez? No se puede desear más. Al cabo de algún tiempo, dijo Jesús: ¡«Basta!», y aquella luz desapareció, pero el corazón no se enfría tan pronto.»

Ciertamente, no se enfriaba el corazón de la sierva de Dios, porque, aunque cesase la contemplación en este grado, que siempre es de corta duración, las llamas persistían quemándolo largo rato. No andaría

muy lejos de la verdad quien asegurase, como creo yo poder asegurar, que la costumbre que tenía esta joven de estar callada durante el día y en constante recogimiento, provenía del sobrenatural silencio en que la colocaba Dios en la contemplación. Claro está que, con aquellos ardores del alma, con la memoria de aquella belleza infinita que estaba destinada á contemplar con tanta frecuencia, muy pocos deseos debía tener de entretenerse á hablar con las criaturas. Sólo le bastaba Jesús, y de nadie más se cuidaba. Oigámosla: «Déjame obrar, Jesús; ya que tu amor es inaccesible, pensaré, sí, pensaré. Aquí, Jesús, aquí en mi corazón, quiero fabricar un aposento de amor, donde sólo entres Tú; aquí te tendré siempre conmigo, siempre prisionero, y no te daré libertad, no, hasta que no me hayas dado los consuelos que tanto deseo. ¿Y qué deseo, qué pido, buen Jesús? Ya lo ves; pido lo que tú quieres, y deseo lo que tú pides.» ¿Qué te parece, devoto lector? ¿No son preciosos estos frutos? ¿Puede un corazón frío inventar afectos semejantes?

Creciendo en el alma bien dispuesta semejante quietud, crece con ella el amor, á cuyo dulce calor el alma misma se siente como adormecida y tranquilamente reposa en el seno de Dios. En este estado, tiene el alma conciencia de que ama, y ama mucho al Sumo Bien; pero sin pensar cómo ama, y cuidándose sólo de amar. Ni podría tampoco investigar el por qué y cómo ama, pues dormida como está su mente, se pierde en Dios. De semejante gracia fué favorecida la seráfica virgen de Luca, poco antes de ser elevada á la unión extática, y Dios se la concedía con bastante frecuencia en un mismo día. Como en tal estado los sentidos corporales se adormecen, era fácil observarla, ya en pie ó sentada, arrodillada ó tendida en tierra. Aparentemente estaba dormida, y ella misma se servía de la palabra sueño para referir el misterioso fenómeno; pero no porque en realidad durmiese, sino porque el entendimiento estaba totalmente abstraído, apartado de todo, incluso de sí mismo; por

lo que, al salir de aquel estado, decía que había estado en el seno de Dios. «Figúrese una niña—me decía,—que se duerme en el regazo de su madre. Se olvida de todo y en nada piensa, como no sea en descansar y dormir, sin cuidarse de cómo ni porqué duerme. Pues así está mi alma durante ese tiempo; pero créame, Padre, es un sueño dulcísimo.»

¡Duerme, angelical virgen, y descansa sobre el regazo que con tanta ansia buscabas; en él encontraste tu último fin!

Para asegurarme de todo con pruebas fehacientes, y también para mortificarla, le dije que semejante sueño durante el día era verdadera ociosidad que convenía evitar. ¡Caso raro! Como este sueño era sobrenatural, sin que tomase parte la voluntad para entrar en él, Gemma suplicó al Señor que le permitiese obedecer; el Señor la escuchó, y el fenómeno no se repitió. Pero muy pronto se manifestó en su lugar otro de orden más elevado, en premio sin duda á su voluntad obediente; ese nuevo fenómeno es el de la unión extática antes indicado, del que me he de ocupar con más extensión en otro capítulo. «Vea—me decía la bondadosa joven,—Jesús me hizo obedecer, y no he vuelto á dormir. Ahora estará V. contento. Ya no se molestará conmigo, aunque le dé algún disgusto. Procuraré ser buena.» Como puede ver bien el lector, en estos hechos no entra en modo alguno el artificio ni el engaño.

Colocada en medio de tantas llamas, como en horno encendido en el seno de Dios, fácilmente se comprende que esta alma afortunada no podía dormir siempre ni reposar de continuo; sino que tanto el sueño como el reposo habían de enardecerla cada vez más, sacarla de vez en cuando fuera de sí, y excitar en su corazón sentimientos de amoroso delirio. En tal estado, quisiera el alma consumirse en alabanzas á Dios, que su voz se oyese de uno á otro confín, inducir á las criaturas todas á glorificarlo y amarlo, sufrir mucho para agradarle y emprender cualquier cosa por El. Quien ha leído los salmos del rey David y la vi-

da de San Francisco de Asís, de Santa Teresa, de Santa María Magdalena de Pazzis, ó de otros santos favorecidos de Dios, podrá comprender en qué consiste esta embriaguez divina. Gemma la experimentó, según se comprueba por las palabras que pronunciaba ó escribía en tal estado. Exteriormente, sólo dos ó tres veces se manifestó con voz vibrante y gestos animados, cual si la divina gracia quisiera respetar la modestia de que era tan cuidadosa la humilde virgen. Supo contenerse en los accesos más fogosos, y la conmoción externa, las pocas veces que el fenómeno se manifestó, reducíase á ciertos actos, muy pocos, de excesiva alegría ó manía amorosa, pero moderados y dignos. Convencida de tener la gloria en su corazón, hacía señas á los circunstantes para que se aproximasen, les sujetaba las manos contra su pecho para que también se convenciesen, y exclamaba: «¡Oh Dios! ¡Oh amor! ¡Oh paraíso!» Mas, fuera de estos casos, la embriaguez de este serafín, aunque sensible, era interna. Solamente por las llamaradas de fuego que salían de su corazón, y por la rubicundez del rostro, se descubría que Gemma se encontraba en aquel estado de gozo inefable. Oigámosla: «Son tan fuertes, Dios mío, los lazos de tu amor, que no puedo desasirme de ellos. Déjame en libertad, suéltame, que no por eso dejaré de amarte. ¿Qué has hecho á mi corazón, Jesús, qué le has hecho, que se vuelve loco por Ti? ¡Ay, ya no puedo más! Necesito desahogarme, cantar y estar alegre. ¡Viva el amor incrédulo! ¡Viva el Corazón de Jesús! ¡Ah!, si viniesen los pecadores á este Corazón! Venid, pecadores, venid; no temáis; la espada de la justicia no llega hasta allí. Quisiera, Jesús amable, que mi voz llegase á uno y otro confín, para invitar á los pecadores á que entrasen en tu Corazón.» Semejantes expresiones, exuberantes de amor, eran frecuentes en sus éxtasis, y solían reproducirse al escribir: «Tengo—decía—gran deseo de ir al cielo con Dios. Si supiese que dentro de algunos días Jesús me haría víctima, y que moriría de amor ¡qué muerte más dulce, Padre! No tendré so-

siego, mientras Jesús no me comunique una parte de su fuego amoroso, y me consuma. Quisiera que mi corazón se convirtiese en ceniza, y se pudiera decir: el corazón de Gemma ha sido abrasado por Jesús.»

Era tan grande en ocasiones, que cual torrente de fuego se derramaba en el corazón, inflamándolo de manera desusada; y este ardor, entendido en el sentido indicado, constituye el sexto grado de perfección, á que los místicos denominan, llama de amor. Tuvo tan intensa esta llama el serafín de Luca, que de haber durado dos ó tres meses más, su corazón se hubiera encendido en el pecho. Y conste que no refiero leyendas, sino hechos reales y comprobados. Aquel corazón era una brasa, hasta el extremo de que no se podía acercar la mano, aunque fuese sobre el vestido, sin sentir que se quemaba. Para cerciorarme, di orden á la señora que la cuidaba que la observase durante los éxtasis, y ¡oh maravilla! una y más veces se pudo observar que la parte externa que cubre el corazón estaba tostada, como si hubiese debajo carbones encendidos. El misterioso fenómeno duró el tiempo que dejo dicho, y al cesar, permanecieron sobre la piel, por bastante tiempo, las señales de la quemadura y la llaga formada por ésta. Dejemos que ella lo describa. «Hace como ocho días que siento en el corazón una cosa misteriosa, que no sé cómo explicar. Los primeros días no hice caso, porque apenas me molestaba; pero ha crecido tanto este fuego, desde hace tres días, que ya no lo puedo aguantar. Voy á necesitar hielo para apagarlo, porque ni me deja comer, ni me deja dormir. Es fuego misterioso que se comunica al exterior, fuego que no atormenta, sino que agrada; pero que aniquila y consume. Con seguridad, Padre, que el Señor ya se lo habrá dado á entender á V. ¡Gran Dios, te quiero tanto!...»

A pesar de ello, el dolor era tan dulce, que no lo habría cambiado por todo el oro del mundo, y si la carne se mortificaba, la suavidad que su alma experimentaba era indescriptible. Por eso decía en sus éx-

tasis: «Tú ardes, Señor, y yo me quemo. ¡Oh dolor y amor inmensamente felices! ¡Oh dulce fuego y dulces llamas! ¿No quieres transformar mi corazón en llama? ¡Ah, ya encontré la llama que lo ha de convertir en cenizas! Apártate, que no puedo ocultar en mi pecho tanto fuego. Mas ¿qué digo? No, Jesús mío, no te apartes; ven, yo te abriré mi pecho, para que introduzcas en él tu fuego divino. Tú eres la llama en que deseo que mi corazón se abrase.» En otras ocasiones, como si antes no lo hubiese experimentado, decía con loco anhelo: «¿Qué incendio es este que siento dentro de mí? Jesús mío, ¿serán llamas de tu amor? Sí; ciertamente que lo son.» Y con estos desahogos, trataba de buscar alivio al calor que la consumía.

San Pablo de la Cruz, mi Padre, que experimentó ese amoroso incendio, acostumbraba á decir: «Tengo secas las entrañas, tengo sed y quisiera beber; pero para extinguir esta sed, sería preciso beber fuego á torrentes.» Quien haya gustado las dulzuras del divino amor, siente y habla de esa manera; porque el fuego de la caridad llega á un punto en que no puede contenerse. El esposo de las almas, Cristo Jesús, fué quien primero dió el ejemplo, cuando embriagado de amor y dolor, gritó con voz angustiosa desde la Cruz: «*Sitio*, tengo sed», y de ahí aprendieron los doctores á designar con el nombre de sed y angustia de amor á este grado de unión que consiste en un vivo y ardiente deseo de amar y gustar á Dios; pero sin que el alma lo posea todavía. El deseo de poseer á Dios fué, desde los primeros años, la única aspiración de esta santa criatura, la pasión de su alma, como se desprende de lo dicho hasta aquí. A medida que su alma se purificaba con los padecimientos, suministrados por el Señor en abundancia, crecía este deseo que le secaba las entrañas, produciendo ardiente sed, que sóla podía calmar la posesión de Dios. En tan angustioso estado, no encontraba alivio esta paloma, sino lanzando gemidos noche y día, «Quiero á Jesús, y necesito poseerlo.» Luego, digiéndose á él, le decía: «Je-

sús, date prisa. ¿No ves cómo te ama mi corazón? ¿No ves cómo languidece este corazón? ¿No te causa pena, Dios de mi alma, ver que de deseo desfallezco? Ven, Jesús, ven; date prisa para que oiga tu voz. ¡Oh Dios mío, cuándo me saciaré de tus luces divinas! Jesús, manjar de las almas fuertes, fortifícame, purifícame, divinízame. Gran Dios, Jesús, ayúdame; Dios engendrado de Dios, ven en mi socorro. Tengo sed de ti, Jesús. ¿No ves cuánto sufro por la mañana, antes de alimentarme de Ti? Por lo menos, cuando me alimente de ti, haz que quede saciada.»

Con deseos tan ardientes, ¿era posible que el órgano material, el corazón de este serafín, no se inflamase? Ya he dicho que se incendió, y con tal violencia, que se quemó la carne y la piel de la región que lo cubría, y añado ahora que, á compás del incendio espiritual, aumentaba el fenómeno sensible; y poco á poco aquel fuego, limitado primeramente al corazón, se extendió por el cuerpo, tanto que, dándome cuenta de ello, me dijo un día: «Padre, mi corazón es víctima de amor, y de amor morirá. Estas amorosas llamas consumen mi corazón y mi cuerpo, y los convierten en pavesas. Ayer, al aproximarme al Santísimo, que estaba expuesto, tuve precisión de alejarme, porque un fuerte calor abrasaba mi cuerpo y salía por la cara. ¡Viva Jesús! Pero ¿cómo es que tantos se aproximan á Jesús, y no se queman?» El prodigioso fenómeno fué muchas veces comprobado por mí, mediante el termómetro. Apenas lo aplicaba á la carne, la columna del mercurio subía hasta la extremidad del tubo, cual si se le expusiese á la llama.

Aquí doy fin al capítulo para que el lector descanse, y en el siguiente manifestaré lo que falta para terminar este asunto.

CAPITULO XVIII

SUS ÉXTASIS

Gemma principió á tener raptos y éxtasis, antes que su contemplación alcanzase el grado de perfección anteriormente descrito. Cuando tomé bajo mi dirección esta alma privilegiada, la encontré en posesión de esta gracia, que al par de las demás iba creciendo, y su frecuencia era tanta, que parecía serle connatural.

Manifestábase este estado extático, según vimos al hablar de la contemplación en general, en cualquier tiempo y lugar, cuando menos lo esperaba, comiendo, trabajando, por la calle, etc. Generalmente Gemma lo presentía, pero sólo unos minutos antes. Era un súbito recogimiento, seguido de ardiente deseo de unirse más íntimamente á Dios, y acompañado de intensos latidos de corazón. Al presentarse estos signos precursores, trataba de distraerse, para apartarlos, y si no lo conseguía, procuraba ocultarse para que nadie la viese. Así ocurría la generalidad de las veces. Pero si la divina comunicación era instantánea, entonces quedaba en su puesto, extática, absorta en Dios con el entendimiento y las potencias todas de su alma, mientras los sentidos externos perdían su actividad. He dicho los sentidos, y no el cuerpo, porque éste conservaba la flexibilidad y movimientos, en disposición de mantenerse de pie, ó de rodillas.

En este desgraciado siglo, en que el racionalismo tiene empeño de sembrar la duda sobre todo lo que pertenece al orden sobrenatural, por el prurito de no creer, mientras con los ojos vendados se deja engañar por hipnotistas y espiritistas, parece que Dios quiso demostrar la predilección que tenía por su sierva, mo-

derando ciertos fenómenos exteriores, que en algunos Santos motivaron la crítica de los sofistas. En efecto, Gemma, durante sus éxtasis, ofrecía las cualidades todas de una persona sana, en perfecto estado fisiológico. No presentaba el rostro pálido, no hacía gestos inusitados, ni tenía contracciones musculares. En cambio, sus sentidos exteriores no funcionaban. Se podía pincharla con un alfiler, quemarla con la llama de una vela, ó hacer ruido ensordecedor, que todo era inútil; pues mientras la feliz joven estaba con su Dios, no sentía ni se enteraba de nada de lo que pasaba á su rededor. Cuando los éxtasis eran dolorosos, cosa que sucedía muy á menudo, sus inocentes miembros, á pesar de continuar sanos, se mostraban débiles, y era preciso sostenerla para que no cayese al suelo, y si estaba en el lecho, yacía como persona moribunda. Por el contrario, en los otros éxtasis el cuerpo parecía participar de la satisfacción que experimentaba el alma, según está escrito en los Salmos: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Y bien lo daba á comprender la luz de sus ojos, que en los éxtasis parecían dos soles, el color de sus mejillas y la expresión angelical de su rostro. «¡Si la hubiese visto ayer! —me escribían desde allí.—¡Dios mío, no se la podía mirar! No parecía de criatura humana aquella cara, sino la de un serafín, que movía á devoción y hacía llorar. ¡Qué breves son las horas en que Gemma permanece en éxtasis!» Este fenómeno, á pesar de ser frecuente y repetidas veces observado por la familia, parecía siempre nuevo. ¡Tan cierto es que de las cosas sobrenaturales jamás se sacia el hombre! En los últimos días de su vida, cuando la demacración causada por la enfermedad había quitado al rostro su belleza, los éxtasis se la devolvían de golpe, dándole cierto aire majestuoso que infundía veneración.

Para mayor orden en la exposición, dividiré los éxtasis de Gemma en pequeños, grandes y extraordinarios.

Los pequeños, no sólo eran los más frecuentes, hasta

el punto de repetirse diferentes veces en el día, sino los más sencillos. Por escasa que fuese la luz infusa que descendía á su entendimiento, ante la visión celestial más ordinaria, se borraba repentinamente el mundo sensible, y presa de profundo recogimiento, en un instante se dirigía al cielo, con todo su ser, sin sacudimientos de ningún género, porque aquel vuelo era únicamente espiritual. Para percibirlo, había que mirar sus ojos centelleantes fijos en el cielo, ó en el sitio de la visión; y para cerciorarse de que los sentidos no funcionaban, había necesidad de pincharla. ¡Cuántas veces derramé lágrimas orando á su lado, ó recitando con ella el oficio divino durante un éxtasis! En una orilla del tablado, Gemma, con su breviario en la mano, y en el otro yo, salmodiábamos alternativamente. Ella leía las lecciones de los nocturnos y respondía con notable exactitud á los versículos y responsorios, hojeando suavemente el libro con la mano. ¿Cómo podía hacer esto? Dios mío, confieso que jamás llegué á comprenderlo, pues estaba abstraída de los sentidos, insensible al tacto, y aun los ojos, que sólo le servían para leer, permanecían impotentes para cualquier otro uso. Empero suspendía, por una ú otra causa, aquel devoto ejercicio, recobraba el uso de los sentidos, para perderlo tan pronto como volvía á tomar el hilo de la interrumpida alabanza. ¡Cuántas veces, al preguntarle yo si su Angel custodio permanecía á su lado para hacerle guardia, Gemma, con encantadora gracia, dirigía la mirada hacia él, y extática le contemplaba! Otro tanto se puede decir de las visiones que el divino Espíritu le proporcionaba durante el día, demostrando con ellas tener sus delicias en permanecer al lado de su fiel sierva. Tales son los éxtasis de Gemma que llamo yo menores por ser pasajeros, y la generalidad puramente imaginarios. Eran también poco profundos, pues, excepción hecha del sentido del tacto, la pérdida de los demás sentidos no era completa; y así sucedía, con relativa frecuencia, que en este estado de abstracción pudiese leer y escri-

bir cartas, ó bien conferenciar con su padre espiritual. ¡Y qué cartas, Dios mío, y qué discursos!

Los grandes éxtasis eran menos frecuentes, más profundos, de mayor duración, de media á una hora, y á veces más, y la pérdida del uso de los sentidos total y persistente. Para despertarla era necesario un mandato verbal; pero en ocasiones no bastaba esto, porque el divino Espíritu no está obligado á obedecer al hombre, aunque sea su ministro. En otras, bastaba un precepto mental para que la piadosa virgen saliera de los éxtasis más sublimes, sin dar señales de disgusto; y si lo efectuaba espontáneamente, por suspensión de la acción divina, entonces era de ver cuán tierno y alegre era aquel despertar. Ni un bostezo, ni nada que indicase fastidio ó cansancio, sino la dulce sonrisa del que, concluyendo de hablar con una persona, se dirige á otra que le espera. Tal era el tránsito de Gemma de los éxtasis á la vida de los sentidos. Algunas veces cubría sus ojos con las manos, cual si se avergonzase de que la hubiesen visto en aquel estado; ó bien porque no le gustase mirar la tierra, después de haber contemplado el cielo. Por lo regular, los grandes éxtasis tenían lugar de mañana, después de comulgar ó cuando iba á visitar á Jesús sacramentado en las cuarenta horas, y en ocasiones parecidas en que, con más fuerza, se encendía el fervor de su alma.

Finalmente, los éxtasis extraordinarios se presentaban varias veces al año, sin sujeción á regla, y también en forma periódica, dos veces por semana; el jueves por la noche, á eso de las ocho, y el viernes por la tarde, hacia las tres. De ordinario aparecían cuando estaba cenando con la familia, pudiendo los que la habían visto otras veces notarlo con facilidad, por el profundo recogimiento, por ciertas miradas llenas de un no sé qué celestial que dirigía al cielo, y por una particular inmovilidad acompañada de cierta violencia que al parecer hacía para resistir. Cuando se daba cuenta de lo que iba á ocurrir, segura de que no sería notada la falta, se levantaba y corría á encerrarse en

su habitación. Al poco rato uno ú otro de la casa iba en su busca, y la encontraba arrodillada junto á la cama, con las manos juntas, los ojos dirigidos á lo alto, perdida en Dios, y abstraída de los sentidos por completo. Si el asalto amoroso del Divino Espíritu era más vehemente; la prudente joven, temerosa de caer al suelo desvanecida, porque las fuerzas corporales no fuesen suficientes á sostenerla, se sentaba en la cama tomando una actitud verdaderamente angelical. La duración de estos éxtasis solía ser de una hora.

Aunque frecuentes, llamo á estos éxtasis extraordinarios, por la intensidad de la luz divina, por los grandes sucesos que en ellos tenían lugar y por los efectos que en Gemma producían, siendo uno de ellos la participación de los dolores del Salvador en su pasión, incluso las llagas; fenómeno de que trataré exclusivamente en otro capítulo. Cuán admirables eran los efectos que tenían lugar en el alma de nuestra extática, y cuán sublimes las divinas comunicaciones, nos lo da á comprender ella con sus manifestaciones exteriores, cuando con voz sensible se entretenía hablando con su Dios. Las dos piadosas señoras en cuya casa vivía, tenían el encargo de recoger taquigráficamente aquellos discursos; y fué gran dicha la mía, pues de confiarlos á la memoria, se habrían perdido, ó no se habrían reproducido con tanta fidelidad. Por tal motivo, sólo de éxtasis en que se pudo percibir lo que Gemma hablaba, se recogieron ciento cincuenta, que fueron escritos cuidadosamente. Variados son los temas, altísimos sus pensamientos, exacta la doctrina, teológica y místicamente considerada, y en forma majestuosa, llena de unción celestial, que desciende hasta el corazón de quien los lee. ¡Cuánto más lo serían, si se oyesen de boca de la extática! De mí sé decir que, al oir aquellas palabras de fuego, no pude menos de llorar. El tema que se trataba en cada uno de los éxtasis, de ordinario solía ser único, y consistía en un himno de alabanza á los atributos divinos, ó en un epitalamio al celestial esposo, ó bien en una lucha

amorosa con la misericordia divina por la conversión de algún pecador; pero la mayor parte se referían á la pasión de Jesucristo y al deseo de ser crucificada con él. Para satisfacción del lector, transcribiré aquí parte de uno de esos discursos enviado por Gemma con una carta, según se lo ordené, después del éxtasis. Tuvo éste lugar el 19 de Marzo de 1901 á las diez de la mañana, y, como siempre, fué un coloquio entre Jesús y la piadosa virgen, del cual sólo trasladaré la conclusión, en obsequio á la brevedad: «Jesús—le dijo al concluir él de hablar,—cuando recuerdo tu nombre, mi alma se llena de regocijo; tu nombre tranquiliza mi vida; separé mi corazón de este mundo para colocarlo en ti; pero mi alma se agita oprimida por el peso de tantos favores, y como no puede pagarlos con obras heroicas, se eleva con pensamientos y expansiones amorosas. Y Jesús—es Gemma quien habla—me contestaba; y sus palabras me producían tal efecto, que me moriría de buena gana para irme al cielo, tanto que no pude menos de exclamar: ¡Oh Jesús!, esta pobre alma está unida al pobre y vilísimo cuerpo, y como no puede llegar hasta ti, bate sus alas y se eleva cuanto puede para estar más cerca de ti; se eleva con el espíritu—y quería decir con el pensamiento y los afectos,—porque éstos no están atados como el cuerpo. Por eso no hallo consuelo, y con temor me vuelvo hacia los ángeles, para que sean testigos de las maravillas de Dios. ¿Decidme—así los apostrofaba,—estos rasgos de su infinito poder, ¿no están gobernados por su amor? Después, volviéndome á Jesús, le pregunté qué había hecho á mi corazón que ya no me obedecía. Quiere volar á ti, y no se lo puedo impedir. No quiere ser mío, se ha entregado por completo á ti. Y Jesús, con voz amable, me respondió: Te vencí. ¡Ah, soy feliz, me vencieron el amor y la bondad! ¡Viva Jesús!» No mandé sin más ni más que Gemma escribiese alguno de sus éxtasis, pues con esta precaución pude cerciorarme de que la sierva de Dios recordaba exactamente lo que en él había

ocurrido, y estaba completamente de acuerdo con lo que sus familiares habían taquigráficamente recogido.

Me abstengo de traer otras citas, pues puede el lector ver íntegros estos éxtasis en la obra publicada por mí con el título de *Cartas y éxtasis de Gemma Galgani*. Su lectura demostrará que por su vivacidad y elevación de conceptos son tales que merecen ponerse al lado de los de Santa María Magdalena de Pazzis y de otros insignes santos; hay, empero, en ellos un carácter que los distingue y hace que sean únicos en la hagiografía mística: la sencillez enteramente peculiar del espíritu de Gemma. Por ellos se comprenderá hasta dónde pudo elevar la gracia á una niña, y cuánto se complace la majestad del Dios de la inocencia en las almas sencillas, y lo mucho que agradece su homenaje: *Ex ore infantium perfecisti laudem*.

Sucede á veces que el ímpetu con que son atraídas por Dios las almas extáticas es de tal intensidad que el cuerpo participa de él, y tomando en parte la ligereza de los cuerpos glorificados, corre en pos del alma, mejor dicho, se deja conducir por ella y permanece suspendido en el aire. Este místico vuelo es el que los teólogos llaman *rapto*, por más que puede existir sin que el cuerpo se eleve sobre la tierra. Pues en los raptos de Gemma, que fueron frecuentes, ¡espontáneos y majestuosos, tampoco faltó aquella forma; si bien fué pocas veces observada por personas extrañas.

Con la excusa de las faenas domésticas, entraba y salía muchas veces en el comedor, donde había un crucifijo colgado de la pared. Al verse sola, se ponía delante de la imagen de Jesús crucificado con la vista fija en él, unas veces de pie, y otras arrodillada. En su presencia se le encendía el corazón, y mucho más aún con los pensamientos que le inspiraba, por lo que, temerosa de caer en éxtasis, daba un beso en la parte inferior de la cruz, y se marchaba. Alguna vez ocurría que, engañada por la devoción, no tenía tiempo de huir; porque inducida por el deseo de besar el cos-

tado del Señor, se dejaba vencer, y mientras pensaba como conseguiría llegar á aquella altura con sus labios, era presa del rapto, y sin humano auxilio se elevaba sobre la tierra, y se abrazaba con Jesús crucificado.

En una de las amorosas visitas al devoto crucifijo —sucedía esto en Septiembre de 1901—Gemma preparaba la mesa para comer. Como tenía tiempo sobrado y además estaba sola, no hacía más que dar vueltas como una mariposa alrededor de su amoroso Jesús; pero cuánto más le miraba, más le oprimía el corazón con sus palpitaciones. Deseaba dar un salto para llegar hasta él y abrazarlo, y varias veces lo intentó sin resultado, hasta que al fin pegó un grito y dijo: «Jesús, tengo sed de tu sangre; ayúdame para que alcance.» ¡Admirable portento! Cual sucedió á á San Francisco de Asís y á mi Santo padre Pablo de la Cruz, la imagen se transformó en la divina persona á quien representa, Jesús separa su brazo derecho de la cruz, y dirigiendo una dulce mirada á su fiel esposa la invita á que se acerque. Gemma da un salto, y le alcanza; Jesús, abrazándola aplica la boca de la virgen á la llaga de su costado, y Gemma, estrechando á Jesús entre sus brazos, bebe y se sacia en aquella fuente divina, y permanece en esta posición con el cuerpo recto, de pie, como si tuviese las nubes por peana. ¡Cuánto hubiera dado yo por presenciar esta escena, con tela y pincel para pintarla! ¡Dios mío, qué cuadro habría dejado á la posteridad en prueba del amor de mi Jesús con su criatura, y de la felicidad de ésta al unirse íntimamente con él!

CAPÍTULO XIX

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

Dejo dicho que, por más que el alma alcance este último grado de perfección, que hemos visto poseía Gemma, y por más que sienta la proximidad de Dios y guste su inefable suavidad, sabe, sin embargo, que no lo posee íntimamente. Es como la mariposa atraída por la llama, que gira en torno suyo y se lanza sobre ella, pero apenas la toca, perece sin conseguir su objeto. La pobre alma gime y se vuelve loca, con tanta mayor ansiedad, cuanto más vivas son las luces adquiridas en la oración sobre la belleza y amabilidad de Dios. Declara esto, con su sencillez y brevedad habituales, la seráfica virgen de Luca al dar cuenta á su director del estado de su alma. «Jesús está en mí; soy suya por completo. Sin embargo, espero que se me conceda la gracia de ser transformada en él; me consume el deseo de poder lanzarme en el piélago inmenso del divino amor.»

Quiso Dios apiadarse de ella, y para hacerle llevadera la vida, comenzó á dejarse ver, y permitirle de vez en cuando que se acercase á su divino Corazón. No puedo precisar la fecha en que tuvo comienzo tan feliz estado, porque, al encargarme de su dirección, ya lo había alcanzado. Ordinariamente tenía esto lugar durante la contemplación; en ella, una luz sobrenatural, descubría poco á poco á su entendimiento las divinas bellezas; y el corazón, abrasándose en el pecho, latía con violencia y se consumía con el deseo de unirse al Sumo Bien. Según crecían los deseos, así se adelgazaba, por decirlo así, el muro de separación entre la criatura y el Creador, hasta que, derrumbándose, se encontraba el alma en contacto con la Divinidad.

En tal estado, apenas podía hablar. «Angeles, ángeles, ya que nada puedo hacer, aplaudid vosotros el amor de mi Dios. Heme aquí, Jesús mío, dejándome llevar de tu santo amor.» Después, abandonada de sus fuerzas, caía en tierra desmayada, suceso que una vez le ocurrió en la iglesia, después de comulgar, pero que tanta vergüenza le causó al volver en sí, y tanto suplicó á la Divina Majestad, que no volvió á repetirse en público nunca más. Atribuía ella este beneficio, con su natural sencillez, á los esfuerzos que hacía para contenerse, mostrándose satisfecha de ello; y por eso escribía á su director: «Jesús continúa haciéndoseme sensible á cada paso, y en cualquier sitio. ¡Sea por siempre bendito! ¡Pero cuánta violencia tengo que hacerme para ocultarlo, especialmente en la calle y en la iglesia! Tanto me hago, que á veces paso el día entero sofocando los deseos de arrojarme en el mar inmenso del divino amor, exceptuando pocos momentos después de comulgar, y aun entonces con ligereza, porque temo. Por la tarde, aparece un poco de fiebre, ocasionada por los esfuerzos que tengo necesidad de hacer para distraerme, pero sigo adelante, ya que á Jesús le agrada este modo de conducirme. ¿Conseguiré vencerme? Temo que no; porque los impulsos son cada vez mayores, y apenas los puedo resistir; cuando no pueda, los dejaré en libertad. ¡Viva siempre Jesús!»

En ocasiones se presentaba el fenómeno en forma sensible, pues según hemos manifestado, ya se le aparecía el Verbo humanado, y después de inflamarle el corazón con su divina presencia, le indicaba que se aproximase á su costado, el cual besaba ella con sus labios de fuego, para caer en seguida desmayada á sus pies. Véase cómo describe una de sus celestiales comunicaciones: «Recibida la sagrada comunión, sentí que Jesús llegaba. ¿Y sabe V. como lo sentí? Apenas lo tuve en mi interior, principió á dar latidos el corazón con tal violencia, que creí se me salía del pecho. Luego me preguntó Jesús si le amaba de veras. Le

contesté que sí; y á mi vez le pregunté: «¿Y tú me quieres mucho?» Y Jesús, después de acariciarme largo rato, me besó, dejándome abrasada y hecha ceniza.»

Andando el tiempo, estos amorosos asaltos, si se me permite llamarlos así, eran más frecuentes; sobre todo en los éxtasis, siendo fácil enterarse de ellos, porque sus efectos se traducían al exterior. Ella, no obstante, se creía desprovista de amor, y continuaba pidiéndoselo á su Dios con gemidos incesantes.

Los toques de amor divino que con frecuencia experimentaba, no hacían más que aumentar su deseo, y por eso exclamaba: «Mi corazón está unido al de Jesús, que es quien lo absorbe. Dulcísimo Jesús, quisiera desaparecer en las llamas de tu amor. ¿Cómo podré, Dios mío, corresponder á tantos beneficios? El poco amor que tengo en mi corazón, Señor, sólo á ti te pertenece.» En otra ocasión, preguntando al Señor la causa porque no cesaba la sed que sentía en sus entrañas, y el placer que experimentaba con las ligaduras de su amor, el Señor le respondió: «Porque te vencí.»—«¡Ah, sí; pues soy feliz viéndome vencida por tanta bondad y tanto amor!»

Así era; Jesús la había vencido, y para glorificarse en su amada, á la que había purificado durante años, y preparado con abundantes gracias, haciéndola pasar por todos los grados de la vía unitiva, quiso consumar su obra con el don insigne de la misión perfecta. Según manifesté al hablar de su humildad, esta pudorosa virgen no se atrevía dar á Jesús el nombre de esposo, pareciéndole suficiente ser hija ó esclava. También se abstenía, en sus primeros éxtasis, de llamarlo esposo; pero creciendo en su corazón el fuego de las celestiales llamas, y con el amor la confianza, poco á poco le fueron entrando deseos de llamarlo con este nombre, y principió á soltar alguna que otra aspiración. «Dios mío, si de madrugada experimento tanto consuelo llamándote Padre, ¿qué será cuando te pueda decir mi amado? Consuela, Jesús, consuela á ésta tu pobre hija y prometida esposa.» En otra ocasión,

estando también en éxtasis, se le oyó hablar con su Dios en tono anhelante: «¿Pero, Jesús, he de ser siempre tu hija? ¿Nada más? ¡Yo quisiera Jesús!... Sí, lo que intento sería demasiado para mí. ¿Te diré lo que quiero? Pues quiero ser tu... esposa. Sí, tu esposa buen Jesús.» Y diciendo esto, cayó desmayada y permaneció en el suelo como muerta varias horas. ¡Divino esposo de las almas acude tú, y dile que ya es hora, dile, levántate y ven! *Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeparavit in aeternum.* Los deseos de esta santa alma fueron satisfechos, y el divino Verbo se unió á ella con indisoluble lazo de amor, sin que faltasen las arras en el místico desposorio. Jesús se le hizo visible, como á Santa Catalina de Sena y á mi padre San Pablo de la Cruz, en forma de hermoso niño sostenido por los brazos de su santísima Madre, la cual, quitándole un anillo del dedo, se lo puso en el de la afortunada sierva de Dios.

Gemma, desde aquel día, no parecía criatura humana. La majestad de su rostro, el esplendor de sus ojos, su peculiar sonrisa, y cuanto en ella se había observado, tomó desde entonces un no sé qué de celestial, que infundía reverencia. Los que con ella hacían vida común, me escribían: «Crea, Padre, que no se le puede mirar la cara, pues parece un serafín; y si se le mira un poco, hay que bajar la vista por reverencia. Cada vez es más recogida, más silenciosa, más grave, sin que por eso deje de ser la primera en aplicarse á las labores domésticas. Cuando está en oración, casi toda la pasa en éxtasis. Sería preciso que la viese V. Con seguridad que derramaría lágrimas. ¡Si oyese las palabras de fuego que salen de su boca! ¡Pobre Gemma, digna es de nuestra estimación!» Este feliz estado, me lo describió la piadosa virgen con las siguientes palabras, tan breves como elocuentes: «Jesús continúa queriéndome mucho, pero *no como antes*, sino con unión *muy diferente*. Desde aquel día principió para mí nueva vida.»

Para que el lector pueda formarse una ligera idea

de lo que es este esponsalicio, es necesario acudir á los doctores místicos, los cuales, para explicar este altísimo grado de unión á que fué elevada la virgen de Luca, se valen del sacramento del matrimonio. Así como en el terrenal matrimonio, dos personas se entregan la una á la otra, con cuanto tienen y son, de modo que vienen á ser una sola; así en el espiritual y divino, el alma se entrega á Dios y Dios al alma, y esta unión, aunque inefablemente más perfecta, es, como aquélla, íntima, continua é indisoluble. Es íntima, porque tiene lugar en el centro, ó como dicen los doctores místicos, en la substancia del alma; es continua, porque no está sujeta á interrupción por parte de Dios, que es su autor; y es indisoluble, porque ordinariamente no sucede que el alma, en estas condiciones, pierda la gracia santificante y se aparte de Dios por el pecado mortal. Esta es la causa porque unión tan perfecta se distingue de los grados precedentes. En aquéllos, comunica el Señor sus celestiales dones, pero no se comunica El mismo; se dirige á las potencias del alma por intervalos más ó menos frecuentes, pero nunca en forma permanente. Dejemos á Gemma describir tan sublime unión, ya que felizmente tiene experiencia suficiente. «Ya no estoy en mí ni me pertenezco, pues soy de mi Dios, toda para él y él todo para mí, como decía la esposa de los cantares. *Ego dilecto meo et ad me conversio ejus.* Jesús está conmigo y es mío; él está sólo, y yo sola con él, para bendecirlo y agasajarlo. Lo tengo encerrado en mi corazón, en donde desaparece Su Majestad. Porque allí estamos los dos solos, y al unísoso con el Corazón de Jesús, palpita el mío. ¡Viva Jesús! Su corazón y el mío son uno mismo, y no pasa un minuto sin que sienta su amable presencia, que se manifiesta más afable cada vez.»

Con tales expresiones, repetidas á menudo por la joven esposa, se comprende fácilmente cuán grande es la felicidad de alma elevada á tal altura en esta vida mortal, y cuán copiosos los sobrenaturales frutos que recoge, procedentes de su unión con el Bien

Infinito. No podía ser de otro modo, desde el momento en que los bienes del esposo, de su esposa son; y bienes infinitos, como de Dios al fin. Con razón sobrada exclamaba Gemma: «¡Qué preciosos son estos momentos! Es una felicidad sólo comparable á la de los bienaventurados en el cielo. ¡Oh buen Jesús, ¿de veras que eres todo mío? Deja, deja que mi corazón se desahogue. Sí, soy feliz, porque mi corazón palpita con el tuyo; soy feliz, Jesús mío, porque te poseo. ¡Oh Jesús, cuánto consuelo me infunde el saber que te poseo! Dios mío, si tan felices nos hace tu posesión en la tierra, ¿qué será poseerte en el cielo?» Y á su director escribía: «¡Si pudiese, Padre mío, probar tantos dones como Jesús me concede! ¡Cuán bueno es Jesús! Tengo necesidad de pedirle que limite sus gracias, porque no puedo más. Ayúdeme, padre, y bendígame.»

¿Qué gracias eran aquéllas? Solamente ella podría explicarlo. Eran gracias que la ennoblecían y hermoseaban haciéndola cada vez más acepta á la Divina Majestad. Gemma se sentía como transformada en Dios, con todas las potencias de su alma, como sumergida en un abismo de luz y serena paz. En tan feliz estado, puede decirse que sus éxtasis se hicieron continuos, porque aunque cesaban de vez en cuando, su alma estaba constantemente absorta en Dios. Y en los éxtasis, y aun fuera de ellos, ¡qué de secretos le comunicaba el divino Verbo! ¡Con cuán sublimes visiones la favorecía! ¡Qué luces tan claras aquellas con que le descubría la gloria que le tenía preparada, los misterios de la fe y la perfección de sus divinos atributos! ¡Ah, ahora comprendo por qué la joven se mostraba disgustada de las cosas del mundo, oyéndole á menudo exclamar: «En la tierra todo me causa fastidio; sólo deseo amar y amar mucho. Me desahogo cuanto puedo con aspiraciones y jaculatorias, y así paso mis días.»

Ya no me admira verla enamorada del paraíso, pareciéndole pequeño el que tenía en su corazón. «Es preciso ir al paraíso, para ver á Dios por completo;

allí lo poseeré con toda perfección y se saciará mi alma. ¿Cuándo, Dios mío, me permitirás que vaya?»

También comprendo por qué producía á Gemma tal espanto el solo nombre del pecado, y la causa de su ardiente celo, capaz de dejarse matar antes que permitir la menor ofensa á Dios, así mismo los vehementes deseos de satisfacerla con padecimientos de cualquier clase, y hacer grandes cosas por su gloria. «¿Qué haré yo por Jesús?—decía con viveza.—Daría mi vida si pudiese; pero no, quiero vivir, si así le place, para trabajar en su obsequio, hacer penitencia y sufrir mucho, que mucho es lo que le amo. ¡Oh si poseyese, como ardientemente lo deseo, el amor de todas las almas santas! ¡Quisiera más; si pudiese, quisiera igualar en pureza á los ángeles, y aun á la de nuestra Santísima Madre María!» Y es natural que así pensase la esposa, porque ésta vive sólo para complacer al esposo. Desde este punto de vista no piensa, sino que por tenerlo contento, acepta cualquier incomodidad, por grande que sea. Los ultrajes que contra él se cometen son ultrajes que á ella se hacen en lo más íntimo del corazón.

En confirmación de esto, voy á referir un hecho ocurrido á Gemma. Volvía ésta de la iglesia, cuando uno de sus parientes, ciego de ira ocasionada por un suceso desagradable, se le acercó vomitando blasfemias. La joven tembló al oirle, quiso regañarle, pero, falta de fuerzas, cayó desmayada. El corazón latía con violencia, pero vencido por el dolor, dejó que la sangre se acumulase en las venas, saliendo luego por los poros de la piel en forma de sudor tan adundante, que mojó los vestidos y se derramó por el pavimento. ¡Admirable espectáculo, que en la hagiografía cristiana no se registra semejante, fuera del de nuestro Señor Jesucristo, quien, para demostrarnos la horrible ofensa que se hace á Dios con el pecado, se puso en agonía en el Huerto de los Olivos, y sudó sangre. Y ahora vea el lector y diga si puede imaginar amor más ardiente que el de esta virginal esposa. Pasado el des-

mayo, levantóse sin saber lo ocurrido, y distraída con el disgusto que lo había ocasionado, se metió en casa. Quien primero la vió fué la tía, y no sabiendo á qué atribuir la palidez del rostro, preguntó qué le había ocurrido, pero observando que estaba manchada de sangre, y en la creencia de que se había flagelado excesivamente con instrumentos de penitencias, la regañó con aspereza. Al verse descubierta, la humilde joven se avergonzó, y en medio de gemidos y sollozos, confesó que el mal se lo habían causado las blasfemias proferidas en su presencia. Conmovida la señora, preguntóla con disimulo: ¿Por ventura es esta la primera vez, que oyes blasfemias en nuestra infeliz ciudad? ¿Cómo es que solamente hoy te produjo ese efecto? Gemma repuso llorando: «No es la primera vez, siempre me causa el mismo efecto, si no consigo escapar ó al menos distraerme.»

Pudo haber añadido que otras veces le ocurrió algo más, porque la fuerza del dolor hizo que de sus ojos brotasen lágrimas de sangre. Tan extraordinario fenómeno, único en la historia, se manifestó muchas veces, debido á que Gemma fué elevada por Dios al amor perfecto, según pudieron observar muchísimas personas, La sangre corría en abundancia de aquellos inocentes ojos, exprimidos por el dolor que le producían las ofensas hechas á su divino amante; las gotas se coagulaban en el rostro, y era preciso separarlas á pedazos.

Otro de los frutos que alcanzó Gemma con su perfecta unión á Dios, fué cierta impasibilidad en las mayores tribulaciones de su vida; porque, ó no las sentía, ó si las sentía, no les daba importancia; al extremo de que, aun cuando los que vivían en su compañía se sobresaltasen, ella conservaba su imperturbable calma. «No os turbéis—decía—no es nada; no ha de permitir el Señor que nos sobrevenga ningún mal. ¿No es Jesús el autor de esto? ¿A qué tanto temor?» Aun en medio de los dolores físicos que por mucho tiempo le atormentaron, conservó su habitual

jovialidad. La sequedad de espíritu fué el gran tormento de su corazón, porque al desaparecer el Señor de su vista, temblaba de pies á cabeza temerosa de perderlo sin remedio, y el corazón se consumía de ansiedad. Pero cuando llegó á ser esposa, ya no se turbó más: sabía que el lazo que á Dios la unía no se rompería jamás, pues aunque el Señor, para probarla, ocultara su dulce presencia, no podía separarse de su corazón, y por eso es tan distinto su lenguaje de como lo era antes. «¿Quién sabe—decía—si Jesús volverá á hacerse visible? Pero aunque Jesús no me mire, no importa; yo siempre le miro á él, y aunque no me quiera á su lado, estaré siempre con él. Huye, Señor, huye, que detrás de ti voy yo. Ni el cielo, ni la tierra ni el mismo infierno me separarán de ti. Si te place mortificarme ocultando tu presencia, para mí tan querida, con tal que sepa que estás contento, no me importa, porque contento tú, nada me falta. ¡Viva Jesús escondido!»

De lo dicho resulta con evidencia que unida estrechamente su voluntad á Dios, en la de Dios reposa, como fruto el más excelente del referido grado de unión mística, el abandono en Dios. Muchas páginas escribiría, si pretendiese indicar solamente algo de lo que, sobre este asunto, tengo anotado en mis apuntes; pero el lector puede con lo dicho formarse una idea de la perfección de la sierva de Dios en tal estado. El hecho es que esta joven, desde niña, no tuvo otro deseo que cumplir la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento tenía toda su felicidad; pero cuando fué elevada al grado de esposa, la voluntad de Dios, ya no era pasión, sino verdadera necesidad. Así pudo decirme un día: «Padre, ya puede estar satisfecho. Me he puesto por completo en manos de Dios; estoy rendida á su voluntad. Busco á Jesús, es verdad, pero para que me ayude á ejecutar su voluntad. He aprendido otra cosa, y es que interiormente no hago investigaciones, sino que vivo en silencio, y en la paz del corazón. ¡Cuánto se goza, estando unida á su santísima volun-

tad! Es su deseo y basta.» Por eso tenía valor gigantesco para afrontar dificultades, heroísmo para sufrir trabajos, y constante alegría para pasar tranquilos los días, querida al par que envidiada de cuantos la trataban. Lo que más me conmovía en el feliz estado de Gemma, y sobre esto quiero llamar la atención, era el fuego que encerraba su pecho para con el Sumo Bien. Estoy persuadido y me atrevo á asegurarlo, que son muy pocas las almas que han demostrado abrigar para Dios en sus entrañas llamas más intensas que las suyas. A pesar de estar acostumbrada á que su corazón palpitase de amor, se le oyó decir: «¿Qué es lo que siento? ¡Dios mío, ya no puedo con tanta dulzura y tanta felicidad! ¿Pero, Señor, qué es lo que siento? ¡Ah, es que te siento á ti en mi corazón y te siento vivo! ¡Qué misterio! Me parece estar en el paraíso. Jesús, al sentirte palpitar así en mi corazón, creo que un día ú otro me harás morir. ¡Jesús, si pudiese decirse un día que tu amor me conmovió! No, Jesús, no me mandes que te ame. Tampoco yo te pido más amor; no soy capaz de él. ¡No me consumas, no; ya no puedo sufrir más!»

Efectivamente, así era. El órgano material del amor, el corazón, daba pruebas de ello; pues viéndose incapaz de corresponder á los ardores del espíritu en este último grado de caridad, se agitaba en el pecho con movimientos insólitos. «El corazón—decía Gemma—me late con exceso, parece que quiere salir de mi pecho. Es muy débil y no sabe estarse quieto. Me causa gran incomodidad tener que permanecer en cama; la hace temblar en demasía. A veces parece que se quiere escapar, y tengo que poner la mano en el pecho para sujetarlo. ¡Cuánto diera por tener algo que templase las llamas que de continuo agitan mi corazón.» No creas, lector mío, que estas palabras sean exageraciones; centenares de veces comprobó la experiencia lo que con ellas se asegura. Con tal fuerza latía aquel corazón, que intentando algunos resistirle con las manos, las rechazaba con violencia. Yo mismo, vi agitarse la si-

lla en que estaba sentada, y la cama en que yacía durante las fuertes conmociones, sin que Gemma experimentase fastidio, angustia, ni temblor. Hablaba con libertad, se movía con desenvoltura, cual si nada tuviese, sin dar señales de incomodidad; solamente se le agitaba de aquel modo el corazón. Preguntándole yo qué le parecía aquel fenómeno, me contestó con su habitual sencillez: «¿No lo ve? Jesús es muy grande, y mi corazón pequeño. Jesús no cabe en corazón tan pequeño, y lo sacude para hacerse lugar. Mal se remediaría la falta de espacio, si Jesús no la remedia. ¡Que se dilate cuanto quiera el corazón, con tal que esté cómodo Jesús!»

Y tanto se dilató aquel corazón, que un día levantó tres costillas del lado correspondiente, del mismo modo que sucedió á San Felipe Neri y á San Pablo de la Cruz en un arranque de amor divino. Habiendo persistido durante largo tiempo el misterioso fenómeno, pudo ser estudiado y observado. Las tres costillas estaban fuertemente encorvadas, casi en ángulo recto; formando exteriormente un voluminoso abultamiento, que dejaba en la parte interior espacio suficiente para que el corazón latiese con más facilidad.

Hago aquí punto final, porque me faltan las fuerzas y no puedo continuar. Doblo mis rodillas y te adoro, buen Jesús: Tú solo eres el autor de tanta maravilla.

CAPITULO XX

VISIONES Y APARICIONES CON QUE FUÉ FAVORECIDA LA SIERVA DE DIOS

Siendo el éxtasis un grado más perfecto de la contemplación, por su propia naturaleza implica la visión; porque en tanto el alma pierde el uso de los sentidos, en cuanto un sujeto que se le hace visible, ó á quien oye, la atrae, la sacia y la hace dichosa. Después de cuanto hemos dicho sobre la contemplación de Gemma en tres capítulos, parece inútil que me empeñe en explicar cómo tuvieron lugar las visiones en sus éxtasis. Solamente diré que nada he podido descubrir en ellas de exagerado, ni la menor sospecha de que fuesen obra de la imaginación; esto es, nada impropio de las creencias y santidad de nuestra religión, sino que por el contrario, en todas ellas orden, decoro y verdad dogmática. Esta es la mejor demostración de que tales visiones son sobrenaturales y divinas, porque una joven tan sencilla como Gemma, que no tenía más instrucción que la elemental, que no leía libros, ni le gustaba oir sermones, era imposible que con sólo la imaginación arreglase las cosas tan bien, que jamás indujeran á error. Por ahora baste esta indicación, y sólo añadiré, por si fuese necesario después de lo dicho al tratar de la profunda humildad de la sierva de Dios, que de cuanto veía ú oía en los éxtasis, sabía guardar sepulcral silencio; á diferencia de esas almas ligeras é impresionables que quisieran que supiesen cielo y tierra cuanto les sucede de extraordinario, para adquirir notoriedad. Con seguridad que Gemma no hubiera manifestado sus cosas, ni al mismo director espiritual, si no fuese por la necesidad de que la guia-

sen; y esta es otra señal evidente de la veracidad de sus éxtasis y visiones.

Otro tanto se puede decir de las locuciones celestiales, que son ciertas palabras vibrantes que Dios hace oir al alma durante el éxtasis, con tal viveza y claridad, que le llegan hasta lo más íntimo. San Pablo las denomina palabras secretas: *Audivi arcana verba*, y dice que son tan sublimes, que es imposible al entendimiento humano poder expresarlas: *Quæ non licet homini loqui.*

De estas locuciones fué muy favorecida Gemma. Apenas tuvo éxtasis en que el Señor no le dejase oir su divina palabra, y con la particularidad de que, en esos íntimos coloquios, era muy poco lo que ella hablaba, porque la mejor parte pertenecía á Su Divina Majestad. Algunos de estos discursos, según hemos visto ya, tenían por objeto dar á conocer á la piadosa virgen los atributos de Dios, ó los avisos de su providencia; otros se referían al estado particular de alguna persona, ó á ciertas obras que quería se instituyesen en la Iglesia, ó bien abusos que convenía desterrar. Dócil á la voz del divino Esposo, tan pronto salía del éxtasis, ponía en práctica cuanto de ella dependía, dirigiéndose á las personas correspondientes para que las órdenes fuesen fielmente ejecutadas.

Apenas se encuentra una carta de las que escribió á sus directores la piadosa virgen, en que no haga mención de algunas de estas locuciones habidas durante los éxtasis, y los hechos, que no podía ella conocer ni prever, venían más tarde á comprobar su veracidad. Con frecuencia aquellos diálogos eran enseñanzas del divino Maestro á su amada discípula, para instruirla en las cosas celestiales y empujarla por la senda de la virtud. Alguna muestra he dado de ellos en más de un lugar, nada más que una muestra, porque si intentase exponer toda la materia, sería cosa de nunca acabar. ¡Bienaventurada Gemma, que, á semejanza de los Apóstoles, tuviste la dicha de ser amaestrada por la Sabiduría encarnada! Así se explica co-

mo, en tan pocos años, te elevaste á santidad tan perfecta.

Hablemos ahora de sus apariciones.

Objetivamente consideradas, aparición y visión son una misma cosa, pero se diferencian en que la última tiene lugar en el éxtasis y la primera no, si bien es verdad que el alma, sorprendida por la aparición, puede caer en éxtasis como sucedía á Gemma. Siendo la voluntad de Dios glorificarse de un modo extraordinario en su fiel sierva con todo género de gracias, es de suponer, y así sucedió, que con relación á las celestes apariciones, se mostrase espléndido, ya se miren desde el punto de vista de su número, ya de su familiaridad, ya de sus efectos. La presencia de su Angel custodio, según hemos visto, además de ser familiar y provechosa, puede decirse que casi era continua, apareciéndosele de noche y de día; y por lo que se refiere á otros ángeles y santos, y en especial al Beato Gabriel de la Dolorosa, Pasionista, así como á las almas del purgatorio, ya dije algo en otros lugares de esta obra, y volveré más adelante á insistir sobre lo mismo con mayores detalles. Otro tanto digo del Santo de los Santos, Cristo Jesús, sobre todo bajo la forma de apasionado Redentor. ¡Ah, no pierda de vista el lector las tiernas apariciones de Jesús, descritas en anteriores capítulos, y prepárese para escuchar otras que las sobrepujan en hermosura. Trataremos en primer término de las de María Santísima.

Gemma amó siempre y con intenso amor á la Reina de los Angeles, llamándola con dulce confianza, «mi querida mamá». Huérfana desde sus primeros años de madre terrenal, se acostumbró desde entonces á no reconocer otra madre que María, conduciéndose con ella como hija afectuosa. Después de Jesús, todo su corazón era para María. «¡Cuánto quiero á mi Madre!—decía.—Bien lo sabe ella; y además, Jesús me encargó que la quisiese mucho. ¡Y cuán buena se me ha mostrado siempre esta celestial mamá! ¿Qué hubiera sido de mí si no la hubiera tenido? Me ayuda

en mis espirituales necesidades, me preserva de los peligros, me liberta del poder del demonio cuando viene á molestarme, me defiende ante el Señor cuando peco, le aplaca cuando provoco su ira con mi mala vida, y, finalmente, me enseña á conocerle y amarle, á ser buena y agradarle. ¡Ah!, queridísima mamá, te amaré toda mi vida!» Estas y parecidas expresiones, rebosantes de amor y ternura, brotaban á cada paso de su corazón y de sus labios, estampándolas en cuantas cartas escribía. Y bien ¿podría Madre tan santa dejar de pagar con creces amor tan entrañable? ¡Imposible! Porque si Gemma se dió por entero á María, María, á su vez, se entregó á Gemma, y para demostrar su cariño, además de los innumerables favores que le alcanzó de su divino Hijo, repetidas veces se le apareció, sensiblemente, cara á cara, acariciándola y estrechándola contra su pecho maternal. Dejaremos á Gemma describir estas finezas de amor, ya que nadie mejor que quien las experimentó puede expresarlas.

«¡Quién había de figurarse—dice en una cuenta de conciencia—que esta noche me visitaría mi queridísima Madre! Ni pensarlo. No era de creer que se lo permitiese mi mala condición, pero tuvo compasión de mí. Al poco tiempo de estar en oración, experimenté cierto recogimiento interior, y, como otras veces, perdí el conocimiento, encontrándome en presencia de la Virgen dolorosa. ¡Qué felices momentos! ¡Cuánta dulzura experimenté en aquellos instantes! ¡Imposible de explicar! Pasados los primeros momentos de conmoción, me pareció que la Virgen, tomándome en su regazo, hacía que mi cabeza descanse sobre sus hombros, sosteniéndola algún tiempo en esta posición. Mi corazón, henchido de felicidad, nada deseaba. De cuando en cuando me preguntaba: «¿Amas á alguien más que á mí?» —«¡Oh!—le respondí,—amo á otra persona antes que á Vos.»—Fingiendo desconocerlo, me dijo: «¿Quién es?» —«Es una persona tan querida para mí, que la amo sobre todas las cosas, y estoy dispuesta á dar la vida por

ella.»—«Pero, dime quién es,»—preguntaba con aparente impaciencia.—«Madre mía, si hubieses venido anteayer por la noche, lo hubieras visto conmigo. Yo voy á visitarlo todos los días una vez (se refería á la sagrada comunión), é iría otras muchas, si pudiese. ¿Y sabes, Mamá mía, por qué obro así? Porque él quiere cerciorarse de si seré capaz de olvidarlo estando lejos; y no es así, pues cuanto más lejos está, más intenso es mi amor.»—Y ella insistía: «Pero ¿dime quién es?»—«No, no te lo digo,—respondía yo.—¡Si vieses, Madre mía, cuánto se parece á ti! Sus cabellos tienen el mismo color que los tuyos.»—Mi Mamá, acariciándome, pareció decirme: «Pero, hija, dime ¿á quién te refieres?»—«¿No me comprendes?,—repliqué en alta voz.—Pues me refiero á Jesús; sí, á Jesús.»—«Repítelo más fuerte,»—dijo la Virgen.—Después me miró, se sonrió, y estrechándome contra su pecho, me añadió: «Amalo mucho, y á él solo.»—«No temas,—le dije,—nadie en el mundo será dueño de este corazón sino Jesús.» Nuevamente me abrazó, y parecía que me besaba en la frente. Luego desperté (salí del éxtasis); estaba tendida en tierra con el crucifijo cerca de mí.»

¿Qué te parece de esta relación, caro lector? De mí sé decirte que hace seis años que se la oí á Gemma por primera vez, y á pesar del tiempo transcurrido, cada vez que la leo en sus escritos, la encuentro nueva y conmovedora. Pues entérate de otra, aunque la forma sea la misma: «Reposaba en cama, pero sin dormir, cuando me pareció ver una hermosísima señora, que se acercaba para besarme. Perdí el uso de los sentidos, y el mundo era como si no existiese para mí. Inmediatamente di mil excusas (así se lo había ordenado yo), pero mi Mamá celestial (era la misma, por más que Gemma dudase al principio) me miraba, y sonriéndose me dijo: «¡Hija querida!» Padre, perdóneme si cedí demasiado pronto; pero lo cierto es que dejé que la Virgen me tomase en sus brazos. Por poco me muero; no cabe duda que estuve á punto de morir de tanta dulzura.... ¡Qué de caricias! ¡Me quiere tan-

to!... Dijo que había venido para ayudarme. Me encontró muy pobre, por lo que me animó á practicar la virtud, principalmente la humildad y la obediencia. Dijo algunas palabras más que no entendí bien, y luego añadió:—«Hija, perfecciona tu alma y presto.»—Lo que después sucedió, no lo sé; aquel «presto» dió un movimiento tan violento á este corazón mío, sobre el cual mi Mamá puso su bendita mano, que yo no podía hablar; interiormente le pedí una contestación abriendo al efecto mis ojos para con ellos interrogarle, y ella me respondió así:—«Di á tu Padre (al director) que, si no se cuida de ti, (para recluirla en un monasterio) me encargo yo de llevarte pronto al cielo.» Después me besó diciendo: «Si no lo hace antes de lo que él piensa estaremos juntas.» Así sucedió, y me arrepentiré siempre de mi descuido, pues en menos de un año, contra lo que era de esperar, Gemma enfermó y pasó á mejor vida. Continúa la narración: «Padre, después de experimentar tales cosas, ¡qué despreciable es el mundo! No sé si V. las experimentó alguna vez, pero lo cierto es que mi Mamá celestial es hermosa sin comparación. ¿La ha visto V. alguna vez? Yo, cuantas más veces la veo, más deseos tengo de verla.»

En otra ocasión (y vuelvo á Jesucristo para con él terminar este capítulo), se le hizo visible la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, bajo la forma de gracioso niño que colocó en el regazo de Gemma, la cual, estrechándole contra su corazón, le daba ardientes besos, que el niño devolvió junto con útiles enseñanzas, terminando por bendecirla, y vuelto á su madre, desapareció la visión. No sé las veces que esto ocurrió; pero tengo la seguridad de que, por lo menos, sucedió en tres ocasiones. Otras cuatro veces se le apareció el Señor solo, en forma de niño; ella nos dirá cómo aconteció esto: «Ayer por la tarde, al hacer la hora de guardia, me retiré á mi habitación, y estando completamente sola, vino á mi encuentro el niño Jesús. ¡Y qué hermoso es Jesús! ¡Cuánto más se

le amaría, si fuese conocido! Se colocó sobre mis rodillas, me besaba, me acariciaba y me preguntaba si lo quería mucho. También me decía si quería ser toda suya. Tan alegre estaba yo, que no supe qué responder. Me limité á oprimirlo contra mi pecho.» Detente aquí lector y medita. Esta joven es una infeliz hija de Adán, y la persona que hace poco viste bajo la forma de un crucifijo, y ahora en la de humilde niño, es el Dios inmenso, el Verbo encarnado, que se abate hasta dejarse abrazar de una criatura, á la cual pide que le ame. ¡Oh misterios de la Encarnación y del amor de mi Dios, cuán sublimes sois!

La seráfica virgen de Luca, me atrevo á asegurarlo, conocía esta grandeza; pero no por eso se ensoberbeció, según vamos á ver. Continúa Gemma. «Le hablé con toda confianza, y le supliqué que hiciese conocer lo que ocurría á V., Padre, y al confesor, para que no me inquietasen más. Jesús se sonrió y me contestó: —«Ya lo haré.» Pero (lo dijo despacio y bajito) le rogué que no esperase tanto, porque no quería esperar más, y Jesús me replicó:—«Te he querido más que á otras criaturas, aun cuando tú fueses la peor. En lo referente á la verdad de lo que pasa, ya lo sabe quien debe tener conocimiento de ello; en cuanto á lo demás, aun no es tiempo; ya llegará el día en que se sepa. Es Jesús quien te lo asegura.» Esta inefable conversación duró una hora completa. Véase como la joven cierra su narración. «Jesús se fué y aquí estoy nuevamente sola. Diga, Padre, ¿tiene V. inconveniente en que Jesús vuelva? Si V. no pone reparo, con seguridad que vuelve. Bendígame muchas veces y envíeme á Jesús, porque sin él no puedo estar.»

No respondí á carta tan conmovedora. Sólo interiormente dije, con el corazón enternecido: El amor ha hecho perder felizmente el juicio á esta seráfica joven. Sabe que está desposada con su Dios, con vínculo indisoluble, y esa es su idea fija. Sólo quien ama de veras, puede hablar y pensar de semejante modo.

CAPÍTULO XXI

Recibe el don insigne de las sagradas llagas

Corría el año de 1899. Curada milagrosamente de la grave enfermedad de que se habló en el capítulo cuarto de este libro, cuando tenía unos veinte años de edad, emprendió con ardor el nuevo camino que el Señor había dicho deseaba recorriese, camino de perfección más allá de lo ordinario, al que habían servido de preparación las virtudes practicadas y las abundantes gracias concedidas, camino que debía recorrer en pocos años. Llegó la Semana Santa, y ocioso es decir que la piadosa virgen, en tan memorables días, se ocupó con ahinco en meditar la pasión del Salvador. Para mejor disponerse y acompañarle en el Calvario durante la tarde del Viernes Santo, hizo en la del Jueves confesión general de todas sus culpas, acompañada de amargo llanto. Lo demás ella lo dice en la relación que por orden mía dejó escrita, relación algo prolija, pero que sin duda agradará al lector ver reproducida.

«Por primera vez hice la hora santa fuera de la cama, pues había prometido al Corazón de Jesús que, si me curaba, haría indefectiblemente la hora santa todos los jueves (y no la omitió una sola vez mientras vivió). Experimenté tal dolor de mis pecados, que tuve momentos de verdadera angustia. En medio de tanta pena tenía el consuelo de llorar, con lo que me aliviaba. Pasada la hora, que empleé en rezar y llorar, me senté. El dolor continuaba, pero al poco rato experimenté total recogimiento interior, seguido inmediatamente de tal pérdida de fuerzas, que con dificultad pude levantarme para echar la llave á la puerta de mi cuarto. ¿En dónde estaba yo? Pues en pre-

sencia de Jesús crucificado, que vertía sangre por todas partes, y ante su vista, no pude menos de bajar los ojos. Hice la señal de la cruz, y pronto la turbación fué sustituída por la tranquilidad de espíritu; pero el dolor de mis pecados era más intenso cada vez, y como me faltase el valor para mirar á Jesús en tal estado, me postré con la cara en tierra y en esta posición estuve varias horas. Volví en mí; las llagas de Jesús, de tal modo se grabaron en mi mente, que no se han vuelto á borrar de ella. Fué ésta (así termina su relato) la primera vez y el primer viernes en que Jesús se hizo oir de mi alma tan fuertemente. Aunque no había recibido á Jesús verdadero de mano del sacerdote, porque en aquella hora no era posible, Jesús vino voluntariamente por sí mismo, y se me comunicó. Esta unión fué tan íntima, que quedé como asombrada, y él me habló con mucha intensidad.» Tal fué la visita con que preparó el Señor á su sierva para la obra que le tenía destinada. Otra, bastante semejante, tuvo lugar un mes después. «Mira, hija—le decía Jesús,—y aprende cómo se ama (y le mostró abiertas sus cinco llagas). Mira esta cruz, las espinas, los clavos, los cardenales y estas llagas; todas son obra de amor y amor infinito. Mira hasta dónde llegó mi amor por ti.» Ante tal vista, experimentó la tierna virgen tan gran dolor, que no pudiéndolo sufrir el corazón, cayó desmayada y así permaneció durante algún tiempo, sumergida en un mar de dolor y amor.

Con todo, parece que la gracia no encontraba suficientemente purificada el alma de nuestra virgen para recibir el don inmenso que le tenía preparado, y comprendiendo Gemma que era así, se dispuso con una tanda de ejercicios espirituales, que practicó en el monasterio de las monjas Salesianas de Luca, en donde entró el día 1.° de Mayo del referido año. Según me manifestó, le parecía haber entrado en el paraíso, y como si previese lo que le había de suceder dentro de un mes, se dedicó con toda su alma á las prácticas del retiro, dando orden para que no la visitasen sus parien-

tes ó conocidos, porque aquellos días eran todos para Jesús. Se confesó con igual dolor que la otra vez, y el 21 de dicho mes, salió del monasterio para volver á su casa. La prueba tocaba á su término, y la gracia había ejecutado su obra. ¡Gemma, levanta tus ojos al cielo, déjate transformar en el divino esposo crucificado!

El día 8 de Junio, después de comulgar, dióle el Señor á entender que aquella misma tarde le haría la gracia señalada, noticia que comunicó en seguida á su confesor, á quien pidió nuevamente la absolución de sus pecados, retirándose después á su casa con el entendimiento ocupado en altos pensamientos y el corazón rebosando de alegría. Veamos lo que ocurrió; y tú, querido lector, recógele cuanto puedas, para mejor contemplarlo. «Al anochecer (jueves, vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús), de pronto, más aprisa que de costumbre, sentí un dolor tan intenso de mis pecados, como nunca lo había experimentado, y el cual, sin exagerar, me puso á las puertas de la muerte. Después de esto, noté que se reconcentraban las potencias todas de mi alma, que en el entendimiento no conocía otra cosa que las ofensas hechas á Dios, que la memoria me las recordaba todas y me hacía ver los tormentos que padeció Jesús por salvarme, que la voluntad me las hacía aborrecer prometiendo sufrirlo todo para expiarlas, y otra porción de pensamientos que en revuelto torbellino se agitaban en mi mente; pensamientos de amor, de temor, de esperanza, de dolor y de consuelo. Al recogimiento interior siguió la pérdida de los sentidos, y me encontré en presencia de la Madre celestial, que tenía á su derecha á mi Angel custodio, el cual me ordenó rezar el acto de contrición, y hecho esto, mi Madre me dirigió las siguientes palabras: «Hija, en nombre de Jesús, tus pecados te son perdonados.»—Después agregó:—«Mi Hijo Jesús te ama mucho y quiere concederte una gracia; ¿sabrás hacerte digna de ella?» No sabía qué responder; pero ella me animó diciendo: «Seré tu Madre; ¿te portarás tú como

buena hija?» Dicho esto, abrió su manto y me cubrió con él. En el mismo instante se apareció Jesús con las llagas abiertas, pero en vez de manar sangre, salían de ellas llamas de fuego, las cuales, tocando á mis manos, pies y costado, me causaron tan mortal dolor, que, si mi Mamá no me hubiese sostenido, habría rodado por el suelo. Permanecí varias horas en aquella posición, cubierta con el manto de mi Madre Santísima, la cual me besó en la frente, desapareciendo después todo. Al volver en mí, me encontré que estaba en el suelo arrodillada, que las manos, los pies y el corazón me dolían mucho, y al levantarme del suelo para acostarme, observé que de las partes doloridas salía sangre. Cubrí lo mejor que pude aquellas partes y, ayudada por mi angelito, subí á la cama. A la mañana siguiente, con bastante trabajo, fuí á comulgar. Con un par de guantes oculté las manos; pero los pies me dolían tanto, que no podía caminar, pues á cada paso que daba, creía morir. Los dolores continuaron hasta las tres de la tarde del viernes, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.»

¡Alma bendita! ¿No estás satisfecha de tomar asiento al pie de la Cruz del Salvador, adornada con esas divinas joyas, en compañía de la Virgen dolorosa, de Francisco de Asís, de Catalina de Sena y de Verónica Giuliani? De hoy en adelante podrás, como ellos, decir: Nadie me molesta, llevo en mi cuerpo las llagas de Jesucristo. *Stigmata domini Jesu in corpore meo porto.*

Seguramente querrá el lector que yo le explique de qué naturaleza eran las llagas de la sierva de Dios, cómo se formaban y de qué modo se manifestaron con posterioridad. Apurado me vería para contestar indudablemente, si este fenómeno fuese único en la hagiografía cristiana; pero, aunque muy raro, no es nuevo, pues en el siglo XII pudo observarse en la persona de Francisco de Asís, y en el XIX en la virgen belga Luisa Lateau. En esta última particularmente, el prodigio fué observado por millares de personas, y estudiado científicamente por médicos eminentes, católicos y

racionalistas, y, desde el punto de vista teológico, por doctores insignes en ciencia y piedad, habiéndose escrito y dado á la publicidad sobre el asunto varios volúmenes. Comparando aquellos hechos con el que nos ocupa, es fácil abrirse paso y comprender el que en este siglo se manifestó en la virgen de Luca.

Principió el fenómeno de la manera que se ha visto, y como nadie más que la virgen favorecida lo presenciase, á su relato me atengo, sin añadir ni quitar nada. Desde aquel día en adelante, se repetía periódicamente todas las semanas, desde la noche del jueves, poco más ó menos á las ocho, hasta las tres de la tarde del viernes. Sin preparación de ninguna especie, y sin que lo anunciase el más pequeño dolor, excepción hecha del recogimiento precursor del éxtasis, de repente se presentaba en el dorso y en la palma de ambas manos una mancha rubicunda, y por debajo de la epidermis, que es la membrana sutil y transparente que recubre exteriormente la piel, una rasgadura en la carne viva, esto es, en la dermis, de forma oblonga la del dorso, é irregularmente redonda la de la palma. Al propio tiempo, rasgábase la epidermis, y se ponían al desnudo las heridas de aquellas inocentes manos, con todos los caracteres de llaga viva, teniendo como un centímetro de diámetro la de la palma, y unos veinte milímetros de largo por dos de ancho la del dorso.

La herida, algunas veces, era superficial, casi imperceptible á simple vista, pero de ordinario profunda, y parecía unirse con la de la cara opuesta, atravesando la mano por completo. Y digo que *parecía*, porque de las heridas salía sangre, en parte líquida y en parte coagulada, y al cesar ésta de salir, la herida se contraía y no era fácil explorarla sin el auxilio de la sonda, instrumento que no me atreví á usar por el temor reverencial que me inspiraba la extática en aquellas condiciones, porque el dolor le hacía retraer convulsivamente las manos, y además, porque la herida de la palma estaba cubierta por una protuberancia dura, carnosa, en forma de cabeza de clavo, sin adherencias,

y del diámetro de una moneda de cinco céntimos. En los pies, además de ser mayor la rasgadura y de color lívido sus labios, la diferencia de tamaño era en sentido inverso, pues su mayor diámetro correspondía al dorso y el menor á la planta, con la particularidad de que la del dorso del pie derecho era tan grande como la de la planta del pie izquierdo, como seguramente serían las del Salvador, toda vez que con un solo clavo fueron sujetados á la cruz sus santísimos pies, el derecho sobrepuesto al izquierdo.

Acabo de decir que las rasgaduras se formaban en poco tiempo, en cinco ó seis minutos, principiando interiormente por debajo de la epidermis y terminando con la abertura de ésta; sin embargo, en ocasiones no sucedía así, pues el golpe era instantáneo, y como en las heridas violentas, partía de lo exterior. Cuando la herida aparecía de improviso, daba lástima ver su angustiado rostro, el temblor y las sacudidas de todo su cuerpo. Hablemos ya de la llaga del costado. Esta herida por pocas personas y escasas veces fué examinada, pues le parecía mal á la buena familia aproximarse al virginal cuerpo con el solo fin de satisfacer su devota curiosidad, como me lo pareció á mí; y por este motivo no tengo el consuelo de poder reseñarla. A juzgar por el intenso dolor que sentía Gemma en esta herida, no sólo superficialmente, sino en el corazón, es de creer que llegaba hasta esta misma víscera. Por otra parte, si el fin que Dios se propone al obrar semejantes prodigios, es el de reproducir en alguno de sus siervos la realidad de lo que su Hijo Jesús sufrió en la cruz por nosotros, no es de creer que la reproducción sea incompleta. He leído en la vida de la sierva de Dios Juana de la Cruz que en la autopsia de su cadáver, los cirujanos, siguiendo el curso de la misteriosa herida que tenía en el costado, vieron que, después de atravesar los pulmones, llegaba en realidad hasta el corazón. También se hizo la autopsia al de Gemma, á los trece días de muerta; pero el prodigio de las llagas había cesado dos años antes. De no haber sucedi-

do esto, ¡quién sabe si tendríamos un segundo y evidente ejemplar, que sólo como probable lo presento yo!

La abertura del costado de Gemma tenía la forma de media luna en sentido horizontal, con las puntas hacia arriba. De seis centímetros de longitud y tres milímetros de ancho en su parte media, formaba con sus dos caras un ángulo que tenía su vértice á un centímetro de profundidad. También esta herida se producía de dos modos, instantáneo el uno y desde lo exterior, como si se produjese por efecto de la lanza; interior el otro, abriéndose lentamente en la dermis pequeños y rubicundos orificios, que primeramente se veían debajo de la epidermis, hasta que, aumentando en número, terminaban por rasgar la piel entera para formar la enorme llaga ya descrita. No ha dejado de llamarme la atención la forma de media luna que tenía esta herida, no observada en los demás estigmatizados que conozco, si se exceptúa la Ven. Diomira Allegri, florentina del siglo XVI, la cual, según aparece de su vida, que por casualidad leí, tenía una herida de igual forma, como consta de la relación jurada prestada por los peritos médicos y algunos otros testimonios oculares en el proceso de beatificación. No siendo razonable creer que una forma tan exacta en dos casos distintos, con un intervalo de tres siglos, sea puramente casual, es de suponer que la lanza con que se abrió el costado de nuestro Salvador tenía una forma tal que, hiriendo con ella en dirección oblicua, producía una herida en forma de arco.

La sangre que salía de esta herida era en tal abundancia, que empapaba las ropas interiores, hasta el extremo de que la humilde virgen, para ocultarla, tenía que valerse de lienzos doblados, los cuales escondía una vez mojados, para más tarde lavarlos, sin que nadie se enterase. Brotaba la sangre, no continuamente, sino á intervalos más ó menos largos, coagulándose sobre la llaga, y permitiendo que ésta se secase de tal modo que, si en este estado se lavaba, quedaba sólo la carne viva, como sucede con las heridas en vías de curación. Pero

es el caso que no se trataba de un fenómeno natural, por lo que resultaba que, al encenderse nuevamente el misterioso fuego de la llaga, ésta se inflamaba también y volvía á salir sangre en abundancia. Dadas estas condiciones, se comprende que no fuese posible calcular la cantidad de sangre perdida por esta víctima en las veinticuatro horas que duraba el fenómeno (para hablar sólo de su período ordinario de cada semana, del jueves al viernes; al paso que en los extraordinarios, que, sin embargo, eran bastante frecuentes, la herida se cerraba tan luego como cesaba el misterioso impulso que la había abierto). Puede sólo asegurarse que era mucha, según observaron las personas que asistían á Gemma. Una de ellas manifestó bajo juramento ser tal su abundancia, que, si no encontraba obstáculos, corría hasta el suelo. Lo mismo se aseguró con referencia á las demás llagas. Era, pues, lo que salía de las heridas verdadera sangre, de hermoso color, en un todo igual á la que sale de las heridas recientes; y como ella se coagulaba sobre la piel, los paños y el pavimento.

No era menos admirable el modo como las llagas se borraban. Una vez terminado el éxtasis del viernes, cesaba de salir sangre, tanto del costado, como de las manos y pies; la carne viva se secaba poco á poco, los tejidos lacerados se unían y cicatrizaban, y al día siguiente, ó á más tardar el domingo, no quedaba el menor vestigio de aquellas profundas rasgaduras en el centro, ni en la periferia; la piel las cubría como en las partes sanas, sólo variaba el color, por quedar en el punto correspondiente una mancha blanquecina, indicio de que el día anterior había llagas en aquel sitio, las cuales se reproducirían á los cinco días, para proceder de igual modo. Trascurridos dos años desde que el fenómeno dejó de producirse, murió Gemma, y sobre el cadáver pudo comprobarse que persistían las manchas, cosa que no había sido fácil observar en vida, sobre todo en los pies, por la dificultad de desnudarlos durante los éxtasis.

Hasta que, sin duda por disposición divina, fué prohibido por los directores de Gemma, el fenómeno de la aparición de las llagas se realizó de una manera regular y constante todas las semanas, en los días jueves y viernes, sin que se manifestasen en ningún otro por memorable que fuese, ni aun en el caso de que los éxtasis se repitiesen en forma extraordinaria. Hubo, sin embargo, una excepción, que referiré copiando las palabras de un digno prelado, que la presenció, el Padre Pedro Pablo Moreschini, pasionista, hoy arzobispo de Camerino: «Habiendo oído referir cosas extraordinarias de esta joven, sospeché que fuesen ilusiones mujeriles, y quise personalmente cerciorarme de ellas. Al efecto, un martes, dirigíme á la casa donde residía, y al ver á la joven, sentíme inspirado á pedir al Señor que me concediese una señal evidente de que él era el autor de aquella maravilla. Interiormente, y sin decir palabra á nadie, me fijé en el sudor de sangre y en la aparición de las llagas. Por la tarde se retiró la joven para hacer á solas sus acostumbradas oraciones ante la imagen del Crucificado. Al cabo de pocos minutos, estaba en pleno éxtasis, por lo que entré en la habitación y con mis propios ojos la vi transformada; parecía un ángel, pero sumergida en inmenso dolor. De cara, cabeza y manos, manaba sangre; supongo que sucedía lo mismo en el resto del cuerpo. El sudor duró media hora, sin que las gotas cayesen al suelo, porque al desparramarse, se secaban en seguida. Me retiré conmovido; y al volver Gemma del éxtasis y encontrarse sola con la tía, dijo: «El Padre pidió á Jesús dos señales, y Jesús me dijo á mí que ya le dió una, y que también le dará la otra. ¿Qué pruebas son las que quiere? ¿Podría decírmelo?» Llegada la noche, preguntó compungida aquella señora: «Padre, la otra prueba que V. ha pedido ¿son acaso las llagas?» Quedé atónito y ella prosiguió: «Le hablo así, porque si es eso, Gemma las tiene abiertas; venga y las verá.» Fuí y encontré á la bendita criatura en éxtasis como la primera vez, con las manos traspasadas de parte

á parte por una llaga bastante grande en la carne viva, de donde salía sangre en abundancia. El conmovedor espectáculo duró unos cinco minutos (hace de ellas una minuciosa y concienzuda descripción que coincide exactamente con la mía), y al cesar el éxtasis, desaparecieron la sangre y las heridas. La piel, antes rasgada, recuperó instantáneamente su estado normal, hasta el punto de que, para darlo todo por terminado, sólo hubo necesidad de mandar que se lavase las manos. El Señor me había escuchado, y yo, al al par que le daba gracias por tan señalado favor, depuse toda duda, creyendo, sin vacilación, que *digitus Dei est hic*, aquello era obra exclusiva de Dios.»

Del sudor de sangre algo tengo dicho al hablar del amor que á Dios tenía esta virgen querida y del horror que experimentaba por las ofensas que se le hacen, sobre todo con la maldita blasfemia. Ya que se me ofrece ocasión, diré aquí, que tan prodigioso fenómeno tenía lugar con bastante frecuencia al meditar la agonía del Señor en el Huerto; pero no en los periódicos éxtasis del jueves al viernes, sino en otros, y también sin tener éxtasis. La sangre exprimida del corazón en fuerza del dolor, salía por todos los poros de su cuerpo, particularmente de la parte izquierda del pecho, que cubre el corazón. Gemma se encontraba entonces bañada en sangre.

Los ángeles habrán recogido sin duda aquella sangre para presentarla á Dios y aplacar su ira, por los méritos de aquella víctima que, á semejanza del divino Redentor, la vertía generosamente de sus venas.

CAPÍTULO XXII

Es hecha partícipe de los demás dolores de la pasión del Redentor

Pocos son los santos que tuvieron las cinco llagas á un tiempo, pues el Señor obra como tiene por conveniente, y la acción responde siempre á sus inescrutables designios. Gemma debía ser del número más privilegiado, y participar, no sólo de las cinco llagas del Salvador, sino de otros tormentos de su pasión. Después del sudor de sangre en Getsemaní, el primer tormento que sufrió el Señor fué el de los azotes, y como nuestra virgen meditaba con especial devoción este misterio doloroso, contaba una por una las profundas heridas de que estaba cubierto el cuerpo de su divino amante, y decía: «Son todas obra de su amor,» con intenso deseo de que se imprimiesen en el suyo. A su vez, el divino Salvador se complacía en fomentar aquel deseo, apareciéndosele con frecuencia cubierto de llagas, é invitándola á que besase sus adorables heridas. No pudiendo Gemma resistir la fuerza del dolor que aquella visión producía en su alma, caía desmayada á los pies del Redentor.

Al fin, un día, primer viernes de Marzo de 1901, en que con más ardor suplicó al Señor que le concediese alguna participación en la tortura de los azotes, consiguió ser atendida. El estrago fué horrible. «El viernes, así me lo comunicó ella, hacia las dos de la tarde, me hizo experimentar Jesús algunos golpecitos. Padre mío, estoy cubierta de llagas que me hacen sufrir un poquito. «¡Viva Jesús!» Las llagas, que nada tenían de imaginarias, las describirá su madre adoptiva que las observó repetidas veces. «Advertí al principio de la noche—así escribe,—que Gemma estaba en

éxtasis y sufría más de lo ordinario. La cogí de un brazo, y notando que tenía grandes rozaduras de color rosado, le apliqué un pañuelo que se manchó de sangre. Sufría mucho y pude percibir que decía: «¿Serán tus golpes, Jesús?» Entonces comprendí que se trataba de los azotes. Duró esto los cuatro viernes de Marzo de 1901. El primer viernes pasó como ya dije; en el segundo hubo rasgaduras de la carne; en el tercero fueron mayores éstas, hasta el punto de que casi se veían los huesos, y en el cuarto fué tal el estrago, que había llagas por todas partes, hasta de un centímetro de profundidad. No obstante al cabo de dos ó tres días, desaparecía todo. En una ocasión le vendé dos, únicas que quedaron por cicatrizar, pues supuraron, y sufrió mucho al quitarle yo la venda; pero una vez quitada ésta, se curaron en poco tiempo. Las demás se cicatrizaron súbitamente. Estaban las llagas situadas de este modo: dos en un brazo, bastante profundas, de cuatro á cinco centímetros de largo; dos en una pierna, redondas y mayores que una moneda de dos pesetas; una en medio del pecho, en dirección de la garganta; dos encima de la rodilla, bastante grandes y más largas que anchas; dos en los codos, que casi descubrían el hueso; otras dos debajo de las rodillas, iguales á las anteriores; una casi redonda y bastante profunda sobre la garganta de cada uno de los pies y dos á lo largo de la pierna. Tenía otras muchas, pero no las pude ver bien. Al principio no eran más que rozaduras, pero después eran rasgaduras profundas; y como le preguntase yo la causa de aquella diferencia, me contestó: «Porque primeramente eran sólo latigazos, pero ahora son azotes.» Decía para terminar aquella buena señora: «Si quiere formarse una idea de esto, no tiene más que traer á la memoria el gran crucifijo que tenemos en casa, ante el cual solía orar Gemma; pues así estaba. Las mismas manchas lívidas, las mismas rasgaduras de la carne, de iguales dimensiones, en las mismas partes de su cuerpo y causando su vista el mismo horror. Derramaba sangre en

tal abundancia que, si estaba de pie, llegaba al suelo, y si en la cama, empapaba hasta el colchón. Algunos de los charquitos que medí, tenían de cuarenta á cincuenta centímetros de largo por cinco de ancho.»

De igual modo se expresan cuantos vieron aquellas llagas, de lo que se desprende que no era Gemma quien se las producía con disciplinas, ni con otros instrumentos de penitencia. ¿Y cómo había de hacerlo, si no se le dejaba sola de día ni de noche, especialmente durante los éxtasis, que era cuando el fenómeno solía manifestarse? De todos modos, aunque así fuese, quedaría sin explicación el hecho de que rasgaduras tan profundas curasen en tan poco tiempo. Inútil es decir que la piadosa víctima sentía vivo dolor en heridas tan profundas, porque el gesto que ponía lo daba á comprender. «En el tiempo de los azotes—dicen los testigos,—Gemma sufre mucho, pero sin moverse. Alguna vez tiene pequeñas convulsiones, ó le tiemblan los brazos, pero en cuanto á sentir, lo siente todo; porque si bien es verdad que queda algo entorpecida, pronto vuelve en sí, y todo lo recuerda después de pasado el éxtasis, según se ha comprobado. ¡Pobrecita, parte el corazón verla sufrir tanto! ¿Sabe usted lo que me dice entonces? «Encomiéndeme mucho á Jesús.» Después oigo que dice: «¡Mamá mía! ¡Eterno Padre!» El jueves por la noche, á eso de las 11, dijo: «Adiós, hasta mañana.» En efecto, cesaron los golpes y quedó como muerta, pero el pulso y el corazón latían normalmente; luego se reprodujeron los acostumbrados golpes.»

No se sabe si el fenómeno se repitió en otra ocasión fuera de los cuatro viernes indicados, pero es de suponer que alguna otra vez se presentaría, aunque sin ser notado, dados los artificios que empleaba la humilde sierva para ocultar los dones que Dios le concedía. Por lo menos, á mí se me aseguró que en una ocasión pidió permiso á su bienhechora para tomar un baño en la casa, porque dijo: «Tengo los vestidos pegados y me hacen mucho daño.» Se bañó, y con

ocasión del baño pudo observarse que sus inocentes miembros estaban surcados de llagas, con la sangre cuajada, que la camisa estaba también manchada de sangre, y que en la espalda se había pegado tanto, que al separarla se abrieron las heridas con gran dolor de la paciente. Sin embargo, juzgando sólo por lo que ella decía, tales destrozos no eran más que «unos golpecitos que le había hecho sentir Jesús, para que sufriese un poquito.»

Refieren los Evangelistas que los soldados, después de azotado el Salvador del mundo, se apoderaron de él y tejieron una corona de espinas que colocaron sobre su cabeza. ¡Corona adorable! ¿Habrá cristiano que no te envidie y tenga á honor el ceñirte, después de haber estado en contacto con la frente del Hombre Dios? Así pensaba la virgen de Luca, penetrada de la grandeza de los misterios de la cruz; y de ahí que estuviese enamorada, desde larga fecha, de semejante joya. Con seguridad recordará el lector la tierna visión del Angel presentándole dos coronas, una de blancos lirios y de espinas la otra, invitándola que escogiese la que fuera más de su agrado: sin vacilar un momento, dijo Gemma: «Quiero la de Jesús, dame la de Jesús;» y cogiéndola con rapidez la estrechó contra su corazón. Se recordará también que en otra ocasión se le presentó el Señor coronado de espinas, y le pidió para sí aquella corona. Pues ahora, como la santa joven, con sus deseos y místicas purificaciones, ha alcanzado ya la necesaria perfección para tan extraordinarios dones, de las palabras pasa á los hechos, y de la visión á la realidad. Gemma misma nos lo narra sin querer referirse á la primera vez que se reprodujo el fenómeno, sino á otra acaecida el 19 de Julio de 1900.

«Por fin, esta noche, después de seis días que no veía á Jesús, me recogí un poco. Me puse á orar, como tengo por costumbre los jueves, meditando la crufixión del Redentor. Al principio no sentí nada, pero al poco rato experimenté algún recogimiento. Jesús andaba cerca. Como en otras ocasiones, al recogimiento suce-

dió la pérdida de los sentidos, y me encontré con Jesús que sufría horribles penas. ¿Cómo había de ver sufrir á Jesús sin ayudarle? Se apoderó de mí un gran deseo de padecer, por lo que, con repetidas instancias, supliqué á Jesús que me concediese esta gracia. En el acto fueron satisfechos mis deseos; Jesús se acercó, y quitando de su cabeza la corona de espinas, con sus manos santísimas la colocó sobre la mía y la oprimió contra las sienes. Momentos de dolor fueron aquellos, pero felices. Así estuve una hora sufriendo con Jesús. Ayer, á eso de las tres de la tarde, á decir verdad, sentí cierta repugnancia porque estaba cansada y sin fuerzas. Aparicióseme de nuevo Jesús, menos triste que por la noche, me acarició un poco, y ya más contento, me quitó la corona—sufrí algo, pero menos que antes,—y se la volvió á poner en su cabeza. Ya no sentí más daño, é instantáneamente recuperé las fuerzas. Estaba mejor que antes de padecer.»

Los hechos se encargaron de demostrar que esto no era efecto de la imaginación, porque á la citada hora se vió la cabeza de la joven rodeada de picaduras, por donde salía sangre; y no sólo de la circunferencia, sino de toda ella, por debajo del cabello. Con esto parece confirmarse lo que dejaron escrito algunos santos, que la corona de espinas del Salvador estaba de tal modo dispuesta, que cubría por completo su cabeza; y Gemma, hablando de la que por primera vez le había presentado el Angel, lo dice claramente: «No tenía la forma de corona, sino de gorro.» En ocasiones, las heridas eran casi imperceptibles, como las de Luisa Lateau, notándose sólo por la sangre que de ellas manaba, pero en otras «se distinguía perfectamente, tanto en la frente como en el cuero cabelludo, los agujeros de las espinas de forma triangular, de cada uno de los cuales destilaban gruesas gotas de sangre,» como lo afirma un digno sacerdote, testigo presencial, quien, como otros muchos, pudo observar el singular fenómeno, que regularmente se presentaba el jueves y viernes de cada semana, por algún espacio de tiempo, aun después de

haber cesado el de las llagas de las manos, pies y costado.

Muchas veces tenía lugar antes del éxtasis del jueves por la noche. Hallándose con los de la familia, aparecían en la frente de Gemma gotas de sangre, que poco á poco iban en aumento, hasta correr por las mejillas, el cuello y los vestidos. «De cada cabello salía una gota—dice otro testigo,—de modo que la sangre caía al suelo.» ¡Espectáculo conmovedor, capaz de enternecer el corazón más duro! ¡Lástima que no se hubiese fotografiado aquella cara, pues se hubiera conseguido tener el más exacto modelo del *Ecce Homo!* «¡Si hubiese visto, Padre—dice otro,—cómo brotaba la sangre de los ojos, de los oídos, de la frente y las sienes! Parecían fuentes, hasta el punto de empapar dos pañuelos. Hubiera comprendido entonces las angustias que pasaba aquel corazón.» En una ocasión que me hallé presente, mandé que se lavasen y secasen las heridas, y una vez efectuado, me puse á observarla. La sangre volvió á brotar al poco rato de los mismos puntos, manchando el angelical rostro. La efusión era bastante rápida, como si se oprimiese interiormente, obligando á la sangre á salir al exterior, y corriendo las gotas por la piel, para secarse al cabo de algún tiempo.

El venerable prelado de quien poco antes hice mención, después de haber hablado en su relato de las llagas observadas por él en Gemma y de su sudor de sangre, describe la coronación de espinas, que también presenció. Para edificación del lector, referiré la impresión de este fidedigno testimonio con sus propias palabras, como lo hice más arriba.

«Habiéndoseme dicho que, además de las llagas, se renovaba á menudo en el cuerpo de la angelical doncella el tormento de la flagelación y de la coronación de espinas, propúseme asistir á esta escena de dolor y ver con mis propios ojos cómo salía la sangre de la cabeza de la virgen. Poco después, acompañado de D. Lorenzo Agrimonti, penetré en la estancia en que

poco antes había entrado Gemma y la vi en éxtasis, presa ya del cruel martirio. Más de dos horas y media permanecí en aquella estancia, resuelto á no marcharme hasta haber visto la sangre con mis propios ojos. La joven experimentaba una palpitación cardíaca tan terrible y violenta, que levantaba, por la parte del mismo corazón, el cobertor del lecho, sobre el cual yacía. Los latidos eran tan fuertes, que todo el lecho temblaba; confieso que experimenté sentimientos de terror y devoción á la vez. Después de una hora, ó poco más, se calmaron las palpitaciones, y entonces empezó la joven á derramar sangre por la cabeza, y en tanta abundancia, que quedaron bañadas de ella las almohadas y las sábanas mismas. En algunos puntos de la cabeza, sobre todo en la región superior de la frente, la sangre era tan copiosa que, coagulándose, se veía cuajada en muchos puntos. Habiendo cesado, por fin, de derramar sangre de la cabeza (eran las once y media de la noche), la joven, que antes hacía alguno que otro ligerísimo movimiento, permaneció inmóvil desde aquel momento hasta las 3 de la madrugada. Su rostro tomó el aspecto de verdadero cadáver, hasta el punto de que quien la hubiera contemplado en aquel estado, cadavérica, cubierta de sangre, nadie hubiera dudado de que había muerto, ya que su respiración era apenas perceptible. Así pasó tres horas enteras. Al amanecer, hacia las 6, la volví á ver: disponíase entonces á dirigirse á la iglesia para recibir la comunión, y su rostro se veía naturalmente coloreado, como si nada hubiese sufrido.»

Aunque los Evangelistas no hacen mención de ella, opinan algunos místicos, con Santa Teresa, que el divino Hombre de dolores tenía otra llaga sobre el hombro izquierdo, causada en el camino del Calvario por el peso de la cruz, llaga que otros han confundido con una de las muchas que produjeron los azotes. Esta llaga, que también tuvo Gemma, era larga y profunda; y tal dolor le ocasionaba, que le obligaba á caminar torcida de aquel lado. Como las demás, se ce-

rraba la noche del viernes, ó en la mañana del sábado, y al igual que las otras, manaba sangre en abundancia, y sólo se diferenciaba de ellas en que el dolor persistía algún tiempo más.

De este modo siguieron las cosas por una temporada, hasta que el confesor creyó conveniente prohibir á Gemma las manifestaciones exteriores de tan extraordinarios fenómenos. Quería él una prueba, y Dios se la dió cumplida. La virtuosa joven, que durante mucho tiempo había suplicado al Señor que la librase de aquellas exterioridades, por santa obediencia renovó la súplica con más ahinco, y el Señor la escuchó. Las heridas de las manos, de los pies y del costado no se abrieron más, excepto en una ocasión, del modo y por causas que ya hemos dicho. Las de las espinas duraron algún tiempo, pero al fin cesaron, como también las de los azotes y otras lesiones con efusión de sangre. No sucedió así con los dolores, pues estos continuaron en los mismos puntos que antes, si bien con mayor violencia, de modo que la sangre que salía al exterior, en parte servía de alivio á la pobre paciente, según lo manifestó repetidas veces ella misma. Y era fácil adivinarlo, pues mientras sufría el tormento interiormente, se apoderaba de su cuerpo un temblor general, y las lágrimas brotaban de sus ojos.

El Señor quiso concederle un desahogo. El corazón, con los esfuerzos que hacía en el pecho, comprimía la sangre en las venas y originaba vómitos de sangre. La joven estaba contenta de esto, porque en sus éxtasis se le oyó decir: «Jesús, te daré mis manos y mis pies, lo demás no puedo; me lo prohibió el confesor. Toma mi corazón, que puedo dártelo; te lo cedo, Jesús, así como las manos; lo demás no puedo.» Parece que el Señor, mostrándole sus manos traspasadas, le pedía sangre por sangre, con el fin de probarla. «No puedo —volvía á responder;—sufro mucho por esto, pero antes es obedecer que ser víctima.»—«¡Oh, si la hubiese visto este Viernes Santo desde las doce á las tres!—escribía su madre adoptiva.—Creí que se moría. ¡Cuánta

sangre echó por la boca! Jesús mío, decía, no te puedo dar la sangre de otra parte; te la doy del corazón.» Desde entonces principiaron aquellas terribles angustias que obligaron al corazón á buscar cabida en el pecho, encorvando fuertemente tres costillas del lado izquierdo, y á percibirse el fuego que abrasaba la piel del mismo lado, según se ha manifestado anteriormente.

Para completar el cuadro, podría presentar la dislocación de los huesos que sufrió nuestro divino Salvador en la cruz, la distensión de sus miembros al colgarlo en el duro leño, el magullamiento de su sacratísimo cuerpo en las tres horas de horrendo suplicio, y la insufrible sed que, desde lo alto de la cruz, le obligó á decir: *Sitio*, «tengo sed», para hacer ver que Gemma, después de cesar las llagas, participó de estos dolores. Ella lo confesó, los signos exteriores lo demostraron varias veces, y dieron fe de ello varias personas; de modo que nada faltó en esta criatura santa para poderla llamar imagen viva de Jesús crucificado. Pero como este capítulo es demasiado largo, para no intercalar otro, me abstengo de referir estos testimonios, y de particularizar lo que indico solamente.

Debo, no obstante, mencionar el tormento interior de su corazón, que fué el más inefable del misterio de la cruz. En efecto, Gemma además de sufrir los dolores corporales de Jesús crucificado, sufrió también las agonías de espíritu que Jesús padeció en la cruz. Pero ¿cómo haré yo para que el lector me entienda si trato de explicar en qué consistió esta mística agonía? Diré solamente que fué un sufrimiento mortal, á juzgar por las señales exteriores, el color cadavérico, el pecho levantado, los ojos hundidos y la sequedad de los labios. Así se explica que su oración fuese escuchada, pues la vista de Jesús crucificado era el único pensamiento de esta virgen predilecta. «Jesús, hazme semejante á ti, que sufra contigo, sin omitir nada, sufriste tú, pero hazme sufrir á mí también. Tú

fuiste el varón de dolores, yo quiero ser la hija del dolor.»

¿Qué falta para poder asegurar que Gemma llegó á los límites de la santidad, habiendo dicho el apóstol San Pablo «que los que graban en sí la imagen del Hijo de Dios, son los predestinados»?

CAPÍTULO XXIII

Devoción de Gemma á la Sagrada Eucaristía

Conducida por el divino Espíritu por el camino de la santidad, supo la venturosa joven escoger lo más sólido y perfecto que hay en él. Aunque le agradaban las prácticas de devoción que usan la generalidad de los fieles, y experimentaba verdadero placer viendo que eran muchos los que las frecuentaban, sin embargo, para sí escogió unas pocas, las que más convenían á su alma, á saber, la devoción á la Humanidad santísima del Verbo encarnado y su pasión, la devoción á la Madre de Dios y sus dolores, y la devoción al misterio de la Eucaristía. La primera enternecía su corazón y la estimulaba al sacrificio; la segunda la confortaba, inspirándole filial confianza, y la tercera alimentaba su alma hasta saciarla, y hacíala capaz de vivir en la tierra vida celestial. Del culto que dió á las dos primeras, se trató en los capítulos precedentes; ahora hablaremos solamente de la última. Y aquí he de decir cosas grandes, las cuales hacen creer que suscitó el Señor con especial providencia esta sierva en estos tiempos de fría piedad, para que sirva de ejemplo á los cristianos, con el fin de que amen y veneren más al Santísimo Sacramento. La Eucaristía es por excelencia misterio de fe, *mysterium fidei*, pues aunque en los demás hay arcanos, tienen también algo que sirve de apoyo á la razón, pero en éste no hay nada más que la fe, y solamente con ésta se pueden descubrir los infinitos tesoros que encierra.

Gemma tenía fe; pero una fe tan viva, que parecía haberse trocado en evidencia. Su corazón era puro, y el Señor ha dicho que «de los limpios de corazón se dejará ver»; era sencilla y humilde como niña, y tiene

el Señor manifestado que á tales almas «descubrirá los arcanos de su sabiduría»; así es que con la mirada penetrante de la pureza y de la humildad, y con las luces que en la contemplación le infundía la fe, podía ver con claridad toda la grandeza de los misterios que en este Sacramento se encierran. Nosotros, para entrar en comunicación con Dios, oculto en la Eucaristía, necesitamos recogernos interiormente y excitarnos con repetidos actos de fe. A Gemma le bastaba traerlo á la memoria, si es que de ello tenía necesidad, porque continuamente pensaba en él, é inmediatamente lo veía revelado á donde corría su pensamiento, lo veía presente, y con el entendimiento, con el corazón, con todo su ser, casi me atrevo á decir que con los sentidos corporales, gozaba ante aquella dulce majestad.

Para tener idea de su ferviente devoción, sería preciso oir lo que le decía, leer sus cartas, y escuchar sus extáticos coloquios. ¿Quién, mejor que ella, sería capaz de darnos á conocer los sublimes pensamientos que sobre este misterio le sugería Dios, y los amorosos afectos de su alma? Escucha, lector, creo que me lo agradecerás, voy á presentarte una pequeña colección de documentos. Principiaré por la idea que de la Sagrada Eucaristía tenía la devota virgen.

«Padre mío, esta carta la encontrará sin sentido; no importa, hablaré de la santísima comunión; no puedo pasar sin hacerlo. ¿Habrá almas que no sepan lo que es la Eucaristía, insensibles al amor divino y á las ardientes efusiones del Corazón de Jesús? ¡Oh Corazón de Jesús, oh amoroso Corazón!» A una señora romana, íntima amiga suya, le escribía: «¡Cuán suave es el alma de Jesús! ¿Y qué será lo que le ha impulsado á comunicársenos de modo tan admirable? Meditémoslo. ¡Jesús es nuestro alimento; Jesús es mi comida! Qué de cosas quisiera decirte, pero no puedo; sólo acierto á repetir llorando: ¡Jesús es mi comida! ¡Y esto lo hizo Jesús solamente por el amor que nos tiene!» Su llanto era constante, espontáneo y dulce, ó, sirviéndome de una expresión suya, «era llanto silen-

cioso, con lágrimas de reconocimiento y celestial felicidad.» Hablando en éxtasis con su Dios, se le oyó expresarse del siguiente modo: «Ya sé que no me has dado riquezas temporales; pero me diste la verdadera riqueza, el alimento eucarístico. ¿De qué sería yo merecedora, si no dedicase todas mis ternuras á la sagrada Hostia? ¡Señor, ya lo veo, para que mereciese el cielo, te me comunicaste en la tierra!» Parece que no sabía diferenciar las delicias del cielo y las de Jesús, que se saborean en la sagrada mesa. En sus éxtasis, llamaba á veces á la divina Eucaristía «Academia del paraíso, donde se enseña el amor»; y explicando el pensamiento, añadía: «El cenáculo es la escuela, Jesús el maestro, y su carne y sangre benditas, la doctrina.» De estas y semejantes expresiones fácilmente se deducen los misterios de celestial sabiduría que encontraba en el eucarístico alimento. Mas prosigamos, pues á cada paso del presente capítulo tendremos ocasión de ver el altísimo concepto que tenía Gemma del Sacramento del amor.

Aunque meditaba constantemente sobre este sacramento adorable, y con la imaginación se trasladaba al tabernáculo, no estaba contenta sino cuando personalmente iba á la iglesia, para adorar allí á su Dios escondido. Por no singularizarse, cosa que aborrecía mucho, iba sólo dos veces al día; por la mañana á oir misa y comulgar, y por la tarde á la hora de la pública adoración. «Voy á Jesús; vayamos, que está solo, nadie se acuerda de él. ¡Pobre Jesús!» Una vez en la iglesia, se dirigía con la mirada y todo su ser al tabernáculo, y sin cuidarse de nada más, cual si estuviese sola y no hubiese en la iglesia otra cosa que el altar del Santísimo Sacramento, allá iba, y se ponía á orar de rodillas. Sus ojos no se apartaban del sitio donde al entrar se habían fijado; pero fuera de esto y de alguna lágrima que se deslizaba por el rostro, no se distinguía de las otras personas que oraban devotamente. Sin embargo, se la hubiera tomado por un Serafín, de haber visto su interior. «¡Cuán grande es, decía, la fe-

licidad que experimenta mi corazón delante de Jesús sacramentado. Si Jesús me permitiese penetrar en el tabernáculo, donde está con cuerpo, alma y divinidad, ¿no estaría yo en el paraíso? ¿Qué me faltaría ya? Nada, absolutamente nada.» Dirigiéndose al Dios Sacramentado le dice: «Jesús, paraíso mío, hostia santa, vida de mi alma, aquí me tienes. Oí que me buscabas y vine corriendo.» Con filial confianza le decía luego que iba para hacerle compañía, á ofrecerse por completo, á participarle cualquier pequeña virtud hecha por su amor, á recibir sus órdenes, ó, cuando menos, á escuchar dulces palabras, y sobre todo, á pedirle muchísimo amor.

Grande era la fe con que hacía estos actos. En prueba de ello, lector, he aquí un ejemplo: «Aquí me tienes, Señor, en tu presencia, aquí tienes mi alma creada por ti, no de tu sustancia, sino por medio del Verbo que eres tú, sin auxilio de ninguna materia; alma que tú creaste y siempre vive, santificada por ti en el bautismo.» Después callaba, y con la mente desenvolvía el pensamiento, para volverlo á expresar de nuevo. «Si en este mundo el bien por sí solo causa placer, ¿qué dicha no proporcionarás tú, que eres el rey de todos los bienes? La alegría que causan las cosas creadas es completamente distinta de la que nos das tú, que eres su creador. Jesús mío, cuando una criatura desea algo, no sosiega hasta que la posee; pero aunque la alcance, no la satisface jamás. Sólo tú sacias y haces puros á los que viven en ti; y tú habitas con ellos.» Este pensamiento la conmovía y le obligaba á decir: «Jesús mío, ya he hallado tu habitación; sé que habitas en el alma que creaste á imagen tuya, pero en la que te busca y te ama. ¡Ah, qué dicha la de mi pobre alma, que tiene las riquezas de tu amor!» Humillándose, como lo hacía siempre, aun en medio de las más dulces comunicaciones celestiales, decía: «Soy tuya, Jesús, soy tuya. Razón tienes para quejarte, pues te ofendí. No tengo méritos de ninguna clase. Debería volver al altar las hostias que, más que recibidas, fue-

ron robadas. Pero Señor, te prometo enmendarme si sigues favoreciéndome. Antes que falte á tu amor, envíame la muerte. ¿Qué deseas, Jesús, qué deseas? ¿Que mi amor sea invariable? Pues lo será, y, para conseguirlo, me alimentaré todos los días con tu carne y sangre santísimas.»

Y dándole gracias por las victorias alcanzadas contra el enemigo, se expresa del siguiente modo: «Jesús, esta mañana conseguí gran victoria. Después de recibirte, me puse á meditar las batallas que con tu ayuda sostuve con el común enemigo. ¡Fueron tantas! ¿Quién es capaz de adivinar las veces que mi fe, mi esperanza y mi caridad hubieran vacilado, si tú no me hubieses socorrido? Mi entendimiento se obscurecería, si tú, sol eterno, no lo iluminases; y mi amor se debilitaría, si tú, Jesús amable, no lo reforzases con tus caricias. ¿Y qué diré de la voluntad, prisionera de la pereza? Sin embargo, tu fuego la inflamó; lo reconozco, todo es obra de tu amor. Señor, ¿podré dejar de ser agradecida?» Insistiendo con más vibrantes imprecaciones en tan tierno pensamiento, continúa: «Dios mío, ábreme tu corazón; Jesús, abre tu pecho que quiero depositar en él mis afectos, ¡Cuánto te quiero! ¿Pero es posible que seas tan amable, habiéndote ofendido tanto con mis ingratitudes? Este pensamiento, si lo meditase á fondo, debería encender mi corazón. Grande es, ciertamente, el amor de aquel que ama á quien le ofende, y si yo considerase atentamente los cuidados que pasas por mí, sin duda me distinguiría en toda suerte de virtudes. Perdona, Jesús, mis descuidos; perdona mi ignorancia. Jesús, Dios mío, amor mío, bien increado, ¿qué sería de mí, si tu solicitud no me hubiese conducido hasta ti? Abreme tu corazón, Jesús de mi alma, ábreme tu pecho sacramentado, que yo te abro el mío.»

Después de haberse desahogado repitiendo siempre los mismos conceptos, mas en forma siempre nueva, callaba como si estuviera cansada, y con luz celestial se elevaba á la más alta contemplación, donde Jesús le

hablaba, manifestándole cuánto le complacía su visita, porque le compensaba de la ignorancia que tienen de él la mayoría de los hombres y de los ultrajes que recibe de los pecadores; encomiaba su fidelidad, le declaraba estar satisfecho de ella, dispuesto á concederle gracias más abundantes y mayores beneficios, y, por último, la animaba á proseguir el camino emprendido, devolviendo amor por amor. Con semejantes palabras su corazón se encendía cada vez más, se ponía nuevamente á hablar y confesando humildemente su indignidad, exclamaba: «¿Quieres amor, Jesús mío? Pues no me queda nada de él en el corazón. ¡Lástima que no pudiera encender en él á las criaturas del mundo entero!» Para demostrárselo, le hace con infantil sencillez la siguiente proposición: «Supongamos, Señor, que tú res Gemma y yo Jesús; ¿sabes lo qué haría? Dejaría de ser, para que tú existieses. Jesús, Dios de mi alma, tú eres más, mucho más que todos los tesoros del mundo. ¡Con qué ansia me uniría á los ángeles para ensalzarte y cómo me desharía en alabanzas! ¡Con qué deseo permanecería en tu presencia. Pero ¿qué es lo que digo, hablando de ti? Perdona, Señor, digo lo que puedo, y no lo que debía. No sé más; ¿será preciso que me calle? No; mi Jesús debe ser por todos amado. Fíjate, no en lo que dice mi mente—habla en éxtasis,—sino en mi corazón, que te ha manifestado sus secretos. ¿Estás convencido ya de que te quiero más que cuanto hay en la tierra y en el cielo?»

Tales eran los afectos que, en presencia de Dios sacramentado, alternaban en aquel corazón virginal. Podría ofrecerlos á centenares, si reprodujese los que se recogieron de sus labios y se conservan cuidadosamente escritos; pero no es posible insertarlos todos en un capítulo. Creo, sin embargo, que los ejemplos presentados habrán sido del agrado del lector. Por lo demás, es un hecho que, como consecuencia de tantos impulsos amorosos, sus fuerzas iban á menos. «¡Ah—exclamaba,—no puedo soportar por más tiempo el pensamiento de que Jesús atienda y dé oídos á

la última de sus criaturas, manifestándose con todo el esplendor de su amante corazón y toda la prodigiosa expansión de su paternal amor!» Y diciendo esto, caía desmayada en brazos de la que la acompañaba, la cual, ya prevenida, disponía las cosas para que nadie en la iglesia lo advirtiese. Una vez, entre otras, al salir del desmayo, hubo de decir con infantil inocencia: «Jesús amado, si á todos les haces lo mismo, si todos se abrasan delante de ti, como me abraso yo, las personas no podrán resistirlo.» En una carta le recomendé que, cuando estuviese delante de Jesús, me presentase á él y le dijese que también yo quería amarlo. Véase cuál fué la respuesta: «¿Pero será conveniente, Padre mío? ¿Y si le sucede luego lo que á mí? Porque si está solo y no hay quien le dirija el corazón con la mano, (se refería á sujetarlo durante los impulsos amorosos), caerá en tierra. No, no conviene.» Cuando sentía la más pequeña impresión de los ímpetus amorosos, se apresuraba á salir de la iglesia, sobre todo si estaba sola. «¡Ah—exclamaba,—no comprendo como hay personas que se acerquen á Jesús y no se conviertan en pavesas! A mí me parece que si estuviese junto á él un cuarto de hora solamente, me reduciría á ceniza.»

En cierta ocasión, estando en éxtasis, se oyó que decía familiarmente al Señor: «¿Sabes, Jesús, lo que me preguntó el confesor? Pues que le dijese lo que hacía cuando estaba ante ti. ¿Qué hago? Si estoy con Jesús crucificado, sufro, y si con Jesús sacramentado, amo.»

A ciertas personas amigas, cuando les escribía, las invitaba y daba cita para ante el tabernáculo. «Vayamos á Jesús, corazón de amor y de ternura. La espero mañana ante Jesús, para que, permaneciendo algún tiempo en su presencia, él nos bendiga.» También á mí me invitaba con insistencia para que siguiese su itinerario, y, entre otras cosas, me señalaba la hora de la visita mañana y tarde, según las estaciones. «Por la mañana, con Jesús á las siete; y por la tarde con Jesús á las seis, durante todo este invierno. Venga para acompañarme, y me ayudará á amar á nuestro gran

Dios.» Con las personas de mayor intimidad había hecho el pacto de cambiar la comunión, creyendo por humildad que su mérito era escaso. Procuraba recordarlo con puntualidad, y escribiendo á unas ú otras, les hacía memoria del pacto. «Adiós, hasta el sábado, y acuérdese de la comunión del viernes.»

¡Benditas amistades que, ante Dios nuestro Padre, de tal manera se corresponden! ¡Y bendita Gemma á quien con tanta claridad fueron mostrados por Dios estos adorables misterios del reino divino!

CAPÍTULO XXIV

De la comunión de Gemma

Vamos á tratar ahora de la parte más esencial de la devoción de Gemma, de la sagrada comunión, donde se realiza por completo el misterio del amor divino. Y tú, joven bendita que tantas veces me enseñaste su corazón para que viese las llamas que encendía el divino Esposo al acercarte á la mesa de los ángeles, dame palabras de fuego, para que pueda explicar lo que tú me hiciste conocer. En verdad que esta bendita criatura daba apasionadamente vueltas alrededor del tabernáculo, como la mariposa alrededor de la llama; pero era debido á la sed intensa y al hambre devoradora que experimentaba por el cuerpo y sangre de su Dios sacramentado. Su corazón sentía verdaderas ansias por tal manjar, y ya vimos que, siendo niña, fué preciso adelantar la fecha de su primera comunión, porque el deseo de comulgar puso su vida en peligro; comunión que hizo con fe ardiente á los nueve años de edad. Aquella sed y hambre, en vez de apagarse con la frecuencia de la comunión, iban en aumento cada día, hasta el punto de lastimarle las entrañas. «Todas las mañanas—me decía,—recibo la sagrada comunión, mi mayor y único consuelo. Aunque carezca de lo más necesario para acercarme decorosamente al Señor, allá voy; porque es tal la necesidad que siento por esa comida, con cuya dulzura me vigoriza Jesús, que no puedo dejarla. Las pruebas de amor que Jesús me da en la sagrada comunión, de tal manera me enternecen que no hay afecto en este miserable corazón mío que no sea para él.» Luego exclamaba: «Señor, aquí tienes mi corazón y mi alma; ven que está abierto el pecho para que, introduciendo en él tu fuego divino,

se consuma y se abrase. Ven, Jesús mío, no lo dilates más, deseo ser el centro de tus llamas.»

Este deseo principiaba á tomar fuerza al obscurecer de cada día, é iba en aumento, de hora en hora, atormentándola dulcemente toda la noche, hasta hacerla desmayar. Veamos cómo lo refiere. «Esta noche y la anterior me desmayé de alegría, pensando en la sagrada comunión. Ayer, antes de cenar, recé algunas oraciones, y entre ellas esta jaculatoria: Haz, Señor, que de esta modesta cena pase á gozar de la tuya, infinitamente mejor (la Eucaristía). Me detuve muy pocos minutos á considerar esto, y sentí un impulso que me conducía hacia Jesús (quiere decir, arrebatada en éxtasis). Pues eso mismo me sucede cada vez que pienso en Jesús, sobre todo cuando él me invita á recibirlo, y cuando me dice que viene á reposar en mi corazón.» Llegaron las cosas á tal extremo que, para hacerle dormir algunas horas, se vió obligado el confesor á prohibirle que se detuviese voluntariamente ninguna noche á pensar en la comunión del día siguiente, porque su salud corría peligro.

En cuanto amanecía, no podía resistir más; saltaba inmediatamente de la cama, y en un momento se arreglaba para ir á la iglesia. ¡Cuántas veces, con motivo de alojarme en la casa de aquellos bienhechores de mi Congregación, tuve ocasión de conmoverme y derramar lágrimas viendo á Gemma de pie, con el sombrero puesto, á la puerta de la habitación de su compañera, esperando que ésta saliese para marchar juntas á la iglesia! «¿A dónde vas, hija?»—le preguntaba yo. —«Padre, á la casa del Señor.»—«¿Y qué vas hacer allí?»—Con modesta sonrisa me hacía comprender la respuesta. «Ya lo sabe. V.»—«Al verla todas las mañanas,—decía su compañera,—parece que se arregla para ir á la boda,» ó, sirviéndome de una frase de Gemma, «para ir á la fuente del amor de Jesús.» No daba señales de afectación exterior, según tengo indicado; pero quien la tratase de cerca, ó se fijase en ella con cuidado, fácilmente notaba que el entendimiento y el

corazón de la joven estaban en extraordinaria actividad, y que, á no demandarlo la conveniencia ó la necesidad, era imposible hacerla hablar. Ya dije antes que ni con su Angel de la guarda quería entretenerse, diciéndole en secreto que la dejase, pues tenía cosas más importantes á que dedicar su atención.

Tan penetrada estaba de la grandeza de la acción que en el altar se ejecuta, que ante este pensamiento se borraban de su mente los demás, y así se explica que se preparase con tanto cuidado. «Se trata—decía—nada menos que unir los dos extremos; Dios, que lo es todo, y la criatura, que es nada; Dios, que es la luz, y la criatura, que es la obscuridad; Dios, que es la santidad por esencia, y la criatura, que es pecado. Se trata de sentarse á la mesa del Señor, y para esto, ¿hay preparación que baste? Con estas consideraciones llegaba la buena Gemma hasta tener miedo, y si no hubiera sido por el valor que le daba su gran fe, no se hubiera atrevido jamás á acercarse, por grandes que hubiesen sido sus deseos. Tanto en tiempo de aridez, como en el de los consuelos, y aun en el de las afectuosas comunicaciones del divino Amante, este contraste agitaba sin descanso, su corazón, y le hacía sufrir mucho, motivando que expusiese al Señor sus quejas de este modo: «Bien sé, Jesús mío, que mejor es recibirte que contemplarte; pero me llena de aflicción el pensar que, aunque pasen años y más años preparándome como los ángeles, no por eso sería digna de recibirte. Me consuela, Jesús, el confesar mi miseria en tu presencia. ¡Ampárame, Señor, y me arrojaré á tus pies, pues teniendo fe, como por fortuna tengo, bien puedo una y mil veces decir: «Mejor es recibirte que mirarte!» frase esta última sugerida sin duda por el mismo Jesucristo, como fácilmente se deduce del contexto. Templándose recíprocamente los sentimientos de confianza y de temor, se estableció el equilibrio en el corazón de la joven, equilibrio muy necesario para comulgar dignamente.

Tal era el modo como se preparaba Gemma para la

sagrada comunión, y con estos sentimientos de fe y amor, y sobre todo, de profunda humildad, se acercaba á la sagrada mesa. ¿Qué de particular tiene que los frutos de la comunión, en vez de mezquinos, como ella creía, fuesen abundantes? ¿Y tiene algo de extraño que Dios, quo todo es amor, se mostrase complacido por las comuniones de su sierva? Como ella dice, se hacía sentir fuertemente al corazón en momentos tan felices, colmándola de paz y consuelos, no sólo en el alma, sino en los sentidos corporales, para hacer dichoso todo su ser. En ocasiones, las sagradas especies producían en su paladar una sensación agradabilísima que, como si fuese un bálsamo, descendía á las entrañas; hecho que tenía lugar con bastanse frecuencia. También alguna que otra vez al comulgar, le hizo sentir el divino Amante el gusto de su preciosa sangre. «Ayer—son palabras suyas,—día de la Purificación, después de comulgar, sentí la boca llena de sangre. ¡Cuán buena y agradable era! Comprimí cuanto pude el estómago para que pasase toda al corazón. ¡Padre, si experimentase cuán agradable es consumir á Jesús! Yo lo experimenté (por vez primera) en el mes de Octubre, desde un viernes al mediodía hasta el viernes siguiente (durante ocho días continuados); después me pasó. Lo mismo me sucedió hoy por la mañana, pero me consumo, como si fuese á morir. Jesús acaba conmigo; pero ¡me siento tan bien! Padre, ¿ha experimentado alguna vez esta sensación? ¡Si supiera cuán dulce es! El fuego de mi corazón llegaba esta mañana hasta la garganta. ¡Viva Jesús! Créame, padre, si Jesús sigue haciéndose sentir como hasta la fecha, no voy á vivir más que algunos meses, y ¿quién sabe?»

Si tanto agradaban al Señor las comuniones de Gemma, ¿sería posible que no agradasen á la Santísima Virgen? Dados los grandes prodigios que hemos visto, creo que nadie dudará de este otro que voy á referir. La Virgen Santísima, acompañada de los ángeles de la Eucaristía, á veces, asistía á Gemma en la

sagrada mesa. La bendita joven, con la inesperada visión, caía en éxtasis, y llena de gozo, se colocaba á los pies de su Madre. «¡Cuán hermosa es—me decía—la comunión hecha en compañía de la celestial Madre! Ayer, ocho de Mayo, la hice por primera vez. ¿Y sabe V. á lo que se redujeron los suspiros de mi corazón en aquel momento? Pues á estas solas palabras: ¡Mamá mía!»

Aun hay más. Se lee en la vida de algunos Santos que, no pudiendo ir á la iglesia á comulgar, el Señor, para saciar su hambre de la Eucaristía, se sirvió de algún ángel que, haciendo las veces de sacerdote, llevase á su casa las especies consagradas; pero á Gemma parece que el divino Salvador en persona le llevó por tres veces tan dichoso regalo. Véase cómo lo refiere un testigo ocular: «La mañana del viernes en que por vez primera fué sometida nuestra querida Gemma al tormento de los azotes, viendo yo que estaba horriblemente llagada, no quise que se levantase. La pobrecita obedeció, y recogiéndose interiormente, se puso á hacer la preparación para comulgar espiritualmente, preparación que solía ser igual á la que hacía cuando comulgaba en la iglesia, y al poco rato entró en éxtasis. En un momento dado, vi que que juntaba sus manos, que recobraba el uso de los sentidos, que sus ojos brillaban y su cara se enrojecía, como cuando tenía alguna visión extraordinaria. En el mismo instante saca la lengua, vuelve á recibirla, y de nuevo entra en éxtasis para hacer la acostumbrada acción de gracias. El hecho se repitió el viernes siguiente, y es de creer que sucedió otra vez, pero esta última no fué presenciada por mí. Que fué el mismo Jesús, y no un ángel, quien vino á darle la comunión, lo supe por Gemma.» También á mí me lo refirió en una carta. «El mismo Jesús ha venido á darme la comunión.»

De lo dicho hasta aquí sobre el hambre y sed de tan fervorosa joven, se deduce lo muy grande que era su desventura, si no podía ir á la iglesia á comulgar, cosa

que, aunque pocas veces, ocurría por alguna grave enfermedad. Entonces rogaba y suplicaba á su Dios que la pusiese buena para levantarse, que si quería mortificarla con dolores, que los derramase sobre ella á manos llenas, «antes que—son palabras suyas—verme privada del pan de vida;» y para obligarlo más, añadía: «No son necesarias, Señor, tantas súplicas para un amante tan apasionado como tú; atiende á la primera, y di que sí, para que me vaya.» Y realmente el Amante divino le decía que sí la mayor parte de las veces; por lo que, fortalecida Gemma con la gracia y sostenida por su fe, podía levantarse, aunque el termómetro, poco antes, hubiese indicado que la fiebre alcanzaba 40 grados. Si alguna vez el Señor disponía lo contrario, la buena joven inclinaba su cabeza diciendo: *Fiat*, y se contentaba con la comunión espiritual. Eran tales las consolaciones que recibía con esta última, que ampliamente la compensaban de la privación del pan eucarístico. En cierta ocasión, prohibióle su confesor ordinario, para mortificarla, que comulgase. Véase en qué términos me refirió su desgracia: «Padre, hoy á las cinco fuí á confesarme, y el confesor me prohibió que comulgase. Padre mío, la pluma no quiere escribir, las manos me tiemblan, y yo no puedo menos de llorar.» En efecto, estas palabras de la carta, que tengo á la vista para copiarlas, aparecen trazadas convulsivamente. Volviendo de pronto en sí, como acostumbraba en casos semejantes, para dejar el puesto á la virtud, continúa: «Gracias sean dadas al Señor, pues al fin encontré quien me conociese, y me ayudase para ir al cielo. No, Padre, no soy digna de recibir á Jesús. Muchas veces quiso Jesús posesionarse de este corazón más corrompido que el estiércol. Ahora reconozco que es grande mi miseria, pues quisiera... quisiera... ¡Oh, Padre, Padre!» Con esto quería decir: «V. me entiende, sin necesidad de más explicaciones.»—Que aquel ilustrado sacerdote estaba muy lejos de prohibir la comunión á Gemma, se demuestra con lo que dijo un día á los de la casa. «Hagan todos los esfuerzos ima-

ginables por acompañarla á comulgar, aunque esté enferma, porque es imposible que viva esta pobrecita, sin acercarse á la sagrada mesa.»

Voy á referir otro hecho. En una ocasión, pareciéndole que no podía comulgar sin antes confesarse, por no sé qué grave falta que el demonio le hizo creer que había cometido, consideró un deber el abstenerse. Sufrió y lloró toda la noche, viendo que no era posible encontrar á su confesor, y aunque por la mañana fué á la iglesia, volvió sin comulgar. Apenas llegó á casa, entró en éxtasis, y bajo las apariencias del Señor, se le presentó el enemigo con el malvado intento de hacerla caer en la desesperación. La escena fué conmovedora para cuantos la presenciaron. Con la luz penetrante del éxtasis, Gemma descubrió el engaño, y en voz entrecortada dijo: «No, no es á ti á quien yo quiero. ¿Dónde estás, Jesús; por dónde andas? Es verdad que no ha entrado Jesús en mí esta mañana, pero tampoco entrarás tú, que no es á ti á quien yo quiero. Jesús, ahuyéntalo. Pero, Jesús, ¿cómo permites que el diablo ocupe tu puesto (bajo mentida semejanza?) Ven, Jesús, ven á mi corazón que suspira por ti; date prisa, que mi corazón te desea. ¿No ves cómo sufre? Ahuyenta á este embustero, ¿no ves que quiere hacerme pecar? ¿Por qué me dejas así? Es verdad que primero te dejé yo; pero tú sabes que te quiero, no me abandones más.» Parece que el Señor le reprochó el no haber hecho caso de su invitación por la mañana, para que fuese sin miedo á comulgar. Ella, con su acostumbrado candor, se excusa diciendo: «Es verdad que resistí, pero también he sufrido mucho. Oí tu invitación de esta mañana, pero, Jesús mío, ¿qué debía hacer para recibirte? Mira, si el confesor me lo hubiese mandado, la hubiera recibido, (la comunión); pero me tiene dicho que no me fíe de mí. Ese es el motivo de haberte dejado, porque creí haber pecado. Perdóname, y ven ahora á mi corazón. Pronto Jesús, que mi corazón es para ti solamente. Ven y déjate oir; ¿no ves que languidece? ¿O es que te gusta, Dios mío, ver como

desfallece mi corazón con tal deseo?» Este coloquio, que por abreviar acorto, duró cerca de una hora, hasta que por fin la piadosa doncella alcanzó victoria completa sobre el amante corazón del Salvador. A juzgar por la vehemencia del asalto y por la agitación de Gemma, es de suponer que debía salir de la contienda debilitada en sus fuerzas; sin embargo, no fué así, pues cesado el éxtasis, apareció tranquila, alegre, sonriente, é inmediatamente atendió á sus ocupaciones domésticas. Por lo dicho ya se habrá enterado el lector lo que era para Gemma la sagrada comunión; pero continuemos.

Después de haber tratado minuciosamente del modo como la sierva de Dios se preparaba para comulgar, digamos algo referente á su acción de gracias. Tendré forzosamente que incurrir en repeticiones, porque los actos de fe, amor y humildad que precedían y acompañaban á tan solemne acto, eran los mismos que le servían para dar gracias, acción que principiaba en la iglesia, duraba todo el tiempo que su compañera le permitía permanecer en ella y continuaba luego durante el resto del día en medio de las habituales ocupaciones. El corazón de Gemma se saciaba con la sagrada comunión hasta el exceso, y tenía necesidad de desahogarse; pero como su cuerpo no siempre era capaz de resistir, de cuando en cuando, perdía el uso de los sentidos. Así se comprende que fuesen tan frecuentes sus éxtasis, desde su regreso de la iglesia hasta por la noche, pues la impresión ocasionada al acercarse á la sagrada mesa, le servía de estímulo. Si la hubiéramos oído, sabríamos que «quisiera sepultar para siempre en su corazón» á aquel Jesús recibido en el altar, que le enseñase «hasta qué punto debía llegar su amor, para recompensar tantas finezas.» No sabiendo qué hacer, exclamaba: «Dios mío, Jesús, padre, consuelo de las criaturas, amor que es mi sostén, fuego que no se apaga»; y luego le preguntaba «si sería de su agrado, que se abrazase en tales llamas.» Por fin, invocaba á los ángeles, á la Madre de Dios y á los

santos de su devoción, para que le ayudasen á bendecir, alabar y dar gracias al amoroso Jesús sacramentado. Así se explica el por qué de aquellas cartas llenas de fuego que solía escribir con alguna frecuencia á su director y á otros. Cualquiera que fuese el asunto que en ellas se tratase, la Eucaristía había de tener cabida y ocupar sitio preferente. Al hablar de materia tan suave y dulce para su corazón, lo regular era que perdiese el uso de los sentidos, y siguiese escribiendo en éxtasis. Estaba henchida de Jesús, y con tal motivo, la boca hablaba, y escribía la mano, de lo que estaba lleno su corazón: *ex abundantia cordis.*

Hablando en otro sitio de las pruebas dolorosas á que el Señor la sometió, cité la de la aridez, y dije que, entre todas ellas, fué ésta la más terrible. Ciertamente que correr en pos de Jesús, sin que este se digne dirigir una mirada; llamarlo, y que no responda, es, para el alma que al cielo aspira, un tormento del cual sólo se puede formar idea quien lo haya experimentado. Pues bien, ya hemos visto que, para Gemma, el cielo estaba en la Eucaristía; que Jesús sacramentado ocupaba el lugar de todas las cosas, que de este misterio vivía y en él encontraba su felicidad completa; y como Dios sabe lo que ha de hacer para santificar las almas, quiso probarla también en esto, de modo que, de vez en cuando, sin quitarle la satisfacción que experimentaba en la sagrada mesa ó ante el tabernáculo, se ocultaba á su mirada, cual si estuviese tras tupido velo. «Padre—me decía al darme cuenta de sus angustias,—aquellos consuelos que antes tenía por la mañana y duraban el día entero, se han convertido en otras tantas borrascas. Yo no sé lo que ha pasado.» Otra vez, después de hablarme de algunas extraordinarias comunicaciones tenidas al comulgar, añadió: «No son iguales todos los días. Hace tres mañanas que, después de recibir á Jesús, me quedo como si no lo hubiese recibido, pues se calla, y me hace morir de deseo. Jesús se calla, y yo también; él me mira, y yo le miro; y así todo el tiempo.» De tal ma-

nera hablaba la tierna amante poseída de profunda humildad, pero el hecho es que nunca fué tan activa y fervorosa como en los tiempos de espiritual sequedad, porque iba á la iglesia, y viese ó no á su Dios, oyéralo ó no lo oyese, lo buscaba siempre con ansia y se moría de deseos; deseos que, según su propia confesión, «la consumían interiormente.»

Y basta con lo dicho. Leo lo que acabo de escribir, y de tal manera me conmueve, que no puedo menos de exclamar: ¡Dios mío, dame á conocer también á mí, y que conozcan los cristianos, el tesoro inmenso que nos dejaste en la divina Eucaristía!

CAPITULO XXV

Misión y apostolado de Gemma en favor de las almas

Cuando me presenté á mi superior solicitando el permiso para publicar esta memoria, él, que había oído á muchos hablar de esta bendita criatura, mostró complacerse grandemente en esta idea. Y alentándome al trabajo, me aconsejó que procurase demostrar que á las almas especialmente favorecidas por la gracia, les confía Dios una doble misión: santificarse ellas con el ejercicio de la virtud, y ayudar á la Iglesia y á sus miembros con el ejemplo y con las obras. De modo tan breve me trazó aquel santo varón el esquema de la vida que iba á compilar. Habiendo tratado ya de la primera misión, faltaría á los deberes de biógrafo si no consagrase, cuando menos un capítulo para completar el cuadro. Gemma recibió de Dios la misión de trabajar en beneficio de las almas, cooperando con cuantos medios tuvo á su alcance en la obra de la redención, especialmente en la conversión de los pecadores. Esta misión no fué dada en forma ordinaria, sino de un modo particular, explícito, y aún diré más, con solemne investidura. Dejemos la palabra á Gemma para que nos refiera el hecho.

«Días ha, después de comulgar, me hizo Jesús esta pregunta: «Dime, hija, ¿me amas mucho?» No supe qué decir, pero respondió el corazón con sus latidos. «Si me amas—añadió,—harás lo que yo quiero»—Dicho esto, lanzó un suspiro y continuó: «¡Cuánta malicia é ingratitud hay en el mundo! Los hombres viven obstinados en el pecado, las almas débiles no se hacen violencia para domeñar la carne, los afligidos se dejan llevar de la desesperación, la indiferencia va en au-

mento cada día, nadie se aparta del error. Muchos, con refinada hipocresía, me hacen traición, comulgando sacrílegamente.» Jesús habría continuado, pero yo me apresuré á decirle: ¡Jesús, Jesús, que no puedo más!»

Otra vez, lamentándose también el amable Jesús, indujo á su sierva para que se ofreciese como víctima expiatoria por los pecados del mundo. Ya vimos en otro lugar con qué generosidad aceptó Gemma el sacrificio. Más adelante la indujo á sacrificar su vida con tan noble fin, y con igual resolución aceptó ella, según veremos dentro de poco. Luego le indicó que se emplease por completo en la conversión de los pecadores, diciendo: «Si me amas, harás cuanto de ti pretendo»; y con resplandeciente luz le dió á conocer, en sus menores detalles, la forma de su apostolado. Gemma contestó: «¿Os parece, Señor, que no estoy dispuesta al sacrificio? Por ti sufriré los mayores tormentos, y derramaré mi sangre toda, por complacer tu corazón é impedir que le ofendan los perversos pecadores.» Veamos cuáles son sus obras. De tormentos no hablemos, los sufrió sin tasa; y estoy por decir que derramó su sangre á torrentes por manos, pies, costado, ojos, en fin, por todo su cuerpo, sin que apenas le quedase gota de ella en las venas. Pero ¿qué obras querrá hacer esta virgen para ser apóstol de Jesucristo? No lo dudes, lector; con el espíritu que el Señor le infundió, llenará cumplidamente su misión, y á donde no lleguen los hechos, llegarán sus lágrimas y oraciones. Por mi parte puedo decir que, desde el primer día que la conocí hasta que se murió, la vi siempre ocupada en obras de celo para la conversión de pecadores. Dije desde que la conocí, y al efecto voy á referir un hecho.

El Obispo auxiliar del Arzobispado de Luca y el confesor de Gemma me llamaron para que de Roma pasase á dicha ciudad, con el fin de que examinase el espíritu de esta joven. Era un jueves, y la hallé en éxtasis. El asunto del éxtasis era un pecador, y la forma,

una lucha entre la justicia divina y la joven para conseguir el perdón de aquel pecador. Confieso no haber asistido jamás en mi vida á un espectáculo tan conmovedor. Gemma estaba sentada en un canapé, con la vista fija en un punto de la habitación donde se le había aparecido el Señor. No estaba agitada, sino conmovida y resuelta, como aquel que lucha y á toda costa quiere vencer. Principió diciendo: «Jesús, ya que has venido, vuelvo á suplicarte por mi pecador. Es hijo tuyo y hermano mío; sálvalo, Señor»; y le nombró. Era el tal pecador un caballero á quien ella había conocido en Luca, por más que no era vecino de la ciudad, y movida de interior inspiración, le había amonestado repetidas veces de palabra y por escrito, para que pusiese en orden su conciencia y no se contentase sólo con la fama de buen cristiano de que gozaba entre el público. El Señor, queriendo obrar como justo juez, se oponía á las recomendaciones de su sierva, pero ésta, sin desanimarse, le decía: «¿Por qué no me escuchas hoy? ¡Has hecho tanto por un alma sola! ¿Y no quieres salvar á ésta? Sálvala, Jesús, sálvala. Está bien; pero, Jesús, no hables así; porque la palabra abandono en tu boca, siendo como eres la misma misericordia, suena tan mal que no debes decirla. Derramaste tu sangre sin medida por los pecadores, ¿y quieres ahora medir la cantidad de nuestros pecados? ¿No me escuchas? Entonces ¿á dónde acudiré? La sangre se derramó por él como por mí; ¿y á mí me salvas y á él no? Pues no me levanto de aquí. Sálvalo. Dime que lo salvas. Me ofrezco como víctima por todos, pero por él particularmente. Te prometo no rehusar nada. ¿Me lo concedes? ¡Mira que es un alma! ¡Piénsalo, Jesús; es un alma que te ha costado mucho! Se volverá buena; no lo hará más.»

Por toda respuesta, el Salvador oponía la palabra justicia; pero ella, cada vez con más ardor, replicaba: «No quiero nada con tu justicia, sino con tu misericordia. Pronto, Jesús. Ve en busca de él, dale un golpe en el corazón y verás como se convierte; por lo me-

nos, pruébalo. Escucha, Jesús mío: Dices que le has dado muchos asaltos para vencerlo, pero nunca le llamaste hijo; prueba ahora, dile que eres su padre y él hijo tuyo. Verás cómo, con el dulce nombre de padre, se ablanda su corazón.» El Señor, á fin de mostrar á su sierva los poderosísimos motivos que tenía para resistir, le manifestó una por una, y con sus menores detalles, las culpas de aquel pecador, culpas que habían colmado la medida. La pobre joven quedó como asustada, dejó caer los brazos y lanzó un profundo suspiro, como si hubiese perdido la esperanza de vencer. Sin embargo, repuesta del susto, volvió á luchar. «Lo sé, Jesús, lo sé. Muchas son sus faltas, pero más he cometido yo y me perdonaste. Lo sé, Jesús, lo sé, mucho te hizo llorar; pero tú sabes que no es hora de pensar en sus pecados, sino en la sangre que tú derramaste. ¡Qué caridad no has tenido conmigo! Pues, Jesús, todas las finezas de amor que has tenido conmigo, te ruego que las tengas con mi pecador. No te olvides, que quiero que lo salves. Triunfa, triunfa. Te lo pido por caridad.»

A pesar de todo, el Señor se mostraba inflexible; Gemma se desalentaba, guardaba silencio, parecía como que quería abandonar la lucha, pero de repente acudió á su mente otro motivo que le pareció superior á toda resistencia. Se reanimó y volvió á decir: «Bien; yo soy una pecadora. A ti te lo oí decir, que peor que yo no la pudiste encontrar. Sí, lo confieso, no merezco que me escuches. Pero te voy á presentar otra intercesora por mi pecador. Es tu misma Mamá quien ruega por él. ¿Dirás ahora que no á tu Mamá? A ella no le puedes decir que no. Ya puedes contestar que has perdonado á mi pecador.» La victoria se había alcanzado, la escena cambió de aspecto, el piadosísimo Jesús firmó la gracia, y Gemma con alegría indescriptible exclamó: «Está salvado, está salvado. Jesús, venciste. Triunfa, triunfa siempre, y triunfa así»; y salió del éxtasis.

Duró la tierna escena media hora larga, y las pala-

bras con que la describí fueron recogidas en parte con la pluma y en parte conservadas en la memoria y trascritas fielmente. Terminado el éxtasis, me retiré á mi habitación muy inquieto; al poco rato sentí que llamaban á la puerta.—Padre, un caballero pregunta por V.—Le mandé entrar, y ya en la habitación, se arrojó á mis pies, y dijo:—Padre, confiéseme.—¡Dios mío, el corazón se me partía; era el pecador de Gemma, convertido poco antes! Se acusó de cuantas culpas yo mismo había oído referir en el éxtasis por la sierva de Dios. Una sola olvidó, que yo le recordé. Lo consolé, le referí lo que poco antes había sucedido, le pedí permiso para relatar estas maravillas del Señor, y después de abrazarnos, lo despedí. Han pasado varios años desde este suceso, y me parece estarlo viendo. En mi extenso repertorio tengo registradas varias conversiones auténticas, semejantes por más de un concepto á la referida; pero las omito en obsequio á la brevedad y para evitar repeticiones.

Gemma había encontrado el secreto de mover el Corazón de Jesús, y con sus lágrimas, y los razonamientos que exponía con orden envidiable, obtenía siempre el resultado apetecido. Al final veremos el número de almas que esta virgen humilde arrancó con sus plegarias de las garras de Lucifer, pues no pasaba día sin que suplicase por los pecadores, según lo comprueba el registro de los éxtasis, en los que, sin reparos, ponía de manifiesto su alma. Con frecuencia se le oía decir: «¡Si me concedieses una por día; figúrate, Señor!» Al cabo de algún tiempo volvía á decirle: «Jesús, no abandonemos á los pecadores, pensemos en ellos; quiero que se salven todos.» Y como siempre tenía alguno por quien más se interesaba, le decía: «Jesús, acuérdate de aquél con especialidad, pues quiero que se salve junto conmigo.» Véase cómo expresa su deseo: «junto conmigo».

A cada paso la bendita joven acudía á su Madre celestial, cuyo gran poder, en el negocio que tanto le inquietaba, conocía por experiencia. Un día que se

encontraba arrebatada en éxtasis, la vi muy afligida y resuelta á no cuidarse más de un alma, por la que se había interesado mucho; pero de repente cambió de resolución y véase con qué valentía: «¡Qué es lo que me dices, Mamá mía, que abandone esa alma! ¿Pero no es de Jesús? ¿No ha derramado Jesús toda su sangre por ella? Verdad es que me olvidé de ella unos días; ¿pero por eso la has de abandonar tú también? No, no, resiste y aplaca á Jesús.» Parece que la Santísima Madre le indicaba que la empresa era difícil pero Gemma replicó: «Jesús obedece siempre á su Mamá; no me digas que no puedes, pues eres omnipotente.» De nuevo volvía á insistir: «¡Hemos de abandonar un alma por primera vez! ¡Oh, Mamá mía! ¿Será posible que Jesús quiera abandonarla? De ningún modo. ¡Si se apiadó de aquel ladrón!» La Virgen Santísima le contestó: «Tú no sabes quién es ése; pero yo puedo mostrarte lo malvado que es.» A lo que Gemma repuso: «Lo sé, Mamá mía, lo sé; pero no quiero verlo. Cuando se salve, ya lo veré. ¡Mamá mía! ¿qué esperas? Tú que eres el refugio de los pecadores, ¿acaso dejaste hoy de ser Madre? ¡Imposible! ¿Cómo me dejas hoy tan desconsolada? ¡Alcánzame de Jesús lo que conseguiste el sábado! (la conversión de otro pecador por quien había suplicado mucho). ¡Qué contenta me pondré!»

¡Abandonar un alma! Esta palabra traspasaba el corazón de Gemma y la llenaba de terror. Yo mismo tuve ocasión de observarlo, al soltar esa palabra con referencia á una penitente que, á causa de su indocilidad, tomé la determinación de despedir. Véase la respuesta que me dió: «¡Padre infeliz! ¿Por qué en vez de desanimarse y hacer uso de palabra tan fea, *abandonar*, no la llama y hace comprender la verdad con cariño, como lo hacía conmigo, que era mil veces peor? Escuche: si la puede ver, hágalo así, y si no, escríbale en seguida, que no se aparte del camino que Jesús le señala, y deje el del pecado con el cual ofende al Señor. Nada más le digo de esto, pues sé muy

bien lo que pasa; todo lo sé.» Aunque se había propuesto no hablar más, quebrantó el propósito, y á los pocos días me escribió de nuevo, diciendo: «En verdad, Padre, que el Señor no está nada contento con aquella alma. Él nos ama sobremanera, y me ha dicho muchas cosas. Dígale á esa persona que sea buena; de lo contrario, Jesús la castigará. Hágalo así, Padre, y cuando le hable, dígale algo de mí, y envíemela. Si hubiese venido á verme, no pasaría lo que está pasando.»

Voy á referir otro hecho, con las mismas palabras con que me lo contó un testigo, digno de fe por todos conceptos. «Una señora conocida mía me suplicó que encomendase á un hermano suyo, gran pecador, á las oraciones[1] de Gemma. Cumplí su encargo, y ella, con todas sus fuerzas, se puso á rogar por él á Jesús, quedando en éxtasis. Pero el Señor, sin duda para probar su fe, le dijo que no conocía á tal pecador. «¿Cómo, Señor—replicó Gemma,—no le conoces? ¡Pero si es hijo tuyo!» Luego dirigióse á María, pero viendo que la Virgen lloraba y no le decía nada, llamó al Beato Gabriel, pasionista; mas éste también se calló. «Gran pecador tiene que ser ese hombre—me decía Gemma,—porque Jesús me dice que no le conoce, María Santísima llora y el Beato Gabriel no me responde.» Pasado un año próximamente de esta oración, yendo á la iglesia con Gemma, nos salió al encuentro la criada de aquella señora, diciéndonos que el hermano de esta última estaba muriéndose. Tuvimos el natural disgusto, y apenas habíamos caminado veinte pasos, cuando Gemma se puso á gritar: «Se salvó, se salvó!» Le pregunté quién se había salvado, y me contestó que el hermano de aquella señora. Después supe que este hombre expiraba estrechando la mano del sacerdote en el momento mismo en que la criada llegaba á la casa, lo que coincidía exactamente con el momento en que Gemma dijo gritando: «Se salvó, se salvó.»

Divulgado el hecho que acabo de referir, personas amigas de Gemma, deseosas de la conversión de

los pecadores, se los encomendaban, movidas además del gran concepto que tenían de su santidad; y no eran pocos los que el mismo Dios le daba á conocer por medio de providenciales encuentros en la casa ó en la calle. La piadosa joven los recibía alegremente dondequiera que los encontraba, cual si en ellos hubiese hallado un tesoro; y cuantos más llegaban, mayor era su satisfacción. «Quisiera con mi sangre lavar los sitios donde Jesús es ultrajado. Deseo que, se salven los pecadores todos, porque todos fueron redimidos con la sangre del Redentor.» El último que, como decía ella, llevó sobre sus hombros, fué un señor de Luca, pecador obstinado, á quien personalmente no conocía. Mucho tiempo se fatigó la caritativa joven para alcanzar la conversión, yendo al asalto repetidas veces, sin desmayar. Durande su última enfermedad, dijo: «Voy á llevar á ese pecador toda esta cuaresma sobre mis hombros; después lo dejaré.» El Jueves Santo vino el piadoso sacerdote que lo había recomendado á manifestarme que un gran pecador se había convertido, confesándose con él. Era el pecador de Gemma. Aliviada de este peso, dos días después volaba al cielo la santa virgen con esta palma en la mano.

La primera conversión, debida á la mediación de la sierva de Dios, ocurrió antes de recibir la solemne investidura de su apostolado, cuando enfermó gravemente en la casa paterna. Entre las personas que iban á prestarle servicio, había una mujer de mala vida; y como las de la casa se mostrasen por ello disgustadas, les dijo: «¿Acaso el Señor rechazó á la Magdalena por pecadora? Dejadla venir. ¡Quién sabe si podremos hacer con ella una buena obra! No la despidáis, os lo ruego.» El empeño era bastante difícil, porque aquella mujer vivía de su infame profesión; pero ¿á dónde no llega la caridad de Cristo, cuando la maneja alma tan ardiente como la de Gemma? La tía de Camaiore, enviaba de vez en cuando dinero á su sobrina para las más apremiantes necesidades, y ella, sin cuidarse de

sí misma, se lo entregaba á aquella mujer para que pagase el alquiler de la casa, y no ofendiese á Dios para adquirirlo. Si alguno de la familia le preguntaba qué había hecho del dinero enviado por su tía, le contestaba: «Cállese, no se apure, ya sabrá pronto lo que hice con él. Tenga la seguridad que no lo derrocho.» Con tal medio y la constante exhortación, en poco tiempo ganó para sí aquella alma, que sacó del poder del demonio, y después de hacer confesión general por consejo de Gemma, siguió siendo buena cristiana.

Colérico Satanás por el celo de la piadosa virgen que le quitaba de las manos sus mejores presas, se le hizo visible repetidas veces, y en tono amenazador, despidiendo fuego por los ojos, le llegó á decir: «Por ti puedes hacer lo que quieras; pero guárdate de hacer nada en beneficio de los pecadores, porque lo pagarás caro.» En otra ocasión, disfrazándose de prudente consejero, le dijo: «¿A qué viene tanta presunción? Estás tan cargada de pecados, que no será suficiente tu vida para llorarlos, ¿y pierdes el tiempo ocupándote en los ajenos? ¿No ves que peligra tu alma? ¡Vaya un negocio, pensar en lo ajeno y descuidar lo propio!» Inútil tarea, porque una vez se le oyó en éxtasis que decía al Señor: «¿Sabes, Jesús mío, quién me prohibe interceder por los pecadores? Pues el demonio; pero no le hago caso. Pienso en ellos constantemente y te los recomiendo. Enséñame qué debo hacer yo para que ellos se salven.»

La pasión dominante de la sierva de Dios no era solamente salvar las almas de los pecadores, sino ayudarlas á que amasen á Dios, lo sirviesen con fidelidad y se perfeccionasen en la virtud. No tenía paz ni sosiego al ver tanta flojedad, no sólo entre los cristianos, sino entre el clero y, aun en las personas consagradas á la vida del Claustro. Además de orar constantemente por todos, se valía de cuantas ocasiones se le presentaban para amonestar, corregir, y, si era preciso, amenazar en nombre de Dios, con el fin

de que cada uno se pusiera en orden. «Esto—le decía á uno,—sepa V. que no le agrada al Señor, y debe dejarlo.» Y á otro: «Para agradar al Señor, debe conducirse de tal modo.» En una ocasión, fué á consultar con ella un venerable prelado, y en mi presencia le preguntó si iba acertado en el modo como gobernaba á los suyos. Gemma, que sabía era un poco ligero en sus determinaciones y bastante duro con los inferiores, le respondió: «Padre, conviene que vaya algo más despacio y que obre con moderación, porque si no lo hace así, á nadie contentará.» No tenía el menor reparo en decir las cosas tal como las sentía, y así las manifestaba, con humildad, sí, pero sin reticencias. Mas nadie se disgustaba por ello, pues todos veían que procedía con candor angelical. A los directores de almas con quienes estaba en relación, incluso su confesor, les escribía cartas urgentes, para indicarles que corrigiesen á ciertos penitentes de ellos conocidos. «Dígale, dígale que no va bien así. Se estima más á sí mismo que á Jesús; es preciso que se corrija.» Ni yo me escapé de que me echara en cara mis defectos, de palabra y por escrito; y he de confesar que siempre estuvo en lo cierto. Aunque le desagradaba ocuparse en asuntos ajenos, porque, reconcentrada como lo estaba sobre sí misma, el mundo era para ella como si no existiera, en tratándose de la gloria de Dios ó de la salvación de las almas, inmediatamente corría á ejercitar su apostolado, y esto sucedía con frecuencia.

En ocasiones la enviaba el Señor como embajadora suya para que amonestase á personas respetables, y ella corría velozmente, después de obtener el permiso de su confesor ó director, porque de su parecer nunca se fiaba. «Han pasado algunos días—escribía pidiéndome permiso—desde que Jesús me dijo: Ve á ver á la superiora (de cierto convento de monjas), y dile que si sigue desoyendo mis inspiraciones y continúa firme en su propósito, sin ceder á lo que sus superiores le mandan, pronto se arrepentirá; pues ya tengo preparado el castigo. ¡Ay de ella, si no da oídos á este últi-

mo aviso! Dile también que si he dilatado el castigo, lo hice por consideración á ciertas almas que son para mí de gran estima, pero ahora ya finalizó el plazo. Dile que en su mano está el evitarlo.» Afortunadamente la monja escuchó la voz del Señor, obedeció, y la paz volvió á reinar entre las monjas, gracias á las oraciones, á los dolores y al celo de aquella que quería ser llamada «la pobre Gemma.»

Para hacer más fácil este ministerio en favor de las almas, la favorecía el Señor con dones extraordinarios, especialmente el conocimiento de las almas, y el de las cosas futuras y ocultas. Gemma tenía correspondencia con almas á las que nunca había visto, y las conocía tan á fondo, que era la admiración de los confesores que las dirigían. Al ver por vez primera una persona, por cierta impresión interna, se daba cuenta, por lo regular, de si era alma cara á Dios ó solamente de las vulgares; pero más particularmente se daba cuenta de las que estaban en pecado mortal. Entonces se notaba que sufría, porque le producían gran disgusto. Sin embargo, si el sitio lo permitía, procuraba amonestarla, valiéndose de las secretas luces que Dios le concedía para ayudar á los que lo necesitaban.

Yo mismo, que por razón de mi carácter y por principios, he sido reacio en dar crédito, sobre todo á las mujeres, sin antes tener pruebas ciertas de su espíritu, consultaba mis dudas con Gemma sobre una ú otra persona, y ella me daba la respuesta pasados algunos días. «Padre, aunque puedo equivocarme, la persona de quien me habla no tiene buenas intenciones. Siento decírselo, pero no sacará de ella ningún provecho. Lo mejor será que no le haga caso. ¡Qué sucia he visto esa alma delante de Dios!» Que era así, pronto lo confirmaban los hechos; y muchas veces tuve que dar las gracias á esta joven por haberme advertido á tiempo. Otras veces me hizo reformar el juicio, y con razón, sobre almas que, juzgando yo por las apariencias, tenía mis dudas, y estaba á punto de

despedir. No la tuvo menor cuando predijo las funestas consecuencias que sobrevendrían en determinados casos, si no se obraba como Dios quería; pero no entro en detalles por amor á la brevedad, y me limito á esta ligera indicación. No obstante, he de advertir que, en materia de predicciones, Gemma fué muy parca; hablaba poco, para cuidarse de sí misma. Necesitaba cerciorarse de que iba en ello la gloria de Dios, ó el bien de alguna alma, para salir de su habitual reserva. Fuera de estos casos, no hacía de profetisa; y cuando personas ociosas lo intentaban, aunque fuese su mismo director, respondía modestamente: «No lo sé; pregúnteselo á Jesús.»

El modo como Dios le enviaba sus luces para conocer las cosas futuras y ocultas, lo declara ella en los siguientes términos: «Estimado Padre, se lo digo á V. en reserva; sin pensar á veces en una cosa, viene con cierta luz al entendimiento, y sin que yo me ocupe en ella para nada, al cabo de un día me doy cuenta de que aquella cosa que pasó por mi mente como un relámpago, es obra de Dios. Sucede esto con frecuencia, pero en completo silencio.» Tal es, según aseguran los místicos, el modo ordinario como Dios suele hablar á sus siervos, y así lo hice ver en el capítulo en que traté de las locuciones divinas. Aunque por su humildad se resistía á creer, sin embargo, en el fondo de su alma no existían dudas, y sólo su Padre espiritual podría convencerla de que las cosas no eran tal como decía verlas.

Voy á indicar otra cosa: En Roma y en varias ciudades y aldeas, había yo establecido una piadosa asociación, titulada *Colegio de Jesús*, compuesta de almas generosas que, sin la ostentación de cargos ú oficios, sin secretario ni caja, se dedicaban á cultivar en sí mismas la vida interior, y bajo la dirección de un piadoso sacerdote se ocupaban, según sus aptitudes, en hacer bien á la iglesia, por el decoro del culto, especialmente el del Santísimo Sacramento, y también á los hospitales, á las cárceles y á las familias; en una

palabra, que hiciesen el bien dondequiera que hubiese un desorden que extirpar, ó un alma que socorrer. Agradó á muchos el reglamento que trazó á esta piadosa asociación; en poco tiempo se alistaron numerosos socios, y, gracias á Dios, se han alcanzado bastantes beneficios. Cuando estuve en Luca, hablé de ella á Gemma, y ésta, alegre como siempre, quiso ser de las primeras en formar parte, y en el acto se puso á propagar la santa obra. Innumerables fueron sus entradas y salidas de casa en casa buscando adeptos, animando á los directores, y organizando las obras. En sus éxtasis hablaba frecuentemente con Jesús sobre lo mismo; el Señor le decía que le agradaba mucho, bendiciendo con singular afecto á los que formaban parte de la piadosa asociación. Refiero esto para que se conozca mejor el espíritu de la sierva de Dios, y también para estimular á los que lo lean á secundar la naciente y humilde institución, y para que la consideración de que fué hermana suya en la ciudad de Luca la virtuosa Gemma aumente en los ya adscritos el fervor.

¿Y qué diré del celo de nuestra joven en favor de las almas del purgatorio? Si el amor verdadero no tiene límites, tampoco lo tenía el suyo, pues llegó á alcanzar gran perfección; los cuidados extraordinarios que tuvo por las pobres almas lo confirman. Por todas en general procuraba satisfacer con oraciones y penitencias, ofreciendo á Dios, en sufragio de ellas, sus padecimientos; pero al igual que con los pecadores, procuraba con especial empeño socorrer alguna en particular. «Si padezco—decía,—padezco por los pecadores, de un modo especial por las almas del purgatorio, más señaladamente por tal»; y la nombraba. Y el Dios misericordioso, que ansía llevar al cielo estas almas justas, estimulaba su celo para que fuese en aumento su expiación. «El ángel me ha dicho—son palabras suyas—que Jesús quiere hacerme sufrir algo más esta noche, unas dos horas, en beneficio de las almas del purgatorio.» Y fué bastante fuer-

te aquel sufrimiento, según confiesa ella misma, durando exactamente el tiempo que se me había dicho. «Tenía tan mal la cabeza—añade,—que cualquier movimiento me causaba horribles penas.» El cielo acogía benévolo la expiación de criatura tan amante, y las benditas almas veían aliviadas sus penas y abreviarse el tiempo de su prisión.

Voy á referir acerca de esto un caso particular. Sobrenaturalmente supo Gemma que, en el convento de religiosas Pasionistas de Corneto, había una monja estimada por Dios, que estaba gravemente enferma. Me preguntó si era cierto, y habiéndole dicho que sí, suplicó á Jesús que hiciese expiar á la monja sus culpas en el lecho del dolor, para que al morir pudiese volar al cielo, plegaria que, en parte al menos, fué escuchada. La pobre religiosa sufrió mucho, muriendo al cabo de algunos meses; y Gemma dió la noticia á los de su casa para que aplicasen sufragios por la difunta, manifestándoles el nombre y apellido de la religiosa, María Teresa del Niño Jesús, á quien nadie conocía en Luca. Aquella alma se le apareció pidiendo socorro, porque padecía penas horribles en el purgatorio por determinadas faltas. No necesitaba más el corazón de Gemma, para que se conmoviesen todas sus fibras. Desde aquel día, no tuvo sosiego; oraciones, lágrimas, lucha amorosa con su Señor, á todo acudía, como si no tuviese nada más en qué ocuparse, ni en qué pensar. A cada paso se le oía exclamar: «Jesús, sálvala; envía pronto al cielo á María Teresa. Ya que tanto la estimas, hazme sufrir por ella lo que quieras; pero sálvala» (refiriéndose al purgatorio). Y por cierto que sufrió bastante la víctima expiatoria por espacio de dieciséis días, al cabo de los cuales se dió el Señor por satisfecho, y aquella alma fué libertada.

Véase como Gemma me dió la noticia. «A eso de media noche, me pareció que la Virgen venía á decirme que se aproximaba la hora. Al cabo de algún tiempo, me pareció que la madre María Teresa venía hacia mí, vestida de pasionista, acompañada de Jesús

y del Angel de su guarda. ¡Cuán diferente estaba de cómo la vi por vez primera! Se me acercó sonriendo, y me dijo: «Soy verdaderamente feliz, y me voy con mi Jesús á gozar eternamente. Me dió las gracias repetidas veces, con la mano me dijo adiós, y voló al cielo, con Jesús y el Angel, después de media noche.»

¡Lástima que no haya en el mundo muchas almas como esta! ¿Qué es lo que con ellas no podría alcanzarse? Dios convirtió el mundo mediante doce pobrecitos pescadores, y hoy puede salvarlo con las lágrimas, penitencias y dolores de humildes vírgenes, las cuales, aunque el mundo las desprecie, son ante Él grandes, como lo fué Gemma de Luca.

CAPITULO XXVI

Gemma y el nuevo convento de Religiosas Pasionistas de Luca

Alma tan apasionada como Gemma por las cosas celestiales, tenía que encontrarse disgustada en el mundo; y así era. «¿Cómo lo haré—decía—para vivir en el mundo, si todo cuanto á él pertenece, me causa fastidio? Que me saquen, que me saquen del mundo, si he de permanecer en él por más tiempo.» Y á su director le escribía: «En nombre de Jesucristo, le ruego que venga y me encierre; el mundo no es para mí.» Estas eran las quejas de todas sus cartas, y el mismo Señor, para probar la virtud de su sierva, le dejaba entrever que aquella era su voluntad, diciéndole interiormente que sería religiosa cuando las personas de quienes quería servirse para la ejecución de la obra hiciesen lo que él tenía dispuesto. Viendo la piadosa doncella que no se cumplían los designios del Señor, insistió solicitando lo mismo varios años, y pasó en verdadera angustia la última etapa de su vida hasta que el Señor le dijo que se tranquilizase y olvidase aquel pensamiento.

Restablecida de la mortal enfermedad de que se habló en el capítulo IV de esta biografía, se prendaron de ella las monjas de cierto monasterio de Luca que conocían su hermosísima alma; y con la esperanza de tenerla por novicia, la invitaron á que fuese á pasar con ellas una temporada. Fué, estuvo allí tres semanas, y durante este tiempo, las monjas todas pudieron admirar la piedad, el candor y la ingenua sencillez de aquel ángel. La madre superiora la quería siempre junto á sí, y aun en la mesa hacía que se sentase á su lado. La resolución estaba tomada, y se hablaba ya de

que la joven entrase en el noviciado el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Por más que Gemma se sentía feliz en el claustro, una voz interior le decía que la vida del susodicho monasterio no era propia para ella. «Conocía que mi corazón no estaba del todo satisfecho; aquella vida es demasiado cómoda, y Jesús me decía al corazón varias veces: Hija para ti quiero una regla más austera.» Los hechos se encargaron de demostrar ser cierto que Dios no quería que se quedase allí, pues los médicos, que meses antes la habían visto casi moribunda, presa de incurable enfermedad, se opusieron y aconsejaron que fuese devuelta á su familia. Esta resolución afligió á la piadosa joven, la cual, después de todo, prefería permanecer en aquel monasterio á volver al mundo. Rogó, suplicó á las buenas religiosas que la retuvieran consigo; mas fué inútil y se vió obligada á salir. Algún tiempo después pensó el confesor en las Capuchinas, luego en las Teresianas y después en otra porción de institutos: «Iré donde quieran—decía Gemma,—pero el corazón me dice que Jesús no quiere que vaya adonde ellos me indican. Por mucho que hagamos, no conseguiremos nada; Jesús, al parecer, no tiene tal idea.» Y nada se consiguió, porque, ya por un motivo, ya por otro, resultaron inútiles cuantos pasos se dieron.

El convento á que se sentía inclinada, era el de las Pasionistas. Tuvo conocimiento de estas religiosas por la lectura de la vida del Beato Gabriel, y aun parece que el bienaventurado siervo de Dios, en una visión, le dió esperanzas de que sería de su número. Desde entonces, no mostró tener otro deseo; suspiraba por aquel instituto, y así se lo suplicaba al Señor. En aquella fecha no había en Italia más que un convento de religiosas Pasionistas, situado en la ciudad de Corneto, á 100 kilómetros de Roma y 250 de la ciudad de Luca. ¿Qué hacer? Gemma, después de pensarlo maduramente y pedir consejo, resolvió ir á Corneto para hacer los ejercicios espirituales. Junto con otras tres jóvenes luquesas, hizo su petición en forma. Pero ¿quién

lo había de creer? La superiora, persona muy renombrada por su caridad é inteligencia, respondió, por permisión divina, del siguiente modo: «Pueden venir todas tres menos Gemma; y les advierto que, si á pesar de esto, la trajesen consigo, á las cuatro se les cerrarán las puertas.» Aquella buena religiosa, que había oído hablar mucho de Gemma, llegó á figurarse que era una de esas jóvenes histéricas, que de ningún modo convienen en una comunidad. Se trasmitió la cruda respuesta á la pobre joven, y aunque sintió mucho la negativa, no se incomodó por eso; tanto que, oyendo que en la familia se murmuraba más de la cuenta, llegó á decir: «¿Qué conversaciones son esas? Ya lo saben; no quiero que se hable mal de la Madre Presidenta (así llaman las Pasionistas á la Madre Superiora). Yo, á pesar de lo ocurrido, la estimo mucho, y cuando me muera y vaya al cielo, la primera que voy á buscar para saludarla ha de ser la Madre Presidenta. «Y hablando con una amiga sobre un sueño que había tenido, le dijo: «En sueños conocí á la Madre Presidenta. Me miraba con seriedad. Yo la quiero á ella mucho, pero ella á mí, nada.»

A pesar de todo, creyendo que aquella era su vocación, no se le borraba la idea de ser algún día Pasionista. Errado el golpe dirigido á la Presidenta de Corneto, trabó amistad con una respetable monja de aquel convento, á la que escribía cartas de elevada mística, las cuales terminaba siempre con manifestaciones de su vivo deseo. «Lléveme al convento con V. Seré buena. Complázcame. No tengo dinero, soy muy pobre; pero procuraré ser útil sirviendo de lega. Crea que sé trabajar (¡oh, qué sencillez de niña!), sé barrer, fregar platos, ayudar en la cocina y tengo fuerza suficiente para cualquier trabajo, por duro que sea. Lléveme y complacerá á Jesús.» Con igual premura, y aun con mayor franqueza, me lo decía á mí: «Padre, atienda pronto al Señor; de otro modo no habrá tiempo.» Luego volveré sobre esta frase cien veces repetida: «no habrá tiempo».

Por esta fecha principió á tratarse de la fundación de un convento de religiosas Pasionistas en la ciudad de Luca. Gemma se alegró mucho, viendo casi segura la realización de sus deseos, y procuró por todos los medios animar á las personas que se ocupaban en tan santa empresa, diciéndoles que confiasen en Dios, sin desmayar por las dificultades, y que pusiesen todo su empeño en allanarlas. «Jesús lo quiere—decía,—y lo que Jesús quiere, resulta seguramente; por lo tanto, manos á la obra.» Sin embargo, los que miraban las cosas con cierta prudencia, quizás demasiado humana, en cuyo número confieso que me contaba yo, no se convencían con tales razones y daban largas al asunto; porque ¿cómo fundar un monasterio de rigurosa clausura sin dinero? Era preciso comprar casa, repararla, teniendo en cuenta el uso á que se destinaba, amueblarla, y además, asegurar el sostenimiento de las religiosas. ¿Cómo se conseguía esto? Al cabo de dos años se habían reunido dos mil liras, y la curia arzobispal de Luca exigía el depósito de doscientos escudos por cada monja, y la de Corneto no permitía que saliese una monja de aquel monasterio para fundar otro, si antes no se aseguraba su sustento. Gemma, sin embargo, insistía diciendo: «Mire bien lo que hace, Padre; el Señor no está satisfecho de su desconfianza. ¡Como si El, en un momento, no fuese capaz de proveer á todo! Principie, y ya se verá después lo que sabe hacer Jesús.» Mientras tanto, acompañada de su inseparable bienhechora, iba por todas las calles de Luca en busca de una casa ó terreno adecuado para la edificación del monasterio. En Marzo de 1901, estando ya todo dispuesto, escribió á la monja de Corneto, de que antes hablamos: «Jesús quiere que se funde el nuevo monasterio, y pronto tendré este consuelo. Oremos para que el Señor conceda al Padre la gracia de vencer su timidez. Anímelo V., que lo necesita. Es preciso que pierda el miedo. ¡Pobre Padre! Que no tenga ningún temor.»

Oyendo yo tales cosas, estaba como entre espinas,

y rogaba á Su Divina Majestad que me abriese pronto algún camino; pero los meses pasaban sin que se abriese ninguno. Por otra parte, el Señor, para excitar el fervor de su sierva y darle ánimo, le hacía ver la gran estima en que tenía á las religiosas Pasionistas, la gloria que se le daría en Luca con la fundación, y el gran bien que harían aquéllas. Una vez, entre otras, se le apareció en la forma descrita en el capítulo precedente, y diciéndole que la justicia de su Eterno Padre tiene necesidad de víctimas, añadió: «¡Cuántas veces la he detenido, presentándole un grupo de almas queridas y víctimas valerosas! Sus penitencias, mortificaciones y actos heroicos lo han aplacado. También ahora le presenté algunas víctimas para calmarlo, pero son pocas.» Preguntó Gemma quiénes eran aquellas víctimas, y Jesús le respondió: «Las hijas de mi Pasión. ¡Si tú supieses las veces que calmé á mi Padre presentándoselas!» Y concluyó diciendo: «Escribe en el acto á tu Padre que se vuelva á Roma, que hable con el Papa de este deseo, que le diga que se prepara un gran castigo, y que son necesarias víctimas.» La idea del nuevo monasterio y la esperanza de ingresar en él, se presentaba en los éxtasis á cada paso.

Así se explica que Gemma no abrigase la menor duda sobre el éxito feliz de la obra. Jesús, la Virgen y el Beato Gabriel le habían asegurado su realización, explicándole, hasta en sus menores detalles, cómo se había de llevar á cabo, detalles que después de su muerte se fueron cumpliendo poco á poco, y tal como ella lo había vaticinado. «La fundación—dijo—tendrá lugar á corta distancia de la beatificación del Ven. Gabriel, y tomará parte en ella el Sumo Pontífice, el Obispo, un Consultor y el General de los Pasionistas, á quien el Consultor dará prisa é inclinará favorablemente al Provincial de la provincia romana, y otro Padre, á quien el Provincial mandará á Luca para ejecutarla. El demonio trabajará con ahinco para estorbar tan santa obra; y tales dificultades opondrá, que hará creer que es de imposible realización; pero tan

pronto como se den los primeros pasos, los primeros que la han combatido serán sus favorecedores, y todos estarán satisfechos cuando la vean establecida.» Hizo otra predicción, y fué la última, predicción que tanto había de amargar su alma. Poco antes hice referencia de ella y á ella vuelvo ahora. «Que se decidan pronto, porque de lo contrario no habrá tiempo. Jesús no espera más, y me ha dicho que me llevará consigo si dentro de seis meses no se da principio á la obra. La Virgen, que me curó de aquella grave enfermedad, á condición de que se hiciese el convento (de esto hablaremos en el capítulo siguiente), si pronto no se ponen manos á la obra, recaeré y me llevará consigo.» Ultimamente el Señor le dió á conocer que las condiciones exigidas no se cumplirían y tuvo que resignarse. «Esta mañana—habla ella—no sé explicar lo que pasó por mí, pero sentí grandes deseos de llorar. Me fuí á mi cuarto para estar más libre, y allí lloré mucho. Al fin dije: *¡Fiat voluntas tua!* Las lágrimas no eran de dolor, sino de resignación.»

El *fiat* estaba pronunciado; Gemma no pensó más en ser religiosa, ni volvió á decir palabra sobre esto; sólo se ocupó en prepararse bien para la muerte que, como había vaticinado, acaeció á los seis meses. El Señor estaba satisfecho del buen deseo, así como del sacrificio hecho con tanta generosidad por su sierva. Los votos de la profesión religiosa los había hecho privadamente, por devoción, y monja pasionista lo era con toda su alma, porque llevaba el crucifijo grabado en su corazón, y habían sido impresas en su carne las llagas de la pasión. Podía, pues, salir de este mundo satisfecha de haber alcanzado el fin á que Dios la había destinado.

Muerta Gemma, vinieron, con razón, los remordimientos, á los remordimientos siguió el despertar, y sin más dilaciones, se dió principio á la obra. Y me acordé en seguida del encargo que me había hecho un año antes, esto es, que fuese á Roma y hablase con el Papa; y fuí á Roma, y hablé con S. S. Pío X, recién elevado al Pontificado, y me escuchó cariñosamente; le

agradó el diseño de la obra, y tomando la pluma, de su propio puño escribió la aprobación, bendiciendo con paternal afecto al futuro monasterio, á los bienhechores que promovían su fundación en Luca y á los religiosos todos que de él habían de formar parte; declarando, además, ser su voluntad que en sus oraciones, penitencias, prácticas devotas y otros ejercicios prescritos por la regla del Instituto, las sobredichas piadosas vírgenes tengan por principal objeto de su comunidad ofrecerse como víctimas al Señor por las necesidades espirituales y temporales de la Santa Iglesia y del Sumo Pontífice.

Gemma había dicho la verdad. Jesús habló al corazón de su Vicario, y, según á su sierva hizo conocer en su visión, quiso que el Pontífice declarase solemnemente que era deber de las Pasionistas del nuevo monasterio ofrecerse como víctimas de expiación por el bien de la Iglesia.

Con tan venerable documento me presenté en Luca y en Corneto, y se me abrió paso. Otras dos cartas apostólicas, para el Arzobispo de Luca una, y para el Obispo de Corneto la otra, vinieron, poco después, á reforzar mis trabajos, quedando resuelta la fundación. Nótese que el Soberano Pontífice quiso designar la superiora del nuevo monasterio, y fué precisamente la monja de Corneto á quien Gemma había escrito: «El Señor le dará este consuelo.» No obstante, la cuestión del dinero volvió á retardar la fundación, hasta que una tercera carta del Pontífice al Administrador apostólico de Luca, sede vacante, removió todas las dificultades. Dos monjas de coro y una hermana lega partieron de Corneto para Luca, en Marzo de 1905, dos años después de muerta Gemma. En vano el enemigo se esforzó en poner obstáculos y levantar persecuciones; la obra se va propagando, y donde otras comunidades religiosas, establecidas de mucho antes, apenas consiguen tener novicias, esta última crece y se desarrolla. Las religiosas estuvieron alojadas provisionalmente, porque contra toda previsión

humana, no fué posible establecerlas en el que para ellas se compró. De ese modo se cumplió al pie de la letra la predicción de Gemma, de que la fundación se terminaría á *corta distancia* de la solemne beatificación del Venerable Gabriel de los Dolores. En efecto, la beatificación tuvo lugar el 31 de Mayo de 1908, y el 31 de Julio siguiente entregaron los propietarios antiguos las llaves del monasterio, dos meses después, un viernes, según había vaticinado la sierva de Dios.

Por si alguno desea saberlo, diré que el Instituto de Religiosas Pasionistas fué fundado por San Pablo de la Cruz, quien le dió la misma regla y hábito, así como el espíritu de penitencia, que había dado á sus religiosos Pasionistas.

El coro de día y de noche, la meditación y el trabajo, son su constante ocupación. Aunque tienen clausura papal, donde los Rvdos. Párrocos se lo consienten, instruyen, dentro de sus casas, á las niñas en la doctrina cristiana, reciben en determinadas épocas del año á las jovencitas que se preparan para la primera comunión, y á las señoras que desean hacer ejercicios espirituales. Todo esto, unido á la vida angelical que llevan las religiosas, constituía el encanto de Gemma, y consideraba que eran felices cuantas se alistan en sus filas. Por eso, al verse excluída de tal suerte, fué preciso un acto heroico de resignación.

En iguales condiciones se encontró en Viterbo la virgen Santa Rosa, la cual, al ser rechazada por las Franciscanas de aquella ciudad, dijo: «No me quieren en vida; pues me tendrán muerta.» Otro tanto dijo Gemma cuando pronunció su generoso *fiat*. «Las Pasionistas no me quisieron recibir; pues yo quiero estar con ellas, y estaré después que me haya muerto.» Si Dios me da vida, y la Santa Iglesia con su infalible decisión declara la santidad de esta sierva del Señor, espero tener este consuelo, así como el de que las hijas de San Pablo de la Cruz puedan decir á la posteridad que la fundadora y patrona de su monasterio fué la virgen Gemma Galgani.

CAPÍTULO XXVII

ÚLTIMA ENFERMEDAD DE GEMMA

Aunque Gemma había sufrido mucho con la efusión de sangre, la falta del necesario alimento, las constantes vejaciones del demonio y los padecimientos de su alma, es lo cierto que estaba bien conservada y con fuerzas suficientes. A excepción de alguna fiebre pasajera, ocasionada más bien por el ardor de sus amorosas llamas, que por enfermedad corporal, ninguna otra enfermedad la molestó, después de curarse prodigiosamente de la espinitis. Duró tal estado de salud hasta Pascua de Pentecostés de 1902, en cuya solemnidad fueron extraordinarias las celestiales comunicaciones: más profundo recogimiento, insólito enrojecimiento del rostro, y tan dificultosa respiración, que parecía partírsele el corazón en el pecho.

En tales disposiciones fué arrebatada en un éxtasis que duró bastante tiempo, y en el cual llegó á conocer algo de lo que le estaba preparado. Se había ofrecido como víctima para la salvación de las almas; pero la víctima no llega á serlo, hasta que no es inmolada; y Gemma, para cumplir su misión expiatoria, tenía necesidad de llegar á este extremo. Precisamente esto pedía el Señor. «Tengo necesidad—le dijo—de una expiación grande, particularmente por los sacrilegios con que me ofenden los ministros del santuario.» Y añadió: «Si no fuese por los ángeles que cuidan de mi altar, ¡á cuántos de aquéllos hubiera dado muerte repentinamente!» Tales palabras, dichas por un Dios irritado, pusieron en sobresalto el corazón de la esposa; su cara palideció, sus ojos se deshicieron en lágrimas, y al proponerle el Señor si quería expiar aquellos pecados, dió un salto y exclamó: «¿Me preguntas, Je-

sús, mío, si acepto? Inmediatamente; desde ahora descarga sobre mí tu justicia, para que en tan miserable criatura seas glorificado.»

El Señor aceptó tan generoso acto, y Gemma enfermó de gravedad. Su estómago repelió, en adelante, toda clase de alimentos, y cualquier cosa que se le quisiese hacer ingerir, por pequeña que fuese, le revolvía las entrañas, sin dejarla descansar hasta que la arrojaba. Con dificultad toleraba algún sorbo de vino, único alimento que tomó durante dos meses cumplidos, siendo de extrañar que sólo con él pudiese vivir. Nadie supo clasificar esta enfermedad, ni determinar la causa á que obedecían los extraños fenómenos que la acompañaban. Quien lo sabía á la perfección era la víctima, pues estando en éxtasis, se le oyó decir al Señor: «Jesús, dentro de poco finaliza tu mes (el de Junio). Ha sido completamente tuyo, ya lo has visto; pero yo no me saciaré por eso, pues concluído este mes, seguiré haciendo lo que se me ordene; tú no dejes de ayudarme.»

Conocedor yo de la causa verdadera de su mal, y no queriendo que se pusiese en manos de médicos, le escribí, y por obediencia le ordené que pidiese al Señor la curación de tan terrible enfermedad. Aunque violentándose, rogó al Señor con docilidad que la curase, y Jesús, tanto para demostrar que era el autor de lo que ocurría, como para darle á conocer lo agradable que es á su corazón la obediencia, le prometió curarla sin dilación, mas por poco tiempo. En efecto, Gemma, curada instantáneamente, volvió á tomar los habituales alimentos, y al cabo de ocho días, recuperó las fuerzas, la carne y el color ordinario, siendo así que antes parecía un cadáver, por la abstinencia total durante sesenta días. Pero la voluntad de Dios tenía que cumplirse, y el 9 de Septiembre, después de una tregua de veinte días, recayó, y el 21 de dicho mes reapareció la fiebre presentándose vómitos de sangre, que esta vez procedían del pulmón.

Para hacer más doloroso su sufrimiento, permitió

Dios que cesasen repentinamente en la expiatoria víctima las dulzuras de la contemplación, los suaves latidos de su corazón enamorado y toda clase de manifestaciones extraordinarias, tales como los amorosos deliquios, las llagas, la sangre y otras semejantes, con las cuales, si bien es cierto que corporalmente sufría, también gozaba interiormente. Quedó, pues, sola, sin consuelo, y consumida entre dolores, en holocausto del Señor. Las cartas que de allá me escribían daban lástima. «Gemma está muy enferma, sólo es piel y huesos; sufre dolores agudísimos y penas interiores que espantan.»—«Gemma no puede resistir más, temo que se nos muera de un momento á otro.»—«Gemma clama por V. Venga pronto, para que nos indique lo que debemos hacer.»

Ante tales noticias, me puse en marcha. La pobre joven tuvo gran alegría al saber mi llegada, y quiso levantarse para darme la bienvenida. ¡Cuál sería mi sentimiento al verla en semejante estado, y con el presentimiento de que Dios iba de veras en esta ocasión! La bendije, ordenéle que se acostase, y sentándome á su lado, le dije: ¿Qué es lo que hacemos, Gemma? —«Padre, me contestó con inexplicable alegría, me voy con Jesús.»—«¿De veras?»—«Sí, Padre, esta vez me lo ha dicho con claridad el Señor. Al cielo, Padre, al cielo con Jesús.»—«Y las culpas cometidas, ¿cuándo se van á pagar? ¡Vaya un negocio que quieres hacer!»—«Ya pensó en ello Jesús. El me enviará sufrimientos en abundancia durante el tiempo que me queda de vida; santificaré mis penas con los méritos de su pasión, se dará por satisfecho, y me llevará con él al paraíso.»—«Pero no quiero yo que te lleve ahora.»—Al oir esto me contestó ella con singular viveza: «¿Y si Jesús lo quiere?»

¡Qué contenta estaba la bendita joven, teniendo á su lado al Padre espiritual! Le parecía estar ya segura en medio de las más fieras acometidas, y daba interiormente gracias á Dios que, tras tanto sufrir, le proporcionaba este consuelo. Aquella misma tarde la con-

fesé, y para más tranquilizarla, hice que renovase su confesión general. Con este acto pude cerciorarme, llorando de satisfacción, de lo que sabía sobradamente, esto es, que á sus veinticinco años de vida, Gemma conservaba pura su inocencia, tal como había salido de la fuente bautismal. El alivio que con esta confesión recibió la enferma, no es posible referirlo. Era tal su alegría, que fué preciso moderarla, por temor de que la excesiva conmoción y el mucho hablar, dada su debilidad, no la perjudicasen.

Con anticipación dispuse que se le administrase el Viático á la mañana siguiente. Gemma, á pesar de la fiebre, que por cierto la consumía, no quiso tomar bebida alguna en toda la noche, de modo que, al administrárselo, estaba en ayunas. Se sentó en la cama con el velo blanco de esposa en la cabeza, le dije algunas palabras, muy pocas, según lo requería el acto, y me aparté para arrodillarme en un extremo de la habitación. Gemma entró en profundo éxtasis, con las manos unidas delante del pecho, los ojos entreabiertos, la barba inclinada sobre el pecho, é insensible á todo, incluso al calor de la llama de la vela que se acercaba á sus párpados. ¡Parecía un ángel adorando á la Majestad Divina! Al llegar el sacerdote con el Santísimo Viático, puso el copón sobre el altarcito; mas al dirigirse á la enferma y verla en aquel estado, despidiendo llamas su rostro, sintióse sobrecogido de santo temor. Animéle diciéndole que se acercase con la Sagrada Forma, pues, aunque en éxtasis, se conduciría correctamente, como así sucedió. Al acercarse su Jesús, abrió los ojos llenos de lágrimas, sacó la lengua, recibió la sagrada comunión y en el acto volvió á entrar en éxtasis. Terminada la ceremonia y llevado á la iglesia el Santísimo, el mismo sacerdote subió á la habitación de la enferma, y arrodillándose al lado de la cama, permaneció allí, llorando y rezando, todo el tiempo que duró la acción de gracias de aquella comunión. Yo, aunque acostumbrado á las transformaciones de alma tan santa, también lloré, y jamás se

borrarán de mi memoria aquel día, aquella habitación y aquella cama.

La enfermedad seguía su curso, los síncopes eran frecuentes, y no podía dejarse sola la enferma, teniendo el oxígeno á mano para reavivar la respiración é impedir la asfixia, y también la estola para darle la última absolución. Habiendo transcurrido algunos días en este estado, le dije: «Gemma, ¿cuánto tiempo durará esto? Quisiera marcharme.»—Y ella contestó: «Padre, puede marcharse cuando guste; por ahora no moriré. Esta enfermedad será la última; pero no llegó la hora. Así me lo dijo el Señor.» Por última vez bendije aquel ángel de la tierra, al que no había de ver más, y me retiré.

Antes de partir de aquella casa, indiqué la necesidad de que se atendiese á la seguridad de los niños, y no se tentase á Dios. Los médicos en su mayoría diagnosticaron la enfermedad de tisis tuberculosa, y aunque otros no eran del mismo parecer, porque el microscopio no descubría los bacilos correspondientes, y la calificaban de enfermedad extraña, todos convinieron en la posibilidad del contagio, y en la necesidad de aislar á la enferma. ¡Quién lo había de creer! Encontré resistencia invencible. «¡Cómo—decían grandes y pequeños,—privarnos nosotros de Gemma! ¡Habiéndola traído Dios á nuestra casa, vamos á privarnos de ella! ¡Eso nunca! ¡Si ha de morir, nosotros la asistiremos!» Y el mayor de los hijos, estudiante de la Universidad decía: «¿Qué sería de nosotros si Gemma no estuviese en esta casa? Dios protegió siempre á nuestra familia por los méritos de esta huésped santa. Verán, verán lo que va á suceder.» Y como éste, se expresaban los demás, y tal oposición hicieron que, cuatro meses después de mi partida, no se habían resuelto aún á permitir que se separase de ellos.

Por fin prevaleció la prudencia, y consintieron en separarse, aunque no del todo. Una de las tías de Gemma alquiló un pequeño departamento cercano á la misma casa; sus ventanas daban frente á las de la última, y

en la noche del 24 de Enero de 1903 fué trasladada la enferma. Su asistencia poco ó nada cambió; pues aquellos cariñosos bienhechores estaban de continuo al lado de la enferma, y aunque los médicos se esforzaban en impedirlo, los niños burlaban la vigilancia, y ora uno, ora otro, seguían á su tía é iban á ver á Gemma. Sintió en el alma la pobre joven esta separación, porque amaba entrañablemente á familia tan afectuosa, de un modo especial á la que llamaba su mamá, y por eso dijo llorando al salir: «Es esta la segunda vez que pierdo á mi madre. Bendito sea el Señor. Estaré sola; con Jesús únicamente.» A su Padre espiritual le escribió en 6 de Febrero: «Mi buen Padre, ¡Viva Jesús en todo tiempo! Estas son mis palabras en todos los instantes del día. ¡Viva Jesús, que me da fuerza y valor, y á quien, humildemente y sin cesar, debo dar gracias! Hice el sacrificio voluntariamente y sin reparo, pues comprendo que no es hora de conducirme como niña, sino con valor. Ayúdeme V. con alguna plática, aunque sea sencilla, pero con frecuencia, porque me es conveniente en alto grado. Sea amable conmigo en medio de sus aflicciones, y bendígame con fervor. Todos los días ruego por V., para que tenga paciencia conmigo. Soy la pobre Gemma.»

Poco después de haberse trasladado á la nueva residencia, escribió la última carta á su celestial Madre, según acostumbraba en las principales festividades, ó con motivo de alguna necesidad particular: «Madre mía, mi débil existencia es una continua batalla, pero estoy conforme, abandonada por completo en las manos de Dios, entre el temor y la esperanza. Clamo, clamo en medio de tantas penas, y me dirijo á Jesús, prometiendo amarle; pero Jesús se esconde y apenas me ama. ¡Mamá mía, viva Jesús! Pronto se vengará con su santo amor, volviéndose á la más ingrata de sus criaturas. Madre mía, ruega á Jesús por mí y dile que seré obediente. Deseo ir al cielo pronto, si es esta su voluntad. Bendecid á la pobre Gemma.»

En medio de las mayores tempestades, sobresale

siempre su fe; en lo más amargo de la agonía, aparecen las dulces expansiones del amor, y ante los horrores de la muerte, no decaen ni su esperanza, ni los deseos de subir al cielo. Bendito sea el que, á imitación suya, sepa dar cabida en su corazón á sentimientos de esta naturaleza.

CAPITULO XXVIII

Ultimos dolores y heroicas virtudes de la Sierva de Dios moribunda

Vida que se pasa al pie de la cruz sólo con Jesús crucificado, alcanza su perfección. Gemma había participado una por una de las penas del Hombre-Dios, desde los sufrimientos interiores hasta las llagas; de modo que, para ser perfecto el retrato, faltaban la agonía y la muerte entre sufrimientos sin tasa, y el Señor no quiso que saliese defraudada. Pero aquel cuerpecito no era capaz de tantos tormentos, y para compensar la intensidad con la duración, tuvo en la cruz á la víctima por espacio de algunos meses. Ya hemos dicho algo de este tormento; digamos ahora lo que falta.

A pesar de que el estado de la enferma era bastante grave, no por eso dejaba de levantarse todos los días, y por la mañana temprano, medio arrastrándose, iba á comulgar á la iglesia inmediata acompañada de su madre adoptiva, quien al regreso, la acostaba, dejándola sola para que diese á Dios las debidas gracias. El placer que la piadosa virgen experimentaba al recibir el alimento celestial, era grande, como grande era el consuelo que de él sacaba; pero el Señor resolvió quitárselo. En menos de dos meses, la fiebre, que iba en aumento constante, la imposibilitó para moverse, é inclinando su cabeza, dijo: «Jesús, así sea.» Tuvo que dejar también su alimento corporal, que se componía de algunos sorbos de líquidos corroborantes, porque el estómago no podía retenerlos, y con gran valor se abstenía de tomarlos. El organismo se iba deshaciendo poco á poco, de modo que la infeliz joven no tenía parte sana en su cuerpo, pues todas estaban doloridas. «¡Pobre mártir—me escri-

bían,—pobre víctima del Señor! ¡Siempre sufriendo! Parece que le torturan los huesos, el cuerpo sufre todo él y desaparece sin poderlo remediar. Hace veinte días que perdió la vista, y la voz se apaga de tal manera, que es preciso acercar el oído á su boca para percibir lo que habla. Es un esqueleto que por instantes se consume, da pena el mirarla.»

Estos padecimientos, á pesar de ser tan grandes, eran nada comparados con los que le ocasionaban los demonios. Ha dicho el Espíritu Santo que, en los últimos momentos de nuestra existencia, el demonio hará esfuerzos desesperados, como león que se le escapa la presa, para que caigamos en la culpa, sabiendo que le queda poco tiempo para perjudicarnos. *Habens iram magnam.* ¿Qué no haría con Gemma, á la que tuvo odio mortal, é hizo guerra despiadada durante su vida? De otros santos se dice que al fin de su vida tuvieron asaltos más ó menos terribles, pero pasajeros; los de Gemma, por el contrario, fueron constantes, apenas interrumpidos con momentáneos intervalos de tregua. El hecho será espantoso, pero cierto; y lo atestiguan cuantas personas estuvieron inmediatas á ella, en los siete meses que duró su última enfermedad.

Perturbaba el maligno espíritu la imaginación de la paciente con toda clase de fantasmas, propios para producir en su ánimo ansiedad, tristeza, amargura y temor, á fin de inducirla á la desesperación. Le representaba, bajo tétricos colores, el cuadro de su angustiosa vida, las desventuras de su casa, las privaciones sin cuento; hacía pasar ante su vista los agentes de la fuerza pública que, al morir su padre entraron en su domicilio con los acreedores, para embargar cuanto había, y al fin terminaba diciendo: «Ahí tienes todo lo que has conseguido con tus fatigas en el servicio de Dios.» Aprovechándose después del estado de aridez profunda en que el Señor la dejaba con frecuencia para mejor purificarla, procuraba por todos los medios persuadirla de que Dios la tenía abandonada, que con

seguridad se condenaría, porque había errado el camino, y le hacía ver que sus heroicas virtudes y los favores recibidos del cielo no eran más que engaño é hipocresía.

Esta tentación fué la más larga y la más terrible de todas. La pobre joven, viéndose oprimida por ella, resolvió, para asegurar su salvación, hacer confesión general, y al efecto, tomó la pluma, y á pesar de la agitación de su alma y de la confusión de ideas, escribió detenidamente la historia de su vida, y se declaró merecedora del infierno; porque con malicia diabólica no había hecho más que engañar á los confesores, á los directores espirituales y aun á sí misma. Pasó revista á los preceptos del Decálogo y de la Iglesia, á los vicios capitales y deberes de su estado, y se declaró culpable de la mayor perversidad. Ordenó que este escrito, que antes de ser cerrado fué leído por quien podía hacerlo, se llevase á un sacerdote de santa vida, conocido suyo, con encargo de que fuese á darle la absolución. El sacerdote la confesó y tranquilizó; pero el enemigo no se dió por vencido, y revolviéndose contra ella, la inducía á impacientarse para que, cuando menos, perdiese el concepto de virtuosa y santa en que se la tenía con razón sobrada.

Lo que más afligía á este ángel, eran los esfuerzos que hacía el enemigo para afrentarla en su pudor virginal. El maligno espíritu sabía con cuanto esmero había cuidado aquel tesoro durante su vida, y el heroísmo con que había combatido en semejante materia, saliendo siempre vencedora. Ya que no un desquite, porque esto lo consideraba imposible, quería al menos una venganza, amargando así á tan inocente paloma los últimos días de su existencia. No empleaba pensamientos ó imágenes, ni tampoco seducciones; porque alma tan templada era para ellos insensible, sino apariciones reales, en forma constantemente diferentes y violentas. «Padre, Padre—me escribía desde el lecho del dolor,—esta pena es demasiado fuerte para mí. Pídale al Señor que me la cambie por

cualquier otra. Haga desde ahí los exorcismos, para que este perverso demonio se vaya, ó mande á su ángel custodio que venga y lo espante de aquí.»

Mas terminada una batalla, pronto principiaba otra, y no la dejaba descansar. Repetidas veces me escribió una de las personas encargadas de su asistencia: «Esta bestia infernal concluye con nuestra Gemma.—Salgo de su lado llorando, porque el perverso demonio acaba con ella y no lo podemos remediar.—Golpes tremendos, figuras de animales feroces, de todo echa mano el muy bribón, para acabar con la pobre enferma. Nosotros la auxiliamos rociando su habitación de agua bendita, pero aunque cesa el ruido por algún tiempo, vuelve al poco rato con más violencia.» Para verse libre de esto, pidió los exorcismos con insistencia, y como no se creyó prudente acceder á su petición, ella misma procuró hacerlos, y dirigiéndose al enemigo, en tono resuelto le decía: «Espíritus malignos, marchaos al sitio para vosotros destinado. Si no lo hacéis, sabed que os acuso delante de mi Dios.» Después, dirigiéndose á la Santísima Virgen, se le oyó decir: «Madre mía, me encuentro bajo el poder del demonio, que trabaja por arrancarme de las manos de Jesús. Jesús, no me abandones, seré buena. Madre mía, ruega á Jesús por mí, pues por la noche me encuentro sola, llena de temores, entorpecidas las potencias, y sin poderme mover. ¡Viva Jesús!»

De vez en cuando acudía el benignísimo Jesús á tranquilizarla y darle ánimo, diciéndole con clara locución: «Hija mía, ¿por qué, en vez de afligirte por las vejaciones de tu enemigo, no pones toda tu confianza en mí? Humíllate bajo mi potente mano, y las tentaciones no te perjudicarán. Resiste, no te dejes dominar, y si la tentación persiste, lucha tú también, que la lucha te conducirá á la victoria.» Otras veces, su ángel custodio se presentaba para consolarla, pero, según ella me escribía, aquella visita la reanimaba por poco tiempo, el alma volvía á caer en tinieblas, y el tentador embestía con mayor furia. De este modo pa-

saba la infeliz joven los días, las semanas y los meses, dejándonos ejemplo de admirable paciencia, y motivo de saludable temor de lo que á nosotros, que no tenemos sus méritos, nos puede suceder en la hora terrible de la muerte.

Los dolores é incomodidades propias de la enfermedad no inquietaban á la virtuosa joven. No demostró sentir disgusto ni cansancio; ni se apoderó de su semblante la tristeza, como suele ocurrir con los enfermos, antes aparecía alegre y sonriente. Jamás dió muestras de asustarse en las diferentes crisis de su enfermedad, ni su pecho lanzó los gemidos y suspiros que exhalan hasta los enfermos más valerosos sin poderlo remediar. No se dió el caso de pedir el menor alivio, ni que la moviesen ó levantasen de la cama, por incómoda que fuese su posición; y la asistencia para ella siempre iba bien, aunque por olvido se la dejase alguna vez por la noche, que es cuando más se necesita de ayuda.

Para evitar este inconveniente, se recurrió á las hermanas enfermeras llamadas Barbantinas, las cuales, con su acostumbrada caridad, tomaron con empeño la asistencia de nuestra enferma, cuidándola hasta el último momento. Véase lo que, sobre la heroica paciencia de la Sierva de Dios, dice una de ellas: «En todo el tiempo que estuve al cuidado de la bondadosa Gemma, durante su postrera enfermedad, no la oí quejarse una sola vez. Solamente al principio oí que decía alguna que otra vez: «¡Jesús mío, no puedo más!» —Habiéndole dicho yo que con la gracia de Dios todo se alcanza, no volvió á repetir la expresión, y si alguno de los presentes decía enternecido: «¡Pobrecita, no puede más!,» inmediatamente respondía: «Sí, aún puedo otro poquito.»—Sin embargo—continúa la hermana,—es tanto lo que yo vi sufrir á Gemma, que dudo se sufra más en el purgatorio.» Del mismo modo se expresan cuantas personas se acercaron á su cabecera durante el curso de su enfermedad.

Y aunque parezca increíble, la enferma, á pesar de

tantos dolores y combates tan atroces, estaba en disposición de entretenerse familiarmente con su Dios, con aquella serenidad de espíritu que tenía en los tiempos de mayor consolación. Por regla general, al salir de sus batallas con el infernal enemigo, decía: «¿Dónde estás, Jesús? No creas que te falte jamás. Bien lo sabes tú, que ves mi corazón.» Estas y semejantes palabras las pronunciaba con los brazos abiertos, fijos los ojos en el cielo, y con acento de inexpresable ternura. Volviéndose hacia la Virgen le decía: «Madre mía, manifiéstale á tu Hijo que cumpliré mi palabra, y le seré fiel.» Y al verse súbitamente perseguida por el enemigo con mayor coraje, decía con afectuoso abandono: «Jesús, si es tu voluntad, concédeme alguna tregua. Me siento desfallecer. Un poco de tregua, Jesús.»

Estas aspiraciones, verbales unas y con el corazón otras, se sucedían sin interrupción. «¿No sabes, Jesús, que soy tuya? Tuya soy con el alma y con el cuerpo. Padezco, sí, pero soy tuya, y quiero ir contigo al cielo.» Como la Hermana asistente la oyese en una ocasión estas expresiones, le dijo: «Si Jesús le dejase escoger, ¿eligiría irse inmediatamente al cielo, cesando de padecer, ó quedarse aquí padeciendo, si con ello resultase mayor gloria suya?»—Contestó con viveza: «Antes padecer que ir al cielo, si se trata de padecer por Cristo y darle gloria.» Durante la noche, tan larga para ella, suplicaba á la Hermana que rezase oraciones y jaculatorias, porque experimentaba con ellas gran satisfacción: «Vamos, Hermana, vamos á rezar y no nos ocupemos en lo demás, que Jesús está solo.» Las buenas religiosas estaban fuera de sí, viendo tanto fervor en una joven medio muerta, y procuraban no apartarse de su lado, porque, según decían, sacaban gran fruto de edificación para sus almas con su asistencia; y les daba tal ánimo, que no sentían cansancio ni disgusto. Dejemos que lo refieran ellas: «La impresión que me produjo esta joven—dice la Hermana Camila—fué la de un conjunto de todas las virtudes

En el tiempo que la asistí, no hizo más que edificarme. He notado en ella profundo conocimiento de las cosas espirituales y místicas. Al conversar con ella (no se hablaba más que de cosas espirituales), un gran consuelo experimentaba mi alma, como si oyese hablar á un ángel. Su modo de hablar era tan claro y preciso, que no se podría pedir más á un director de almas. Al recordarle yo el ejemplo del Salvador, con el fin de darle valor en sus sufrimientos, su cara se encendía y la sonrisa se apoderaba de sus labios, cual si nada padeciese. ¡Tan dulce era á su corazón pensar en Jesucristo!

Los afectos con que, la mayoría de las veces, desahogaba su corazón la bendita joven, eran, según afirman los testigos, de intensa contricción. «El pensamiento de sus pecados le hacía temblar muy á menudo. Durante su enfermedad, era presa del temor á la vista de aquéllos, y las palabras con que expresaba lo que su corazón sentía, eran tan ardientes, que no se podían oir sin llorar! «¡Jesús mío—se le oía decir—cuántos pecados llevo sobre mí; estoy llena de ellos! ¿No los ves, Señor? Pero tu misericordia es infinita, y tantas veces me perdonaste, que confío en que me perdonarás ahora también.» Dirigiéndose luego á la Santísima Virgen, le decía con los ojos arrasados en lágrimas: «Madre mía, cuando esté en presencia de tu Hijo, ruégale que use de misericordia conmigo.» Durante el día y la noche, su jaculatoria más frecuente era ésta: «¡Jesús mío, misericordia!» Por eso pudo asegurar una de las Hermanas que la asistían: «Lo que más resplandeció en Gemma, y más me conmovió durante su enfermedad, fué su gran humildad.» En suma, su oración, sin exagerar, puede decirse que era continua. Si no había á su lado persona que se lo impidiese, rezaba ordinariamente en voz alta, dirigiéndose unas veces al gran crucifijo que había mandado colocar en la pared de su derecha, y otras á una imagen de la Virgen que tenía en frente de su cama. Cuando se cansaba de orar en alta voz, se le conocía en el semblante que continua-

ba orando con el mismo fervor. «Monseñor—decía,—me indicó que cuando no pudiese orar con la boca, lo hiciese con el corazón, y así lo hago.» Antes de perder el uso de la vista, se entretenía alguna vez leyendo. Viéndola la tía en una ocasión con el libro en la mano, le dijo: «¿Qué lees, Gemma?»—«Leo—respondió—la preparación para la muerte. Tía, ¿por qué no la lee usted también, que ya es vieja? ¡Hace tiempo que me estoy preparando para morir!» Y así era; porque, indefectiblemente, todas las noches que duró su enfermedad, hizo este devoto ejercicio. «Dime—le volvió á preguntar la tía,—¿te desagrada morir, Gemma?» —«Oh, no; no tengo apego á nada del mundo.»

No solamente se sentía con ánimo la piadosa joven para hablar con su Dios, en medio de tantas penas, sino que lo tenía para hablar con las criaturas. De no estar ocupada en la oración, ó sosteniendo algún combate, se dirigía con el mayor interés á las personas que le rodeaban, y sin inquietarse de sus sufrimientos, trataba de edificarlas con santas conversaciones y distraerlas de la pena que su doloroso estado les causaba. Contestaba á cuantos le preguntaban, mezclando en la conversación palabras ingeniosas y espirituales; y al decirle que con su alivio sentían satisfacción, respondía, dando las gracias, ó bien con cierta sonrisa amable. Si los niños de la familia iban á verla, los acariciaba dulcemente, y con gracia singular repartía entre ellos los dulces ó confites que otros le habían dado para que se alimentase, pues los reservaba para ellos con especial cuidado.

Estaba altamente agradecida á las Hermanas que la asistían, y aunque por naturaleza era enemiga de muchos cumplidos, sus ojos revelaban que el reconocimiento anidaba en su corazón. Un día oyó su madre adoptiva que decía á la Superiora de las Hermanas: «Para recompensarla, sabré cumplir con mi deber.» De pronto se encendió su rostro y exclamó: «No, no; para las Hermanas se lo pediré á Jesús.» A cualquiera que le hiciese el más pequeño favor, le decía: «Yo

rogaré por V.; procure ser bueno. De lo que me hace usted ahora, no me olvidaré cuando esté en la presencia del Señor.»

En el último período de la enfermedad deliraba y se desmayaba á menudo, á causa de su extremada debilidad. El demonio gozaba viéndola falta de fuerzas, é imposibilitada de reaccionar; y la atormentaba cuanto podía con fantasmas y espantajos, sin conseguir más resultado que acrecentar los méritos de la pobre víctima, porque hasta en este estado de debilidad supo Gemma entonar su acostumbrado grito de guerra: «¡Viva Jesús; soy de Jesús y solamente para Jesús!» De este modo rechazaba las malvadas sugestiones. Se notó también que, en lo más fuerte del delirio, al hablarle de Dios, volvía en sí y respondía acorde, como si tuviese el entendimiento perfectamente íntegro, cosa que asimismo ocurría, cuando ella, cooperando á la gracia, se excitaba en elevados pensamientos hacia Dios. El juicio enfermo cedía su puesto para pasar de golpe á los conceptos más sublimes de la mística. Así se explica que una vez en que la tos parecía sofocarle, y durante ella pronunciaba frases incoherentes, viendo que una de la familia que le traía la escupidera se puso á mirarla compasivamente, la miró ella también con cariño y le dijo: «Mira, Eufemia, cómo quiere Jesús que se le ame.» Era esta jovencita la predilecta de Gemma, la confidente de sus secretos, la que la asistió durante su enfermedad y la que se encontró presente á la hora de la muerte, recogiendo su espíritu como preciosa herencia. Pero volvamos á nuestro calvario y á nuestra crucificada, para que, además de servirnos de ejemplo de edificación, veamos cómo mueren los santos.

CAPÍTULO XXIX

Preciosa muerte y sepultura de la Sierva de Dios

Ya la cruel enfermedad ha recorrido todas sus fases, y no queda de Gemma más que un soplo de vida. Su cuerpo dolorido en todas partes, con la palidez de la muerte en el semblaute, yace inmóvil en el lecho, en actitud lastimosa, semejante á Jesús espirando sobre la cruz.

En esto llegó el Miércoles Santo. Gemma parecía extática; fijaba sus ojos de vez en cuando en el cielo, y con ansiedad exclamaba: «¡Jesús, Jesús!» Una hora después entraba, como de ordinario, en pleno éxtasis, pero por poco tiempo. Al salir del éxtasis, le preguntó la Hermana asistente si Jesús la había consolado, y contestó: «Hermana, si pudiese ver V. una migajita de lo que me hizo ver Jesús ¡cuánto gozaría!» Refiere la buena religiosa que al decir esto estaba la enferma totalmente transformada. El mismo día se le administró el Santo Viático, que recibió con gran reverencia, absteniéndose de toda manifestación externa de piedad, fuera de las comunes. (No había comulgado desde el 23 de Marzo, último día que fué á la iglesia). Al día siguiente, Jueves Santo, día solemnísimo para su corazón, pidió nuevamente á su Jesús, y como el sacerdote opuso reparos á repetir la comunión por Viático, manifestó que aguantaría la sed que la fiebre le producía, para permanecer en ayunas, y así lo hizo. Dice un testigo: «Parecía una santa, sentada en la cama, con las manos unidas, los ojos bajos, la cara radiante, y la sonrisa en los labios, á pesar de la fiebre que la consumía.» Recibida la comunión, quedó en profundo recogimiento, que se convirtió en éx-

tasis al cabo de dos horas, aunque algo incompleto, de modo que le permitía responder de cuando en cuando á quien le hablaba de cosas edificantes. Durante el éxtasis, le pareció ver una corona de espinas, y dijo: «Antes que estés completa ¡cuánto hay que padecer!» Y volviéndose á la Hermana añadió: «¡Qué día el de mañana»; referíase al Viernes Santo.

Llegó el Viernes, y á eso de las diez de la mañana, la señora que la cuidaba, débil por la fatiga y falta de sueño, trató de marcharse para descansar; pero la enferma la detuvo diciéndole: «No me deje, mamá, no me deje hasta que esté clavada en la cruz. Tengo que ser crucificada con Jesús, porque me ha dicho Él que sus hijos deben ser crucificados.» Se quedó la señora, y al poco rato entró Gemma en profundo éxtasis, extendió poco á poco sus brazos, y en esta posición permaneció hasta el mediodía. Su semblante era una mezcla de amor y de dolor, de calma y desolación. No hablaba; pero ¡cuánto dejaba entender! ¡Agonizaba con Jesús en la cruz! Los presentes la contemplaban atónitos sin cansarse. Uno de ellos me escribió: «Contemplé á Jesús crucificado, moribundo, pues esa era la figura de Gemma en aquel momento.» Todo aquel día, por la noche, y en la mañana del sábado, sufrió penas mortales; parecía que iba á morir, ahogada por la plenitud de sus penas, tanto corporales como del alma. Á las ocho de la mañana del sábado, se le administró la Extremaunción, en perfecto uso de sus sentidos, y atenta á las preces del sagrado rito, esforzándose para responder lo mejor que podía, aunque con voz ronca.

El mayor dolor que experimentó en la cruz nuestro divino Salvador, fué, según dicen los santos, el aparente abandono por parte de su Padre celestial, y el real y positivo por parte de los hombres, que le hizo prorrumpir en amargo lamento. Gemma debía también asemejársele en esto. Sin duda se preguntará el lector con extrañeza cómo es que faltaban en momentos de tanta necesidad los sacerdotes y directores es-

pirituales, y sólo había para acompañarla algunas piadosas mujeres que, más bien estaban allí para llorar, á la vista de tantas penas, que para servir de consuelo. Sin embargo, sucedió así, porque quiso Dios que el martirio de su sierva llegase al último límite, y con el martirio, al nimbo. El sacerdote que le llevó el Viático se marchó; el párroco le dió la Extremaunción y también se fué, para volver más tarde á leerle la recomendación del alma; el confesor extraordinario por ella pedido la confesó en pocos minutos y no se le volvió á ver; el confesor ordinario, el único que conocía á fondo los misterios de su alma, por haberla dirigido desde la niñez, y que con tal motivo le hubiera proporcionado gran consuelo en medio de tantas penas y luchas, se dejó ver por pocos momentos, y eso que la infeliz joven le suplicó varias veces con fervientes instancias que no la dejara. A mí mismo que, á causa de encontrarme lejos, ignoraba el peligro y la grave necesidad, no se me ocurrió de ir allá ni escribirle alguna carta que le sirviese de dirección. Así, merced á todo esto, Gemma quedó abandonada, con Jesús abandonado. Cuando empezó á ponerse grave, pidió Gemma que se me telegrafiase; pero advertida interiormente de que Dios exigía de ella este nuevo sacrificio, no volvió á decir palabra; y si alguno me nombraba, después que con graciosa sonrisa hacía ver que me tenía presente en su memoria, contestaba: «Nada más pido. Hice á Dios el sacrificio de todo y de todos. Ahora me preparo para morir.» También el Señor se retiró, sin permitir que descendiese ni un rayo de luz al entendimiento, ni el menor consuelo al corazón de la mártir.

Al fin, consumida por la enfermedad, oprimida con el peso de inmensos dolores, atormentada en las potencias de su alma y en los sentidos corporales por el infernal enemigo, sin consuelo de ninguna especie, elevó su ronca voz esta inocente criatura, y dijo: «Ya no puedo más. Te encomiendo, Jesús mío, esta pobre alma.» Era el *consumatum est* y el *in manus tuas* del

Salvador expirando en la cruz. Tales fueron las últimas palabras de Gemma.

La víctima está ya sacrificada, faltando sólo que exhale el último suspiro, para que el sacrificio sea perfecto. Pasó media hora más; Gemma, sentada en la cama, apoyó la cabeza en el hombro de uno de sus bienhechores... Su joven confidente, Eufemia, arrodillada delante de ella, cual otra Magdalena á los pies del Salvador agonizando en la cruz, le oprimía las manos estrechándoselas contra su pecho, con la frente apoyada en ellas. La Hermana que la asistía y las piadosas personas que componían aquella familia contemplaban de pie la conmovedora escena. Gemma parecía dormida; los ojos de todos estaban fijos en aquel rostro angelical y hermoso, á pesar de los estragos causados por la enfermedad, cuando de repente apareció en sus labios dulce sonrisa, é inclinando suavemente su cabeza hacia un lado, cesó de vivir, como el Salvador en la cruz, según dice el Evangelio: *Et inclinato capite tradidit spiritum.*

En tanto, su hermosa alma, recreada, como lo tengo por cierto, por la visible presencia de su amado Jesús, y de su Madre celestial y acompañada del Angel custodio, al que con tanta familiaridad trató en vida, de San Pablo de la Cruz, á quien llamó en su socorro durante los últimos instantes, y del Beato Gabriel de la Dolorosa, de quien fué devotísima, cargada de palmas y coronas, volaba al cielo.

Tan santa muerte ocurrió una hora después del mediodía del Sábado Santo, que aquel año de 1903 correspondió al 11 de Abril. Gemma había dicho en una ocasión á la tía: «He suplicado al Señor que me conceda morir en una gran solemnidad. ¡Qué hermoso es morir en una solemnidad!»

Yo he de añadir: ¡Qué es hermoso en sumo grado morir en la solemnidad de la Resurrección de Cristo, después de santificar el Viernes Santo en la Cruz, participando de los dolores del Redentor! ¡Bendita virgen, haz que nos sean gratos los padecimientos de Je-

sús, sin los cuales no se puede entrar en su gloria; y desde el cielo, donde te encuentras disfrutando los goces eternos, no olvides las promesas que en la tierra hiciste á los que coadyuvaron á tu santificación.

Muerta la santa joven, cuidáronse de su cadáver las Hermanas asistentes, y por indicación de quien conocía á fondo el deseo de su corazón, el de ser religiosa pasionista, la vistieron de negro, colocaron sobre su pecho las insignas de la Pasión, distintivo de aquel Instituto, una guirnalda de flores en la cabeza, el rosario al cuello y las manos juntas sobre el pecho, en la misma forma que acostumbraba á tenerlas cuando oraba absorta en éxtasis. No se borró de su rostro la bondadosa sonrisa que apareció en sus labios al exhalar su último suspiro, y aquel cuerpo que inspiraba un no sé qué celestial, compuesto de aquel modo, parecía de persona viva que dormía tranquilamente, ó que estaba en íntima comunicación con Dios. Los circunstantes no se cansaban de mirarla.

Al anunciarse su muerte, muchos fueron los que se acercaron al fúnebre lecho para orar. También comparecieron los niños de la familia donde se había hospedado la difunta, sin querer apartarse de allí, y los más pequeños, de tres á cinco años, le besaban las manos diciendo conmovidos: «¡Gemma, Gemma!» El anciano sacerdote de la casa, en otra parte nombrado, y que más que nadie veneraba á aquel ángel, no salió en todo el día de Pascua del aposento de la difunta, llorando y rezando, sin apartarse de allí hasta que sacaron los benditos restos. Entre los muchos que allí estuvieron, fué uno de ellos el dignísimo sacerdote de quien Gemma se sirvió para hacer la última confesión general. Fué tal la reverencia que le infundió la difunta, que cayó de rodillas en tierra exclamando: «¡Gemma, á tus pies está un gran pecador. Ruega al Señor por mí!» Seglares y eclesiásticos le tocaban con sus rosarios la frente, para guardarlos como precioso recuerdo. El concurso continuó todo el siguiente día, y unos cogían flores de la corona, otros por devo-

ción le tocaban las manos y los pies, otros pedían cabello; y hubo en esto último tal indiscreción, que si la Hermana asistente no hubiera puesto coto á tantas peticiones, no le hubiera quedado un cabello en la cabeza. Allí estuvo un respetable eclesiástico, el cual, llegado después de sacar el cadáver, quiso por devoción entrar en la cámara mortuoria, y dijo llorando: «Me parece estar en un santuario cuyo altar es esta cama. ¡Cuán bien se ora aquí!» Y al salir añadió: «Feliz ella que supo vivir como ángel y morir santamente.» Y á cada paso se volvía hacia atrás, para mirar el interior de la habitación.

El día tocaba á su término, y era preciso trasladar los mortales restos. La venerable Compañía de la Rosa hizo la piadosa ceremonia con toda pompa; pero la gloria de llevar sobre sus hombros prenda tan estimada, la reclamó para sí el mayor de los hijos de la familia donde Gemma había sido hospedada, el cual era á la sazón estudiante de Universidad, con otro de la misma casa, y dos compañeros más, vestidos todos con túnica amarilla. El bendito cuerpo fué encerrado en decente caja de madera, dentro de la cual se puso un tubo de cristal con la siguiente inscripción en pergamino, debida á la pluma del Reverendo D. Roberto Andreucetti, vicario de la inmediata iglesia de la Rosa.

Colocada la caja cubierta de flores en lujosas andas, se ordenó la procesión al cementerio, con clero y personas devotas, que hicieron á pie el largo trayecto. Sin duda que la solemnidad de la Pascua ofrecía cierto contraste con la fúnebre ceremonia, pero era porque la procesión parecía el regreso de una fiesta ya terminada. Los ángeles se habían llevado el alma de la difunta virgen, para celebrar en la gloria el triunfo de la resurrección del Salvador, y los hombres se llevaban sus despojos, para conservarlos en las entrañas de la tierra, hasta el día en que por segunda vez vuelvan á unirse á su espíritu. El cadáver fué sepultado en una tumba privilegiada y á cielo

abierto, poniéndose sobre el mármol la siguiente inscripción que, traducida en lengua vulgar, dice así:

Gemma Galgani, luquesa, virgen inocentísima, que á los veinticinco años de edad, consumida por las llamas del amor divino más que por la enfermedad, el día 11 de Abril de 1903, vigilia de la Pascua de Resurrección, voló al cielo para unirse con su celestial Esposo. ¡Descansa en paz, alma hermosa, en compañía de los ángeles!

CAPÍTULO XXX

Extraordinaria devoción de los fieles á la virgen Gemma

Muerta la sierva de Dios, lo natural era que no quedase memoria suya en el mundo, por haber vivido tan escondida que, podemos asegurarlo, apenas era conocida de nadie, fuera de las personas que moraban con ella; pero el Señor tiene prometido que, aun en este mundo, ensalzará á los humildes, y su palabra no puede faltar. Cuando el silencio era lo único que quedaba en pos de Gemma, empezó á difundirse la fama de su santidad, y si mientras vivió nadie le hizo caso, hoy se ensalza por todas partes sus virtudes. Muchos son los que la escogen como abogada para con Dios; muchos los que invocan su protección en las necesidades de alma y cuerpo, y muchos los que, procedentes de Roma y otras provincias lejanas, van en peregrinación á su sepulcro en Luca, para orar al pie de sus restos, y las gracias por algunos recibidas aviva la confianza. Como la noticia de estos hechos se difunde cada vez más, de todas partes piden algo de lo que en vida perteneció á la sierva de Dios, para que sirva de remedio en las enfermedades del cuerpo y del espíritu, como se hace con las reliquias de los santos. Con tal motivo, antes de terminar esta biografía, voy ocuparme en dos cosas: en la devoción de los fieles á la memoria de Gemma, y en las prodigiosas gracias que el cielo se complace en conceder á los que la invocan.

En cuanto á la primera, no temo asegurar que son muy pocos los santos venerados en la Iglesia que, inmediatamente después de su muerte, hayan sido objeto de tanta veneración como la virgen de Luca. Las personas que no la habían conocido, ni oído hablar de

ella durante su vida, la conocieron por la lectura de su biografía, publicada en 1907, la cual, á pesar de estar escrita en estilo sencillo y por pluma poco perita, agradó tanto, que en menos de dos meses se agotó la edición. Se imprimió la segunda, y á los tres meses no quedaba un solo ejemplar, y otro tanto pasó con la tercera, á pesar de que la edición se componía de 5500 ejemplares.

Leer sus páginas y quedar prendado de Gemma, era una misma cosa. El Dios omnipotente hizo resaltar, sobre aquel cuadro en esbozo, el retrato de su sierva, para que el mundo entero se enamorase de él. Demasiado comprendo que no debía ser yo quien tratase de esto, pero es la pura verdad, y sea para Dios toda la gloria. La vida de Gemma ha servido de lectura espiritual en muchos institutos de Italia, seminarios, conservatorios, casas de educación, principalmente de mujeres, dándole la preferencia sobre otros libros, para leerlo á los jóvenes y á las niñas en los días precedentes á su primera comunión; y todos confiesan haber sacado gran provecho; por lo que vuelven á leerlo, arrebatándoselo poco menos que de las manos, no sin bendecir á Dios, por habernos regalado joya de tanto valor en los tiempos que atravesamos. Del extranjero llegan á cada paso encargos al editor, pues también por allá se ha extendido la fama de la sierva de Dios, y son varios los que han pedido autorización para publicar, en la lengua de su país, la edificante biografía. Cuéntanse entre ellos Alemania, Francia, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Polonia, España, Portugal, las dos Américas y, por último, China.

Para que no se crea que exagero en lo referente á la universal devoción, trascribiré puntualmente las palabras de autorizados testimonios. Sea el primero el del Sumo Pontífice Pío X, quien, habiendo tenido en sus manos la biografía de Gemma, ordenó á su Secretario de Estado que escribiese al autor lo que sigue: «El Santo Padre me encarga que exprese á V. R. su agradecimiento por el libro en que se refieren los teso-

ros de extraordinarias gracias que el Señor se ha dignado derramar en abundancia sobre el alma de la inocente joven. El Augusto Pontífice abriga el convencimiento de que, con la lectura de la obra, se encenderá cada vez más en los corazones el amor á lo sobrenatural, que los enemigos de la fe tratan de apagar... Cardenal Merry del Val.»

Con mayor encomio, si cabe, manifiestan su admiración por Gemma Cardenales, Obispos, dignidades eximias de uno y otro clero, y aun seglares, tanto en Roma, donde se juzgan las cosas con mucho acierto, como fuera de ella, en todas las provincias de la península italiana. Sus cartas, escritas bajo la imperiosa necesidad de manifestar los sentimientos de su devoción á la virgen de Luca, se parecen como las voces de varias personas reunidas en coro.

El llorado Mons. Camilli, Obispo de Fiésole escribe: «Acabo de leer la biografía de la sierva de Dios, Gemma Galgani, y no sé decir (aunque supiese decirlo, no podría), lo que con su lectura he sentido en mi corazón. Su angelical figura se me ha representado en todo su esplendor. Su profunda humildad, su rara obediencia, su sencillez de paloma, su ardiente caridad para con Dios y con el prójimo, y de un modo especial con los pecadores, sus éxtasis y raptos, sus inefables penas, su heroico martirio, todo, absolutamente todo, se ha presentado á mi mente y emocionado mi corazón; así es que, con los ojos llenos de lágrimas, di gracias á Dios porque hizo germinar lirio de tanta hermosura en la población de Camigliano. ¡Quiera Cristo crucificado glorificar pronto en este mundo á su angelical esposa, que con él quiso morir crucificada! He principiado á invocarla, ayúdeme, Padre, á obtener su patrocinio, y mándeme, si puede, para mi devoción, algún objeto que á ella haya pertenecido. Le doy las gracias más expresivas por haberme hecho tan precioso regalo, propio para todos los gustos, incluso para el de los sabios más eminentes de nuestra época».

Otro doctor y santo prelado de la provincia florentina me escribió: «No puede V. figurarse el gozo espiritual con que voy leyendo la biografía de la santa virgen de Luca, Gemma Galgani. Deseo dar á conocer esta querida santa, por cuya razón le ruego que me envíe treinta ejemplares de la biografía... Desde que leo la vida de esta bendita santa, he concebido la esperanza de que, mediante su intercesión, alcanzaré del Señor mayores gracias para la santificación de mi alma en el cumplimiento de mis deberes.»

«La biografía de Gemma Galgani—escribe otro—es para mí un tesoro. Puede juzgar el afán y devoción con que la leo, considerando que veo aparecer ante mí á la admirable virgen que nuestro buen Dios, en su infinita misericordia, quiso dar á los luqueses, como prenda de gracias y espirituales favores para todos nosotros. ¡Quiera el Señor concederme la gracia de poder unir mi débil voz á la de los afortunados sacerdotes que tengan la dicha de pronunciar el panegírico de Gemma, cuando sea elevada á los altares! Pero no tengo méritos para tanto; pues no supe conducirme cual debía con aquel ángel de santidad. La biografía se agotará tan pronto se ponga á la venta.»

Este venerable sacerdote había tratado de cerca á la virgen Gemma.

De igual manera, el digno rector de cierto seminario de Toscana me escribió una carta que suscriben todos sus alumnos, y termina así. «¿Está anunciada ya la causa de beatificación de la seráfica virgen que se llamó Gemma Galgani? Padre, haga que el catálogo de los santos se adorne con esta refulgente joya.»

Tengo en mi poder carta de uno de los más ilustres oradores de Italia, expresiva de los más vivos sentimientos de su corazón para con Gemma, carta que no quiero omitir, á pesar de su extensión, por las bellezas que encierra: «Algunas personas espirituales—dice—me hablaron con entusiasmo de Gemma Galgani, cuya biografía habían leído, maravilladas de que yo no hubiese tenido conocimiento de ella hasta enton-

ces. Ocupado en otros asuntos, no puse gran atención en lo que me decían, ni me cuidé de leer aquella vida. Al cabo de tres meses, vi el libro en poder de un sacerdote, que hablaba con igual entusiasmo de la heroína de Luca. Fuese curiosidad ó lo que fuese, lo cierto es que me determiné á leer el libro, y desde el principio de su lectura, yo, que antes no había encontrado placer leyendo vidas de santos, experimenté en mi corazón algo insólito. Contra mi natural costumbre al leer un libro cualquiera, ante la figura moral de Gemma, que se iba delineando en un cuadro sencillo y atractivo, sentí la necesidad de correr, mejor dicho, de devorar de una vez el que tenía en mis manos; y así, corriendo y devorando lo que leía, llegué al fin, pero sintiendo con más fuerza la necesidad de engolfarme en su lectura. El mundo entero había desaparecido de mi mente, no veía otra cosa que la cándida alma de aquel ángel en carne humana, cubierta con las llagas de Jesús crucificado, adornada con el conjunto de dones sobrenaturales que, distribuídos, se admiran en los démás santos. Oí la voz de una joven, casi niña, que hablaba con el Angel custodio, con la Virgen Santísima y con Jesús, del mismo modo que una hermana habla con otra, ó una hija con sus padres. En la vida de los santos, la repetición de citas, ó los largos períodos de sus cartas, siempre me causaron fastidio; pero en la de Gemma hubiera deseado que se hubiese dejado hablar á ella, que el autor del libro hubiese trascrito íntegros los diálogos, en vez de excusarse; y como en dicho libro no encontré cuanto yo deseaba, he ido importunando á unos y á otros de cuantos tuvieron la dicha de tratar á la sierva de Dios, para que referente á ella me dijesen algo más.»

No contento con haber leído varias veces esta biografía, con haber adquirido muchos ejemplares para distribuirlos entre sus conocidos, y hablar con verdadero entusiasmo de las virtudes de Gemma, le decía á un amigo mío un dignísimo Cardenal de la Santa Igle-

sia: «Hágame el favor de decirle al autor que, en cuanto llegue á Roma, pase por mi domicilio, para que me hable de esta bendita sierva de Dios; pero encárguele que no deje de venir, pues deseo oir de su boca noticias de Gemma, por ser cosa que mucho me interesa.»

Un insigne profesor de un centro literario romano, me escribió á su regreso: «He vuelto de Luca, á donde fuí en peregrinación con el sacerdote de Varsovia, que V. P. conoce, y otra persona piadosa. Hemos orado largamente al pie del sepulcro de la virgen Gemma Galgani, encomendándole que nos alcance del Todopoderoso un poco del amor divino en que se abrasaba su corazón. Á la vista de tantos objetos que nos recordaban la vida de Gemma, hemos experimentado algo extraordinario, pues nuestra alma se inundaba de un sentimiento de inefable consuelo, al considerar lo admirable que es el Señor en sus santos. Antes habíamos estado en el monte Auvernia, pero la impresión que experimentamos en Luca, fué mucho mayor que la experimentada en la capilla de las santas llagas. Una y mil veces bendecimos al Señor por haberle inspirado que escribiese tan hermosa vida, siendo la admiración general las virtudes tan singulares que resplandecieron en la santa joven luquesa. ¡Cuánto bien ha producido ese libro! ¡Cuán á maravilla sirve para la meditación y el recogimiento! ¡Cómo se aprenden en él las admirables vías del espíritu!

»Este parecer no es exclusivamente mío, sino de muchísimas personas seglares y eclesiásticas, á quienes oí hablar con encomio, aquí en Roma y en Arezzo, Bibbiena, Florencia y Luca. Todos se deshacían en elogios, tanto más sinceros, cuanto en su mayoría no conocían al escritor; y he oído decir á una persona muy respetable, que la vida de Gemma excedía á la de Santa Teresa, siendo verdadera escuela de vida mística. La veneración por la virgen de Luca, dondequiera que llega su fama, es tal, que no la tendrá mayor una santa canonizada, y en mi Instituto ha provocado verdadero entusiasmo entre alumnos

y profesores. Leyendo cualquier paso de su vida, se obtiene más provecho que con un sermón, y sirve especialmente para reavivar la fe. Digamos nosotros, como decía Gemma; «¡Viva Jesús!», que se ha dignado mostrarnos las riquezas de su amor en la bendita sierva, é inspirar que se escribiese su vida.

Centenares de cartas como esta tengo en mi poder; si fuese á reproducirlas exigirían un volumen; unas procedentes de Italia, otras del extranjero, incluso América y China. Por lo tanto, puede decirse sin exageración, que el mundo cristiano se ha conmovido ante la humilde virgen de Luca y canta con júbilo sus gloriosas hazañas.

Pocas son las familias que, entre los objetos de su estimación, no tengan y veneren la imagen de Gemma. Muchos llevan consigo alguna de sus reliquias, y en sus necesidades imploran confiadamente su protección, como lo demuestran los millares de reliquias y estampas que se han pedido y despachado.

Varios son los que han tomado á esta virgen por protectora de las obras católicas que dirigen, entre las cuales tengo el placer de citar la *Pía Unión* de sacerdotes romanos, los cuales, bajo la protección de Gemma, promueven en la capital del mundo católico la gloria de Dios, el decoro en el culto divino y el bien de las almas. En sus frecuentes reuniones, una de las prácticas más importantes por ellos adoptadas, es la lectura de algún pasaje de la vida de esta sierva de Dios, haciendo luego los oportunos comentarios para su común edificación, y para enfervorizarse con el ejemplo de tan singulares virtudes.

En la ciudad de Turín es muy conocida la obra de apostolado social denominada *Patronato y auxilio mutuo de jóvenes obreras*, de reciente fundación, debida á la munificencia de las hermanas condesas de Astesana, que está colocado bajo la protección de Gemma; y en Austria, la princesa de Metternich presidenta del *Círculo de Damas* de la alta aristocracia vienesa, propuso que la virgen de Luca fuese el alma de aque-

lla sociedad, en cuyas reuniones se habla muy á menudo de ella tomándola cada una por modelo de santificación, y de ese modo agradar á Dios.

Otro tanto se hace en infinidad de colegios, de uno y otro sexo, en Italia y fuera de ella. No hace mucho que un insigne jesuíta residente en Roma aconsejaba á un sacerdote amigo suyo que se procurase un ejemplar de la vida de Gemma Galgani, y se retirase por espacio de diez días á fin de hacer ejercicios espirituales, siendo aquel libro su única lectura, y agregaba: «Por el fruto que de la lectura saque, comprenderá V. las poderosas razones que tuve para darle este consejo.» Otros varios directores de almas, renombrados por su ciencia y sólida piedad, de distintas provincias del reino, se expresan de semejante modo: «Leed la vida de Gemma Galgani, y sacaréis mayor provecho que de una tanda de ejercicios espirituales.»

Ciertamente, diré apropiándome las palabras de un testimonio eximio, si las cosas continúan como han principiado, veremos maravillas para gloria de aquel Dios que se complace en mostrarse grande en sus santos.

CAPÍTULO XXXI

Saludables frutos de la devoción á Gemma.—La sierva de Dios desde el cielo continúa su apostolado en pro de las almas.

De los testimonios referidos, se desprende fácilmente que la admiración de los fieles por la sierva de Dios y la devoción hacia ella, que por todas partes se extiende, no es un sentimiento estéril, como el que se experimenta en presencia de una figura extraordinariamente bella, sino un sentimiento eficaz, que conmueve y empuja al alma á la imitación, en lo cual consiste la verdadera devoción, un sentimiento saludable que hace que se desprenda el cristiano de la tierra para aficionarse á las cosas del cielo; que se despoje del hombre viejo y se vista del nuevo, en una palabra, que se haga santo imitando á la virgen Gemma. Que esta sierva de Dios fué con singular providencia suscitada por el cielo para desempeñar una misión sublime en la Iglesia, lo vimos ya en el capítulo de su vida que titulamos: «Misión y apostolado de Gemma en favor de las almas». Con su muerte no cesó aquella misión, sino que por disposición divina se continúa desde el cielo, á donde ha ido á gozar el premio merecido; y á fin de hacerlo más fácil y eficaz, mueve el Señor los corazones para que la conozcan, y les infunde tierna devoción hacia Gemma. En el citado capítulo referí algunas palabras con que la fervorosa joven me estimulaba en favor de un alma descarriada, y entre otras cosas me decía: «Dígale algo de mí, y envíemela. Si hubiese venido, no ocurriría lo que está pasando.» Pues esto mismo es lo que el Señor está haciendo con muchos; que admiren y amen á Gemma, *inclinándolos* hacia ella, y al recordarla, mueve sus

corazones, excitándolos á mejorar de vida. Casi todas las cartas citadas en el capítulo anterior tocan este punto, y en prueba de lo que afirmo, voy á exponer algunos ejemplares más, en la convicción de que han de agradar al lector.

«Si alguien—dice uno de aquellos escritores—quiere saber el motivo de mi tierna devoción á Gemma, le diré sin rodeos que nace de los saludables efectos que produjo en mi alma. El Señor quiso servirse de ella para derramar á torrentes sus misericordias sobre mí, sacándome del vicio, apartándome de todo, poniéndome en aptitud de obrar el bien; en una palabra, al aparecer ante mi vista esta bendita mujer, mi alma se transformó por completo, y sería un ingrato si no lo confesase paladinamente. A todas las horas del día, y cualquiera que sea la cosa en que me ocupe, se me representa esta joven animando, aconsejando y reprendiendo á este indigno sacerdote, de modo que, cuanto con menos rectitud me conduzco, mayor es mi vergüenza de hallarme en presencia suya. ¡Gracias, Gemma, gracias! Hazme digno de corresponder á la misión que Dios te confió, para que mi alma se salve. Por estos hechos y otros que oí referir, me afirmo en la idea de que la memoria de la bendita virgen de Luca está destinada por el cielo á producir una santa emulación entre las almas del mundo entero, especialmente en la juventud, para encender en ellas nuevamente el fervor de la vida cristiana perfecta.»

«La lectura de la biografía de Gemma—dice otro—produce en el alma una impresión suave y piadosa, que la llena de admiración al descubrir existencia tan singular. Es increíble el bien que causa en muchas almas esta criatura angelical, y tengo en ella tal confianza, y me proporciona tal consuelo su memoria, como no lo había experimentado por otros santos.»

El director técnico de insigne sociedad artística de Roma se expresa así: «No puedo menos de dar gracias á Dios que se ha dignado dar á conocer su fidelísima sierva, con la difusión de su excelente biogra-

fía. Yo, que soy escritor, me complazco en decir que soy deudor de muchas gracias espirituales á esta santita querida. Durante la lectura, no sólo experimenté fuertes consolaciones, sino que me sentí iluminado por Dios, y animado á mejorar de vida. Tengo mayor fervor en la comunión, más valor para sostener las luchas de la vida; y todo esto lo atribuyo á Gemma, á quien mi familia y yo nos encomendamos á cada paso. Quiera Dios que todos recurran á ella, porque tengo la seguridad de que no será en vano. Muchísimas personas á quienes di á leer la biografía de Gemma, indicándoles de paso que la tomasen por abogada, me refirieron haber recibido gracias y favores, y todas, después de su lectura, se han sentido atraídas por ella, y, lo que vale más, sus almas se mejoraron y sus necesidades han tenido remedio.»

Aunque sea á fuerza de repeticiones, continúo: «Tuve la fortuna de conseguir un ejemplar de la vida de Gemma—escribe un ilustre profesor de Mondovi,—y me es absolutamente imposible manifestar cómo he principiado á tenerle devoción. Para mí fué una revelación. Leí su vida llorando, la tomé por patrona, me acuerdo de ella á cada paso, y su recuerdo me sirve de sostén y corrección. Un canónigo me dice que no puede leer su vida sin orar; y un padre filipense de esta capital me encarga diga á V. que Gemma es para él un apóstol, la santa de nuestros días concedida por Dios para sacar del vicio á tanto infeliz pecador.»

«Quisiera poder referir—dice otro—una porción de hechos conmovedores; pero me concreto á decirle que el solo nombre de Gemma tiene un no sé qué indiscriptible de dulce y fascinador, sin contar los admirables efectos que produce en los corazones el conocimiento de aquel ángel, especialmente en la juventud. Yo, que soy misionero, se lo puedo asegurar para mayor gloria de Dios.»

Escribe desde Florencia un respetable Padre de la orden seráfica: «¡Cuán admirable es esta criatura, con-

cedida por el Cielo á los miserables hijos de Eva! Besé y bañé con mis lágrimas su imagen, y al efectuarlo sentí caer en mi alma una gota de consuelo. Ella es quien me da fuerzas para luchar en esta vida, y mediante el auxilio divino, por esta santa extraordinaria, me creo capaz de cualquier sacrificio. Tengo la íntima convicción de que Dios ha querido dar á los hombres, en Gemma, un acabado modelo de amor y pureza, modelo en el cual puedan mirarse como en un espejo, para reformar sus costumbres. Quiera Dios que, en cuanto sea posible, imiten todos sus virtudes, y la tomen por guía en las vías del espíritu.»

Con igual entusiasmo se expresa la prensa católica. El *Heraldo Católico*, semanario que se publica en Roma, en el número correspondiente al 20 de Septiembre de 1908, se expresaba así: «La lectura de la biografía de Gemma no puede por menos de ser útil á todos; útil al creyente, porque se confirmará en su fe; útil al incrédulo, porque verá en ella reprobada su incredulidad; útil al hombre de mundo, porque aprenderá cómo se puede vivir santamente en el seno de la familia, y útil á los que viven en el claustro, porque pueden aprender cómo se alcanza la perfección.

»Creemos nosotros que si es laudable la lectura de las vidas de los santos en general, lo es de un modo particular la de Gemma, por los muchos ejemplos de virtud que ha dejado. Si los párrocos procuraran dar á conocer la vida de Gemma Galgani, especialmente á las jovencitas, tendrían éstas uno de los mejores ejemplares de modestia y morigeración. Si las superioras de los institutos de educación procuran que las niñas confiadas á sus cuidados conozcan la vida de la virgen de Luca, verán despertar en ellas la cristiana piedad; y si los padres se la ofrecen como modelo á sus hijos, con seguridad que éstos crecerán siendo virtuosos, buenos y obedientes.

»No tememos equivocarnos al asegurar que Dios, al elevar á Gemma á las más altas cumbres de la piedad cristiana, lo hizo para que sacudiésemos nuestra

apatía en el ejercicio de la virtud, para que fuese nuestra patrona en los tiempos que corremos, y para que, excitados con los milagros y gracias que se obtienen por su mediación, se vean precisados los hombres á confesar que sólo Dios es el Señor de todas las cosas, que únicamente la Iglesia católica produce santos, y que fuera de ella no hay salvación.»

Dice el *Ancora* de Acqui: «Cristo nuestro Salvador, en sus comunicaciones con esta angelical joven, ha querido mostrar á los hombres, en los comienzos de este siglo, el tesoro de amor y misericordia que encierra su adorable corazón; y lo hizo de modo tan transparente y tangible, como no se conoce otro, fuera del de su gloriosa Ascensión á los cielos. Con la lectura de este libro—la vida de Gemma—nuestra alma queda deslumbrada, viéndose precisada á exclamar: ¡Señor, cuán bueno y admirable sois en vuestros santos! Confieso que jamás experimenté conmoción más grande con la lectura de un libro, ni encontré tantos motivos de edificación. ¡Quiera el Señor que se difunda entre los sacerdotes y personas piadosas, que se conozca y se medite, en la seguridad de que ha de producir el mismo bien que ha producido ya en cuantos han tenido la fortuna de leerlo!»

El editor de un compendio de la vida de Gemma publicado hace poco en Nápoles, dice: «Cuando leo lo que se ha escrito de Gemma, me siento de mejor espíritu; olvido á menudo el mundo, para recogerme en la contemplación de las cosas espirituales, y confío en que ha de suceder otro tanto á las demás. Me encomiendo á la sierva de Dios, para que me proteja y se digne continuar su obra haciendo que este desatinado trabajo sea útil para mi salvación y la de cuantos lo lean.»

De un modo parecido se expresan la *Civiltà Cattolica* y demás periódicos italianos cuya reproducción se haría pesada. Uno sólo ha habido, que yo sepa, y á la verdad por estar mal informado, que se puso en desacuerdo con autorizados panegiristas escribiendo

una reseña inspirada sin duda en el modernismo que invade á Italia, de la cual hubo de retractarse á causa de la protesta que le dirigió la representación del clero romano.

Y ahora vamos á tratar del eficaz auxilio de Gemma en la conversión de los pecadores.

Recuerde el lector que, mientras vivió, no cesaba Gemma de suplicar á Dios por la conversión de los pecadores, tomándolo con tal empeño, que logró conducir á muchos al camino de la penitencia. Por ellos se ofreció como víctima expiatoria, ofrenda que fué aceptada por el Señor, muriendo cual verdadera víctima en lo mejor de su edad. Hoy, que se encuentra gloriosa en el cielo, con mayor motivo pueden los pecadores confiar en ella para su salvación, y aquellos á quienes interese deben encomendarse á esta bendita virgen. Yo, en obsequio á la brevedad, referiré solamente algunas de las muchas conversiones alcanzadas recientemente por intercesión de Gemma.

Cierto individuo, cuyo nombre me veo obligado á callar por atendibles razones, encontrábase en el hospital de Luca, en el mes de Octubre de 1907, próximo á perder la vida corporal, como había perdido ya la del alma. No sólo era un gran pecador; sino un incrédulo notable, bien conocido en la ciudad por sus perversos principios. Las Hermanas del hospital trataron de acercársele para cumplir un deber de conciencia, y otro tanto intentaron los Padres Capuchinos adscritos al servicio del establecimiento; pero fué tiempo perdido, por lo que á fin de evitar un escándalo, resolvieron dejarlo, gracias á los reglamentos impíos en vigor hoy en todos los hospitales de nuestra infeliz Italia. Las religiosas lamentaban con toda su alma ver morir de semejante manera aquel desgraciado, cuando en esto se le ocurre á una de ellas mandar llamar al Prior de la parroquia de donde era vecino el enfermo, Monseñor Benassini. Fué este sacerdote al hospital y se acercó á la cama del enfermo, desoyendo las advertencias que le hacían cuantas perso-

nas habían presenciado el día anterior la violenta escena con los Capuchinos y las Hermanas de la Caridad, ó que conocían el modo de pensar del enfermo. El Sr. Bonassini le habló, rogó y suplicó, pero en vano. «Yo—respondió descompuesto y airado el rebelde—no he creído jamás en vuestros espantajos, y ese Cristo de que me habláis, me es desconocido en absoluto. ¿Qué alma, qué paraíso, ni qué infierno? Dejadme en paz, y no me molestéis más con vuestros ridículos intentos.» Y esto diciendo, escupió villanamente en el rostro al ministro del Señor. Este se retiró desconsolado; pero al llegar á su casa vió sobre la mesa el libro de la vida de Gemma, que había principiado á leer hacía muy pocos días, y al verlo, sintió que la esperanza tomaba asiento en su corazón, y arrodillándose, invocó á la Sierva del Señor. Pasados unos instantes, llamó á su capellán y le encargó que fuese al hospital con una señora que conocía al enfermo. Eran como las once de la noche. Costó gran trabajo que abrieran; pero al fin se consiguió que pasase la señora solamente, quedando fuera el capellán esperando con ansia el resultado, y el Prior en casa, rogando á Gemma por el feliz éxito de aquella misión. La gracía fué alcanzada. Ver el obstinado pecador aquella señora, y pedir que se llamase sin dilación un sacerdote, fué todo uno. Su confesión fué como la del buen ladrón y la del hijo pródigo, de que nos habla el Evangelio. ¡Tan vivos fueron los sentimientos de su compunción! El sacerdote, derramando lágrimas de alegría, levantó su temblorosa mano para absolverlo, y lo devolvió á Cristo; después corrió á darle el Viático y la Extremaunción, y no bien hubo recibido estos dos sacramentos, aquel afortunado pecador entró en agonía, y á las cuatro de la madrugada murió plácidamente, dejando edificados á los demás con su extraordinaria conversión y envidiable muerte.

El editor de la segunda edición de la biografía de Gemma, al enterarse de la relación que en ella se hacía de esta conversión, la dió á leer á un Emmo. Car-

denal de la Curia Romana, del que sabía que era devotísimo de Gemma y entusiasta por cuanto se relaciona con la gloria de esta santa doncella. «Después de haberla leído—me escribió el editor,—se conmovió y me dijo el venerable purpurado: Tienes razón, tienes razón que te sobra; es un grandísimo milagro. No se puede pedir más. Dile al autor de la obra que yo amo mucho á esta santita, y que le ruegue por mí, á fin de que yo crezca en el amor eucarístico de Jesús y en el de su Santísima Madre.» Pocos días después, se dió cuenta á S. S. Pío X de dicha conversión; el Padre Santo se conmovió mucho, y dijo que también él se colocaba bajo el patrocinio de la bendita sierva de Dios para que le alcanzase gracias semejantes.

Había en Roma una familia poco menos que irreligiosa, como tantas que abundan por desgracia en estos infelices tiempos. La madre, de edad de 54 años, no se confesaba nunca; los hijos varones vivían, desde hacía bastante tiempo, como si no fuesen cristianos; y solamente las hijas, tres hermosas señoritas, se conservaban piadosas y buenas, las cuales, temiendo por la triste suerte de los demás, día y noche pedían al cielo piedad para ellos. Diversas personas de respeto se habían dirigido á la anciana señora para que cambiase de vida, pero tiempo perdido. Tal victoria la reservaba Dios para Gemma. Una buena religiosa, apesadumbrada del caso, acudió á Gemma con triduos y novenas, y como quien tiene seguridad de vencer, visitó después á aquella obstinada mujer, le habló de Gemma, y ablandó su corazón con el relato de las preciosas conversiones alcanzadas durante su vida. Gemma venció; la infeliz señora se conmovió, lloró, y acompañada de la Hermana fué á la iglesia donde confesó y comulgó, experimentando las dulzuras de la gracia de Dios, de que había estado privada por tantos años, y desde aquel día va constantemente á orar, mañana y tarde, á la misma iglesia donde recuperó la salud de su alma.

Alentada con esta victoria, la buena hermana arre-

metió con armas tan eficaces contra los hijos varones. «Gemma—dijo—me los convertirá también.» Luchó resueltamente con el mayor, y después de varias repulsas, postróse á los pies de Gemma, y le dijo: «¿Qué hacemos, hermana? ¿No te mueve á compasión mi pecador? Mañana, sábado, quiero que me lo conviertas.» El cielo aceptó la proposición, y en la tarde del día siguiente determinó confesarse aquel pecador, y á la mañana siguiente, domingo, se confesó y comulgó con tal alegría de su alma, como no la había experimentado igual en toda su vida. Días después, haciendo á su vez de apóstol, llevaba á un amigo suyo, libertino como él, á los pies del sacerdote que le había hecho feliz. «Ahora falta el menor—me escribió la hermana;—no se ha confesado nunca y tiene treinta y un años; no cree en nada, y su corazón es como el bronce. También lo puse en manos de Gemma, y tengo la seguridad de que ella vencerá.»

El joven Augusto Cassini, de Zoppolo (Udina) escribe: «Acababa de llegar del servicio militar, que causó en mí efectos desastrosos, hasta el extremo de despreciar toda ley y toda clase de respetos. Las pasiones más brutales tenían en mí rienda suelta, y los pecados más horrendos iban creciendo en mi alma: *Abyssus, abyssum invocat*. No sentía el menor remordimiento y ¡pobre de mí si llego á morir en aquel estado! El corazón era de piedra, y me tenía encadenado la indiferencia religiosa; mas entonces tuve la suerte de que cayese en mis manos el libro de la vida de Gemma, cuya lectura me reportó un bien inmenso. Mi corazón se ha tranquilizado, vuelvo á orar sin fastidio, he recuperado el don de la fe y, aunque comprendo la gravedad de las culpas cometidas, no por eso pierdo la esperanza. Esto me demuestra que, si Gemma se interesaba por los pecadores mientras vivió, lo hará mucho mejor ahora que goza de Dios en el cielo, y á nadie atenderá tan presto como á ellos. Convencido de esto me dije á mí mismo: «Muchas son tus necesidades, pero esta bendita santa no te abandonará.»

El P. Luis Fontana, Barnabita, me escribe desde Nápoles: «Hice colocar la imagen de Gemma debajo de la almohada de un francmasón moribundo, que no quería recibir al sacerdote. Sucedía esto el Martes Santo por la noche, y el Miércoles pidió él mismo los sacramentos.»

Llegó cierto día á mi convento de los Santos Juan y Pablo en la ciudad de Roma, un señor forastero preguntando por mí. Acudí en seguida al llamamiento, y como me causase bastante extrañeza, le pregunté dónde me había conocido. Pero él me rogó que lo introdujese en un aposento retirado, y una vez allí, me dijo: «Gemma me manda que me presente á V.; me ha sacado del pecado en que estaba sumido, y me ha dicho al oído, y más que al oído al corazón, las siguientes palabras: «Ve á Roma, y en el convento de los Santos Juan y Pablo pregunta por un Padre pasionista llamado Germán, y sin dilación arregla con él las cosas de tu alma, si no quieres que Jesús te envíe la muerte repentina.» Al decir esto, postróse llorando á mis pies para que lo confesase. Lloré yo también, profundamente impresionado, lo escuché, lo absolví, nos abrazamos, y él, como si hubiese resucitado de la muerte á la vida, me dió las gracias y se despidió, para tomar el tren que lo había de conducir á su país.

Sirvan estos pocos ejemplos para dar alientos á tantas infelices madres, esposas y hermanas, con el fin de que acudan á la intercesión de Gemma para alcanzar, que sus hijos, maridos y hermanos dejen los caminos de perdición; y tengan la seguridad de que Gemma, desde el cielo, ejercerá su apostolado, y todos se convertirán.

Mientras tanto, demos al Señor infinitas alabanzas porque, apiadándose de nosotros, nos convierte por ministerio de sus santos, y nos anima á vivir como buenos cristianos, y á santificarnos con el ejercicio de las virtudes.

CAPÍTULO XXXII

GRACIAS Y MILAGROS ALCANZADOS DE DIOS POR LA INTERCESIÓN DE GEMMA

El razonamiento más claro para demostrar que es verdadera la santidad de un siervo de Dios, es el de los milagros. Con ellos, el divino Salvador primero, y después de El los Apóstoles, acreditaron su celestial misión; y en la prueba de los milagros se funda la Iglesia cuando decreta los honores de los altares á sus héroes. Si, por otra parte, los milagros se producen por la fe con que rogamos á Dios, sobre todo por la mediación de los Santos, siendo tan viva esta fe, según hemos visto, en todo género de personas que acuden á Gemma para que interceda por ellas cerca de Dios, forzosamente tiene que ser grande, y así conviene que sea, el número de gracias que por su mediación se dispensen. No es mi intento referirlas todas, porque he preferido esperar que los testigos las sancionen con la fe del juramento en el proceso que desde hace dos años se instruye en la curia arzobispal de Luca, para la beatificación de esta sierva de Dios; hablaré en general para consuelo de los fieles devotos, y solamente ampliaré la relación de unos pocos, cuyas particularidades he podido recoger con certeza, por mediación de personas dignas de entero crédito.

Filomena Bini, natural de Pisa, de setenta y dos años de edad, estaba enferma del estómago desde hacía mucho tiempo, siendo sus digestiones difíciles y dolorosas. La enfermedad se fué agravando en los últimos diecisiete meses, hasta hacer poco menos que imposible la nutrición; el estómago no admitía los alimentos, y por la boca salía una baba obscura, acompañada de un olor pestilencial. Las vísceras, en general,

estaban aumentadas de volumen y ocasionaban á la enferma dolores tremendos. Primeramente la visitó en el balneario de Luca el Dr. Acone, quien sin titubear diagnosticó la enfermedad de úlcera cancerosa del píloro, y recetó algunos medicamentos que, como no produjeron alivio fueron pronto suspendidos. Poco después la visitó un homeópata, confirmando el diagnóstico del Dr. Acone, resultando también inútiles sus prescripciones medicinales. Habiendo regresado á Luca, quiso la enferma que la tratase el Dr. Delprete, insigne cirujano de aquella ciudad, quien confirmó el diagnóstico de «úlcera cancerosa del píloro,» de forma redonda, acompañada de los síntomas consiguientes, dado lo avanzado del mal, tales como falta de nutrición general, hiperestesia epigástrica y estrechez pilórica, con crisis periódicas que terminaban con vómitos purulentos y la gastralgia correspondiente. En el hipocondrio izquierdo encontró un tumor redondo y duro, que parecía estar adherido á la gran curvadura del estómago; fué diagnosticado de carcinoma ó tumor canceroso del lóbulo izquierdo del hígado. Con más deseos de aliviar á la enferma que esperanzas de curarla, prescribió algunos medicamentos, pero como médico cristiano y concienzudo, declaró ser tiempo perdido poner en tratamiento aquella enfermedad, dada su naturaleza y la edad de la persona; exhortó á todos á que tuviesen paciencia, despidióse y no volvió á visitar á la enferma durante los siete meses que continuó molestándola la enfermedad, la cual se agravaba por días. El cura de la parroquia, que la visitaba diariamente, le administró, por fin, los últimos sacramentos.

En este punto las cosas, una piadosa señora de la ciudad, que había oído hablar de Gemma, se sintió inspirada de acudir á su intercesión, y provista de una reliquia, fué á casa de la moribunda, entró en su aposento, hizo que todos se arrodillasen, rezó algunas preces en honor de la Santísima Trinidad y de la sierva de Dios, y aplicó la reliquia en el sitio del

mal. ¡Cosa admirable! Tan pronto se la puso, la infeliz enferma, que pasaba los días y las noches en vela á causa de los dolores que la atormentaban, cayó en plácido sueño que duró toda la noche, y á la mañana siguiente se despertó perfectamente curada, sin sentir el menor dolor de cuantos le habían mortificado durante cinco años. Pidió de comer, y se le dió en bastante cantidad, cuatro veces al día, caldo, carne, bizcochos, leche y huevos. ¡Cuál sería la sorpresa del médico al ver entrar en su despacho, buena y sana, la enferma que creía muerta! No dando fe á sus ojos, la examinó con los rayos X, miró y volvió á mirar; la úlcera en el píloro no existía, sólo quedaba una mancha que indicaba su sitio, el carcinoma había desaparecido, y el hígado recobrado su volumen normal. Por eso exclamó conmovido: «¡Esto es un milagro de Dios!» —Al escribir estas líneas, han transcurrido dos años desde la curación, y la señora Filomena Bini continúa perfectamente bien como no lo había estado desde su juventud.

La señora María Menicucci, residente en Vitorchiano, provincia de Roma, sufría agudos dolores en la rodilla derecha; creyendo que fuesen reumáticos, procuraba buscar alivio en unturas, pomadas y emplastos, pero en vano. Examinada por cirujanos de nota, fué diagnosticada la enfermedad de tumor blanco de la rodilla, en situación avanzada. Sabido es que el tumor blanco de la rodilla es una de las enfermedades quirúrgicas de peor especie, por su naturaleza tuberculosa, y porque no se resuelve espontáneamente por las solas fuerzas de la naturaleza. Cuando el mal no está muy avanzado, y no se ha difundido por los huesos, puede detenerse mediante una operación de importancia, ó con la aplicación de inyecciones hipodérmicas, pero siempre resulta incompleta la curación, porque la articulación pierde sus movimientos, cuando no queda por completo anquilosada. En Mayo de 1907 fué la pobre enferma á casa de unos parientes suyos de Pistoya, y habiéndola examinado el Dr. Chelucci,

después de ratificar el anterior diagnóstico, aconsejó la operación. El caso parecía desesperado; la operación ó un milagro. En aquellos días, y lo mismo hoy, el nombre de Gemma de Luca cundía de boca en boca. «¿No podría la sierva de Dios hacer este milagro?»—murmuró para sus adentros la buena señora.—Y esto diciendo buscó una reliquia, se la aplicó sobre la rodilla enferma y principió una novena. Al finalizar la novena, se quitó la venda, y no sin sorpresa vió que se encontraba curada, por lo que escribió á una amiga suya: «Gemma me alcanzó la gracia. Estoy totalmente curada, según puedes ver por el certificado del médico que te envío, y no quepo en mí de contenta.» Dirigiéndose después á su bienhechora, le dijo: «Joven bendita, ruega incesantemente por mí.» En el certificado de que se hace mención, después de asegurar el Dr. Chelucci que se trataba de una atrrosinovitis de la rodilla, declara que, observada nuevamente por él, «la señora María Menicucci se encuentra en perfectas condiciones de salud.»

Una piadosa señora de Camaiore, cerca de Luca, llamada Catalina Lencioni, escribía también: «Habiendo tenido el año pasado (1902) á mi marido enfermo de gravedad, y casi desahuciado de los médicos, coloqué dentro de la funda de su almohada pedacitos de ropa perteneciente á Gemma y flores que yo conservaba de su funeral, con la confianza de que me alcanzaría la curación del enfermo. Al día siguiente, vino el médico y encontró mejor al enfermo, el cual, después de breve convalecencia, recobró por completo la salud.»

Un ejemplar sacerdote de Luca, devotísimo de Gemma, á la que había visto muchas veces en la iglesia de la Rosa donde él ejercía su ministerio, enfermó gravemente, en Mayo de 1907, de bronco-pleuropneumonía. De complexión delicada, y anémico por añadidura, la enfermedad lo redujo en pocos días al último extremo, por lo que se acordó sacramentarle. Las personas piadosas del vecindario, compadecidas,

rogaron por él de todo corazón, é invocaron la intervención de Gemma. También él la invocó, y se puso sobre el pecho una reliquia. La gracia se concedió en seguida. En pocos días se curó el joven sacerdote y, según confesión suya, se encontraba mejor que antes de caer enfermo. Su relación, que me dió por escrito, concluye así: «He creído de mi deber informarle de todo esto, porque si puedo contribuir á la gloria de Gemma, tendré en ello verdadera satisfacción.»

Una piadosa señora de Luca, cuyo nombre me callo, tuvo un abceso en la cabeza, con todos los caracteres de canceroso; por lo menos así opinaban los médicos, diciendo que probablemente sería necesario extirpar la parte enferma y rascar el hueso. La paciente, viendo que su enfermedad iba en aumento de día en día, estaba consternada. Al fin se resolvió á implorar la intercesión de Gemma, á la que había conocido en vida; aplicóse una imagen de ésta sobre la parte enferma y prescindió de los remedios prescritos por la ciencia. Pocos días fueron necesarios para que la enfermedad desapareciese, sin volver á molestar á la buena señora, la cual no cesa de dar gracias á Dios y á su abogada Gemma.

Isolina Serafini, residente en Vicopelago, cerca de Luca, padecía, hacía unos diez meses, de una meningitis cerebral aguda, la cual día y noche le ocasionaba dolorosos espasmos, sin que fueran capaces de aliviarlos los distintos remedios suministrados por consejo científico. Decía sentir en la cabeza como carbones encendidos que hacían hervir el cerebro. Tenía la cabeza paralizada por completo y en vano la infeliz buscaba alivio en el sueño, porque en todo aquel tiempo, desde Diciembre de 1906 á Octubre de 1907, no pudo dormir más de una hora cada día. En lo más fuerte de su angustia, sintióse inspirada de acudir á Gemma, é invocándola confiadamente, le dijo: «Será señal cierta de que estás en el cielo y eres verdaderamente santa, si me concedes la salud, gracia que te prometo publicar en seguida.» Dicho esto, se tendió en la cama

sin el más pequeño dolor ni vestigio de meningitis; durmióse, y desde aquel día, 10 de Octubre, hasta hoy no ha vuelto á padecer de la cabeza, y duerme la noche entera. «Es esta la pura verdad—afirma ella en el certificado que me envió,—y lo confirmo con juramento, yo, Isolina Serafini.»

Me escribe desde Mondovi el canónigo Sr. Francisco Tonelli, catedrático de Teología en aquel respetable seminario, que cierto profesor tenía una hija suya enferma de difteria. A esta niña, que se llamaba Amalia, la asistían varios médicos. El padre, viendo el miserable estado de su hija, salió de casa y fué en busca de un sacerdote para que celebrase una misa por su intención. El sacerdote invocó la protección de Gemma, y durante la celebración de la misa, uno de los médicos que asistían á la enferma, lleno de admiración, dijo: «Amalia se salvó.» En efecto, Amalia volvió en el acto á constituir la alegría de sus padres.

Otra persona que quiere guardar el incógnito, escribe: «Me dirigí á Gemma suplicándole que me curase un mal fastidioso que tenía en los ojos y la nariz. No acabé de invocarla, cuando ya estaba curada. Había prometido que, una vez alcanzada la curación, se lo escribiría á V., como lo hago para desahogo de mi corazón.»

Francisca Mutini de Puente, en Ania de Barga, cerca de Luca, tenía á su madre enferma desde el día 8 de Marzo de 1908, con una fiebre continua que la consumía. Los médicos temían que se tratase de un cáncer en el estómago. Por fin acudió á la sierva de Dios Gemma, con promesa de ir al cementerio de Luca á darle las gracias. Gemma aceptó el voto, y la pobre señora, enferma desde un año antes, salió del peligro y hoy está completamente restablecida.

De Catanzaro en Calabria escribe el R. D. Félix Antonio Gentile: «La devoción á Gemma en esta ciudad es tal, que no se puede describir. Muchos son los que han acudido á su intercesión, y todos fueron consolados. Por de pronto, me limitaré á esta sola narra-

ción. La superiora del hospital civil, Sor Genoveva Berardi, tuvo la desgracia de caerse y que se le rompiese el brazo izquierdo, en el mes de Marzo del año de 1909. El médico calificó el caso como grave y dijo que, para curarse de la fractura, serían necesarios tres meses por lo menos. Yo, que soy capellán de aquel centro piadoso, tenía en mi poder una reliquia de Gemma y mandé que la aplicasen al brazo roto. Al volver el doctor á visitar á la Hermana, quitó por curiosidad la venda del brazo roto, y con gran sorpresa suya, vió que el hueso estaba perfectamente consolidado.»

Del monasterio de Hermanas Crucificadas de San Gregorio, en Cremano, provincia de Nápoles, me escribían: «Para mayor gloria de Dios y de su sierva Gemma, voy á referir el siguiente milagro, ocurrido el 21 de Marzo de 1909. Hacía seis meses que estaba padeciendo mucho, sobre todo unos dolores de estómago violentísimos. Desde el mes de Enero, los vómitos eran tan frecuentes, que no podía retener la comida. A esto se agregó una ansiedad grande y frecuentes palpitaciones que me dejaban sin aliento, creyendo morir por poco que las cosas continuasen de aquel modo. Quiso Dios que viniese por aquí el Rvdmo. P. Berardo Atonna de Sarno, y le hicieron entrar en mi habitación. El Padre me animó mucho, y me dijo que tuviese confianza en la reliquia de Gemma si quería curar. Me puse la reliquia sobre el estómago, oramos los dos, y al instante sentí como que resucitaba, pues desaparecieron la fatiga y los vómitos, se tranquilizó el corazón, y los sufrimientos no han vuelto á presentarse.»

Del monasterio de Teresianas de Claromonte-Gulfi (Sicilia), recibí el siguiente certificado: «Yo, el infrascrito Dr. Ignacio Iannizzotto, certifico haber asistido, en la primera semana de este mes, á Sor Cristina Rosso, del monasterio de Santa Teresa, enferma de ateromasia, con pulso intermitente, edema de las extremidades inferiores, y una úlcera varicosa de unos

diez centímetros de extensión en la pierna izquierda. La paciente tenía somnolencia y disnea al menor movimiento. Hice un pronóstico reservado, teniendo en cuenta la debilidad del corazón y la avanzada edad de Sor Cristina—noventa y seis años.—A pesar de todo esto, puedo asegurar que, en el espacio de veinte días, la enferma se puso bien; y contra todas mis previsiones, la llaga de la pierna se ha cicatrizado completamente. En fe de ello, y á petición de Sor Cristina Rosso, expido esta certificación en Claromonte-Gulfi, á 31 de Marzo de 1909.—Dr. Ignacio Iannizzotto.»—De la enfermedad de la anciana priora tenía yo conocimiento, porque, á causa de urgentes súplicas hechas por las monjas de dicho monasterio, le había enviado telegráficamente la bendición del Papa, *in articulo mortis*. Después de tan milagrosa curación, Sor Cristina, á pesar de sus 96 años, continúa perfectamente.

En el convento de monjas Pasionistas de Luca se presentó, no hace mucho, un señor forastero, loco de dolor por tener á su esposa gravemente enferma y en peligro de perder la vida. No explicó qué enfermedad tenía; pero, por su manera de expresarse, se comprendía que el caso era poco menos que desesperado. Dijo que había venido á Luca para hacer la última prueba, y ver si conseguía la gracia del Señor por intercesión de Gemma. Al manifestar esto, sacó un rewólver, y en tono violento dijo: «Si la prueba me falla, con esta arma me suicidaré.» La madre Superiora, horrorizada y al mismo tiempo enternecida, trató de consolarlo y hacerle concebir esperanzas, prometiéndole que toda la comunidad rogaría por la curación de su esposa, y lo despidió bastante consolado. Al cabo de algún tiempo, volvió muy alegre el caballero á darle las gracias, y á manifestarle que su esposa había vuelto inesperadamente de la muerte á la vida. Sea por la conmoción que sentía, ó porque tuviese prisa de coger el tren para continuar su viaje, no se pudo tomar la información especificada del caso, si bien prometió volver con su esposa para dar con más comodidad las

explicaciones convenientes sobre el milagroso suceso.

El presbítero Ginés Romanzini escribe desde Pisa que un tal Vespasiano Lepri, joven de dieciocho años, cayó enfermo de pulmonía aguda, complicada con inflamación intestinal. Los médicos dudaban del éxito, y lo sostenían con vida mediante la respiración artificial. Tanto él como su madre, su hermana y otras personas piadosas se encomendaron á Gemma con toda confianza, y en el acto cesó el peligro, recobrando la salud en pocos días.

En San Juan Incarico hacía tres meses que estaba enferma de desórdenes constitucionales Angiolina Pansera. Un farmacéutico poco escrupuloso le prescribió «píldoras de sulfato de estricnina» al uno por mil. No se sabe por qué causa, pero lo cierto es que la muchacha, que tenía quince años de edad, tomó quince píldoras de una vez. Al cabo de tres horas principió á sentir los síntomas del envenenamiento, pues había ingerido quince milígramos de sustancia activa. No podía sostenerse ni mover los pies, estaba toda en un temblor, retorciéndose. Se mandó buscar al farmacéutico, pero se excusó diciendo que el caso era demasiado grave, y que debían llamar un médico. Fué el Dr. Santoro y dijo lo mismo, pues había transcurrido tiempo suficiente para que el veneno se hubiese absorbido. No obstante, se intentó hacer que vomitase mediante diez vasos de agua tibia que se le hizo tomar, pero sin resultado; de modo que el veneno siguió ejerciendo sus naturales efectos. Desesperada la madre, corrió en busca de una estampa de Gemma, y no encontrándola á mano, arrancó la del libro que trata de su vida, y en presencia del Dr. Santoro, se la dió á su hija, quien la besó amorosamente y se la puso sobre el pecho. Cuando todos temían un funesto desenlace, he aquí que cesó instantáneamente el temblor de manos y piernas, y todos, incluso médico y boticario, quedaron sorprendidos con la instantánea solución. La joven ha continuado bien, sin haber vuelto á sentir el menor daño del veneno absorbido.

En la ciudad de Mondovi, á una señora que había sufrido una operación quirúrgica de gravedad, le quedaron agudos dolores de cabeza. Se aplicó una imagen de Gemma sobre la parte dolorida, é inmediatamente quedó sana.

En Roma, la señorita Elisa, hija de los barones de Majo, de catorce años de edad, enfermó de anemia aguda, acompañada de fuertes dolores en la articulación de la cadera derecha, que le impedían andar. Temiendo la infección tuberculosa de la articulación, empezaron por darle inyecciones hipodérmicas; pero el dolor persistía. La madre, con mucha oportunidad, pensó en Gemma, y acudiendo á su intercesión, colgó del cuello de la enferma una reliquia de aquélla. En el mismo instante cesó el dolor, y desde entonces la niña ha quedado perfectamente, pudiendo dar grandes paseos sin cansarse.

En la misma ciudad, la niña María Ciccarone, de cinco años de edad, cayó gravemente enferma, con tales complicaciones, que los dos médicos que la asistían no pudieron precisar bien el diagnóstico, pero advirtieron á los padres que la niña corría grave peligro. Los padres se afligieron, como es de suponer, y resolvieron acudir á la intercesión de Gemma, poniendo una imagen suya debajo de la almohada de la enferma. Inmediatamente vino el alivio, cesó el peligro, y en breve recuperó la niña la salud.

Un niño de la señora Angela, viuda de Menozzi, residente en Roma, de unos siete años de edad, fué invadido por la fiebre que presentaba todos los síntomas del sarampión, pero la erupción no concluía de brotar. Se le aplicó una estampa de Gemma con la esperanza de que por mediación de ella brotase el sarampión y lo librase de la muerte. Al contacto de la imagen, durmióse el niño; al cabo de algunas horas aumentó la fiebre y al propio tiempo apareció la erupción en abundancia, primero en el cuerpo y después en la cara. Una vez curado el niño, vino con su madre á darme cuenta de la gracia recibida, en señal de agradecimiento.

El Sr. Annibal Metelli, ingeniero residente en Faenza, tenía una niña que nació con una fístula lagrimal, de la que manaba pus en abundancia, siendo preciso limpiarla á cada paso y desinfectarla con ácido bórico, sobre todo por la mañana al despertar, pues tenía el ojo lleno de materia. Asistida por el médico de Faenza y un especialista de Florencia, los dos dijeron que abrigaban la esperanza de que, al desarrollarse, desaparecería la fístula; pero de no suceder así, sería preciso operarla. La niña tenía entonces veintidós meses. Su desconsolada madre, que había oído hablar de Gemma y de los milagros que hacía, se llenó de confianza, y encomendándose á su intercesión, le prometió que si le concedía la gracia de sanar á su hija, la publicaría para gloria de Dios. Ocurría esto al obscurecer de un día del mes de Octubre de 1908. Vuelta la madre á casa, encontró que su hija estaba algo peor. A la mañana siguiente, fué á ver á su niña, y preguntó á la criada si le había limpiado los ojos, á lo que contestó ésta que no la había tocado. Examinada con detención la niña, no se encontró pus por ninguna parte, pues el ojo estaba completamente limpio. Padre y madre quedaron sorprendidos, y el médico que asistía á la niña, oyendo hablar de la curación, creyó que se chanceaban con él; mas después de un examen minucioso, tuve que confesar que la curación había sido perfecta é instantánea, y que estaba dispuesto á expedir el correspondiente certificado.

Los pocos hechos de prodigiosas curaciones, escogidos entre muchos, que se van manifestando en Luca, en Roma, en toda Italia y en el extranjero, deben ser suficientes para el fin que me propuse edificar á los fieles y animarlos, esto es, para que acudan con confianza en sus enfermedades corporales á esta poderosa intercesora que el cielo nos dió.

No solamente con las enfermedades del cuerpo se muestra solícita Gemma, sino también con otras necesidades de la vida, como lo comprueban las continuas súplicas que á ella elevan toda clase de perso-

nas, súplicas que, en vez de multiplicarse, cesarían de hacerse si no fuesen escuchadas. También aquí tendría mucho que decir; pero me limitaré á referir unas pocas.

Dos Padres Pasionistas, el Provincial y uno de sus Consultores de la Provincia Mexicana (América), que se hallaban de paso en Italia, quisieron, antes de regresar á su país, visitar la tumba de Gemma en Luca, y de allí pasaron á Génova, donde se embarcaron con rumbo á Barcelona. En la travesía se desencadenó tremenda tempestad, que duró ocho horas, con inminente peligro de naufragar. Los pasajeros temblaban y el capitán del buque, sobrecogido de temor, no les daba esperanzas de salvación. En tal apuro los dos religiosos se dirigieron á la virgen de Luca, diciendo en alta voz: «Gemma, tú puedes salvarnos; en ti confiamos.» ¡Cosa admirable! Apenas terminaron de decirlo, cuando el mar principió á abonanzar; en menos de una hora la calma fué completa, y cual si navegasen por plácido lago, llegaron sanos á su destino todos los pasajeros. Aquellos dos Hermanos míos, al desembarcar me escribieron participándome el prodigioso suceso y su gratitud á tan simpática bienhechora, y haciendo votos *para que todos conozcan esta alma cándida, y la vean pronto sobre los altares.*

«Una gran desgracia amenazaba á nuestra familia —me escribía desde Roma, en Junio de 1908, cierta señora piadosa.—Nos encomendamos á la bienaventurada Gemma, y Dios se ha dignado consolarnos. La bendita doncella rogó por nosotros, por lo que le damos las más rendidas gracias. Quiero tanto á esta sierva de Dios, Padre mío, que la he tomado por mi especial protectora. Encomiéndeme á ella también y dígale que me alcance de su celestial Esposo, al que ahora ve y del que goza *por completo,* (expresiva alusión á una frase de Gemma), la gracia de amarlo mucho y no ofenderlo jamás.»

Con fecha 14 de Julio de 1905, la señorita Eugenia Simoncino, de Luca, escribía á una maestra suya del

Instituto de Santa Zita, en dicha ciudad: «Creo yo que la bendita Gemma protegerá de un modo especial á los estudiantes, y confío en que pronto la beatificarán. Siempre me ayudó durante el año escolar. Antes de examinarme, prometí á esta querida santa hacer pública la gracia que esperaba. No puede usted imaginarse lo que me ayudó en los exámenes. Dele gracias por mí.»

Una monja camaldulense de Roma, la madre Romualda de San José, me escribió lo siguiente: «Al recibir las reliquias y estampas de la virgen Gemma, se las ofrecí á la R. M. Abadesa, que se encontraba en gran apuro por una respetable cantidad de dinero que tenía que pagar, y de la cual carecía. La Abadesa prometió á la sierva de Dios que si hallaba quien le facilitase aquella suma, mandaría una buena ofrenda para la causa de su beatificación. Dos días después de hecho el ofrecimiento, una persona caritativa envió de limosna, precisamente la suma que se necesitaba. La Reverenda Madre Abadesa, reconocida, cumple con su deber, y me encarga suplique á V. R. haga llegar á su destino el dinero que le envío.» Luego, como hemos visto hacer á tantos otros, añade: «Aprovecho esta ocasión para suplicar encarecidamente á V. R. que me encomiende á la virgen Gemma, para que me alcance cuantas gracias deseo, y una chispa del amor que abrasaba su corazón.»

¡Oh elegida de Dios, alcanza para todos los cristianos esta gracia, una chispa del amor divino que abrasaba tu corazón! El mundo camina hacia su ruina, porque son muy pocos los que aman el Sumo Bien para el que fuimos creados. Sálvalo tú, Gemma de Jesús, inspirando á los hombres amor, mucho amor. Si por tu mediación lo alcanzamos, nuestro agradecimiento será mucho mayor que si nos curases de gravísimos males, y nos librases de las desgracias de la presente vida, la cual pasa y se desvanece como sombra.

FIN

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado *Biografía de Gemma Galgani, Virgen de Luca,* escrito en italiano por el R. P. Germán de San Estanislao; traducción del Dr. Cecilio Martínez y González, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 30 de Marzo de 1910

El Provicario General,
JUSTINO GUITART

Por mandado de Su Señoría,
Lic. SALVADOR CARRERAS, Pbro., *Scrio. Can.*
